This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 698.5

Harvard College Library

FROM

Transferred from
Harvard Law Library

Span 698.5

NICOLÁS ESTÉVANEZ

FRAGMENTOS

DE

MIS MEMORIAS

MADRID, 1903
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE R. ÁLVAREZ
Á CARGO DE ARTURO MENÉNDEZ
15, Ronda de Atocha, 15
Teléfono 809.

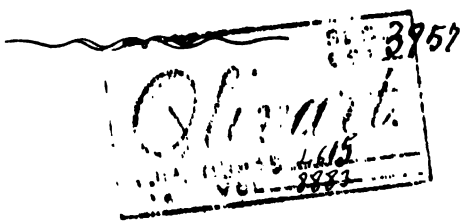
74
14

NICOLÁS ESTÉVANEZ

FRAGMENTOS

DE

MIS MEMORIAS



MADRID, 1903
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE R. ÁLVAREZ
Á CARGO DE ARTURO MENÉNDEZ
13, Ronda de Atocha, 15
Teléfono 809.

Span 698.5

Harvard College Library
Dec. 4, 1914
Transferred from
Harvard Law Library.

2148-16

BOUND APR 17 1915

EXPLICACIÓN

En 1899 empezó á publicar *El Imparcial*, de Madrid, unos que titulé *Fragmentos de mis Memorias*. Interrumpida su publicación por diferentes causas, y principalmente por mi regreso á París, he continuado aquí reuniendo mis recuerdos para formar un libro.

Tuve la suerte de que el público diera buena acogida á mi trabajo, sin duda por referirse lo que se publicó á los primeros tiempos de mi vida, á cosas de muchacho y á lejanas épocas. Es fácil que no conceda igual aprobación á mi época política; pero tampoco exijo ni pretendo que nadie acepte mis juicios como propios. Discútalos ó rechácelos quien acertados no los considere; protesto, empero, de mi sinceridad. Podrá haber algún error de fecha, algún olvido, involuntario ó no, y alguna interpretación equivocada; pero téngase en cuenta que no escribo historia, sino que me limito á presentar

sucesos y personas según la impresión que á mí me hicieron.

Los radios de un círculo son infinitos; matemáticamente son iguales; pero á un punto dado sólo va uno. Asimismo, en el círculo de un hecho, los juicios son como radios, de los cuales uno sólo apunta á la justicia, indica la verdad ¿Quién puede vanagloriarse de haber juzgado con exactitud, sin apartarse un grado de la estricta verdad y de la eterna justicia? Todo lo que se puede exigir de la máxima probidad humana es que se diga sin distingos y sin subterfugios lo que se sabe, lo que se piensa, lo que se cree; pero á nadie se le pida la infalibilidad.

Constarán mis MEMORIAS de dos partes, en dos volúmenes. Este, que es el primero, comprende cuarenta años (1838-1878); toda mi vida militar y mi modesta participación en las contiendas políticas de la época revolucionaria.

El segundo, que se publicará si el primero tiene aceptación, llegará hasta el último día del siglo XIX. Trataré en él de mi existencia en París, de mis impresiones políticas y artísticas, del ejército de la República, de algunos personajes y de las evoluciones de mi pensamiento. Ni faltarán capítulos en que cuente algunos de mis viajes á los Estados Unidos, á

Méjico, al Río de la Plata, al Brasil, al Senegal, con otros hechos y juicios que verá quien leyere.

***

El primer capítulo de estas MEMORIAS lo encabezó *El Imparcial* con el breve artículo siguiente:

"La mayoría de los hombres notables del extranjero en política, literatura y arte, tienen por casi obligada costumbre la de escribir los recuerdos ó memorias de su vida. Ningún género tan ameno, sugestivo, instructivo como el de recuerdos íntimos cuando los dictan la sinceridad y la modestia. Cabe luego al historiador estudiar el conjunto de esa obra histórica fragmentaria, de valor inestimable para juzgar una época.

„Por desgracia no existe tal costumbre en España. La mayoría de nuestras notabilidades dejan este mundo sin explicarnos qué móviles les impulsaron en la mayoría de los actos de su vida, sin pintarnos con el pincel de las cosas vistas, tan rico en color, tan fresco, tan espontáneo, los sucesos á que asistieron y en que tomaron parte. ¡Gran lástima que tantas páginas hermosas se pierdan en la tumba!

„Creyéndolo así, vamos á publicar desde hoy las *Memorias ó recuerdos de D. Nicolás Estévanez*, quien nos ha honrado escribiendo para *El*

Imparcial las páginas más atractivas de su vida política y literaria. Hombre Estévanez de gran popularidad, gobernador de Madrid y ministro de la Guerra durante la época de la república española, conocidísimo por sus rasgos de carácter, sus genialidades, su honradez, su gracejo, asistió á la mayoría de los sucesos políticos que se desarrollaron en nuestro país desde la revolución de Septiembre hasta la restauración.

„Pocas épocas tan fecundas como aquella en algaradas, revoluciones, motines, cambios y trastornos políticos, sangrientas revueltas, actos de valor, magníficos rasgos, empresas locas, ardores revolucionarios, espectáculos de guerra y lucha civil, rápidos encumbramientos y vertiginosas caídas. Revolución francesa en pequeño fué aquella, si bien más noble y mansa en sus marejadas y tempestades. ¡Qué cerca están aquellos sucesos y qué lejos para los hombres de la nueva generación! A ellos se dirige principalmente Estévanez, á contarles sus aventuras de conspirador, de militar, de político, de literato; y así podrán conocer sucesos de los cuales quizás se tienen más vagas noticias hoy que de otros muy lejanos y manidos.

„Para los jóvenes de hoy han de guardar estas MEMORIAS gratos secretos; pero también han de leerlas con gozo, quizás con la emoción nostálgica del pasado, los actores y espectadores de aquel período. Sinceridad, modestia, sencillez, encanto literario, relato de inesperadas anécdotas, grace-

jo, ardiente fe por sus ideales, confesiones íntimas, todo esto y mucho más tienen las *Memorias de Estévanez*, á quien, según su costumbre, ha dejado *El Imparcial* en plena libertad de exponer sus opiniones tal y como se las dicte su conciencia.„

EL AUTOR.

FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

1838-1852

Ya sé, ya sé, que las Memorias constituyen un género anticuado y cursi; por eso las mías son fragmentarias. De lo malo, poco.

Y ni aun fragmentos publicaría de mis Memorias si fueran exclusivamente personales. ¿Qué le importan á nadie los viajes que uno haya hecho, ni las novias que tuvo en la mocedad, ni los cuentos que le contaba su venerable abuela?

A estos pormenores íntimos se reducen á veces las Memorias de los que cultivan este género de literatura. Por mi parte, omitiré cuanto sea personalísimo; guardaré para mí sólo todo lo concerniente á mi familia, á mi infancia, á mis amores, que profanaría mis más augustos recuerdos ha-

ciéndolos pasar por una rotativa. Impresos en el alma, ¿qué impresión más indeleble?

Tanto ó más que de mí, hablaré de los demás. Y no solamente de aquellos personajes que han tenido celebridad más ó menos fugitiva, sino de muchos que si no la tienen la merecen. No en vano he tratado familiar ú oficialmente á innumerables personas conocidas y desconocidas, lo que me permitirá hacer que desfilen por estas obscuras páginas, desde Prim al cabo Echarri, desde Horodinsky hasta Luisa Michel, desde Bismarck hasta el Quito. Y no cito á los dos últimos por buscar vano efecto en el contrasté, pues yo me acuerdo del desdichado Quito con más cariño y respeto que de todos los Bismarck del mundo.

Una de las razones para que hable poco de mí mismo es que todavía no me ha sucedido nada de particular. Y eso que ando por aquí, por el planeta, desde 1838.

En las Memorias de Chateaubriand, y en otras, hay capítulos enteros dedicados á los progenitores. Si no hablo de los míos, no será porque los menosprecie, que yo los respeto y los envidio. Tengo para mí que hubo entre ellos quien asistiera á los estrenos de Tirso y de Calderón, quien conociera á Cervantes y quien dejara los huesos en las batallas de la Reconquista.

Entre los recuerdos vagos de mi remota niñez, el más lejano y confuso es el de la *Macacoa,* goleta isleña que me condujo desde Gran Canaria á Te-

nerife. Porque nací en la ciudad de Las Palmas y en el edificio en que estuvo la Inquisición provincial. A un hombre que vino al mundo nada menos que en la Inquisición, nadie le tachará de demagogo porque sienta deseos de arrasar hasta la casa paterna. Desde que nací tengo instintos destructores, aunque poco ó nada he destruído, y los atribuyo al negro azar de haber tenido por cuna aquel antro infernal que había devorado tantas víctimas.

Mi familia tenía su residencia habitual en Tenerife; allí pasé la infancia, y Santa Cruz de Tenerife es mi verdadera patria, mi patria chica; de Las Palmas ni me acuerdo, pero me sucede algo parecido á lo que cuenta el ilustre historiador Luis Blanc: no se acordaba de Madrid, donde nació, de donde salió muy niño, pero lo amaba con verdadera pasión, aunque era el más francés de los franceses.

No es mi pasión un delirio por Las Palmas, pero lo es por Canarias. Englobo en mi cariño aquellas siete islas tan hermosas y tan españolas, y me quita el sueño el abandono en que las tiene España. En estos tiempos difíciles, en estas horas críticas, no están fortificadas ni artilladas. Pueden surgir de pronto nuevos conflictos nacionales ó internacionales, y después dirán que no se han defendido si de ellas se adueña un invasor. No lo hará sin resistencia de los insulares, pero la época de los milagros ya hace tiempo que pasó. Ojalá no se reproduzca lo de Puerto Rico... ¿Se ha pensado bien

en lo de Puerto Rico? La prensa acusa á los puertorriqueños que no opusieron sus pechos á los yankis... ¿Era por ventura lógico ni natural que lo hicieran? Donde no se defendían las autoridades ni las tropas, seguramente por habérseles ordenado así, ¿qué habían de hacer los paisanos? Ellos dirían, pensando con acierto, que los peninsulares volverían á la Península después de la catástrofe y que ellos se quedarían á merced del vencedor. Para exigir bravura, para pedir virtudes, para enseñar patriotismo es indispensable dar ejemplo.

Séame disculpada la intempestiva digresión, que no será la única del mismo género, y vamos otra vez á mis Memorias.

La goleta *Macacoa,* después de habernos dejado en Tenerife, salió para la costa de Africa, y jamás se supo lo que fué de ella. La misma suerte de casi todos los barcos en que he navegado en el curso de mi vida; no bien salto en tierra, barco al fondo. Pero esto no me cura de mi afición á la mar, de mi apego á los viajes y á las navegaciones; al contrario, pues creo, como dice Topffer, que "el mar ha sido calumniado, pero en el fondo es bueno„.

Mi familia pasaba los veranos en San Diego del Monte, una de las posesiones de mi abuela, que ya no pertenece á mi familia ni acaso exista como finca de recreo. En el centro de la posesión, entre pinos y laureles, había una ermita ruinosa, cuyas paredes estaban llenas de nombres, fechas, letreros de todas clases. Uno de ellos, escrito con car-

bón y descubierto por mí allá por el año de 46, decía:

EL REPUBLICANO
JOSÉ ANTONIO PÉREZ CARRIÓN

Todos los años, al llegar á San Diego, mi primera visita era al letrero, que yo retocaba cuidadosamente para que no se borrara. Supe que el tal Carrión, jóven en aquella fecha, se había marchado á Cuba. Cuando mucho después fuí yo á la Habana, pregunté por Carrión á todos los isleños. Todos le conocían, todos me informaron hablándome de él en forma que aumentó mis simpatías:

—Buena persona, pero no tiene dinero.

—Excelente sujeto, pero está *arrancado*.

—Lleva aquí muchos años, pero como no hace más que estudiar y perorar y escribir, no tiene un céntimo.

—Aquí le llaman el "cónsul de los isleños„ porque los protege á todos; está chiflado.

—Es periodista, pero está loco; figúrese usted que se ha declarado abolicionista de la esclavitud... ¡Qué bárbaro!

Con tales antecedentes será inútil añadir que me apresuré á buscarle, que fuimos grandes amigos y que todavía lo somos.

Mi padre, capitán retirado, era un entusiasta progresista, pero no de aquellos que peleaban con los moderados por quién era más monárquico, sino de los que aceptaban la institución monár-

quica por necesidad (á su juicio) de la época. Me dijo muchas veces cuando yo era niño: "Tú verás la república en España.„ Y por eso, cuando Topete combatiendo la república dijo en las Cortes: "Educo á mis hijos para demócratas, á fin de que mis nietos sean republicanos„, yo me acordé con gratitud de mi padre, más previsor, sin duda, que los padres de Topete.

Hacía poco tiempo que en mi casa nos habíamos quitado el luto de uno de mis tíos, cuando mi padre nos hizo vestir de negro por el fusilamiento de Zurbano... ¡á quien ni siquiera conocía! —Eran así los progresistas de antaño.

En el despacho de mi padre no había más adornos que los retratos de Voltaire, Quintana, Zurbano, Espartero, Mazzini y Garibaldi. En la antesala, dos malas estampas representando batallas de la guerra de Polonia. En 1848, el año más glorioso de este siglo, era yo un parvulillo republicano; si no tengo otros títulos á la ajena consideración, permítanme vanagloriarme de haber sido consecuente. No digo inmutable, porque entonces me daba por lo romántico y ya estoy en las fronteras de los más extremados radicalismos políticos, sociales y filosóficos.

Todos los chicos de entonces, á lo menos los de mi amistad, eran republicanos en aquella fecha; pocos, muy pocos lo han sido en edad madura. Auguro el mismo cambio á los niños monárquicos de hoy.

¿Y cómo no habíamos de ser republicanos en aquel año de 48, con sus levantamientos de Sevilla y de Madrid, sus revoluciones de Berlín y de Milán, sus barricadas de Viena y de París y su gloriosa república romana?

Por aquel tiempo me llevaba algunas veces mi padre á casa de un clérigo llamado Calzadilla, persona muy ilustrada que hacía primores tocando la Marsellesa. La Marsellesa y el himno de Riego estaban prohibidos, pero como si tal cosa: todo el mundo los tarareaba.

En aquellos años, como antes y después, los gobiernos deportaban á Canarias personajes de todas categorías. No sería para castigarlos, pues les daba un paraíso en lugar de un purgatorio. En concepto de desterrados políticos tuve ocasión de conocer á D. Víctor Pruneda, jefe de los republicanos de Aragón, que mucho más tarde fué en alguna parte compañero mío; al conde de San Juan, al brigadier Moreno de las Peñas, al general Ramírez (el mismo de las matanzas del Cuzco), al general Orive, que todavía en 1873 me recordaba su deportación á Tenerife, y á otros muchos que me sería difícil recordar. Pero no echo en olvido al capitán Solans, progresista impenitente, para quien fué repatriación el destierro por ser hijo de Canarias. Su nombre está hoy olvidado, pero no sus décimas, que eran medianas, pero son todavía populares entre los soldados del ejército. En la primera guerra civil las recitaban desde el gene-

ral hasta el soldado, cuando el autor servía en el regimiento de Zaragoza, del cual dijo:

Desgraciado regimiento
que lleva el número doce,
cuándo querrá Dios que goce
de un mediano alojamiento...

Suya era también la décima famosa que periódicamente parece de actualidad, por no decir que es de actualidad perpetua:

Loor á los generales
que á la victoria nos guían;
sólo en España podrían
llevar el nombre de tales.
. . . . . .

No he de cerrar esta página, consagrada á mis remembranzas infantiles, sin tributar un recuerdo á mis maestros de entonces. Aprendí á escribir con D. Manuel Villavicencio, cabo de gastadores de la milicia nacional; fuí discípulo mucho más tarde del ilustre D. Juan Puerta Canseco; tuve por profesor de náutica y de francés al venerable don Miguel Maffiotte. Y aun recuerdo las polémicas sostenidas en mi casa cuando mi abuela recomendaba que me enseñaran latín, á lo que mi padre se oponía, por considerarlo inútil y hasta pernicioso. Al fin cedió mi padre, y recibí lecciones de

un Sr. Benítez; pero los esfuerzos de este último no dieron resultado. Mi pobre abuela no consiguió que su nieto llegara á saber latín... si bien aprendí lo suficiente para comprender que mi maestro tampoco lo sabía.

Era tan grande mi afición á la carrera de las armas, que no obstante la oposición de mi cariñosa madre, me mandó mi padre al Colegio de Infantería de Toledo. En Noviembre de 1852 salí de Santa Cruz en el vapor *Ridnzares*, que me dejó en Cádiz, y prosiguió su viaje con dirección á Inglaterra, adonde aun no ha llegado: naufragó. De Cádiz pasé á Sevilla, donde tomé la diligencia que en cuatro días y tres noches me trajo hasta Madrid. Y el 2 de Enero de 1853 senté plaza en Toledo y me puse los cordones.

Pero mis impresiones cadetiles merecen un capítulo por separado, bien que muy sucinto, pues he de hablar en los siguientes de sucesos y personas más interesantes, de campañas militares y políticas, de amigos y de enemigos, de ejércitos y de pueblos, de viejas conspiraciones y de recientes catástrofes.

CAPITULO II

1853-1856

Lo primero que hice cuando llegué á Toledo fué preguntar dónde estaba la estatua de Padilla; me dijeron que no había tal estatua. Pero sí la había del monarca extranjero que lo decapitó. Mucho se habla y se escribe de la proverbial ingratitud de los reyes, que allá se va con la soberana ingratitud de los pueblos. Esto fué en los últimos días del año 52, cuando no habíamos pasado por una revolución liberal y democrática; pero volví á Toledo cuarenta años más tarde y todavía no era llegada la hora de erigir una estatua al caudillo de los Comuneros.

Uno de los días felices de mi vida fué aquel en que pude pasearme por el Miradero y por Zocodover con el uniforme de cadete y un morrión monumental. Únicamente acibaraba mi gusto el miedo á la novatada; pero en esto como en todas las cosas de este mundo, "del dicho al hecho hay gran trecho„. La novatada en mi tiempo era por demás

inofensiva. Para mi fué todavía más llana que para otro cualquiera, pues llevaba cartas de recomendación para el inolvidable Tomás Duro, á quien todos temían, no obstante su genio angelical, porque era un Hércules. ¿Quién se había de propasar conmigo teniendo mis propios puños reforzados por los de aquel coloso?

Pero ni esto evitó que mi chacó reglamentario sirviera de burla á todos. Los demás cadetes, en cuanto lo recibían, lo recortaban, lo reducian á las proporciones de un kepis más elegante y más cómodo; pero yo no quise modificar el mío, que se elevaba entre todos como una torre Eiffel. Y aun en las vacaciones, cuando yo pasaba una ó dos semanas en Madrid, llamaba la atención aquel morrión estupendo.

Tengo la mala costumbre de comer deprisa, y la debo á que en los primeros días de colegio me quedaba á menudo sin comer y sin cenar. Cuando empezaba á saborear la cena ó la comida, un redoble de tambor ó un toque de corneta nos advertía que era pasada la hora y había que desfilar. Bueno es enseñar prácticamente á los mozos que en este mundo no come el que no anda listo. Con la experiencia del colegio y algún escarmiento posterior, del que quizá hablaré más adelante, ha de serme disculpada mi pricipitación en el acto más importante de la vida.

Los cadetes de mi tiempo tenían el mal gusto de ponerse apodos, si bien en ocasiones se les podía

perdonar por la propiedad y acierto con que los ponían. Algunos los han conservado siempre, siendo más conocidos por ellos que por sus propios nombres. Y más de uno lo echaba á mala parte y provocaba lances ó disputas, como *Dulcinea*, que así llamaban algunos á Manuel Cassola y Fernández *del Toboso*.

Cuando pasan los años y parecen quebrantadas por el tiempo y las vicisitudes las amistades contraídas en la mocedad y en el colegio, todavía los que fuimos compañeros en Toledo nos creemos amigos como antes, aun los que allí no nos tratábamos; porque no todos éramos amigos en el mismo grado. Los más íntimos entre los míos fueron el ya citado Manuel Cassola, que murió de teniente general; Marcelino Obregón, que pereció de coronel peleando en la manigua; Miguel Pardell, que sucumbió igualmente en el campo de batalla, en Cabo Negro; Angel Glandia, que cayó combatiendo en Somorrostro; Losada y Bofarull, muerto en la toma de Alcira, defendida por los republicanos, y Leopoldo Horodinski y Baraibar, que murió en Madrid en las jornadas de Julio del año 56. De ellos y de otros hablaré en estos apuntes.

Entre los profesores, algunos eran notables y todos tenían, como los alumnos, sus correspondientes y apropiados motes. ¿Qué cadete de entonces no se acordará toda la vida del *Pinulas*, del *Rucho* y del *Matón?*

El director, en mi tiempo, era el brigadier Sán-

chez Ossorio, que fué relevado á consecuencia de un suceso deplorable, un acto de indisciplina ocurrido el 1.º de Agosto del 54. Aquella sublevación cadetil me sorprendió tanto ó más que al brigadier; jamás he conocido sus causas, pues aunque se notaba cierta agitación y muchos conciliábulos entre los cadetes más antiguos, la verdad es que no había razón alguna para que nos subleváramos. Con todo, en la noche del 1.º de Agosto se oyeron, al salir del comedor, algunas voces de *¡abajo el brigadier!* y muchas de *¡á las armas!* Rotas las filas forzamos las puertas de las salas en que estaban los armeros, tomamos los fusiles y salimos del Colegio en tumulto por la puerta principal. Una vez en la plaza, nadie sabía qué hacerse; los primeros oficiales que acudieron, aunque vitoreados, no fueron obedecidos; los cadetes no querían formar, y se repetían las voces contra el veterano brigadier. Aquellos instantes me parecieron propicios para darme un atracón de dulces, y haciendo abrir á culatazos una confitería próxima á Zocodover, me envainé en el estómago unas cuantas libras de excelente mazapán.

El brigadier fué relevado, pero la falta de disciplina, como puede suponerse, no quedó impune.

En mi época todos los alumnos éramos internos; salíamos á pasear solamente los domingos, formados por compañías, con los oficiales de semana; éstos procuraban que no nos encontráramos con

los seminaristas, porque en tal caso colisión segura.

La sujeción conventual en que se nos tenía despertaba en nosotros anhelos de libertad, siendo frecuentes, aunque no fáciles, las escapatorias. Durante las vacaciones de Junio y de Diciembre pasaba yo algunos días en Madrid, pero seis meses de encierro se me hacían insoportables. Entre mis compañeros los había más aplicados que yo, más diestros en manejar las armas y superiores á mí en todo género de cualidades; pero dudo que ninguno me aventajara ni me igualara siquiera en el número de escapatorias, algunas malogradas. Solo unas veces y acompañado otras, me escapé cien veces con toda clase de ardides y por todos los medios imaginables. No había puerta ni ventana, patio ni muro de que yo no me sirviera para salir, y lo que era bastante más difícil, para volver á entrar. Una vez en la calle, jamás se nos ocurría visitar los monumentos de la imperial ciudad ni la fábrica de armas, tan justamente famosa. Lo más frecuente era alquilar caballos para trotar por la vega, por la carretera de Madrid ó por el camino de Azucaica. Recuerdo que una vez, allá por el verano del año 55, Losada, Horodinski y yo, montados en tres malos jamelgos, nos encontramos en la vega con un batallón de nacionales que maniobraba en columna. Propúsonos Horodinski darle una carga, y en efecto, desenvainamos los sables y nos arrojamos á galope sobre la columna por su flanco iz-

quierdo. Horodinski, predestinado á ser víctima de los nacionales, cayó del caballo, lastimándose muy seriamente; Losada paró en firme cuando llegó á proximidad del *enemigo,* y yo, mediano jinete ó menos que mediano, me encontré sable en mano en medio del batallón. Aquellos buenos patriotas fueron bastante generosos para abrir filas, dejarme paso franco y no tratarme como merecía; puede ser que á estas horas no exista ninguno de ellos, y si acaso, le presento mis tardías excusas.

No puedo envanecerme de haber sido en Toledo un buen alumno; mi principal tarea en las horas de estudio era leer novelas de Eugenio Sué, de Alejandro Dumas y de los novelistas más célebres de entonces. Mis autores predilectos (aunque desemejantes) eran á la sazón Volney, Paul de Kock y Larra. Los tres influyeron algo en mi modo de ser y de sentir.

Perdí el cuarto semestre por haber sido unánimemente reprobado en la asignatura de dibujo. En ningún colegio hubo jamás una reprobación más justificada que la mía, pues en otras materias había quien me ganara á saber poco, pero en dibujo... ¡Imposible!... Y se me olvidaba: sigo dibujando como entonces.

Desde 1811 venía siendo maestro de esgrima en nuestras sucesivas escuelas militares del Puerto de Santa María, Granada, Segovia, Madrid y, por último, Toledo, un prisionero de la guerra de la Independencia, Martignac, antiguo preboste de un

regimiento francés. Discípulos suyos habían sido el marqués de Novaliches y otros muchos que eran generales cuando yo cadete. Él los juzgaba y calificaba á todos como generales y como políticos, según las notas que obtuvieron en esgrima cuando eran colegiales. No concebía que fuera general, ni gobernante, ni legislador el que no se hubiera distinguido en la esgrima de sable y de florete. En mi tiempo era sumamente anciano; le faltaban la vista, la agilidad y la fuerza, por lo cual se le sustituyó. Cuando hizo entrega de la sala de armas casi se muere. Tan honda era su melancolía, que el jefe de estudios resolvió engañarlo haciéndole creer que se le devolvía la enseñanza del florete y se le suprimía únicamente la del sable, confiada al maestro Merelo. Y todos los días de clase íbamos tres ó cuatro alumnos á la sala del viejo Martignac para que nos diera lecciones de florete después de haberlas tomado del profesor efectivo. El pobre viejo murió con el florete en la mano, sin haber perdido la esperanza de atravesar á Merelo de una estocada á fondo.

He olvidado el apellido del profesor de francés; fué el mismo que descubrió las coronas góticas de Guárrazar, desdeñadas en España, y que él hubo de vender en Francia. Varias veces las he visto en el Museo de Cluny durante mi voluntaria y larga expatriación.

Nada más abundante en el Colegio que los calabozos; los había en Santa Cruz, en el edificio nue-

vo y en Santiago: estuve en todos los de los tres edificios. La primera vez, encerrado por el teniente Pons en castigo de una escapada sin éxito, me costó algún trabajo distinguir los objetos en aquella obscuridad, y lo primero que vi fué un ratón pegado á la pared por el rabo, chamuscado con ensañamiento y con un letrero debajo que decía:

VÍCTIMA DE BOLDÚN
R. I. P.

Cuando me vi en libertad pregunté quién era el asesino con sangre de inquisidor; era un cadete que nunca ascendió á oficial, hermano de la celebrada actriz é hijo del personaje de quien dijo Serra (si no estoy equivocado):

Boldún, pedazo de atún,
haragán de profesión,
tú debieras ser Baldón
en lugar de ser Boldún.

***

El día 30 de Junio del año 56 salimos de Toledo á caballo los cuarenta y seis cadetes de la promoción, de los cuales dudo que vivamos seis. En Aranjuez tomamos el tren para Madrid, y al día siguiente ya estábamos en El Pardo para hacer nuestros seis meses de prácticas en la Escuela de

tiro, agregados al batallón cazadores de Las Navas; yo fuí destinado á la cuarta compañía. Estábamos encantados con la carabina Minié, que íbamos á ensayar en el Polígono, arma aquella considerada entonces la más perfecta y de mayor alcance.

Era primer jefe del batallón de Las Navas el teniente coronel D. Narciso de Ulibarri, tenido por uno de los mejores jefes del ejército. Al presentarnos á él, nos dirigió con entonación marcial esta breve alocución:

"Caballeros cadetes: Me complazco en tenerlos á ustedes á mis órdenes, y estoy seguro de que ustedes no me darán que sentir, ni tendrán tiempo de pensar en locuras, pues trabajaremos sin cesar. No exijo á cadetes de diez y ocho años la seriedad que cuadra á generales de setenta. Las calaveradas no me asustan, de cualquier género y color que sean, pero seré inexorable con quien olvide las máximas del honor. . Sobre todo, señores, mucha higiene."

Esta última recomendación nos hizo meditar.

Los ejercicios, la instrucción teórica, el servicio ordinario y las revistas ocupaban la jornada entera. Como el jefe nos había anunciado, trabajábamos desde el toque de diana hasta que sonaba el de retreta; pero todavía nos quedaba tiempo algunas noches para escaparnos de El Pardo, venir á pie hasta Madrid, pasar alegremente dos ó tres horas y volver á El Pardo, para que al toque de

diana no nos echaran de menos. Seis ó más cada noche emprendíamos la doble caminata, recatándonos del teniente coronel, que por cierto lo sabía y aun lo celebraba, pero de fijo hubiera castigado con dureza al que no hubiera estado en el cuartel al punto de la diana.

Esta vida agitada no duró mucho; en lugar de seis meses estuvimos en El Pardo nada más que trece días. Antes de amanecer el dia 14 de Julio nos despertó súbitamente una llamada rabiosa. Formados inmediatamente los dos batallones de cazadores acuartelados en El Pardo (Las Navas y Madrid), emprendimos la marcha á paso de camino sobre la capital.

Era que había llegado por fin la ocasión preparada pacientemente por el general O'Donnell para derribar al general Espartero. Y aunque este último no estaba dispuesto á resistir, lo estuvo la milicia nacional.

Rompió el fuego la milicia en la tarde del 14, durando la refriega los tres días 14, 15 y 16 de Julio. Precisamente fueron los batallones de Madrid y de Las Navas, procedentes de El Pardo, los que sostuvieron el peso de la lucha, los que tuvieron más bajas y los que lograron mayor número de recompensas, bien que para todos los cuerpos las hubo con profusión.

El capitán de mi compañía, D. Nicolás Rafols, murió al atacar el antiguo palacio de Medinaceli, distinguiéndose allí los cadetes Nicolás de las Cue-

vas y Vicente Gudal, así como los alféreces Fernando Pernas y Manuel Cassola.

De la milicia pelearon bien el 5.º de Línea y el 3.º de Ligeros, especialmente el último, que era republicano y lo mandaba Sixto Cámara con Aguilar, Becerra, Antonio Merino y otros oficiales entusiastas. La compañía mandada por Antonio Merino se batió rudamente, en la calle y dentro de las casas, con la octava de cazadores de Madrid, que mandaba el capitán Marinas. Aquel joven capitán del 3.º de Ligeros no era otro que el hoy anciano maestro de armas tan conocido en Madrid y tan amigo mío. Hago esta aclaración porque hubo en aquel tiempo tres Merinos, republicanos los tres, uno que daba estocadas, otro que periódicamente cortaba las comunicaciones con Andalucía y un tercero que pronunciaba discursos; y así los distinguíamos por *el que pincha, el que corta* y *el que ni pincha ni corta.*

Los cadetes no tuvimos bajas ni casi nos batimos; apenas si recibimos alguno que otro disparo. En la calle de Santiago murió el pobre Horodinski, ascendido á subteniente en la anterior promoción. La nuestra fué ascendida á fin de Julio *por méritos de guerra.* ¡Méritos! Si he de ser franco, el mayor de los míos fué destrozar de un tiro un espejo que se divisaba por un balcón abierto.

No volvimos á El Pardo, quedando los cadetes acuartelados en Madrid; nos alojaron en el cuartel de Santa Isabel, que ya no existe, y allí pasé

una semana sin salir por no poder calzarme á consecuencia de una caída... de la que no quiero hablar. Ajusté mis comidas en un *restaurant* próximo, que ostentaba en sus vitrinas tortillas petrificadas, pimientos fritos y bacalo con moscas. El primer día, á las diez de la mañana, pedí el almuerzo, á las tres la comida; á las ocho de la tarde el almuerzo del día siguiente y así sucesivamente, de lo cual resultó que al liquidar el 31 de Julio debía ya las comidas del 16 de Agosto. Desde aquella fecha estoy desnivelado.

Pero salí del cuartel luciendo ya mi dorada charretera, con la cual me deslumbraba á mí mismo, estrenando una preciosa botina de charol en el pie izquierdo y soportando mal en el derecho, que era el lastimado, la más estropeada y ancha de mis botas viejas.

Aquello era un presagio.

CAPITULO III

1856-1857

Después de las jornadas de Julio, en que recibimos nuestro bautismo de fuego, tuvimos también nuestras delicias de Capua. El mes de Agosto fué de placeres continuos. Como entonces no había ferrocarriles ni balnearios de moda, como Biarritz no existía y los más ricos se iban al Molar, como no se habían inventado tantas enfermedades griegas (á juzgar por sus nombres) y los billetes de Banco apenas circulaban y nadie los quería, el verano era en Madrid la estación privilegiada y el Prado un hormiguero de muchachas bonitas... ¡que estarán bonitas á estas horas!

El Prado, y el Retiro, y el café del Iris, y los teatros en que se cantaban *El valle de Andorra, Catalina* y otras zarzuelas que me parecían maravillosas, nos retuvieron á la mayor parte de los ascendidos hasta la revista de Septiembre: no era posible más.

Yo fuí destinado á Valladolid, donde hice con

entusiasmo digno de más alta empresa mi primera guardia de oficial. Pero Ulibarri, nuestro digno jefe, ascendido también por las jornadas de Julio, y destinado á mandar el regimiento de Zaragoza, pidió para el regimiento algunos alféreces de los de El Pardo, que él mismo designó. Fuí yo uno de ellos, y pasé á Pamplona. El coronel me destinó á la compañía de granaderos del segundo batallón, á la que pertenecí hasta que ascendí á teniente.

Era el de Zaragoza un regimiento modelo, en el que se trabajaba todo el día. En aquel tiempo, cuando se decía de un oficial: "ese es de la escuela de Ulibarri„, se sobrentendía que era un oficial de primer orden. Por lo que hace á mí, declaro que, en efecto, aprendí bastante y sudé mucho mientras estuve á las órdenes de mi inolvidable coronel; pero me desquité más adelante con otros coroneles, que no eran de su escuela... ni de ninguna.

D. Narciso de Ulibarri no se quitaba nunca el uniforme, iba al cuartel muchas veces cada día, y con frecuencia se hacía servir una cazuela de rancho. Estaba orgulloso de mandar el regimiento en que había sido cadete y en el cual había ganado la charretera de alférez, no sin gloria, en el puente de Luchana.

En las marchas, el coronel iba á pie del principio al fin de la jornada; por no cansar el caballo, se cansaba él. Bien que no se cansaría, pues al llegar á cada pueblo de etapa, alojada la gente,

proponía á los oficiales reunirse en la plaza para jugar un rato á la pelota. Después de caminar todo el día, no era fácil tener ganas de entregarse á tal *sport;* con todo, nunca faltaban oficiales complacientes, aunque chambones; el coronel les ganaba: era infalible.

Cuando nos reunía con cualquier objeto, nos echaba la consabida arenga sobre "el honor y la higiene„, que ya la sabíamos de memoria, y nos contaba la historia del regimiento desde su creación. Refiriéndose á los siete años de la guerra civil, nos decía: "Pudo haber regimientos que tuvieran tantos muertos y heridos como el de Zaragoza, pero ninguno tuvo tantos confinados á presidio por ladrones y borrachos, y fué el único regimiento que no tuvo en siete años ¡ni un solo pasado al enemigo!„ Se ve, por lo de ladrones y borrachos, que en aquel tiempo no se había hecho todavía la propaganda del honor y la higiene.

En Pamplona estuve algún tiempo con tercianas, pero sin darme de baja para el servicio. En mi afán de recobrar la salud, hacía cuantos disparates me recetaban curanderos de afición y comadres parlanchinas: todo inútil. Pero en un día glacial del mes de Enero, hallándome destacado en el polvorín de Escava, desde el cual no se veía mas que la capa de nieve que cubría el campo y la ciudad, pasó por allí un pastor con su rebaño, y me preguntó:

— ¿Qué tiene Vd., mi alférez?

— Calenturas.

— Yo se las curo, si Vd. quiere.

— ¿De qué modo?

— Con un remedio que me enseñó D. Tomás.

— ¿Qué D. Tomás?

— ¡Otra!... D. Tomás Zumalacarregui.

— ¿También era médico?

— ¡Era todo!...

Efectivamente, con el remedio del pastor desaparecieron mis tercianas, rebeldes á la quinina.

Pero yo había pedido licencia por enfermo para cambiar de aires y restablecerme al lado de mi familia, y aunque yá estaba bien cuando me la concedieron no la quise desaprovechar.

Al despedirme del coronel le dije cuadrándome respetuosamente:

— Mi coronel, como voy á hacer un viaje largo, y he de estar ausente cuatro meses, quisiera que se me adelantaran dos pagas.

— ¡Cómo!... ¿Se va usted por enfermo y quiere cobrar adelantado? ¿Y si se muere Vd ?

— Le doy á usía mi palabra de honor de no morirme...

— Eso es otra cosa: un oficial de mi regimiento no puede faltar á su palabra.

Y dirigiéndose al capitán cajero, allí presente le dijo:

— ¡Dele usted sus cuatro pagas!

Al día siguiente emprendía el viaje, un viaje que apenas concebirán los que no han conocido aque-

llos medios de locomoción. Hoy se le da la vuelta al mundo en menos tiempo y con más comodidad. Se viajaba entonces mucho más que ahora, dado que ahora el viaje á Petersburgo es un paseo y entonces era una empresa ardua el trasladarse de una provincia á otra.

Hice el viaje en diligencia desde Pamplona á Sevilla, tragando mucho polvo; de Sevilla á Cádiz por el Guadalquivir, en un vaporcito que roncaba estrepitosamente; de Cádiz á Tenerife en un barco de vela, el bergantín goleta *Temerario*. El único incidente de este viaje fué que volcó la diligencia, no en el camino, sino en una calle de Bailén. Por fortuna la calle era muy angosta y la diligencia quedó reclinada contra la pared.

Iba yo en el imperial, de modo que cuando los viajeros de berlina y rotonda salieron del vehículo más ó menos magullados, ya estaba yo en el balcón de la casa contra la cual cayó la diligencia; había pasado sin esfuerzo alguno del imperial al balcón. Refiero este incidente menudo, porque estuve quince años después en aquella misma casa, ignorando yo que era la misma, y hubo en ella quien me reconoció. ¡Qué buena memoria tienen en Andalucía!

La primavera del 57 la pasé con mi familia; fué la última vez que vi á mis padres. Ellos y yo lo presentíamos, y así fué de amarga la despedida cuando llegó la hora de volver al regimiento. Mi pobre madre no se resignaba á lo que yo le con-

taba de las camas de los alojamientos; de la vida militar era lo que le causaba más horror, y por eso mismo, habiendo llegado á Santa Cruz con una pobre maleta, salí con tres baúles, dos colchones magníficos y no sé cuántas docenas de sábanas. Bien sabía yo que no había de durar un equipaje tan rico, más propio de un prelado que de un subteniente, pero lo embarqué para no privar á mi madre del consuelo de pensar que yo dormiría en adelante sin sábanas remendadas y sin chinches veraniegas.

En los puertos de Canarias, tan concurridos hoy, no entraban en aquel tiempo cuatro vapores al año. El servicio de correos lo hacían dos barcos de vela, dos místicos, el *Corzo* y el *Buen Mozo*. Hice en el *Corzo* mi viaje de regreso, calculando que duraría una semana; duró diez y nueve días. ¡Un viaje que actualmente se hace en menos de cuarenta horas! Jamás he visto unas calmas como aquellas ni navegación más aburrida.

Por fin llegamos á Cádiz. Lo primero que hice fué deshacerme de sábanas, colchones y baúles. Me transformé de pronto en un capitalista, y resolví emprender un viaje de recreo por el Mediterráneo... ¡para ir á Pamplona!

Estuve en Algeciras, Gibraltar, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia y Barcelona. Excepto Gibraltar, donde estuve una semana tratando de examinar sus defensas (más teatrales que temibles), sólo pasé un día en cada ciudad citada.

En Málaga me hice acompañar por un sujeto, en clase de *cicerone,* para ver lo más notable, pues no estuve en tierra más de siete horas. Cuando me llevó al Perchel, le dije:

— Este es el famoso barrio de las puñaladas y la gente cruda...

— Exageraciones de la gente, me contestó; yo he sido sereno en este barrio, y le juro á usted, que se pasaban hasta semanas enteras sin que se matara á nadie.

— Pues... volvámonos á la Alameda.

A mi paso por Valencia, donde también estuve pocas horas, me permití una broma con mis compañeros de colegio, que eran muchos en la guarnición. A unos por escrito y á otros de palabra los convidé á comer en una fonda, citándolos á todos para las seis en punto. Y me embarqué á las cinco; pero luego supe que habían celebrado un banquete espléndido en mi honor, después de haberme esperado inútilmente Así me lo noticiaron en carta colectiva que escribieron á los postres, poniéndome como un trapo.

De Barcelona á Zaragoza fuí en diligencia, de Zaragoza á Tudela por el canal de Aragón, en un barco tirado por seis mulas; me faltaba navegar así. No tuve que proseguir á Pamplona, pues mi compañía estaba en Tudela destacada; pero á los pocos días, en los primeros de Julio, nos incorporamos á banderas, yendo á Pamplona por jornadas ordinarias.

En aquella marcha sucedió una cosa que hubiera complacido al coronel si la hubiera presenciado, pues demostraba que los granaderos de Zaragoza eran dignos de sus predecesores, los de la guerra civil. La noche que dormimos en Tafalla, cuando ya al amanecer andaban los cornetas tocando diana por todas las esquinas, y empezaban los soldados á salir de sus alojamientos, y se reunían en la plaza los más madrugadores, oí yo desde mi alojamiento, que era en la misma plaza, una espantosa gritería. Me asomé al balcón y vi lo que era: se había escapado un toro de los que llevaban á Pamplona para la fiesta próxima de San Fermín; el valiente animal entraba en la plaza echando espuma, los soldados armaban bayoneta, la confusión era grande, la polvareda enorme... Al cabo de un minuto sólo quedaban en medio de la plaza el rabo y las astas de la fiera. Y yo me preguntaba: ¿dónde diablo se ha metido el toro?... Luego lo supe: en los morrales de mis granaderos.

En Pamplona me encontré con una extraordinaria novedad: el insigne D. Narciso Ulibarri no era ya tan Ulibarri como Narciso; habíase enamorado de una tiple de zarzuela y no iba tanto al cuartel como al teatro. Ya me sorprendió al llegar que un coronel tan coronel no saliera á recibirnos; era la hora del ensayo.

A todas éstas, la tiple no le prestaba atención; pero el empresario quiso explotar la debilidad del coronel, pidiéndole la escuadra de gastadores para

que tomara parte en las representaciones de la zarzuela *El sargento Federico*. Accedió el coronel, ¡á qué no acceden los enamorados!, y un día se presentó en el cuartel un artista de la compañía con orden verbal de que saliera con él, y armada, la escuadra de gastadores. El oficial de guardia, que era, si mal no recuerdo, el alférez de la compañía de cazadores Juan Espiau, llamó al cabo de guardia y mandó encerrar al artista emisario en el más obscuro de los calabozos.

Esto no impidió que nuestros gastadores, de granaderos á la federica, se lucieran en el escenario la noche del beneficio de la tiple, noche en la cual recibió ésta varios obsequios notables, entre ellos una corona artística regalada por el coronel. Al día siguiente circularon en la guarnición unos pícaros versos, de los que recuerdo éstos que siguen:

Yo conozco á una Corina
que consiguió una corona,
por cantar una pamplina
en Pamplona...

Pasé todo aquel verano instruyendo quintos en el glasis de la ciudadela. En Octubre ascendí á teniente por antigüedad, gracias á la creación de ochenta batallones provinciales. Me destinaron al de Covadonga, recibí pasaporte para Cangas de Onís y emprendí un viaje, que será descrito al empezar el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

1857-1858

En diligencia desde Pamplona á Vitoria y en diligencia desde Vitoria á Bilbao. No siendo los mayorales, zagales y postillones, dudo que nadie haya viajado más que yo en las memorables diligencias de mi juventud. Los viajeros de cierta edad encontraban justificadísimo el nombre de *diligencia*, porque recordaban los tiempos de la galera, el carromato y el plácido borrico. Algunos se maravillaban de tanta comodidad y rapidez, así como de las comidas de los paradores, que á decir verdad, sólo eran buenas porque las sazonaba "la salsa de la hambre", como decía el inmortal complutense.

En Bilbao me detuve más de lo que yo me proponía, pues si hoy visitan su puerto centenares de vapores, no había ninguno cuando yo llegué.

La tardanza me sirvió para recorrer la invicta villa, para visitar los puntos en que el pueblo bilbaíno y las tropas del ejército habían defendido

veintiún años antes la libertad y la civilización. Más de una vez acudieron á mi memoria los olvidados versos de Ricardo Murphy alusivos al sitio de Bilbao:

"¿Y qué fuertes, qué muros
formaron su defensa?
¡Los pechos generosos
donde el honor y la virtud se albergan!

Por fin tomé pasaje en un vaporcillo que se presentó, el cual iba á Gijón con escala en Santander. No estoy seguro de cuál era su nombre, si bien creo recordar que se llamaba *Bilbao* ó *Bilbaíno*. Yo pensaba ir embarcado á Gijón, y desde allí á Cangas de Onís por tierra, pero me ocurrió un percance que voy á referir.

Fondeados en Santander, se nos advirtió á los pasajeros que podíamos desembarcar, puesto que el vapor no zarparía hasta las cuatro y media de la tarde; y yo desembarqué, por cierto de una manera ridícula, en brazos de una robusta matrona. Los botes no podían atracar al muelle ni aquel muelle era el de hoy. Paseando por la ciudad se me pasó la hora, y cuando llegué al muelle para reembarcarme ya el vapor navegaba fuera de puntas. Júzguese de mi contrariedad, pues el vapor se llevaba mi baúl, que era toda mi hacienda; quedábame sin mi ropa, sin mis libros, sin otras cosas que me interesaban. Tuve que irme por tie-

rra desde Santander á Cangas, sacando bagajes en los pueblos y sucesivamente pernoctando en Torrelavega, Comillas, Colombres, Llanes. Entonces aprendí á no apurarme por contratiempo alguno, que si yo no fuí á Gijón, el vapor tampoco fué: se perdió. Podría decir "no hay mal que por bien no venga„, si no fuera por los que se ahogaron y por los que lean estas MEMORIAS, molestia que probablemente no tendrían si yo me hubiera embarcado.

Suponiendo que en Cangas habría de estar exento de obligaciones, llevaba el propósito de estudiar mucho.

Había contado sin la huéspeda, esto es, sin mis nuevos compañeros, que eran una legión de atolondrados. Encargué bastantes libros á Oviedo, pero creo que todos se quedaron vírgenes.

Los capitanes eran ya maduros, y se contentaban con que les dejáramos hablar de Arlabán y de Mendigorría, de Luchana y de Morella, ó murmurar un tantico de O'Donnell y de Narváez; pero los subalternos eran jóvenes y nuestra existencia fué demasiado movida. Ya eran expediciones á Ribadesella ó al Infiesto, ya cabalgatas á Onís ó á Covadonga, ya partidas de caza... y aun de pesca. Unicamente el capitán Alcalá se pasaba la vida herborizando, no porque la botánica le importara mucho, sino porque le gustaba comer berros.

Nuestro jefe era D. Juan Vázquez Mella, un veterano muy amable, muy digno y por añadidura

liberal; bastante más liberal que su hijo el orador carlista, quien por entonces no había nacido ni pensaba en eso; como que asistí meses después á la boda de sus padres. ¡Si seré viejo!

Los subalternos publicábamos un periodiquito, manuscrito, por supuesto, del que circulaban copias, no diré por todo el mundo, pero sí por Cangas y lugares adyacentes. Se titulaba *El Orangután* y era inocentemente subversivo. Se suspendió por consejo del comandante Mella, pues éste, aunque progresista, no encontró bien que hiciéramos en verso y prosa la apología del oso que devoró á Favila, rey de Cangas. Suspendido el periódico, los tenientes que lo redactábamos solíamos ir en peregrinación á Villanueva, al sitio mismo en que Favila murió, y allí nos descubríamos respetuosamente en honor del oso regicida.

Todas las noches cenábamos juntos los oficiales del batallón, no concurriendo más que un paisano, Antonio Coll y Puig, tenedor de libros de la casa Fanjul, y republicano entonces como lo fué toda su vida. Aquellas cenas opíparas, en las que sólo gastábamos dos ó tres pesetas cada uno, pero en las que no faltaban ni el salmón del Sella, ni el faisán de Ponga, ni frutas de las Arriondas, ni excelentes vinos, daban ocasión á brindis entusiastas, discursos elocuentes y borracheras magnas. Recuerdo la noche en que brindó Coll y Puig ¡en 1857! *al próximo advenimiento de la república universal,* "hecho, dijo, que ha de coincidir con la

muerte de Pío Nono, ya en la agonía„. Vivió Pío Nono bastantes años más, casi nos entierra á todos, y la república universal no vino. Yo me contentaría con que viniera .. la otra.

Después de cenar salíamos por el pueblo á darles serenatas á las chicas. A mí se me prohibió terminantemente que cantara, porque al decir de aquellos envidiosos, yo desafinaba como un grillo, y me desquitaba diciéndoles, por haberlo leído no sé dónde, que la música es propia de pueblos primitivos, de razas inferiores y de entes degenerados como todos ellos.

No sé por qué motivos nos hicieron salir á principios del 58 para las demarcaciones respectivas. La de mi compañía era el concejo de Llanes, y allá fuí con mi capitán D. Pedro Carrillo de Albornoz. Era éste un perfecto caballero y un buen tipo, me trataba á mí paternalmente, pero se fué muy pronto, quedando yo de comandante militar de Llanes; por eso los llaniscos me llamaban: unos "el teniente„ y otros "el capitán general„.

En tan simpática villa pasé algo más de un año, sin otra obligación oficial que la de reunir la tropa un domingo cada mes y comunicar semanalmente al comandante general de Oviedo el precio de la cebada. Para algo querría saberlo, aunque yo no lo adivine, que los mandatos superiores suelen ser inescrutables. ¿Por ventura he sabido alguna vez para qué se mandan ciertas cosas? Todavía me acuerdo de aquel director de Infantería que pidió

á los cuerpos, con urgencia, una lista de los sargentos que tocaran la guitarra.

Mi vida en Llanes fué tan agradable, que conservo memoria imperecedera de la villa, de sus cercanías y de sus habitantes. No he vuelto nunca; pero si me pusieran con los ojos vendados en el convento de Celorio, ó en el puente de San Antolín, ó en el bufadero de Santiuste *(bufón,* como dicen por allá), me iría sin vacilaciones... á una casita blanca de la plaza de la iglesia. ¡Qué habrá sido de sus moradores! Sólo sé que ya no viven en Llanes.

He tropezado con bastantes llaniscos por el mundo, sobre todo en Méjico, y siempre he visto con satisfacción que si yo me acuerdo de la patria de Posada Herrera, tampoco en ella se han olvidado de mí. Hasta me ha conocido, sin duda por las señas, alguno que no pensaba en nacer cuando estuve en su país; esto me ha sucedido con Pepín Parres no hace mucho tiempo. Es verdad que yo había tenido el gusto de tratar á su familia, y singularmente á su tío D. Sinforiano.

Si hasta cierto punto fuí popular en Llanes, debido fué á que alternaba con las notabilidades de la villa, sin exceptuar á las que no faltan en población alguua: el viejo de las coplas, el superviviente de Trafalgar, el cochero de Godoy, el que peleó contra Ney, el que conoció al marqués de la Romana, el que militó con Iturbide y los demás rezagados que iban dejando las generaciones. Recuerdo, entre otros, á un militar retirado, español neto,

que aceptaba todas las conquistas del progreso, menos una, el correo diario. "Eso es demasiado, me decía; para saber de los ausentes, basta y sobra una vez á la semana."

Hice en Llanes una vida relativamente laboriosa; madrugaba y estudiaba, dedicándome singularmente á plantear problemas que no podían ser resueltos por mis pocas matemáticas, y algo también al estudio de la Historia. Después de comer dejaba en paz los libros, yendo á pasear con los hermanos Vega, con el juez, con el alcalde. Era alcalde á la sazón D. Juan de Posada Argüelles, varón ilustre y pariente cercano de Argüelles el vino. También traté á D. Joaquín de Posada, hermano del ministro, conocido en Llanes por *el cura loco,* bien que á mí me pareciera el menos loco de los que cantan misa.

Algunas veces me paseaba solo, llevando ó no la escopeta, y recorriendo las aldeas vecinas ó perdiéndome entre los maizales.

En los primeros meses de residencia en Llanes iba con frecuencia á Cangas—seis leguas de mal camino por cualquier lado que fuera—; después dejé de ir. Hice en cambio alguna escapatoria á Santander.

Una vez me llevó de Llanes á Santander en el patache *Sella* el capitán ó patrón que lo mandaba, el famoso Presno, aquel desventurado *lobo marino,* que después de haber sido *casi almirante* en Cartagena murió fusilado en los Pirineos el

año 74, juntamente con el ex brigadier Pozas, el simpático Angel Caballé y otros que yo no conocía. De aquel bárbaro fusilamiento no hablará la Historia, pues pasó inadvertido para los contemporáneos.

Uno de los lugares á que iba más á menudo, el cercano Cué, me ofrecía entre sus atractivos la pintoresca y animada conversación del cura, un gran jinete, gran cazador y gran bebedor de sidra, que había sido en sus mocedades sargento de dragones, y fué el primero que me dió lecciones de socialismo práctico. Era socialista sin saberlo, como el Sr. Jourdain hablaba en prosa. No eran muchas sus letras, pero tenía el ejemplo en su parroquia; el socialismo, en Cué, no era esperanza, que era realidad; allí se subordinaba la propiedad individual á la colectiva, allí pudieran convencerse algunos de que nada es nuevo y de que no hay utopias.

Para terminar este capítulo dedicaré un recuerdo á Bernardo Coterón, aquel tipo de novela á quien tuve el gusto de conocer en Llanes. Creo que ha muerto, y me parece mentira. En un día de Enero, en Llanes, apostó conmigo que era capaz de hacer lo que yo hiciera; me desnudé en la playa, me eché al mar y estuve en el agua dos minutos; él se desnudó con mucha calma y estuvo en el mar tres cuartos de hora. Años después me lo encontré en Madrid, bastante desfigurado, pero sano y fuerte. Venía de Londres, donde lo habían des-

cuartizado no sé cuántos cirujanos célebres para curarle no sé cuántas cosas que le habían roto los indios filipinos, haciéndole éstos sobre cincuenta heridas, ocho de ellas *mortales*. Y si alguien lo pone en duda, que pida informes á Oviedo.

CAPITULO V

1859

Empecé el año en la costa de Cantabria para acabarlo en el Estrecho de Hércules; desde los húmedos valles de la verde Asturias al pestífero hospital de Ceuta; contrastes de la vida.

Me destinaron al regimiento de Zamora, que estaba de guarnición en Zaragoza, y cubrí una vacante de teniente en la cuarta compañía del segundo batallón.

Salí de Llanes sin realizar dos deseos que tenía: era el uno penetrar en el corazón de Asturias, pues sólo conocía la parte más oriental, y el otro subir á las nevadas cumbres de los Picos de Europa. Esto último era difícil que lo efectuara yo solo, y desgraciadamente no encontré quien quisiera acompañarme: ni el mismo Coterón, á quien se lo propuse. Me hubiera gustado tomar parte en alguna cacería de osos y me quedé con las ganas; mi escopeta en Asturias no siempre estuvo ociosa; pero apenas si maté unos cuantos pajarillos.

Salí de Asturias por donde mismo entré: por Colombres y Comillas, para embarcar en Santander, desembarcar en Bilbao y tomar la diligencia.

En una de mis visitas á Santander había visto yo en el puerto, y no sin cierta nostálgica emoción, un barco desarbolado, en cuya popa se leía este nombre: *Guanarteme*. La impresión que me produjo la comprenderá cualquiera si digo que no había vuelto á leer ni á oir tal nombre desde que saboreaba siendo niño la historia de Canarias; eran el nombre y el barco recordaciones de la patria chica y los busqué al llegar el año 59. El barco estaba allí, pero pintado, renovado, con arboladura de brikbarca y otro nombre: ya no se llamaba *Guanarteme*, sino *San Mamés*. La transformación no me fué grata, pues era sustitución de un nombre histórico por otro desconocido, á lo menos para mí, que no conocía ni conozco aún la historia de San Mamés, y cuenta que he leído hasta vidas de santos para regocijarme en las guardias aburridas.

La breve navegación de Santander á Bilbao, aunque feliz, faltó bien poco para que no lo fuera, pues delante de Santoña estuvimos expuestos á encallar.

Después de pasar la barra de Portugalete, y al remontar la ría, ví de cerca la famosa puente de Luchana. Hoy pasan por allí viajeros y más viajeros sin acordarse de la épica noche en que llegó Espartero á la cumbre de su fama; pero entonces

todavía se extasiaban todos oyendo referir á los testigos del combate las peripecias del mismo. De esos testigos y actores no queda casi ninguno; van desapareciendo los entusiastas liberales de aquella generación que tuvo tantos vítores para Espartero y que sabía de memoria el célebre discurso de D. Joaquín María López, glorificación de los héroes de Luchana.

En Bilbao tomé la diligencia, ocupando un sitio en el pescante junto al mayoral. Sobre ser más barato, era más agradable que meterse dentro; aspiraba más polvo, pero gozaba de los hermosos paisajes y de los recuerdos de la guerra. Por todas partes me iba señalando el mayoral los campos de batalla y las huellas de la lucha, y á cada instante acudían á mi memoria los versos de Ventura de la Vega:

Los campos corre de la madre España
y cada monte te dirá una hazaña.

¡A fuerza de hazañas estamos en los huesos!

Subimos á pie la interminable cuesta de Urquiola, y aun andando despacio nos dejamos atrás la diligencia. Como los viajeros eran vizcaínos y hablaban en su lengua yo no podía tomar parte en las conversaciones, pero las escuchaba. Las personas que han leído algo y han viajado mucho entienden alguna cosa de lo que se dice en una lengua cualquiera, que todas tienen algo de común, de todas se interpreta alguna frase, algún térmi-

no, sea por las vocales ó por las consonantes; pero de aquellos diálogos entre los vizcaínos, que yo escuchaba con singular atención, no pude entender absolutamente nada. Y pensé en Voltaire, que escribió con su habitual donaire: "Dicen que los vascos se entienden unos á otros... No lo creo."

De Vitoria á Logroño también hice el viaje en diligencia; en otra diligencia de Logroño á Zaragoza. Al pasar por Cenicero saludé mentalmente á los heroicos defensores de tan liberal, de tan ilustre pueblo, que supo escribir una de las más hermosas páginas en la historia de nuestras guerras civiles.

*
* *

En Zaragoza, como en todas partes, la vida de guarnición es de una monotonía que abruma, singularmente para los que tienen escasas relaciones en la sociedad civil; yo tuve muchas después de la guerra de Africa, pero en la primera temporada no tenía más distracción que el estudio. En aquella época tuve el gusto de conocer á Ruiz Pons, catedrático de historia natural y una de las primeras figuras de la democracia. Era hijo de un oficial benemérito del cuerpo de artillería, defensor de Coruña el año 23, que murió manteniendo su fidelidad á la idea republicana. Sabido es que en el primer cuarto del siglo no había partido republicano, pero rendían culto al ideal los artille-

ros, los ingenieros, los marinos, los hombres de ciencia en su totalidad, que eran francmasones cuando el pueblo era realista. ¿Por qué se habrán hecho reaccionarios los cuerpos de tradición liberal, las clases más ilustradas y pudientes? Sin duda porque el pueblo se ha liberalizado. Todos los progresos de la democracia han venido á estrellarse en las preocupaciones de origen y de fortuna; la lucha de clases la mantienen con torpeza inconcebible precisamente los mismos que sucumbirán en ella.

Dejando impertinencias, volvamos á mi regimiento de Zamora, que siempre he considerado *el mío;* no en balde estuve en él cuatro años, hice con él una campaña tan brillante como la de Marruecos y contraje en él afectos perdurables. De él saqué, en su mayor parte, los *tipos* del libro *La Milicia,* bien conocido de los militares de mi tiempo.

Mandaba el regimiento el brigadier Mogrovejo, de quien repetidas veces he de hablar; y recuerdo su nombre con cariño, no sólo por sus prendas, sino porque en la guerra y en la paz me distinguió mucho más de lo que yo merecía.

Destinado el regimiento al ejército expedicionario de Africa, salimos de Zaragoza el día 15 de Octubre, camino de Valencia. En aquella marcha...

Pero antes de proseguir, he de consignar aquí una observación que hice en Junio del 59.

Yo sabía nadar antes de saber andar; pero una tarde quise bañarme en el Ebro y estuve á pique de ahogarme. Perdí entonces la confianza en mí mismo como nadador; pero después nadé sin dificultad, unas veces guardando y otras sin guardar la ropa, en mares encrespados y en caudalosos ríos. Más adelante volví á bañarme en el Ebro, y la corriente me arrolló como si fuera una paja. Deducción: los zaragozanos son muy francos, pero su río muy falso; puede fiarse en los aragoneses, pero no en el Ebro.

Ir á pie de Zaragoza á Valencia es un paseíto regular, tardamos bastantes días; pero amenizábamos las noches cuando nos tocaba un buen alojamiento y en los pueblos que contaban con algún casino.

En Cariñena vi una cosa que parece inverosímil: un regimiento borracho sin haber bebido ni una gota. El alcalde, previa autorización del coronel-brigadier, permitió que las doce compañías entraran en las viñas y comieran uvas. No sé las que comieron, sólo sé que aquellas uvitas negras causaron un efecto desastroso. Y tras de aquella *razia* las viñas quedaron tan florecientes y cargadas de racimos como si allí no hubiera pasado nada.

En Daroca me alojé en casa de un señor cura, el cual me dijo: "En este mismo cuarto se alojó más de una vez el famoso general Serrano cuando era capitán ó comandante de caballería; por

cierto que nunca utilizó la puerta ni la escalera: entraba y salía por el balcón, á veces á caballo.„ El cura se refería al general que fué más adelante duque de la Torre.

No he de hablar de Belchite, donde no faltó quien se acordara de *El pelo de la dehesa;* ni de Torremocha, donde nadie se acordó de nada; ni de Teruel, la ciudad de los amantes, donde todos hablamos de Hartzenbusch. Estuvimos en Viver del Agua, en Jérica, en Segorbe, en Murviedro (hoy Sagunto), y por fin llegamos á la ciudad del Cid, alojándose mi batallón en el delicioso Campanar.

La guerra con Marruecos, todavía problemática á nuestra salida de Zaragoza, era ya inevitable cuando entramos en Valencia. La opinión pública la recibía con marcadas muestras de entusiasmo, y las tropas eran acogidas en los pueblos con demostraciones inequívocas. Nada más popular en España que la guerra con *el moro,* tal vez porque nosotros mismos somos medio moros; y nunca más popular que entonces, quizá porque su fundamento era una gran injusticia. De todas suertes, los militares no cabíamos en el pellejo de gusto, especialmente los jóvenes, y sólo temíamos que por cualquier motivo se arreglara todo antes de habernos descrismado.

Yo creo que ese afán de conquistar Marruecos es una especie de atavismo, no solamente por ser "el moro„ enemigo secular, sino porque el instinto nacional conoce que Marruecos sería parte de

España si ésta hubiera seguido el rumbo de su historia, del que la desvió la casa de Austria. Desde Covadonga y San Juan de la Peña iba España en derechura al Atlas; surgió el déspota imperial, y se torció la Historia. España fué arrastrada á las contiendas de Europa, y sacrificó sus intereses propios á los dinásticos de Carlos V y de Felipe II.

Conquistamos laureles en Flandes, en Alemania, en Francia y en Italia; pero aquellas glorias fugitivas resultaron desastrosas, y perdimos por ellas la ocasión precisa de conquistar Marruecos. Hoy es demasiado tarde: la poderosa Francia tardó diez y siete años en conquistar la Argelia, que sólo tenía cuatro millones de habitantes; no olvidemos que los marroquíes son diez millones, por cierto más fanáticos, más bárbaros, más belicosos y tan bravos como los argelinos.

Pero dejémonos de digresiones.

Doce días pasamos en Valencia, que al salir nosotros para Málaga nos inundó de flores, acompañándonos al Grao la ciudad entera.

De nuestra estancia en Málaga, donde estuvimos un mes, no tengo espacio para hablar aquí. La recuerdo, la recordamos todos con encanto, y para hablar de ella no puede bastarme un párrafo, ni siquiera un capítulo; sería necesario escribir un libro... ó dos.

La despedida que nos hizo Málaga fué un verdadero delirio; ya navegábamos con rumbo á

Ceuta, envueltos en las brumas de la noche; apenas se divisaban las luces de la ciudad y del puerto, y aun llegaba hasta nosotros el amortiguado eco de las frenéticas aclamaciones.

Desembarcamos en Ceuta el 12 de Diciembre, y salimos el 13 para el Tarajar, donde establecimos nuestro campamento.

***

No voy á hacer un diario de operaciones, que las de aquella campaña son bastante conocidas; yo mismo hice una breve reseña al final de mi libro *Episodios africanos*. Me limitaré á contar lo pintoresco, lo episódico, lo personal y lo que no conste oficialmente.

Cuando acampamos en el Tarajar en el llamado "campamento de la Concepción", trabajaban ya los ingenieros en la construcción de la ruta militar. Al retirarse las fuerzas destinadas al trabajo, casi todas las tardes eran hostilizadas por los moros, y había que salir á protegerlas. Zamora lo hizo, como los demás, y entramos en fuego por primera vez el día 15 por la tarde.

No tuvimos bajas, ni ese día, ni en los tiroteos del 17, 20 y 22. Pero no olvidaré nunca la acción del 17; nos retirábamos por escalones, y al hacerlo al frente de mi sección, abandonando una altura que ocuparon los moros inmediatamente, me preocupaba la idea de que en la obscuridad crepuscu-

lar se me quedara algún hombre, herido ó no, en la intrincada espesura de los agrestes jarales. Al llegar al fondo de la cañada aquella, cruzándose ya por encima de nosotros el fuego del enemigo y el de los escalones protectores, mandé hacer alto, alinearse y numerarse: no faltaba nadie, ni nadie estaba herido. En aquel momento surgió de entre las jaras un hombre solo, sin caballo, ni ayudantes, en quien distinguí confusamente las doradas insignias de teniente general.

— ¿Qué regimiento? — preguntó.

— Zamora — le respondí.

— ¡El mío!... ¡Y siempre el mismo! — exclamó con cierto orgullo.

Si él reconoció su antiguo regimiento, yo también en él reconocí, y no le había visto nunca, al héroe futuro de los Castillejos: era Prim.

Ocho años después, haciéndole una visita en Páddington, cuando él preparaba la revolución, le pregunté si recordaba aquel mínimo episodio. Lo recordaba muy bien:

— No fuí capitán más que tres meses, me dijo, y lo fuí en el valiente Zamora, terror de los carlistas; por eso me complació la retirada aquella...

El 25 de Diciembre, antes del amanecer, atacaron los moros el campamento de la Concepción, con fuerzas numerosas y con verdadera furia. Zamora cubría las avanzadas y cumplió con su deber: hasta los quintos pelearon como leones. Diez minutos sostuvimos solos el choque de un enjam-

bre de fanatizados enemigos, hasta que acudieron tres brigadas y la lucha se generalizó. Duró el fuego hasta las tres de la tarde, jugó la artillería, pero Zamora no estuvo en fuego más de diez minutos. En aquellos minutos perdió mi compañía la tercera parte de su fuerza y todos sus oficiales. De los oficiales fuí yo el único herido leve; el otro teniente, mi compañero Juvani, murió á los siete días; el capitán Ruiz Mateos estuvo cinco meses padeciendo para quedar casi inútil; el alférez Juan Ibarra también recibió tan grave herida que no se reincorporó hasta después de Wad-Ras. El pobrecillo murió de su segunda herida cinco años después, en la acción de Paso del Muerto (isla de Santo Domingo).

En los primeros momentos del ataque gritó una voz, que me pareció del cabo Luque:

—¡Animo, chicos! ¡No se muere más que una vez!

—¿Y te parece poco?—le replicó el cabo Echarri.

¡Pobre Echarri! Un momento después caía con la cabeza destrozada, salpicando su sangre la esclavina de mi poncho.

Mi compañía fué felicitada por el general O'Donnell; yo también oí de labios de Mogrovejo cumplimientos que le agradecí.

Por la tarde me llevaron al hospital de Ceuta; mejor dicho, á uno de los 26 hospitales de aquella triste ciudad, llamada por Alarcón en su *Diario de un testigo* "Cárcel, hospital y tumba„.

CAPITULO VI

1860

I

De los hospitales improvisados en Ceuta me tocó el del Casino, que no tenía condiciones de hospital. Allí no entraban coléricos, todos éramos heridos. Estuve en él desde el 25 de Diciembre hasta el 4 de Enero, atormentado por el espectáculo de tanta miseria y tanta víctima. Cerca de mí yacía Juvani, el otro teniente de mi compañía, herido entonces por primera vez, aunque contaba más de cien acciones de la guerra civil y de la campaña de los *matinés* de Cataluña. Diariamente le visitaban el coronel graduado Periquet, jefe de no recuerdo qué batallón de cazadores, y el Noy de la Barraqueta, que se hallaba en Ceuta no sé con cuál motivo. La figura del Noy era arrogante y simpática; yo le tomé gran cariño al ver sus desvelos por Juvani, que murió en sus brazos la noche del 31.

Entre amputaciones y gemidos, estertores y blasfemias, no me era posible descansar; pero nada me hacía tanta impresión como el delirio de un oficial de no sé qué regimiento, cuya agonía me desgarraba el alma. Joven, robusto y habiendo caído con honor al pie de la bandera de la patria, no pensaba en la patria, ni en la bandera, ni en sí mismo; en su delirio, no se le oía distintamente más que una frase, repetida hasta la saciedad y hasta que, balbuciéndola expiró: "¡Ochenta reales!... ¡ochenta reales!...„ decía. ¡Y quién sabe si en tan prosaico delirio se encerraría algún poema de amor!

El día primero del año, impresionado aún por la muerte de Juvani, cuyo cadáver sacaron todavía caliente, solicité que se me diera de alta; no me lo concedieron hasta el 4, después de mucho insistir.

El mismo día 1.°, desde muy temprano, se oía desde el hospital nutrido fuego de fusil y de cañón; se luchaba en Castillejos y no cesaban de llegar heridos. Pronto ocupó la cama ensangrentada y vacía del infeliz Juvani otro oficial que feneció al día siguiente; no llegué á saber su nombre.

Al fin me dieron de alta, y aquel mismo día—4 de Enero—, yendo por mar en un lanchón, me incorporé á Zamora en la playa de los Castillejos.

En el momento de desembarcar estaba forman-

do el regimiento para emprender la marcha; tuve entonces una de las impresiones más vivas y duraderas de mi vida militar: los soldados de mi compañía rompieron la formación al verme, se abrazaron á mí y algunos me aclamaron. Yo les correspondía de veras y lo demostré bien pronto: después de la toma de Tetuán, y más tarde en Zaragoza, quiso Mogrovejo destinarme á una compañía de preferencia y yo me resistí; mi preferencia era la cuarta del segundo; con aquellos soldados tan sufridos, tan dóciles, tan bravos, no había nada que pedir ni contrariedades que temer. En la misma relatada acción del 25 de Diciembre quizá los moros nos hubieran sorprendido por la obscuridad de aquel amanecer desapacible y lluvioso, tal vez nos hubieran arrollado por la fuerza y el ímpetu con que nos acometieron sin la perspicacia de un soldado que previó el ataque desde la media noche.

Estábamos de trinchera en lo más avanzado, en un ángulo saliente, sin el menor indicio de un ataque próximo, sin que se oyera el menor ruido, empapados por la lluvia de aquella inolvidable Nochebuena, cuando el soldado se me acercó y me dijo.

—Mi teniente, los moros...

Escuché, miré, reconocí... No había nada.

Media hora después me repitió:

—Ahí están, mi teniente; nos atacarán antes del día...

Vista la insistencia del soldado, previne al capitán y éste le interrogó:

—¿Por qué dice Vd. que están ahí?

—Por la ranas; óigalas Vd., mi capitán; á ratos cantan en las charcas y se callan de repente; es que pasan moros.

En efecto, iban llegando grupos que se concentraban para la embestida.

Un bachiller de los del servicio obligatorio tal vez se hubiera batido como aquel campesino malagueño, de apellido Truquillán, que murió peleando antes que saliera el sol; pero no habría advertido como él la presencia de los moros, que para eso es preciso estar familiarizado con los rumores nocturnos. Los oficiales mismos éramos inferiores á las exigencias efectivas de una guerra campal, que ni Jacquinot ni Jomini en sus sendos libros nos habían enseñado cosa alguna del canto de las ranas. Más tarde, en otras guerras, aprendí también de los soldados cien cosas que no sabía.

Zamora no se batió en Castillejos, acción reñida y gloriosa que produjo en España una explosión de entusiasmo delirante. Fué D. Juan Prim el héroe de la jornada, pero compartieron su popularidad otros héroes más modestos, como Pedro Mur. ¿Qué español de entonces no deseaba conocer al valiente cabo de húsares que tomó una bandera al enemigo en el campo de batalla? ¡Pero, cuán poco duran las glorias de la guerra! Hoy no

se acuerda nadie del cabo aragonés, y yo me entristezco al verlo pasar todas la tardes por la plazuela del Angel, encorvado, encanecido y cojo, sin que nadie lo conozca ni nadie le salude. Hasta cierto punto, lo comprendo: ¡son tantos en la actual generación los que han tomado banderas en el campo de batalla!

Al presentarme al brigadier Mogrovejo, éste me dió la enhorabuena por mi ascenso á capitán; resultó luego que sólo me concedían el grado. El brigadier me aconsejó que reclamara, por haberle oído él mismo al general en jefe que se nos propusiera á todos los oficiales de mi compañía para el empleo inmediato. Reclamé; pero el señor Jovellar, coronel secretario del general O'Donnell, declaró por sí mismo que yo era muy joven para capitán; no lo era por cierto para recibir balazos. De todas maneras, ni he de quejarme ahora ni me quejaba entonces. Yo me creí muy bien recompensado con llevar dos charreteras á veintiún años de edad.

Emprendimos la marcha con dirección al Cerro de la Condesa, donde campamos. Desde aquel campo vi por vez primera un gran campamento marroquí; sus tiendas cónicas, muy blancas al parecer, aunque vistas de cerca no lo eran tanto, su perfecta alineación y el declive del terreno le daban un aspecto primoroso.

El paso del Monte Negrón en la mañana del 6, esquivando el encuentro con el enemigo que nos

esperaba en otra parte, fué calificado de maniobra habilísima.

Desde el 6 hasta el 14 de Enero estuvimos acampados en la orilla izquierda del Azmir; allí tuvimos fuego con el enemigo el 8, el 10 y el 12, fuego que ni nos secó, porque llovía sin parar. El viento huracanado, la lluvia torrencial, la incomunicación con la Península por haberse ido la escuadra, nos pusieron en una situación algo difícil, pero no tan comprometida como se ha supuesto.

Se careció de azúcar, pero no faltó el café; el vino escaseaba, y el agua del Azmir estaba turbia; pero nunca faltaron el arroz ni la galleta; el nombre de *Campamento del Hambre* sólo estaba justificado para los fumadores, pues el tabaco se concluyó en absoluto. Como yo no fumaba me importaba poco.

Pero el vendaval nos arrancaba las tiendas, la lluvia encharcaba el suelo, pasábamos las noches y los días en un terreno fangoso y con las ropas mojadas, lo cual no impedía que cultiváramos la nota alegre. Mi buen amigo Nogueira, teniente de Toledo, que había sido compañero mío en el provincial de Covadonga, construyó un paraguas africano que mereció privilegio de invención; aunque estaba hecho con pencas de chumbera y con latas vacías, era una obra de arte, digna de figurar en un museo. Otro teniente hizo un barómetro que nos consolaba mucho, pues marcaba

buen tiempo cuando más llovía. Un tercero nos leyó una carta de su madre, en la que le decía candorosamente:

"No te mojes los pies, que eres propenso á resfriarte„, recomendación que en aquellas circunstancias parecía una burla, y arrancó sonoras carcajadas.

Alguno hizo la parodia de una celebrada arenga del general Ros de Olano; el general, en altisonante prosa, habíanos dicho: "¡Soldados!... tenéis la vista y la agilidad del árabe, la fuerza y la robustez del godo, la inteligencia y el corazón del romano;„ y el otro nos decía: "¡Húmedos!... tenéis la vista del topo, la agilidad del cerdo, la robustez del grillo, la inteligencia del burro y el corazón del pavo.„ Ni faltó quien imitara á Napoleón I, diciéndonos con excelsa gravedad: "Desde las pirámides de Egipto, cuarenta siglos y *sesenta años* os contemplan.„ Unos con disentería, otros con fiebre, todos mojados, allí estábamos en continua broma López Carrafa, Tuser, Altarriba, Osorno, Colomer, Allué, Rodríguez-Mangas, Muñiz, Dulong, Peralejo, Asbert y los demás.

Tampoco faltaban, como no faltan en ninguna guerra, los imitadores más ó menos felices del *capitán coplero*, el celebérrimo Gerardo Lobo, imitadores que distraían el hambre cantando seguidillas. A falta de mejor literatura, todos recitábamos las de autor anónimo que circularon

por el campamento; aun reçuerdo las que siguen:

Dichoso el que descansa
con muelle holgura
sobre blanda alcatifa
de arcilla pura,
donde á deshora
le agasajan insectos
de estirpe mora.
Y dichoso el que escribe
estos cantares
en el campo del hambre,
lloviendo á mares,
á diez de Enero,
á la luz de una vela
sin candelero.

.....

Levantamos el campo al amanecer del día 14, y emprendimos la marcha sobre Cabo Negro, donde se resistieron los moros todo el día. Eran posiciones fáciles de defender, y las defendieron con tenacidad; pero nuestros batallones las tomaron sucesivamente, bien que la victoria costó setecientas bajas. La artillería también trabajó mucho, particularmente la batería que mandaba el joven capitán López Domínguez.

Los dos batallones de Zamora cubrían la retaguardia; aquel día no quemamos un cartucho; pero lo recuerdo como uno de los memorables de la penosa campaña de Mogreb.

Cuando ya la vanguardia coronaba las crestas del promontorio y nosotros á la desfilada trepábamos por senderos escabrosos, más ó menos torcidos, cruzábase con nosotros un reguero de heridos y moribundos, entre los cuales conté no pocos amigos. En una camilla que pasó á mi lado se incorporó un alférez, pálido como la muerte, y me gritó:

—¡Avísale á Juan que estoy herido!

Era Santiago Madan.

A los pocos pasos encontré á su hermano Juan, también herido, que bajaba por su pie, y le di el recado.

El desgraciado Pardell, mi camarada de colegio, pasó en otra camilla, agonizando.

Al llegar Zamora á las alturas y desplegar en batalla, no quedaban más enemigos enfrente que los vistosos escuadrones de la guardia imperial, llamada *Guardia negra*. Aquella tropa disciplinada y marcial emprendió la retirada con orden, y no la hostilizamos. El aspecto original y fantástico de aquella gente nos entusiasmó, haciéndonos pensar en los zenetes, en los zegríes, en los abencerrajes.

En la jornada del 14 vimos, y por la noche enterramos, los primeros cadáveres que en el campo de batalla dejaba el enemigo. Acostumbrados los moros á retirar sus muertos, el hecho de abandonarlos era una prueba de que se habían sostenido con tesón. Mejor dirigidos nos hubieran im-

puesto una segunda jornada para desalojarlos del promontorio defendido tan valerosamente. Su general en jefe, Muley-Abbas, era un príncipe caballeroso y valiente, pero que no brillaba por sus dotes de caudillo.

Entre sus muertos vimos ancianos de blanca barba, mozos imberbes, soldados en la plenitud de su vigor. Sembrados en desorden por el campo y en las grietas de los riscos, empuñando aún las gumías ó las espingardas, con los pechos atravesados, ó con los cráneos rotos, no inspiraban solamente la compasión debida á los difuntos, sino el respeto que merecen los que luchan y se sacrifican por la independencia de su patria.

Físicamente, aquellos muertos hacían pensar en los moros de nuestra leyenda medioeval; y eran idénticos á nuestros mismos soldados, morenos y enjutos como éstos, altivos aun en la muerte; quizá más vigorosos por menos civilizados.

Aquellas víctimas de nuestras balas me interesaban tanto, ó más, que nuestros muertos, no sé si por ser africanos como yo, ó porque es más sensible el sacrificio de los que no tienen culpa en el desastre.

Actuando de enterrador, aquella noche sentí por primera vez aversión á la guerra y sus estragos. Y es que si hay hombres de doble naturaleza, yo la tengo triple. Siempre alientan en mí tres distintas personas, por mi mal inseparables: el

hombre... humano (de alguna manera he de decirlo), el revolucionario irreductible y el soldado viejo.

Ahora mismo, al cabo de tantos años sin oler la pólvora, todavía me parece que no hay música más expresiva y arrebatadora que la de las cornetas; aun tengo resabios de campamento, y amo todavía la guerra por lo que tiene de arte. Hace pocos días, viendo en una casa un precioso paisaje que representaba un valle pintoresco, parecíame que le faltaba algo, y lo que le faltaba era... un reducto en una encrucijada y una guerrilla desplegada en la cima de una verde loma.

Alguien dirá que hablo de mí con exceso: téngase en cuenta que escribo mis Memorias, no las ajenas, y que aun para hablar de los demás—por ejemplo, de los moros—debo de hacerlo desde mi punto de vista.

CAPITULO VII

1860

II

Lástima grande que el paraguas monumental de Nogueira se quedara abandonado en el campamento del Azmir, pues en Cabo Negro no llovía menos que en la región del hambre. Lo que nos consolaba era la extensa vista del llano de Tetuán; pero la ciudad no se veía porque la ocultaba aún Sierra Bermeja, donde campaban los moros. El 16 de Enero se simuló una embestida á su campo, un simple amago, no tanto para reconocer sus nuevas posiciones como para impedirles que se opusieran al desembarco operado al mismo tiempo en Río Martín por la división llamada de reserva, que la mandaba D. Diego de los Ríos.

El cólera, que venía cebándose en las tropas desde el principio de la campaña, se recrudeció bastante en Cabo Negro. El 16, después de la acción me vi convertido en *caso*. Los médicos de Zamora

se enfermaron ambos aquel mismo día, y el 17 me visitó un médico extraño, que me dió por muerto. En efecto, él se murió.

Aunque nada entiendo de patología, se me figura que lo que yo tuve no era el cólera, y si lo era, no adivino por qué se le teme tanto. Fuí *caso de cólera* en los partes sanitarios, en los registros oficiales y en las estadísticas; pero se me antoja que *mi caso* confirmó una vez más la poca veracidad de la *Gaceta*. Calambres de estómago los tuve, la fiebre me hizo delirar, y en mi delirio pensaba estar viendo el Niágara; salía y entraba en mi tienda con una frecuencia aterradora, y aun así no me pareció tan grave mi dolencia como supone la fama terrorífica del mal asiático; sería sencillamente africano, pues me lo curé sin otras medicinas que el arroz con tocino de mi pobre y servicial asistente y un sorbo de ginebra que me fué ofrecido por el coronel duque de Gor. Muy mal semblante debió de verme este jefe amabilísimo, pues regresando yo de una de mis visitas al... Niágara, me dió su brazo, me acompañó á mi tienda y me hizo tomar la salvadora ginebra susodicha.

El 18 abandonamos las alturas de Cabo Negro, bajando todo el ejército al llano de Tetuán para acampar en Río Martín ó desagüe del Jelú, donde ya se hallaba establecida la división de reserva.

Al romper la marcha desde Cabo Negro hube de hacer un poderoso esfuerzo de voluntad, porque estaba aniquilado, febril, incapaz de mante-

nerme en pie; pero la jornada me entonó, pues al concluirla, ya de noche, me sentía muy bien y con un apetito "perpendicular", como decía el veterano teniente D. Ildefonso Fernández.

Al amanecer el 19 se regocijaron nuestros ojos con la perspectiva de Tetuán, perspectiva engañosa, como las que ofrecen todas las ciudades orientales, deslumbradoras y maravillosas cuando se las mira á respetable distancia, irregulares, sucias y mezquinas cuando se las ve por dentro.

Reclinada la ciudad en las colinas bermejas que lame el Guadeljelú, y encantando la vista por la blancura de las casas y por los sujestivos y altos minaretes, cercada por recios y artillados muros, coronada y defendida por su moruna alcazaba y precedida de fragante huerta, rica en limoneros y naranjos, no hubiéramos podido imaginar panorama tan risueño, visión tan atractiva.

Mas para llegar á la deliciosa huerta había que atravesar un llano pantanoso, dos leguas de tierra casi baldía, que nos separaban del africano ejército, acampado en la huerta, bien atrincherado y protegido por los cañones de la vecina plaza.

En el campamento del Martín nos desquitamos de las privaciones anteriores; allí no se careció de nada. Banqueteábamos frecuentemente, si no como potentados, como héroes mitológicos; almorzábamos pan y huevos duros, cenábamos pan y queso, despreciábamos el arroz con tocino y la averiada galleta de munición desde que los asis-

tentes nos servían arroz con leche de la conservada en latas.

Por tener de todo, hasta tuvimos inesperadas visitas de damas calpenses y malacitanas, que se volvieron á Gibraltar y á Málaga murmurando del general O'Donnell por no dejarlas pasar al campo marroquí. ¡Ingratas!... Si se les prohibió pasar las líneas fué por su bien, que su curiosidad era malsana.

El día 23 se practicó un reconocimiento de las posiciones enemigas y recorrimos gran parte de la llanura. Sostuvimos algunas horas de fuego, con pocas bajas. Lo peor fué que nos batimos con agua á la cintura, tornando al campamento bien bañados.

El 31 se reprodujo la misma operación, con más graves consecuencias. Después de atravesar las lagunas donde se había peleado el 23, se adelantaron ordenadamente algunos de nuestros escuadrones, que cargaron briosamente á los desbandados jinetes marroquíes. Estos huyeron en desorden para atraer á nuestra caballería y alejarla de la infantería, objeto que lograron. Ya estaba aquélla á mucha distancia de nosotros cuando empezaron á salir jinetes moros de las cañadas de Sierra Bermeja, de los matorrales y hasta de las nubes; un enjambre.

En un momento vimos envueltos los flacos escuadrones por triple ó cuádruple número de jinetes árabes. Formados en cuadro los batallones,

avanzaron cuanto fué posible, Zamora á la cabeza, á lo cual debieron su salvación nuestros esforzados lanceros y coraceros, menos los que sucumbieron en aquella lucha breve y desigual. No duró el choque de las dos caballerías más que unos cuantos minutos; fué un espactáculo soberbio; pero la nuestra quedó muy mal parada. Rehiciéronse los dispersos al amparo de la infantería, siendo amagada ésta, pero no cargada, por los jinetes moros, que se contentaron con saludarnos á tiros, sin acercarse mucho.

Nuestros jinetes llegaban en desorden, algunos sin caballo y bastantes caballos sin jinete. Yo estaba en el primer cuadro, y me acuerdo todavía de uno de los últimos valientes que llegaron. A pie y con lentitud, venía esgrimiendo la vaina, viuda de su perdido sable, y preguntándole qué había sido de la hoja, me respondió con ademán heroico y acento inimitable: "Se queda envainada hasta la empuñadura en el alma de uno de esos perros." Yo no sé dónde tendrán el alma esos bárbaros de moros.

Caía la tarde; estábamos á una legua de nuestro campamento, y separados de éste por charcos y pantanos. El general Turón ordenó la retirada, y la hicimos por escalones con perfecta regularidad. Los enemigos, sin acercarse á nuestras bayonetas, nos persiguieron hasta nuestro campo. Duró la retirada algunas horas, dificultándola mucho los heridos; era uno de ellos, en mi regimiento, el

comandante Mazorra. Mi batallón fué el último que entró en el campamento, á las once de la noche. Turón y Mogrovejo estuvieron más que nunca serenos y acertados.

Mi antiguo regimiento, Zaragoza, fué de los que más padecieron aquel día, por lo que al siguiente les hice una visita al coronel Ulibarri y á mis compañeros. Ulibarri me dijo que estaba satisfecho del comportamiento de oficiales y soldados, y me habló del alférez Sánchez Gómez, uno de los que resultaron gravemente heridos. Joaquín Sánchez Gómez es general hace tiempo, general de división; pero estoy seguro de que, como yo, se acuerda todavía del coronel Ulibarri y de la acción del 31 de Enero.

El 3 de Febrero desembarcó en Río Martín un lucido batallón de voluntarios catalanes, que se portó muy bien en las batallas de Tetuán y de Wad-Ras. La primera de las dos, la de Tetuán, fué el hecho culminante de Febrero; se dió el 4, durando todo el día. Tuvo Zamora, entre sus bajas, un solo oficial muerto: mi amigo Esteban Cuartero, que recibió el último tiro de la jornada, un disparo á quemarropa, después de asaltadas las trincheras y dentro ya del campamento enemigo.

La defensa de los moros fué brillante; la conducta de sus artilleros verdaderamente heroica. Sus ocho cañones lisos respondían sin descanso á los 64 nuestros, que eran rayados y perfectamente dirigidos. Nuestro fuego avanzando era certero,

y ya estaban nuestras baterías á bien pocos metros de la suya cuando ésta seguía vomitando plomo con la sola pieza que le quedaba útil. Su infantería no hizo fuego hasta el momento del asalto. Con respeto y admiración vimos después sus cañones desmontados y sus artilleros muertos sobre los cañones.

Tomado el campamento, en mal hora ocupadas sus tiendas fementidas, tan vistosas de lejos y tan llenas de huéspedes incómodos, rompieron el fuego sobre nosotros los cañones de Tetuán; pero su efecto fué nulo.

Como recuerdo de la batalla obtuve la cruz de San Fernando, mísera consolación de tanta sangre vertida; pero más me la recuerdan los leones del Congreso, hechos con algunos de los cañones tomados.

La plaza de Tetuán se rindió el 6, no oponiendo resistencia alguna. Entraron en la ciudad bastantes batallones, que se alojaron en ella, pero el mío permaneció acampado en las huertas exteriores.

Visitaban el campo diariamente numerosos judíos y judías, luciendo éstas sus galas, pregonando sus mercancías aquéllos. Parecían contentos de verse libres de moros, y nos hablaban en un castellano del siglo XVI: "Los *moríos* nos lo han *grobado* todo„, iban diciendo; y añadían con voz desconsolada: "¡Quién topa conmigo!... ¡Hoy no he topado con nadie!... Dátil fino, sal bonita, *garbanso aremojado!...*„

Cuando algún soldado se permitía dirigirles, ya una chanza inocente, ya una grosería monumental, contestaban infaliblemente: "¡Anda, malogrado!„

La vida en el campamento era aburrida; para combatir el tedio no disponíamos de otro recurso que la elocuencia de "Olózaga„, nombre aplicado por mis compañeros al teniente D. Ildefonso Fernández, oficial encanecido, archivo de proverbios y de apólogos. Entre sus costumbres tenía la de afeitarse á las doce de la noche, pues no dejaba nada para el día siguiente. "Por la calle de Mañana se va á la plaza de Nunca„, era uno de sus refranes. Pero lo más pintoresco en sus discursos era que los esmaltaba de sentencias clásicas

en latín salamanquino
del propio Vitigudino,

como solía decir el capitán Parera.

Cierto día supimos por un periódico la muerte de un señor á quien nadie conocía, un tal Laserra, vecino de Barcelona, y comisionamos á D. Ildefonso, apelando á su humanidad y á su experiencia, para que le llevase la fatal noticia al capitán Barace, que era un navarro de pocas etiquetas,

– Mi capitán—le dijo D. Ildefonso con la mayor solemnidad que pudo — siento infinito la pena que voy á darle, bien á pesar mío, pero...

—¿Qué pasa? ¡Hable Vd.!

—La vida es una miseria, y Vd. tiene acreditado su valor para que yo vacile...

—¡Acabe Vd , que estoy en ascuas!

—Pues bien, mi capitán, no debo ocultárselo más tiempo; el señor de Laserra... ¡ha fallecido!

—¿Y á mí qué cuerno me importa?... ¡Déjeme Vd. en paz y llévese el demonio á todos los Laserra!

D. Ildefonso volvió cariacontecido y recitándonos á su manera la conocida máxima oriental: "Si alguno me engaña, no tengo yo la culpa; si vuelve á engañarme, no tiene él la culpa.„ Y agregaba:

—¡No volveréis á engañarme, solemnes majaderos!

Un día le pregunté:

—¿Es Vd. pariente de D. Salustiano?

Y me contestó en seguida:

—Creo que no; me llaman Olózaga porque hablo como él... ¿Vd. no lo ha notado?

CAPITULO VIII

1860

III

Los compañeros alojados en Tetuán nos contaban cuentos más ó menos verosímiles (antes menos que más), de aventuras amorosas con *sultanas* de ojos negros y con pálidas israelitas. Las habían soñado.

Como la vida es sueño, se comprende que soñaran los amigos de aventuras. Después de todo, no soñaban más que á medias, porque era verdad que se vestían de moras y recibían con amabilidad muchas damas de Cádiz ó de Mahón, que atraídas por el benigno cielo de Tetuán, habían llegado á la ciudad marroquí para curarse enfermedades crónicas adquiridas en otros climas pérfidos.

Un joven oficial de artillería, espíritu investigador, es decir, amigo de meterse hasta en los charcos, descubrió en Tetuán, á fines de Febrero, un secreto que le maravilló. Y voy á revelarlo.

Cierto personaje tetuaní había huído de Tetuán, como todos los magnates mahometanos, después de la batalla del 4, y antes de la rendición; pero la prisa no le permitió salvar su *harén,* pues era más importante para él la salvación de su persona y caballos. El moro fugitivo dejó una docena de viudas en su oriental morada, palacio encantado situado en un callejón que lindaba con la judería; desde algunas de las azoteas del barrio de los judíos podían verse en los patios del palacio gallardas palmeras y surtidores de agua cristalina. Un hebreo de luenga y canosa barba (sospecho que postiza) le confió al teniente con tentador misterio el secreto no menos tentador, y el osado teniente penetró en la casa; hasta creo recordar que se instaló en ella por modo definitivo, con aires de sultán, para probar que no en vano llevaba en el cuello un par de bombas. Guardó el secreto, como era natural, pero observó con sorpresa que era un secreto á voces. Cada día y cada noche llegaban nuevos curiosos, guiados por el hebreo barbudo, que confió su secreto á quinientos oficiales. Y es que las guerras favorecen y desarrollan el espíritu industrial y el genio mercantil de los judíos .. y de los demás.

Lo más sorprendente para todos era la inmensa instrucción de las *sultanas* moriscas, siendo pasmoso, en efecto, que aquellas esclavas marroquíes supieran tantas cosas y hablaran tantas lenguas. Dedicarían sus ocios al estudio, como pensaba el

teniente de las bombas, pues sin maestros ni comunicación alguna con la sociedad conocían á fondo casi todas las lenguas europeas... y otras. Había una circasiana que hablaba el francés como una parisiense, una griega que hablaba muy bien el catalán, una turca (la favorita del magnate prófugo), que hablaba hasta el latín... con marcado acento sevillano.

Que el judío barbudo hubiera buscado fuera lo que en Tetuán no había, á fin de equilibrar la oferta con la demanda, no me sorprendió poco ni mucho; más raro fué lo que á mí me sucedió: entré una tarde en un café moruno, rico en telarañas y otros adornos moriscos, y mientras saboreaba una taza de exquisito moka, reparé en un moro que estaba haciendo lo mismo en el rincón más apartado y obscuro; me extrañó su presencia en aquel sitio, por ser notorio que los mahometanos se habían puesto en fuga, y aquél presentaba todos los rasgos típicos del perfecto moro, del auténtico, así en la persona como en la indumentaria. Me apresuré á saludarle y al instante me correspondió; le hablé en castellano y me respondió con un versículo del Corán, que yo no comprendí. Pero al cabo de un rato éramos ya muy amigos y le pregunté:

—¿Eres de Tetuán?

—No, *zeñó,* soy de Chiclana—me dijo.

El hombre era locuaz y pronto supe su historia. Vivía en Tetuán con numerosa familia, tenía pín-

güe fortuna, y la debía, según él, á su perseverancia en el trabajo y á la ciencia que adquirió en las célebres Universidades de Alhucemas y Melilla.

Acertó á pasar por delante del café el hebreo misterioso de la barba cana, y le pregunté á mi moro si le conocía.

—¡Ya lo creo!—me respondió—; es tan judío como usted... ¡buen pájaro!

—¿Es de Tetuán?

—El dice que es de Marsella, ¡pero quién lo sabe! Ha sido zuavo en Argel, tratante en reses del Rif, intérprete en Gibraltar, banquero en Malta... Aquí fué moro una larga temporada, y cuando ustedes llegaron se hizo judío y alcahuete. Es una de las personas más respetables del país, porque acapara el trigo, y presta con usura, y habla en inglés... cuando se enfada.

Aquella tarde aprendí—no fué día perdido—á no juzgar de los hombres por la facha y á no venerar todas las barbas canas aunque barran el suelo.

Recorriendo el barrio de los judíos tuve ocasión de ver mujeres guapas; verdaderas moras, ni guapas ni feas las vi hasta después de la paz, cuando empezaron á presentarse algunas en el *zoco,* situado en las afueras. Y las que allí encontré me parecieron poco interesantes.

El general Ríos, gobernador de Tetuán, destruyó media ciudad para embellecerla y sanearla; su intención era buena, como la de todos los que em-

plean contra las cosas vetustas piqueta demoledora y eficaz barreno. Desgraciadamente para él, los más favorecidos no le agradecieron la intención; así les sucede siempre á los reformadores. Tan pronto como los moros pudieron reedificaron las inmundas callejas destruídas y los caserones derribados; lo mismo que sucede en algún país de Europa, donde los conservadores cuando mandan no perfeccionan y regularizan las reformas civilizadoras más ó menos radicales, sino que las suprimen. Y así se pasa la vida en tejer y destejer.

Desde los días finales de Febrero circulaban por Tetuán y campamentos próximos rumores persistentes de paz definitiva; pero á principios de Marzo llegaron á los campamentos de Muley-Abbas y de Sidi-Hamet grandes refuerzos de tropas: soldados negros que venían del Sus, región la más meridional del imperio, y kabilas rifeñas ansiosas de pelear. El 11 de dicho mes atacaron á nuestras avanzadas, dándose la acción de Samsa, que fué bastante reñida; los rifeños quedaron escarmentados.

Perdida toda esperanza de paz y reforzados á nuestra vez por los cuatro tercios vascongados y por algunos cuerpos de los de Sierra Bullones, emprendimos el 23 la marcha sobre Tánger, pasando el Guadeljelú por el puente de Buceja en dirección al Fondak. Nuestro ejército se componía de cuarenta mil soldados; el enemigo, entre

soldados y kabilas, reunía cincuenta mil combatientes. Se dió aquel día la sangrienta batalla de Wad-Ras.

No fué mi regimiento de los que más se batieron aquel día; tuvimos pocas bajas, pero no nos faltaron emociones.

Al principio de la jornada, los dos batallones de Zamora, cargando á la bayoneta, arrojamos á los moros al otro lado del río; pero en aquella carga tan briosa tuvimos apenas media docena de hombres fuera de combate. Cargar en columna y en terreno relativamente despejado contra un enemigo valeroso y no quebrantado aún, nos hubiera costado en estos tiempos algunos centenares de muertos y de heridos; mejor dicho, no hubiera sido posible hacerlo en masa, dado el armamento que hoy se usa. Y esto me hace pensar en el papel desairado que hacemos en el mundo los soldados de mi tiempo. Nuestros abuelos decían, dándose tono: "Para batallas las nuestras, que combatimos en la Albuera y en los Arapiles, en Bailén ó en San Marcial; estas de ahora, Mendigorría, Peñacerrada, Alpuente, son juegos de niños.„ Nuestros padres se desquitaron después, diciéndonos á nosotros. "Estuvimos en Luchana, en Gra y en Castellote; ¡aquéllas eran batallas!, no las bromas estas de Tetuán y de Wad-Ras.„ Ahora nos tocaba lucirnos con la gente moza, pero no podemos; la nueva generación militar, aunque poco afortunada, se ha batido contra enemigos dotados de un

armamento más serio que la morisca espingarda, especie de cerbatana casi inofensiva.

Pero lo cierto es que, con cerbatana y todo, la victoria de Wad-Ras nos costó una pérdida de dos mil hombres y pelear todo el día.

Uno de mis recuerdos de la gloriosa jornada es el de mis dos encuentros con el desventurado y simpático Agulló, compañero de colegio y á la sazón teniente de Ciudad Rodrigo. Después de la carga de Zamora recordada antes, lo encontré tallando unos cuantos duros á la sombra de un árbol, cuyas ramas, tronchadas por las balas enemigas, caían sobre él y sobre los *puntos* que se agrupaban á su alrededor; pero el enemigo estaba lejos, las que llegaban eran balas perdidas, y Ciudad Rodrigo descansaba. A la tarde lo encontré por segunda vez en aquel día, pero ya muerto: había caído en una carga de su batallón, con casi todos los *puntos* de por la mañana. ¡Pobre Agulló, no volvió á ver las palmeras de Elche, que eran su encanto!

Ciudad Rodrigo fué de los batallones que más padecieron en Wad-Ras; la vieja espingarda marroquí será una cerbatana enfrente de soldados que dispongan del mauser ó del rémigton; pero nuestros fusiles de Marruecos... también eran cerbatanas.

Otro incidente de aquel día que se me ha quedado en la memoria: al pasar á la cabeza de mi compañía por el puente de Buceja, vi destacarse en lo

alto de una colina próxima una especie de gigante que me llamaba con voces jamás oídas, acentos guturales aprendidos de los moros. Era Tomás Duro, que me invitaba á comer. Y no pudiendo aceptar porque avanzábamos precipitadamente, me arrojó dos galletas y un chorizo envueltos en un periódico. Todavía se lo agradezco, pues fué todo mi sustento de tan glorioso día.

Con la noche cesó el fuego, dormimos en las posiciones conquistadas, y en ellas permanecimos todo el día siguiente.

El 25 de Marzo, al toque de diana, se recibió la orden de marchar. Reinaba en el ejército el mejor espíritu. Esperábase un combate rudo en el Fondak y llegar á Tánger en dos jornadas ó tres. Recogidas ya las tiendas y formados ya los batallones, observamos que los moros tenían plantadas las suyas sin aprestarse á levantar el campo. Llega entonces un parlamentario y es recibido por el general en jefe: Muley-Abbas quería conferenciar con O'Donnell.

A la vista de los dos ejércitos se reunieron y hablaron los dos caudillos acompañados por sus brillantes escoltas. En aquella conferencia se concertó la paz. Los soldados recibieron la noticia con muestras visibles de satisfacción.

No sé de dónde salieron ni cómo llegaron en tan crecido número, pero lo cierto es que al instante invadieron nuestros campamentos centenares de moros hambrientos y mal vestidos. Nuestros sol-

dados les regalaban galletas y abundantes provisiones, que ellos devoraban crudas. Y para mostrar su regocijo ó sus pacíficos ánimos, aquellos famélicos circulaban entre los soldados con las culatas arriba y gritando en nuestra lengua. "*¡Todos moros!... ¡Todos moros!*"

Replantadas nuestras tiendas en el propio campo, salí aquella tarde á pasearme por los alrededores. Una bandada de cuervos que se cernía en el aire á poca altura atrajo mi atención y me sirvió de guía. No tuve que andar mucho para conocer la causa de los graznidos salvajes de los cuervos. Entre zarzales y rocas encontré casi juntos dos cadáveres: el de un joven coracero sin ojos, con las órbitas negras como dos abismos, y el de un moro colosal, negro como su fortuna, que conservaba los ojos muy grandes y muy abiertos; aparté los míos con horror al ver su cuerpo desnudo y asquerosamente mutilado, que aquella mutilación era indudablemente de manos de los hombres, más implacables con él que las aves carnívoras.

Y me alejé apenado, repitiendo como los kabilas:

¡Todos moros!... ¡todos moros!

CAPITULO IX

1860

IV

Después de la paz tornamos al campamento de las huertas, donde nos aburríamos. Las frecuentes visitas á Tetuán no presentaban grandes atractivos, y á varios compañeros les salieron caras. A fin de Abril recibimos con agrado la orden de repatriación, reduciéndose á pocas las fuerzas de ocupación de Tetuán. Mi regimiento fué destinado al mismo punto de su procedencia, á Zaragoza, y el 3 de Mayo nos trasladamos á Ceuta.

Jornada penosísima; en un día recorrimos á la vuelta lo que nos había costado dos meses á la ida. Desde Cabo Negro seguimos por la playa, y fué verdaderamente dura la marcha por la arena y con el sol africano. Mucho pudiera decir de aquella marcha, pero... volvamos la hoja.

Embarcamos en Ceuta, desembarcamos en Alicante, donde pueblo y sociedades nos obsequia-

ron mucho, y tomamos el tren para Madrid. Nos alojamos en Vicálvaro, donde permanecimos hasta que, la víspera de entrar solemne y oficialmente en Madrid, acampamos con todo el ejército de Africa en la cercana dehesa de Amaniel. En ella vi por primera vez á Emilio Castelar. Poco después volví á saludarle en Zaragoza, donde se le recibió con grandísimo entusiasmo cuando fué á defender á Ruiz Pons, á quien se había procesado por el que entonces no era vulgar atrevimiento de llamar en un escrito "corrompidos„ á los Borbones y "vil„ á la clase media. Y me complazco ahora en recordar que entre el gentío que recibió á Castelar en Zaragoza no hubo más que un uniforme, y era el mío.

De la entrada en Madrid del ejército de Africa sólo diré que ni en la guerra tuvimos un día más fatigoso. El pueblo madrileño nos llenó de coronas y de flores; el Gobierno y el Ayuntamiento nos concedieron por premio dos solemnidades: una visita al Real Palacio y una corrida de toros. Por mi parte renuncié; el tiempo que hubiera perdido en ambas cosas lo destiné... á divertirme.

La marcha del regimiento desde Madrid á Zaragoza fué un verdadero *tour de force* de que no son capaces todas las infanterías: no cerramos los ojos ni nos acostamos una vez—me refiero á los oficiales y á los músicos—hasta que entramos el 31 de Mayo en la heroica ciudad aragonesa. En cada pueblo un baile; desde el baile, en marcha

para otro pueblo; y si algo dormíamos era caminando, cogidos del brazo por parejas y dando tropezones. Todavía tuve tiempo de perder una apuesta en el camino, hacia Alcolea del Pinar, pues preciándome entonces de andarín y tragaleguas, aposté que andaría ocho kilómetros en media hora... y tardé en recorrerlos treinta y seis minutos. Hoy no perdería la apuesta, porque ya no apuesto nada; por otra parte, ya sé que para andar legua y media necesito... un coche. Lo malo es que, aun teniendo, como tengo, bastante barriga para creerme con derecho á poseer carruaje sigo siendo automóvil. El que nace para infantería va por sus pies hasta la sepultura.

***

En Zaragoza, después de una entusiasta recepción, más popular que oficial, volvimos á la existencia prosaica y monotona de guardias y ejercicios.

Bien porque en Zamora había muchos oficiales, si no zaragozanos, aragoneses, ó por ser el regimiento muy querido en Zaragoza, lo cierto es que se establecieron corrientes de simpatía entre la juventud zaragozana y la oficialidad del regimiento. Acuartelados en la Aljafería, concurrían á ella, particularmente cuando estábamos de guardia Carrafa, Altarriba ó yo, varios jóvenes que hoy serán abuelos. Formábamos un gru-

po más compacto y más unido tres ó cuatro oficiales y tres ó cuatro estudiantes, que todos, cada cual por su camino, consiguieron luego la notoriedad; pero todos éramos desconocidos cuando llenábamos de versos las paredes del cuartel ó improvisábamos á la vez sonetos medianillos y cenas disparatadas.

Los militares de aquel grupo éramos: Eduardo López Carrafa, que fué secretario general de Guerra en tiempo de la República; Ramón Altarriba (en el día barón de Sangarrén), que ha llegado á general carlista; el que escribe estas líneas, que no faltaba nunca, y algunas veces Marianito Osorno, el más viejo de todos, que decía tener veintiséis años, aunque ya había servido diez ó doce en Cuba, y que todavía de coronel retirado parece un pollo paseando por Recoletos, aunque yo creo que tiene muy cerca de cien años.

Los más asiduos entre los paisanos eran:

Un jovencillo flaco, moreno, melenudo, con unos ojos muy expresivos y muy grandes, que era por cierto el más notable de todos en el género festivo y que ha concluído, ¡quién lo dijera!, en socialista cristiano. Tengo para mí que su cristianismo (como su socialismo) es para puesto en coplas, que ya en aquellos tiempos nos hablaba en octosílabos, y aun hablando en prosa nos decía: "Tengo fe ciega en la Virgen del Pilar; pero lo que es en Dios ni ciega ni tuerta.„ ¡Cuántas veces, en París, me ha recordado Eusebio Blasco

los sonetos y las cenas del castillo de la Aljafería!

El segundo personaje también era bastante morenito; no vaya nadie á creer que viene ahora tostado por el sol de América, pues de jovenzuelo ostentaba igual color. Como Blasco, nos saludaba en verso; pero no obstante su natural llaneza, en los versos prefería lo monumental, lo épico, lo granítico. Algunas veces, hasta en prosa, nos hablaba retumbantemente: el Compromiso de Caspe y el Cristo de Magallón, la batalla de las Eras y el combate del Portillo, el inmortal Zurita y las cumbres del Moncayo.

Algo más viejo que Zapata y más que yo, era Julio Monreal sin duda el más discreto y reservado de todos; nunca más lo he visto desde entonces; pero vi en América su drama *Cien leguas de mal camino*, que me hizo pensar en él y en Zaragoza.

Ramón Altarriba, aunque carlista y barón, también improvisaba. En una ocasión me dijo, y delante de todos para mayor vergüenza:

Queridísimo rechoncho
debes pedir una plancha
para quitar esa mancha
que te ha caído en el poncho.

No consigno mi réplica, en endecasílabos, porque no pretendo ingresar en la Academia ni que me admire la posteridad.

De Altarriba eran también, si no recuerdo mal, unas octavillas que acababan de este modo:

Y cuando al castillo vuelven
mis caballos arrogantes,
les doy á comer diamantes
en morrales de tisú.

Es de advertir que Altarriba no tenía por entonces más que un caballejo, en el cual iba al cuartel, y yendo á galope siempre llegaba tarde. En cuanto al castillo... no podía ser otro que el de Aljafería.

Por aquel tiempo se estrenó la primera producción de Blasco; titulábase *Vidas ajenas*.

Maestro: era muy mala.

Pero el nóvel autor salió no sé cuántas veces al escenario en compañía del actor Parreño, que para algo llevé yo al teatro á media guarnición. El gran alabardero fué aquella noche Carrafa, que se deshizo las manos aplaudiendo á la vez que gritaba como un loco: "¡Viva Zaragoza! ¡Que salga Eusebio! ¡Que salga su familia! ¡Que se le traduzca á todos los idiomas!„

Mala y todo, más digna de traducción y de aplauso era aquella producción que el flamante programa socialista del viejo y cosmopolita Blasco.

Años después, en Madrid, asistimos juntos López-Carrafa y yo á la ovación no preparada que obtuvo Marcos Zapata en su hermosa *Capilla de Lanuza*.

El teatro de Zaragoza lo fué de un episodio que, por insignificante, no debiera referir. Si lo hago es para rectificar errores que no me favorecen. Cuentan los viejos de entonces que si di ó no di unos mojicones á los representantes de la autoridad en el paraíso del teatro. Lo que yo recuerdo es que un *guindilla* (así los llamaba el pueblo) me dijo no se qué, le respondí no sé cómo, quiso cogerme por un brazo y entonces yo, arráncandole el tricornio, se lo tiré al escenario cuando acababan de levantar el telón. El sombrero de la autoridad cruzó majestuosamente el amplio espacio y cayó en las candilejas, con algazara del público. El guindilla destocado se puso en fuga, llegaron otros dos y entonces fué cuando hubo trompadas, según dicen. Yo no me acuerdo; creo que es una calumnia, y si fuere cierto, á ellos le toca acordarse. De lo que me acuerdo bien es de que fuí sometido á un vulgar proceso (el primero y no el último) por desacato á la autoridad y lesiones. La intervención de Mogrovejo, no solicitada, y, por lo tanto, más de agradecer, hizo que todo se quedara en nada.

Arreglado el asunto, me llamó el brigadier Mogrovejo y me dijo con acento airado:

—No me gustan los escándalos, y Vd. reincide.

—Es verdad, mi brigadier.

—Pero Vd., ¿qué se propone?

—Ya que Vd. me lo pregunta, me tomaré la libertad de decírselo.

—Hable Vd.

—Me propongo ir á Córdoba por unos días, si usted me lo permite.

—Pero ¿qué está Vd. diciendo?

—Que necesito ir á Córdoba.

—Alguna novia ¿eh? Pues vaya Vd., hombre, vaya Vd. ¡Pero ocho días nada más!

En efecto, pasé en Córdoba ocho días en el mes de Octubre del 60.

***

En Zaragoza tuve que hacer la primera defensa que se me ofreció. Acusados varios jóvenes de Cinco Villas de haber hecho fuego á la Guardia civil, hiriendo á un guardia, el más comprometido de los presuntos reos me nombró defensor. Hablé con él en la prisión y me dijo:

—Los demás son inocentes; he sido yo.

—¿Tenía Vd. algún resentimiento con el guardia herido?

—No, señor; ni siquiera lo conocía, porque él acababa de llegar al pueblo.

—Entonces, ¿por qué le tiró Vd.?

—Pues... nada... porque pasábamos unos cuantos mozos por delante de la casa-cuartel y el *cevil* estaba en el balcón.

—¿Nada más que por eso?

—Es que le daba la luna en la *mesma* cara...

—Pues no comprendo...

—Al verlo dije yo: ¡qué bien está ese *pa* pegarle un tiro! Y me dijo otro: ¿á que no se lo pegas?.. Ya Vd. ve, no tuve más remedio que *atizarle*... Quedó herido en un brazo; pero no por mi culpa, que yo le apunté á los *morros*.

Fué sentenciado á dos años de presidio. Cuando fuí á decirle que sentía no haber podido lograr su absolución, me contestó que no le importaba nada. Y así sería, pues apenas salí del calabozo le oí cantar al compás de su bandurria la conocida copla aragonesa:

Ayer le dije á tu madre
que contigo hi de casarme;
ella me dijo que nones
y yo le dije que pares.

***

En Diciembre me escribió un amigo que se encontraba en Pamplona, convidándome á pasar con él las Navidades. Le contesté que no podía pedirle una licencia á mi jefe por estar reciente la de Córdoba y por ser yo para eso demasiado tímido. La pediría él, pues un día me llamó el brigadier Mogrovejo para decirme que me fuera á pasar quince días en Pamplona.

La capital de Navarra tenía buenos recuerdos para mí; pero tan borrosos en la actualidad, que no los detallaré.

Pasé en Pamplona las Pascuas alegre como unas *idem,* hasta el día que, entrando en un café, vi en un grupo de oficiales á mi compañero de colegio Matías Tabuenca, natural de Cascante y de condición fosfórica. Todos estaban correctos menos mi amigo; el pobre Tabuenca tenía desceñido el sable y desabrochada la levita; su semblante me pareció cadavérico.

Al preguntarle cómo estaba me respondió:

—Estoy tísico.

Y añadió, señalando á uno de sus contertulios:

—Este es el Galeno de mi batallón; me anunció hará cuatro meses que me moriría por Nochebuena, y le aposté una cena á que llego al fin del año; la gano, chico, porque no faltan veinticuatro horas.

—No llegarás al día de Reyes—le dijo el médico—si continúas en la vida que llevas, tan desordenada y tan atroz.

—¿Apuestas la cena de Reyes á que vivo quince días más?

Esta segunda apuesta la perdió.

¡Pobre Tabuenca!

CAPITULO X

1861

He recibido inesperada carta de un antiguo campañero, hoy más conocido que la ruda, y copio de ella el párrafo que sigue:

"Leo tus *Memorias,* las que publica *El Imparcial* en sus *Lunes,* y veo que has perdido la memoria. Los últimos capítulos que llevas publicados, sin duda de memoria, más que *Memorias* son pura novela. Es cierto que Mogrovejo te distinguía bastante; pero no dices por qué era blando contigo siendo una fiera con los otros. Veo que olvidas ó desdeñas lo mejor, y bien pudieras decir á lo menos cómo te lo metiste en el bolsillo desde que llegaste al regimiento. ¿No te acuerdas de tu primera guardia? Tampoco dices nada de la *patrona* de los ojos verdes, ni de lo del polvorín, ni del Sr. Mendizábal."

Para satisfacción de mi corresponsal, diré que, en efecto, suprimo varias cosas: las unas, porque son más bien para omitidas; las otras, porque realmente las habré olvidado.

El Sr. Mendizábal era un respetable caballero,

vecino de Zaragoza, que á precios reducidos daba lecciones de inglés. Entre sus dicípulos nos contábamos dos del regimiento, López-Pereira y yo. Sus lecciones, desgraciadamente, fueron poco aprovechadas.

En lo del polvorín, quien ha perdido la memoria es mi corresponsal; aquello le sucedió á él y no á mí; pudo ser trágico y no fué más que humo.

De las patronas... ¡quién se acuerda ya! Todo era falso en la de los ojos verdes, hasta el color de los ojos, porque creo que se los teñía. Según ella, tenía veintiocho años, pero su hermano confesaba treinta y cinco ¡y eran gemelos! Como han transcurrido cerca de cuarenta años, debe de estar madura... y desteñida.

De mi primera guardia en Zaragoza, que á mi juicio no influyó en la buena amistad que me dispensaba Mogrovejo, diré bien poco, porque el asunto no merece más. Vi en el cuarto de banderas un retrato del general Borso, fusilado algunos años antes, y lo sustituí por otro del general Zurbano, fusilado también, pero por liberal. Aquel día fué Mogrovejo al cuartel, observó el cambio operado, y aunque él procedía del convenio de Vergara y había sido amigo del general Borso, no me dijo una palabra hasta trece ó catorce años después. En 1873, antes de irse por segunda vez al ejército carlista, me habló de Borso y de las estampas del cuarto de banderas.

*
* *

Vivíamos juntos en una casa de huéspedes, calle del Coso, Mariano Osorno, Juan Ibarra, Eduardo Carrafa y yo. Con los cuatro asistentes éramos ocho, y todos comíamos con ocho pesetas diarias. El postre consistía en cuatro melocotones, que remojábamos en vino tinto. Un día propuso Carrafa la supresión del principio para doblar el número de melocotones y la cantidad del vino aragonés. Al día siguiente, por indicación de Ibarra, se suprimió el chorizo, triplicandose el vino y los melocotones. Poco después, por complacer á Osorno, quedaron suprimidos los garbanzos y aumentada la ración de vino. Y al cabo, á propuesta mía, se suprimió el puchero, ahorrándose el carbón y hasta la luz. Y nos mantuvimos de melocotones una buena temporada.

Destinado al regimiento mi amigo López-Pereira, compañero de colegio y aun de promoción, me fuí á vivir con él. Los dos nos dedicamos á estudiar varias cosas que no hemos llegado á saber nunca; dígalo si no el inglés del maestro Mendizábal; á los tres meses leíamos *The Vicar of Wakefield;* hoy ya no entendemos ni el título del *Times.*

Nombrado Pereira maestro de cadetes, habilitó una sala para las lecciones; él dormía en una alcoba contigua á la misma sala. Un día se puso enfermo, no pudo levantarse y me encargó que diera la lección á sus discípulos. Llegaron éstos y les dije que el teniente Pereira había salido, dejándo-

me el encargo de darles la lección. No sé qué fórmula algebraica mal deducida por uno de los cadetes me obligó á decirle que se equivocaba, y el alumno me dijo con aire respetuoso:

—El teniente Pereira nos lo ha enseñado así.

—Lo creo muy bien—le dije—, porque el teniente Pereira no sabe una palabra; es un foliculario que no llegará á general en su vida. Con tal maestro, ustedes sí llegarán á generales; pero perderán hasta el sentido común, si es que lo tienen.

Pereira, que estaba oyendo su propio panegírico, se revolvía en la cama sin chistar. Con gran sentimiento mío se le aumentó la fiebre; pero no volvió á darme encargos fastidiosos.

Por aquel tiempo se ocupaban los poderes públicos y los príncipes de la milicia en estudiar las reformas necesarias para modernizar y mejorar el ejército. Á consecuencia de estudio tan meditado, se comunicó á los regimientos la orden de que las compañías de cazadores se dejaran la perilla, las de granaderos una pequeña mosca y los fusileros el bigote nada más. Con esto se acababa la anarquía reinante en las barbas del ejército, anarquía verdaderamente peligrosa para la paz pública y nada propia de una organización militar bien entendida. Yo seguía perteneciendo á la cuarta compañía del segundo batallón, y por consiguiente, mi perilla debía ser sacrificada; pero no hice caso de semejante orden. Un jefe nuevo, el comandante Sanz, me dijo una tarde con mal

gesto y entonación digna de asunto menos trivial, que yo faltaba á la debida obediencia y que me afeitara mi pera inofensiva.

—Mi comandante—le dije,—yo no tengo pera.

—¿Cómo se atreve Vd. á decirme que no tiene pera? ¿Es que yo no tengo ojos?

—Esta pera, mi comandante, no es mía; pertenece al alférez de la compañía de cazadores, que me ha cedido su derecho, porque él tiene derecho, pero todavía no tiene barba.

El comandante Sanz era uno de los tipos más notables del antiguo ejército. Había servido algún tiempo en Filipinas, y él fué quien nos importó la chifladura—la enfermedad y el nombre, que ambas cosas de Filipinas proceden.—Él mismo confesaba no estar en su sano juicio, y lo achacaba á la triste circunstancia de haber recibido un balazo en la cabeza, no él, sino un primo de su padre; quizá tuviera razón en este punto, que los colaterales no están excluídos de la ley de herencia.

La manía de Sanz era creerse buen dentista, y lo que es la vocación no se le podía negar; cifraba su orgullo en sacar muelas, y mataba gatos y perros á pistoletazos para arrancarles los dientes y perfeccionarse en el oficio; á los pobres animales muertos se los arrancaba sin dolor, no así á las personas. Una vez, hallándose en Manila, supo que la señora del capitán general padecía de las muelas y se ofreció á sacárselas. Entonces no habría en la capital de Filipinas los dentistas *filadel-*

fios que sin duda abundarán ahora, sino algún barbero de quien la generala no se fiara mucho; aceptó, pues, los servicios del aficionado y éste la dejó sin aliento y sin mandíbulas. El general le expulsó del archipiélago y vino á parar á Zaragoza. Un día llamaron á su puerta, el asistente había salido y tuvo que abrir el mismo comandante. Como la entrada era obscura, el recién llegado no le conoció; era un gastador, que creyendo dirigirse al asistente, le dijo:

—¿Está el bruto del comandante *Flemones?*

El comandante, por toda contestación, le dió un puntapié y le hizo rodar las escaleras. Cuando ya el gastador, sacudiéndose el polvo, salía por el zaguán, el comandante le mandó subir; hízolo el pobre soldado, aunque de mala gana y temiendo una serie de patadas y de pescozones; pero al llegar arriba le recibió el comandante diciéndole con verdadera humildad:

—Perdóname, he sido un bárbaro.

—Mi comandante, perdóneme Vd. á mí, que yo he tenido la culpa.

—Nada, nada, hoy te quedas á comer conmigo.

En efecto, el comandante y el gastador comieron juntos, y cuando el último, dando las gracias, iba á marcharse al cuartel, le dijo el otro:

—Escucha, ¿tienes cariada alguna muela?

—No, señor.

—Imposible; no hay quien no tenga alguna picadura; déjame verte la boca.....

El gastador se dejó reconocer, y de pronto el comandante le arrancó dos muelas.

Tal era el tipo.

***

En Mayo ó Junio salimos para Jaca, donde mi batallón estuvo destacado hasta Diciembre.

Acuartelado en el castillo y alojados los oficiales en sendos pabellones, puede decirse que apenas estuve en la ciudad. No he devorado nunca tantos libros como en los ocios de aquel destacamento, y en él conocí lo útil que es una buena distribución del trabajo; el sedentario es poco higiénico si no se alterna con otros más activos; y si yo no me fatigaba de estudiar, era porque cada semana realizaba una excursión, ó solo ó con varios compañeros. Con la escopeta me fuí hasta Panticosa; estuve en San Juan de la Peña, donde, sorprendido por tempestad furiosa, á poco me parte un rayo, como partió un árbol á pocos pasos de mí; pero la más penosa de aquellas correrías fué la que hicimos Peralejo, Osorno, me parece que Alejandro Tapia, alguno más y yo, al pico más alto de aquella parte de los Pirineos; al de Collarada. Como viven casi todos, no tengo escrúpulo en decirlo; al pico no llegames más que dos, el que escribe estas líneas y el contrabandista que nos acompañaba. Desde la cima se divisaba, aunque confusamente, Zaragoza; el guía me perjuraba

que se veía la mitad del mundo, y no la otra mitad por ser en ella de noche.

Un libro pudiera hacerse con lo que v mos en Jaca, libro en el cual figurarían chesas y ansotanas, contrabandistas y carabineros, canónigos y tísicos, epilépticas y Santa Orosia. No haré semejante libro, ni siquiera alargaré este capítulo; yo sé que cuantos me leen, pocos ó muchos, están esperando á que entre en el período político, sin comprender que cuando llegue á él voy á descontentar á todo el mundo, porque diré lo que no suele decirse: la verdad. Á esta diosa rindo culto, á despecho de amigos y adversarios.

En Jaca estábamos cuando ocurrió el primer movimiento popular de España, el de Loja, francamente socialista. Digo el primero, porque desde el alzamiento nacional de 1808 no hubo más que motines ó pronunciamientos militares; después tuvimos el levantamiento federal de 1869. Todos los demás, repito, no pasaron de pronunciamientos de generales díscolos, jefes ambiciosos ó políticos indisciplinados. Los progresistas, en sus tiempos de lucha contra Isabel II y contra Fernando VII, no se sublevaban sin un tambor mayor. Si fracasó el movimiento de Loja no fué por falta de fuerza ni de organización, sino por prematuro.

Durante mi permanencia en Jaca tomé 90 baños en el río Aragón, tan cristalino y tentador en verano, aunque arrastra témpanos de hielo. Allí no

se bañaba nadie más que yo; el Aragón brotó de los Pirineos nada más que para mí. Es raro el hecho de que en un país caluroso como España se mire el agua con antipatía. Ya que la vida es una carga, no sé por qué hemos de privarnos de los mayores placeres, aun siendo, como el baño, enteramente gratuitos. Yo creo que el horror al agua de tantos españoles viene de las abluciones de moros y moriscos. Los cristianos, por miedo á la Inquisición, no querrían que se les tomara por conversos, y mostraban su religiosidad sudando el quilo. Así han vivido cien generaciones sin mojarse el cutis.

En Jaca tuve el gusto de conocer á un capitán de carabineros, poeta y dramaturgo, que me dió consejos útiles y con quien tuve amistad mientras vivió; me refiero á Rafael Villalobos y Belmonte. Por cierto que le debí un favor inapreciable: escribí yo por aquel tiempo un drama que se titulaba *El juicio de Salomón;* el protagonista no era Salomón, sino el chiquillo, hombre ya, que se habia salvado por milagro de que le abriera en canal su sabio rey. Le leí mi drama á Villalobos y le hizo mucha gracia, á juzgar por lo que se reía. Reirse de un drama es ya significativo; pero además me dijo: "Compañero, quémelo Vd. y no vuelva á escribir para el teatro."

Y así lo hice..... ¡y nadie me lo agradece!

En Diciembre volvimos á Zaragoza.

CAPITULO XI

1862

La muerte por asfixia es la mejor de las muertes: certifico.

De guardia en la puerta del Angel, me asfixié en una madrugada fría del mes de Enero por haberme dormido en una silla junto al brasero de la guardia, y me sacaron muerto, según el parte que dió el sargento de la misma. Conducido en una camilla, no al hospital, porque esto era ya inútil, sino á mi domicilio, resucité á las tres horas con un apetito saturniano.

Vuelto en mí, acaso por la falta de asistencia, me consta desde aquel día que semejante muerte es dulce y apetecible, más que el morir por la patria, pues no se siente el frío llamado de la muerte, de seguro más desagradable que la muerte misma.

A principios del año cesó Mogrovejo en el mando de Zamora, y al despedirse de los oficiales nos dirigió una arenga nunca oída en actos semejan-

tes. La novedad del caso nos dejó bizcos á todos, exceptuando, por supuesto, al comandante García, que lo era de nacimiento y de ambos ojos.

"Señores oficiales—nos dijo el brigadier—: cuando se ha mandado un regimiento durante algunos años, compartiendo sus fatigas en campos de maniobras y en campos de batalla, parece imposible que se le pueda dejar sin sentimiento; pero á mí me sucede lo contrario: hace tiempo que deseo perderlos á ustedes de vista y olvidarme de sus respectivos nombres. Claro es que no lo digo por todos, sino por algunos; los aludidos me entienden y yo deseo que no se vuelvan á acordar de mí."

Uno de los aludidos, que era entonces teniente y ha muerto de general, me explicó después la causa del justo enojo de nuestro digno jefe: chismes de regimiento, peores aun que los chismes de comadres.

En Febrero del 62 salimos para Lérida. Formaba parte de aquella descansada guarnición el batallón de cazadores de Alba de Tormes, cuyos oficiales subalternos, capitaneados por los tenientes Arolas y Bremón, se pasaban las noches en las calles quitándoles el sueño á los vecinos pacíficos. Algunos de Zamora nos uníamos á ellos, y juntos concurrimos á la estrepitosa voladura del célebre guitarrón, guitarrón y voladura que todavía se recuerdan en aquella capital.

Eduardo Bremón y Juan Arolas eran amigos míos desde la campaña de Marruecos; pero en

Lérida fué donde se estrechó nuestra amistad, sólo interrumpida por la muerte. Murió Bremón después de haber ganado en Filipinas una cruz laureada; Arolas acaba de morir, siendo muy discutidas su conducta política y sus cualidades morales. En otra parte lo he dicho: "Los hombres públicos y las mujeres guapas tienen dos reputaciones: lo difícil es averiguar cuál es la acertada, la verdadera, la justa, si por acaso lo fuere alguna de las dos." Unos dicen de Arolas que era con exceso autoritario, atrabiliario y vicioso; otros afirman que era un caudillo genial, un pensador profundo y un republicano incorruptible. Prescindiendo de juicios apasionados, convengamos en un racional término medio: no era un águila, pero tampoco un general cualquiera. En algo se fundaría su popularidad, aquí donde sobran generales enteramente ignorados ó desconocidos. A mi entender, no debía su celebridad á las valentías juveniles de Africa, ni á la empresa de Joló, ni á los empeños de Cuba (donde su fama tuvo menos ganancias que pérdidas), sino á su fe en la república, á sus luchas por la libertad, á su racionalismo sin interrupciones, demostrado en el hecho de haber llegado con la integridad de su conciencia hasta el fondo de la sepultura. Por propia disposición se le enterró civilmente; y la velada en su honor celebrada por los librepensadores de Madrid, no fué glorificación del militar ilustre, sino justo galardón á la constancia sin intermitencias del sol-

dado librepensador. Por mi parte, conservo su memoria con especial afecto, pero al invocarla, no veo ni al gobernante de Joló ni al combatiente de Cuba: su figura se me aparece en actitud gallarda sobre una barricada, contestando al ¡viva la reina! del general Calonge con la voz de ¡fuego! que dió principio en Santander al combate del 24 de Septiembre del 68.

Siento mucho no recordar el nombre del anciano bibliotecario de Lérida, personaje de inmenso corbatín que me hablaba con frecuencia de Odilón Barrot. Pasaba yo las mañanas en la biblioteca pública, y allí pude parodiar á Luis XIV, diciendo todos los días: *el público soy yo*. La primera vez que fuí me dijo el bibliotecario:

—Es Vd. el primero, el único militar que acude á mi biblioteca, y sepa Vd. que entre Lérida y Vich cuento en mi destino más de seis lustros.

—Pero ¿vienen paisanos?—le pregunté sin malicia.—¡Porque no los veo!

—¡Ay, no! Dice un cantar que hay en Málaga cuatro mil tabernas y ninguna librería; pero aquí no faltan libros, sino lectores: resultado equivalente, *cero*.

El bibliotecario no me dejaba leer más obras que las de Balmes, y las leí; pero después de leídas se empeñó en que volviera á leerlas. No tuve paciencia para tanto y al fin lo dejé solo. ¿Sería él quien alejara al público para poder quitarse el corbatín y dormir la siesta en santa paz?

Cuando estábamos de guarnición en Lérida se hizo la invasión de Méjico por tropas españolas, inglesas y francesas, en apoyo de reclamaciones más ó menos discutibles de las tres naciones coligadas. No tardamos en saber la retirada de Prim con los soldados españoles y la marina inglesa, dejando á los franceses enteramente solos, arranque genial del héroe de Castillejos, que escribió entonces la página más hermosa de su carrera política y acreditó cumplidamente su previsión patriótica. Su acto fué discutido en todas partes, y generalmente mal juzgado; quién lo tachó de cobardía, quién de insubordinación, y recuerdo con gusto que Arolas, Bremón y yo lo aplaudíamos sinceramente, adelantándonos al juicio definitivo de la posteridad y de la Historia.

Como Prim dispuso y efectuó la retirada sin contar con el Gobierno, fundando su decisión en la perfidia del emperador de los franceses, descubierta con oportunidad; como Napoleón III, no contentándose con las exigencias originarias de la intervención, pretendía establecer un imperio en la libre tierra mejicana; como la intervención tenía el asentimiento de los clericales de Méjico y de Europa, sucedió lo que había de suceder: que la cuestión de Méjico y la acertada resolución de Prim fueron examinadas en todos sus aspectos por la prensa universal. La imperialista, católica y reaccionaria maltrató á Prim sin piedad, sobre todo la francesa, y en la misma España, la mejor

defensa del caudillo español fué la que hizo él mismo en el Senado.

Hasta en España se hablaba por algunos de traición; pero lo cierto es que sin el acto de Prim la actual postración de España dataría de entonces, pues hubiéramos perdido entonces el honor y las Antillas. El imperio francés, en aquellos días tan lleno de vanagloria, tuvo en Puebla su primera derrota militar, en su tardía retirada por exigencia de los Estados Unidos su primera humillación, en el fracaso de la política cesarista su primera etapa en la ruta desastrosa que lo llevó á su fin.

En el transcurso de este libro han de ver los que tengan la paciencia de leerlo que no escatimo censuras al ilustre general de la revolución; pero al recordar su acto de Méjico no puedo menos de tributarle un aplauso fervoroso, un testimonio sentido de admiración y respeto.

Aun sin el propósito, por no decir despropósito, de imponer á Méjico un emperador austriaco, la intervención extranjera resultaba injusta. Por causas parecidas, y aun idénticas, pudiera España ser intervenida, y ante una invasión pirática de las naciones de Europa, cuya ley es la fuerza, cuyo afán es la expansión, cuya justicia es la violencia al servicio de la plutocracia, en vano aguardaríamos que surgiera un Prim entre los generales invasores. ¡Gracias que lo hubiera entre los invadidos!

*
* *

De mí se ha dicho más de una vez que si estoy ó no estoy loco; en Lérida se dijo por primera vez, precisamente cuando procedí con más acierto y reflexión que nunca.

—Está chiflado — decían algunos al verme.

—Loco rematado es lo que está — decían otros.

— Lo que hace es absurdo, es insensato — exclamaba algún cursi de la guarnición.

¡Y todo esto por bañarme en el Segre con mi sombrero de copa, yo, que iba de hongo al paseo!

La maledicencia no se para en barras y la sociedad juzga demasiado á la ligera. Lo que yo hacía era lo más racional, pues mi sombrero de copa estaba un poco usado, y el hongo, que era nuevo, se me hubiera deslucido bañándome con él. ¡Quién sabe si casi todos los que el mundo llama locos tendrán más juicio que el mundo!

***

Con el triste motivo de la muerte de mis padres, muertos ambos el año 62, obtuve una licencia temporal. Pasé á Barcelona, donde me embarqué en el vapor *Cid,* que me condujo á Cádiz por todas las escalas de costumbre. En Cádiz tomé pasaje para Santa Cruz de Tenerife, me parece que en el *Ciudad Condal.* Apenas desembarqué en Santa Cruz me encaminé á Geneto, donde á la sazón estaba la familia. Allí pasé el resto de aquel año y algo del siguiente, ocupado en asuntos de la casa, en matar codornices, en leer y en pasear.

Mis paseos á pie se extendieron á una buena parte de la isla; hubo días en que fuí con mis hermanos á la Punta del Hidalgo, ó al valle de Guerra, ó á la Orotava misma, regresando á Geneto á la hora de cenar. Aun ha de haber en el país quien recuerde aquellos paseítos de ocho ó nueve leguas.

En la Orotava, delicioso valle sin parecido en el globo, me enseñaron el sitio donde dijo Humboldt:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Pero andando el tiempo me señalaron en Cuba el lugar donde exclamó aquel sabio exactamente lo mismo:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Y según referencias de Colombia, Méjico y otros países, en todos ellos son conocidas las localidades donde Humboldt dijera:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Bien se conoce que el viajero ilustre, sin que yo niegue sus méritos, era una especie de fonógrafo.

Pienso, y muchos conmigo, que en la Orotava dijo la verdad: el valle es un paraíso digno de ser más visitado. Los ingleses, á la verdad, lo visitan... y acabarán por llevárselo á Inglaterra; pero hay en España ¡y aun en Tenerife! quien no se toma el trabajo de ir á verlo.

Algunas veces, discurriendo á solas y pensando en la vanidad de la existencia, considero que, á pesar de todo, no debo quejarme de vivir. Las emociones más hondas que pueden producir en

alma humana el arte humano y la naturaleza yo las he sentido. Las he sentido, en la esfera del arte, al escuchar la réplica de Castelar á Manterola, al presenciar el entierro de Víctor Hugo, al idear un cuadro que nadie ha pintado aún, al oir las notas de la Marsellesa... Y la naturaleza me ha causado sensaciones todavía más profundas y más duraderas, en el Atlántico, en el Niágara, en los Pirineos, en la nevada cúspide del Teide y en su verde alfombra la Orotava.

CAPITULO XII

1863

En los ya largos anales de mi vida es imposible recordarlo todo. Se graban en la memoria fechas, sucesos y frases de la niñez y de la primera juventud, pero se borran fácilmente los hechos que coinciden con la mayor edad. En 1863 cumplí veinticinco años, y por eso desde ahora me será difícil precisar fechas, apellidos, pormenores que empiezan á confundirse en el revuelto océano de mis recuerdos. Como escribo sin ninguna clase de notas ni de apuntes, la fidelidad de mi memoria no puede ser absoluta en los detalles.

El año 63, objeto de este capítulo, puede decirse que lo pasé navegando: primero de Tenerife á Barcelona, para incorporarme al regimiento; poco después de Cádiz á Tenerife, destinado al batallón cazadores de Antequera; otra vez de Tenerife á Cádiz, en comisión del servicio, y regreso á la capital canaria; por último, la navegación á América.

Mientras yo disfrutaba la licencia indicada en el anterior capítulo, había pasado el regimiento de Lérida á Barcelona, donde me incorporé, ocupando un pabellón en la hoy arrasada ciudadela, en aquel castillo que el pueblo barcelonés odiaba. El odio popular acabó al fin con la aborrecida fortaleza, como acabará, tarde ó temprano, con el negro fantasma de Montjuich. Si la ciudadela recordaba los numerosos crímenes de los esbirros de Fernando VII y del conde de España, y todos los horrores del absolutismo, el castillo de Montjuich no está menos deshonrado por crímenes pavorosos perpetrados en nombre de la libertad y la justicia. ¡Como si pudieran coexistir la libertad y el tormento, la justicia y la arbitrariedad! La única circunstancia recomendable del absolutismo es la franqueza, que brilla por su ausencia en estos regímenes hipócritas de libertad mentida.

En mi tiempo estaban cerrados y vacíos los calabozos de la ciudadela, pero algunas veces, al cruzar los negros fosos, las obscuras poternas y los fríos subterráneos, me parecía escuchar los gemidos de los presos y las maldiciones de los mártires. Tal vez subsistieran en el aire los apagados ecos de los ayes de las víctimas.

A poco tiempo de estar en Barcelona pedí el pase por permuta al batallón cazadores de Antequera, que acababa de ser destinado á Tenerife. Tadeo Canino lo pidió también, y juntos emprendimos un viaje pintoresco á través de la Península

la para embarcar en Cádiz. Tuvimos en aquel viaje trozos de ferrocarril, trayectos de diligencia y algunos kilómetros *de infantería*, pues atravesamos Sierra Morena á pie. La expedición nos resultó fecunda en santillanescos episodios, singularmente al llegar á una ciudad andaluza, de cuyo nombre me acuerdo, aunque no quiero, y del cual también se acordará Canino, ¡vaya si se acordará! Al entrar en la ciudad aquella abrí mi portamonedas y encontré... el vacío; Canino entonces echó mano al suyo, lo abrió con solemnidad y se nos apareció... ¡el piélago inmenso! Era el infinito negativo encerrado en una bolsa. Pero las aberturas de los portamonedas no eran las más grandes, que estaba aún más abierta la boca de Canino.

En fin, otros se han visto en situaciones peores y á nadie se lo cuentan; ¿por qué he de contar yo que aquel día no comimos? De todas maneras, estábamos en una ciudad civilizada, en la cual por lo mismo no podían faltar ladrones, y los encontramos, y ellos fueron los que en realidad salvaron la situación—¡gracias, bandidos!—quedándose con lo mejor de nuestros equipajes y ganando en la operación el 5.000 por 100. Y así llegamos á Cádiz, y luego á Santa Cruz de Tenerife, con buena salud, pero sin ropa.

Me incorporé en Santa Cruz á la segunda compañía del batallón de Antequera, en la que tuve por compañeros al teniente Troyano y al alférez

Santocildes, muertos ambos trágicamente en Cuba. Troyano fué macheteado en la primera guerra; Santocildes ha perecido en la segunda. El héroe de Peralejo casi era un niño cuando lo tuve de alférez en mi compañía de cazadores; en Santa Cruz lo llamaban "el pollo de Antequera„. No hay que confundirle con otro personaje, que también ¡ay! ha dejado de ser pollo.

Diez ó doce amigos que no habíamos hecho nunca la ascensión al Teide, entre ellos dos de Antequera (Vicente La Roche y yo), la efectuamos en el mes de Agosto con más requisitos y más preparativos que si se hubiera tratado de ir al Polo y de invernar en los hielos. Profusión de capas y de mantas, de conservas y licores, de herramientas y de medicinas. Particularmente uno de los expedicionarios, mi amigo Frasco León, estaba preocupadísimo con los efectos del sol á semejante altura y en estación semejante; y para precaver los daños que temía, adquirió en una botica la untura recomendada por cierto explorador inglés ó ruso que la había usado con éxito en América, en África y en Asia. La tal untura se llamaba, ó la llamaba León, *ungüento del Himalaya*, y con ella se embadurnó la cara, según indicación de la receta.

El resultado fué que los otros, sin ungüento alguno, volvimos sin novedad, en tanto que León, untado y todo, descendió del Teide sin nariz, pues la manteca del Himalaya, derretida por el sol

tinerfeño, se la convirtió en una fritura. El sacrificio nasal no se le olvidó en su vida al bueno de León, pues se llevaba la mano á la ex nariz cada vez que se le hablaba del Teide.

No describiré la ascensión, pues ya lo han hecho, mejor que yo lo haría, centenares de viajeros. Sólo diré que no he visto jamás un espectáculo tan singularmente bello como el del amanecer presenciado desde el Pico.

Las nubes acumuladas bajo nuestros pies se iluminaban sucesivamente con matices varios, según las gradaciones de la luz crepuscular; el sol brillaba ya á nuestra vista, cuando todavía las costas de Tenerife aparecían envueltas en las sombras de la noche; el mar se nos presentaba allá lejos, muy abajo, con toda la magnificencia de la calma nocturna, al mismo tiempo que ya en el cielo brillaban los resplandores del día; y ocultos por las rastreras nubes los cercanos campos de Orotava, distinguíamos perfectamente en lejanos horizontes los graciosos perfiles de las vecinas islas, bosquejados apenas en las penumbras del alba.

Antes y después de la ascención al Teide solíamos reunirnos los días de fiesta en una casa de la calle de la Noria unos cuantos amigos entusiastas: Agustín Guimerá, que nos leía fragmentos dramáticos de Víctor Hugo; Frasco León, erudito narrador de crónicas canarienses; Ramón Roldán, buen lector de sus propias poesías; Gaspar Fer-

nández, elocuente economista y ferviente admirador de Federico Bastiat; por último, el que escribe estos renglones, que nada podía enseñar, pero sugería proyectos.

De aquellas reuniones brotó la idea de la ascensión al Pico; allí propuse también la fundación de una sociedad de volcanistas, que á lo sumo hubiera sido una sociedad volcánica. El individuo que la presidiera no había de titularse presidente, sino *crâter*. Lava y ceniza es cuanto queda de los proyectos acariciados entonces en el seno de aquella sociedad que disgregó la política y disolvió la muerte. Guimerá y yo somos los únicos supervivientes del club de la calle de la Noria.

***

Designado para pasar á Ronda á recoger un centenar de quintos, embarqué en Santa Cruz, y no recuerdo en qué barco, al frente de la pequeña partida receptora. Con ella desembarqué á los pocos días en Cádiz y marché á Ronda en jornadas pedestres por Chiclana, Vejer, Tarifa, Algeciras, San Roque y Gaucín. Desempeñada mi comisión, esto es, recibidos los reclutas, regresé á Cádiz con ellos por Grazalema, Arcos y Jerez.

Ronda me pareció la ciudad más original de Andalucía, y en todos conceptos digna de su celebridad. Allí estaba Angel Centeno, mi compañero y amigo, con quien di largos paseos por los alre-

dedores. También me llevó al casino, donde vi la mesa en que Narváez tallaba un puñado de pesetas cuando era capitán indefinido, y además sospechoso por liberal exaltado. Cuando él tallaba no permitía que apuntara ningún realista, y esto pasaba en el período absolutista del año 23 al 33. El general Narváez, de quien todavía he de volver á hablar en estos fragmentos descosidos, era tan jugador como Espartero y más liberal, seguramente, que el héroe de Luchana. Fueron ambos durante largo tiempo los polos de la política; por sus dotes de pensamiento y de saber tan incapaz era el uno como el otro; los dos lo hicieron mal como políticos y como gobernantes; pero lo sensible es que cuando han gobernado hombres civiles de más entendimiento y de mayor cultura lo han hecho peor, bastante peor que ellos. ¿Será que el mal reside en la sociedad y no en los hombres? ¿Estará tal vez la autoridad en contradicción con la Naturaleza? ¡Puede que tengan razón los anarquistas!

Aparte el gusto con que visité aquel pintoresco sector de Andalucía, cuyo vértice es Ronda, no tengo de entonces ningún recuerdo notable. A no ser que consigne ¡y por qué no! lo que á la ida me sucedió en Tarifa, á la vuelta en Grazalema y en Arcos.

En Tarifa, después de alojar la gente, me hice presentar en una casa donde se bailaba aquella noche. Era una reunión, me dijeron, de confianza;

de demasiada confianza me pareció que era. Había en ella unas señoritas guapas, guapísimas, de las más guapas que puede haber en el mundo; pero, sin ofensa, me parecieron bastante mal educadas. Observé que todas me miraban con fijeza, hablándose unas á otras con mucha seriedad:

—Se parece á Pintillo—decían—es su retrato; la nariz... ¡idéntica!... y los dos andan lo mismo...

El nombre de Pintillo, que aquellas niñas citaban á cada instante, llegó á mis oídos más de cincuenta veces.

Yo ignoraba en absoluto el personaje con quien me hacían objeto de comparaciones, personaje, sin duda, muy popular en Tarifa, y al volver á mi alojamiento pregunté á la dueña de la casa:

—Señora, ¿quién es Pintillo!

—¿Pintillo? ¡Todo Tarifa lo conoce por lo hermoso que es!

—Pero ¿quién es?

—El perro de un cortijo que hay aquí cerca...

Lo que fué en Tarifa pura *guasa* en Grazalema fué prosopopeya pura. Cuando vi al alcalde para que me refrendara el pasaporte, me dijo enfáticamente: "Aquí tenemos á un personaje político de mucha fama.„ Le pregunté quién era, y me dijo un nombre archidesconocido. En mi alojamiento me hablaron también del personaje, considerándole una gloria inmortal de Grazalema. Por último, el secretario municipal me anunció la visita del sujeto, una figura, según él, histórica.

Me visitó, en efecto, y al presentarse me dijo:

—Aunque ustedes son de infantería, aquí estoy yo para lo que se ofrezca; yo también he *melitado* y habrá Vd. visto mi retrato en los *pedióricos;* el día de Vicálvaro, siendo ordenanza de O'Donnell, yo le tuve el caballo por la brida; ¡qué caballo, qué general y qué combate!

A continuación me hizo el relato de la batalla de Vicálvaro, que en sus labios parecía la de Waterloo.

En Arcos me alojé en casa de un cura, hombre anciano, que me habló de Carlos III, á quien había conocido, y del batallón de Canarias, compuesto de canarios, que había operado en aquella serranía durante la guerra de la Independencia. El cura hizo que me acompañara por toda la ciudad un joven "letrado„, que me habló mucho de Savonarola, del joven Anacarsis y de Trueba. Su erudición no se me ha olvidado nunca porque era inagotable. Y al decirle yo que en ninguna parte había visto tantas rejas como en Arcos ni tantos mozos con el hocico en ellas, me respondió con aire de seductor invencible:

—Aquí son las muchachas bastante "adolescentes„, y por eso los jóvenes atrevidos nos desarrollamos por las noches con la mayor "jactancia„.

¡Palabra de honor que me lo dijo así!

***

Descansamos en Jerez un día, nos embarcamos en Cádiz, y poco después de mi llegada á Santa Cruz con los quintos se recibió la orden de embarcar en el vapor *Canarias* con rumbo á las Antillas.

Santa Cruz de Tenerife les hizo á los cazadores de Antequera una despedida cariñosa.

CAPITULO XIII

1864

I

La travesía del Atlántico no pudo ser más vulgar; ni siquiera hubo episodios de esos que amenizan las navegaciones largas ó interrumpen su monotonía, como un vendaval furioso, un turbión equinocial, un hombre al agua y un incendio á bordo; apenas si ocurrieron los incidentes menudos y poco menos que diarios de la nave que aparece, del pabellón que saluda, de la vela que se divisa un instante para perderse á lo lejos como las gaviotas y como las espumas, como las promesas y como las ilusiones.

Por falta de accidentes faltaron impresiones memorables. Si las hubo fueron subjetivas, que cada cual iba pensando en sí propio al recordar el viejo continente donde se dejaba los ensueños de la juventud, ó al vislumbrar en el mundo americano horizontes luminosos, rumbos nuevos en el via-

je de la vida, poemas de la realidad, tentadores misterios de lo incógnito.

Algunos de los que fuímos juntos en el vapor *Canarias* realizaron en América sus doradas ilusiones; pero muchos sucumbieron prematuramente, ya en muerte gloriosa, ya en obscura y miserable muerte.

Cazadores de Antequera fué el primer batallón peninsular destinado á América desde las guerras de la independencia americana; lo establecido era no destinar á nadie á las Antillas, no siendo á petición propia y con ascenso.

Eramos en la oficialidad del batallón hasta una docena de canarios, que al ser destinado á Canarias el batallón de Antequera habíamos solicitado el pase al batallón, bien por razones de familia, bien por amor al país. El repentino traslado á Puerto Rico hizo que algunos parecieran contrariados, lo que dió ocasión á una caricatura que circuló á bordo haciéndonos reir: en ella aparecía el ministro de la Guerra con una larga caña de pescar, pescando canarios con alpiste y llevándolos con la misma caña al Nuevo Mundo.

La primera tierra que avistamos fué la isla Gorda, del grupo de las Vírgenes. El mismo día, ya de noche, divisamos el faro de San Juan de Puerto Rico, pero no entramos en puerto. Frente al Morro se disparó un cañonazo de aviso, permaneciendo en la mar hasta el amanecer. Aquel cañonazo no se me ha olvidado nunca: serían las diez

de la noche cuando Troyano, Santocildes, alguno más y yo vimos cargar el cañón, haciéndonos mucha gracia que los marineros lo cargaran con una coliflor. Un rato después sonó el disparo, destrozando la obra muerta, que saltó en astillas, hiriendo á Santocildes ligeramente en un hombro.

—¡Mala entrada en América!—nos dijo—. ¡Aun no he saltado en tierra y ya me han puesto fuera de combate!...

Más de treinta años después, cuando supe cómo había sucumbido en Peralejos, me acordé con tristeza de tan singular augurio.

Aprovechó Troyano la ocasión para repetir una vez más lo que nos decía frecuentemente:

—Mi horóscopo es envidiable: nací en la ciudadela de Pamplona el sábado de Gloria del año 33, primer año de la guerra civil, y me parió mi madre al sonar el primer cañonazo de la primera salva de aquel día; si yo no tengo un porvenir glorioso no sé quién lo tendrá.

¡Fíese usted de agüeros! El infeliz Troyano murió de mala muerte, de muerte obscura y villana, macheteado en la manigua de Cuba cuando estaba prisionero, y, por consiguiente, desarmado. Ni siquiera tuvo el honor de un fusilamiento militar, que á la sazón los cubanos, por no gastar la pólvora, acuchillaban á sus prisioneros.

La pintoresca bahía de Puerto Rico nos hizo muy agradable impresión; aquellas playas tan verdes, las colinas cubiertas de plantas tropicales y

la perspectiva de la ciudad de San Juan, hacen de Puerto Rico digna antesala de América.

Desembarcamos con un calor de verdad, y asediados por las moscas. Téngase en cuenta que llevábamos los uniformes europeos, los pesados ponchos y los pantalones colorados.

La charanga de Antequera dió aquella noche una serenata al capitán general; mientras ejecutaba las distintas piezas de su repertorio, se agrupó en torno de ella una gran muchedumbre popular, predominando la gente de color; escuchaba el público en silencio, con la satisfacción que sienten oyendo música los negros y los mulatos, cuando el músico mayor concibió la peregrina idea de tocar una danza americana.

A los primeros acordes aquello fué una explosión de silbidos y de carcajadas, muchas más carcajadas que silbidos. Era una danza habanera de las que se componen en España, buena para tocada en Burgos, pero que en América no podía pasar; tal vez tuviera alguna semejanza vaga y remota con las danzas de Cuba, pero no con las de Puerto Rico, verdaderas y auténticas rosquillas de la tía Javiera de las danzas.

El jefe del batallón, D. Nicolás Taboada, con muy buen acuerdo, prohibió para lo sucesivo las danzas y los tangos.

La primera noche de mi estancia en Puerto Rico pasé por la Mallorquina y entré á tomar chocolate. Pedí un vaso de agua, y al servírmelo el mozo vi

que se levantaba de otra mesa un joven oficial, dirigiéndose á mí con gran solicitud:

—¡No beba Vd.!—me dijo.

—¿Por qué?

—Porque será su muerte irremediable, instantánea; en esta tierra, el agua después del chocolate es el más fulminante de los tósigos.

—Yo creo que no será tanto...

—Fíese Vd. en mi experiencia; los recién llegados no saben ustedes lo que es este país; se vive aquí por milagro; beber agua es un suicidio, créame Vd...

—¿Lleva Vd. mucho tiempo en el país?

—Llevo ya cuatro días y cuatro noches... ¡quinientos siglos!... Conozco esta tierra como la propia Málaga, ¡no beba Vd!... Y si acaso, kúmel, brandy, ginebra...

El consejo fué desoído, lo que me valió la enemistad del consejero, el cual no era otro que el teniente Sawa (Horacio).

Un batallón completo, recién desembarcado, ofrecía buen pasto al vómito; gran número de soldados y la mayoría de los oficiales enfermaron en los primeros meses, pero murieron pocos. Yo tuve la suerte de no pasar el vómito ni entonces ni después; mientras lo tuvo Santocildes no me aparté de su lado, porque fueron invadidos al mismo tiempo que él Borja, Puyol, Egea y otros varios que con él vivían.

Con motivo de la insurrección y guerra de San-

to Domingo habían pasado á esta isla casi todas las fuerzas de Puerto Rico, siendo esto la causa de que se nos hubiera destinado á América. Una vez en las Antillas, todos los oficiales de Antequera queríamos ir á campaña, que los militares sólo desean ocasiones de batirse; pero tardamos algunos meses en ir, los que fuimos, que el batallón no fué. Permanecimos, pues, de guarnición en San Juan de Puerto Rico, donde lo pasábamos perfectamente. Aquel es un país delicioso, donde siempre hay música en las calles, y música en las casas, y bailes donde quiera. En mi tiempo, sobre todo en los días y aun meses de las fiestas de San Juan, se bailaba en las casas y también al aire libre; las muchachas del país, verdaderas amazonas, bailaban los lanceros á caballo y galopaban por calles y por plazas entre aplausos de los transeuntes y requiebros de caballería.

En Puerto Rico tiene caballo todo el mundo; hasta los mendigos piden limosna á caballo. Y yo mismo, fanático entonces y aun ahora de la brava infantería, reina de las batallas y de las guarniciones, galopé bastante por la carretera de Río Piedras. Hemos perdido la isla, pero hay algo que yo no perderé: la memoria de Río Piedras y del precioso camino que conduce á tan alegre poblado. ¡Quién sabe si hoy me parecería menos alegre! Las alegrías y las tristezas no están en lo externo y visible y material, sino en lo ideal, en lo contingente y en lo íntimo.

Se bailaba mucho en el casino de la capital, donde observé que las chicas se burlaban descaradamente de mis compañeros, torpes en su mayoría para aprender la danza. De mí no se burlarían, porque yo no la bailé. Quien bailaba sin descanso era Tadeo Canino, que las noches de baile llevaba al casino á su asistente, portador de una bandeja con dos ó tres docenas de camisas, una para cada danza. Realmente se suda mucho bailando en Puerto Rico y no hay camisa que no resulte mojada.

Desde que desembarqué no hubo ni un día en que yo no oyera música en las casas y en las calles, pero siempre danzas del país; por eso me sorprendió el encontrarme un día en la calle de la Fortaleza con una orquesta, precedida por un carro y seguida por numerosa gente, que iba tocando la marcha real española. Pidiendo explicaciones, supe que el carro iba cargado de hielo recién desembarcado y procedente de los Estados Unidos.

Entonces no había en la capital fábrica alguna de hielo, y cuando éste se agotaba, la primera remesa de los Estados Unidos era recibida con el himno real.

Pregunté si se trataba de un reclamo hecho por el negociante importador, y alguien me contestó en los términos siguientes:

—Aquí no se toca la marcha real no siendo por una de estas tres cosas: desembarco de hielo artificial, pesca de un tiburón y sorteo de la lotería.

En efecto, cuando en el sorteo mensual salía de la urna el afortunado número premiado con los cien mil pesos (premio mayor de la lotería insular), una música instalada en el salón ejecutaba la marcha consabida entre aplausos ruidosos... á los cien mil pesos.

No me pareció tan raro el que se le tocara la marcha real á un tiburón; el caso, para mí, no era del todo nuevo. Por otra parte, el júbilo del pueblo cuando se pescaba un tiburón estaba justificado, pues los enormes selacios de aquella hermosa bahía son el terror de las gentes. Cuando fuí destacado por ocho días al polvorín de Miraflores recibí la orden expresa de no permitir que se bañara en el mar ningún soldado del destacamento. Y nadie se bañó, ni yo mismo; tenía que dar ejemplo, además de sentir con más vehemencia que nunca el instinto de conservación. Pero ocho días con aquel calor, y entre nubes de mosquitos, á la orilla del agua tentadora y sin gozar de ella, era un suplicio muy parecido al de Tántalo.

Todas las mañanas me levantaba de mi hamaca, diciendo con decisión: ¡hoy me baño! En efecto, me acercaba á los mangles de la orilla, escudriñaba el mar, no veía señales de que hubiese tiburones, y cuando ya empezaba á desnudarme para zambullirme... desistía prudentemente y me contentaba con coger hicacos para mi desayuno, aunque son bien desabridos.

Pero el último día, próxima ya la llegada del

relevo y avergonzado al fin de haber estado una semana entera á la orilla del mar sin darme un chapuzón, me despojé de mis ropas y tomé seguidos ocho baños: los correspondientes á los ocho días.

Los tiburones debieron asustarse, pues no se presentaron en el lugar del suceso. Ni siquiera se presentó el jefe de día, que hubiera sido peor.

CAPITULO XIV

1864

II

Continuábamos en Puerto Rico haciendo guardias y escoltando entierros mientras seguía la guerra en la vecina isla de Santo Domingo. Casi todos los *antequeranos* estábamos impacientes por pasar al teatro de la lucha, lo que no sorprenderá á quien conozca la manera de ser, la psicología, por no decir la psicometría del militar. Aun creyendo que los dominicanos defendían una causa justa, ¡qué importaba eso! De Santo Domingo llegaban diariamente vapores cargados de enfermos y de heridos, menos heridos que enfermos; pero á la vez llegaban compañeros con nuevos galones ó entorchados, lo cual era para más de cuatro una tentación irresistible.

También nos alentaba el natural deseo de continuar el aprendizaje de la profesión, que en aquella guerra, como en todas, podía aprenderse mu-

cho; pero nadie en ella aprendió nada, ni los militares, ni los políticos, aunque para todos hubo enseñanzas no aprovechadas después. Los separatistas de Cuba, sin presenciar de cerca la guerra de Santo Domingo, aprendieron en ella bastante más que nosotros, lo cual no me sorprende, pues he llegado á persuadirme de que los españoles nunca aprenderemos nada. No escarmentamos ni en cabeza propia; ninguna experiencia, por muy amarga que sea, nos lleva á rectificar errores, desechar prejuicios y enmendar rutinas. Los disparates políticos y militares que nos hicieron perder la isla de Santo Domingo se repitieron en Cuba; y si todavía tuviéramos colonias, las perderíamos por las mismas causas y por iguales ó parecidos yerros.

He dicho que los dominicanos defendían una causa justa, y, en efecto, aunque pudo llamárseles tornadizos, ya que ellos mismos pidieron la anexión para rebelarse al poco tiempo, la verdad es que no la habían pedido porque envidiaran la suerte de Puerto Rico y de Cuba, sino en busca de la protección de España por sentirse débiles ante la doble amenaza de Haiti y los Estados Unidos. Los haitianos, como buenos vecinos, aborrecen á los dominicanos, que les pagan en igual moneda; los Estados Unidos tienen clavados los ojos y el pensamiento en la isla dominicana y en todas las del mar de los Caribes.

Pero los dominicanos querían unirse á España

conservando su libertad interior y el bienestar relativo de que disfrutaban. ¿Y qué sucedió? Que al año de la anexión se les había triplicado ó cuadruplicado los tributos, se les negaba representación en Cortes y se sometía la isla á un régimen despótico, inundándola de generales, intendentes, obispos, canónigos, magistrados y covachuelistas, casi todos inútiles, cuando no venales.

Por otra parte, la anexión la solicitó un partido, no el país; bien pudiera decirse que la hizo un hombre: Santana

El partido español ó anexionista venía gestionando la anexión desde 1843; desoídos sus emisarios, en Cuba, por D. Jerónimo Valdés, por don Leopoldo O'Donnell y por todos los capitanes generales, vino á Madrid el general dominicano Mella, quien tampoco obtuvo resultado; pero en 1861, gobernando en Cuba el general Serrano (después duque de la Torre, título debido precisamente á la anexión), logró el partido anexionista, cuyo jefe era Santana, que Serrano patrocinara el intento anexionista y que la anexión se hiciera.

El despotismo de algunas autoridades, como el *liberal* Buceta; el aumento considerable de las contribuciones; la manía de algunos *aplatanados* procedentes de Cuba, que querían tratar á los negros de Santo Domingo, hombres libres, como se trataba en Cuba á los esclavos, fueron concausas que produjeron la explosión mucho antes de lo que podía preverse; ahogada en su principio, retoñó

luego con mayor pujanza; toda la isla clamaba por su independencia, aunque á los españoles no se les odiaba tanto como á los dominicanos santanistas, autores de la anexión.

Los militares del país adictos á Santana, cuyos grados se reconocieron por el Gobierno español, cumplieron fielmente con España; todos se batieron con bravura; algunos sucumbieron en los campos de batalla, como el aguerrido Suero, general negro que prestó insuperables servicios. Cuando se perdió la isla, casi todos ellos pasaron con sus empleos á Cuba; algunos sirvieron, años después, á la insurrección cubana, como el entonces comandante de caballería Máximo Gómez, los Marcano, Modesto Díaz y otros, pero la mayoría fué perfectamente leal á su patria adoptiva. El general Puello, Heredia, los Alfau, los hermanos Tejeda, el veterano general Varela y otros varios, puede decirse que en Cuba fueron los maestros de algunos de nuestros oficiales de guerrillas; bien que nuestros oficiales, salvo excepciones, creían no necesitar maestros, familiarizados como estaban con el estudio de las guerras clásicas. Poco á poco fueron aprendiendo que las guerras de los trópicos son más bien románticas; ¡yo hubiera querido ver en las maniguas á Epaminondas y á Federico II!

Por lo que voy diciendo de Santo Domingo y la anexión, comprenderán los que me han escrito dándome consejos, que están muy equivocados;

si como ellos quieren "me dejo de guardias y de coroneles y de músicas para entrar de lleno en la política„, se van á llevar un chasco. En lo político no puedo contar nada que no sepa todo el mundo; además cada cosa llegará á su tiempo.

Torno, pues, á mis memorias, más ó menos personales, que son, al fin y al cabo, el objeto de este libro.

Ascendidos para Ultramar los jefes y oficiales de Antequera que lo habíamos pedido, salimos del batallón ingresando en el ejército de Puerto Rico y siendo destinados á un cuerpo de voluntarios que para ir á Santo Domingo había de organizarse con tropa de Antequera y de las milicias insulares.

El capitán general, que era D. Félix Messina, dispuso que nos reuniéramos en su palacio los jefes y capitanes para tratar de la organización. Asistió al acto un jefe de Estado Mayor, cuyo nombre no recuerdo, y que invitado á proponer soluciones, pronunció un largo y elocuentísimo discurso repleto de erudición acerca de la falange macedónica, de la legión romana, del tercio de Castilla y del cuerpo de bomberos; citó á Polibio, á Aníbal, á Yugurta, y cuando al fin acabó, el general invitó á nuestro jefe D. Fermín Ezpelosín á decir lo que le pareciera.

—Por mi parte—dijo Ezpelosín—no sé cómo ni cuándo comerían los griegos, ni me importa; pero mañana mismo van á llegar los setecientos solda-

dos de milicias destinados á mi batallón, y no tenemos ollas para guisar el rancho; mi general, tratemos de las ollas, y á Polibio... ¡séale la tierra ligera!

Confieso que desde entonces aborrezco el parlamentarismo, el charlar sin ton ni son y el posponer lo práctico á lo estéril.

El batallón voluntarios de Puerto Rico, organizado é instruído por nosotros en menos de tres meses, embarcó para Santo Domingo en un vapor de guerra, en el *Colón*. Pasamos por la espléndida bahía de Samaná, y después á la vista de Puerto Plata, desembarcando en la playa de Montecristi el 28 de Octubre.

El general Gándara, que mandaba en jefe, nos incorporó á la división acampada en Montecristi. Buena tropa: jamás he visto en España ni en el mundo soldados como aquellos, curtidos por el sol, ¡y qué sol!, avezados á las privaciones, con las ropas desgarradas y con unos sombreros multiformes y multicolores. Nunca me ha parecido marcial, sino afeminada, una tropa con los pantalones sin manchas ni rodilleras y con los botones limpios y brillantes. Es verdad que aquellos batallones tenían presentes, á lo más, doscientos hombres, y algunas compañías veinte soldados; ¡pero qué soldados! Un médico amigo mío, perteneciente á la misma división, me presentó su asistente, un gallego fornido y muy marcial:

—Míralo bien—me dijo—; aquí donde lo ves, lo

he curado en quince meses de guerra de las viruelas, del cólera, del vómito y de un balazo.

—Que sea norabuena—le dije al gallego tendiéndole la mano—; á usted no lo mata nada y ya está vacunado para todo.

—Vas á ver otro más admirable—dijo el médico.

Y llamando al asistente de un compañero suyo, se presentó un soldadillo andaluz, flaco y moreno, del cual me dijo:

—En quince meses de campaña y de privaciones inauditas, no ha tenido ni un mal dolor de muelas.

Ambos soldados procedían del servicio obligatorio, pero no del servicio universal.

Aparte el nuestro, ningún ejército de Europa hubiera resistido una campaña cual la de Santo Domingo, y mucho menos desde que se estableció el servicio universal, que tiene tantos y tan elocuentes defensores. Yo no lo seré jamás, porque sé de cuán poco son capaces los burgueses y sus hijos. Hay entre ellos quien pudiera servir de general, pero lo que es de soldado no lo creeré ni aunque lo vea. El servicio universal podrá ser muy democrático, muy justo y muy bonito, pero no sería yo quien afrontara una guerra con soldaditos sacados de las jesuiteras, de las Universidades ó de las casas ricas. A las primeras fatigas llenarían los hospitales y no habría en el mundo bastante quinina para ellos.

Dos días después de haber acampado nosotros

en Montecristi se organizó una columna de ocho compañías, una por cada batallón, á las órdenes del brigadier D. Segundo Laportilla. De mi batallón, la designada, fué mi propia compañía. Ignorando el servicio á que se nos destinaba, embarcaron el 30 las ocho compañías en cinco barcos de guerra surtos en la rada; la mía en el vapor *Ulloa,* en el que embarcó también el brigadier Laportilla.

Zarpamos á media noche, y el 31 de Octubre amanecimos en Puerto Caballo, un puerto delicioso, tranquilo como un lago, en cuyas orillas, cubiertas de magnífica vegetación, no se divisaba ningún poblado ni señal de gente.

La escuadrilla fondeó en el puerto, y á los pocos instantes rompieron el fuego los cañones; hubo también descargas cerradas de fusilería. El estrépito ensordecedor y el humo denso de la artillería me hicieron pensar con cierto orgullo que Cervantes no tuvo ni pizca de razón al decir que Lepanto fué "la ocasión más gloriosa que presenciara su tiempo y verían los tiempos venideros„. ¡Ilusiones del insigne manco! Si él estuvo en Lepanto con D. Juan de Austria, yo estuve en Puerto Caballo con otros caballeros. Mi combate naval del 31 de Octubre no fué tan sangriento, pero sí tan ruidoso como el de Trafalgar; el de Trafalgar y el de Lepanto fueron también en Octubre; hubo una sola diferencia: en Puerto Caballo faltaba el enemigo, ó estaba fuera del alcance de mis ojos.

De todas suertes, hicimos un gran destrozo en el pintoresco litoral; la tierra quedó sembrada, literalmente, de troncos y de ramas. No se agotaron las municiones, pero poco faltaría.

Cuando el sol se aproximaba á su ocaso, envuelto en celajes rojos apropiados á los sucesos del día, cesó el fuego de nuestros cañones humeantes; el del enemigo, naturalmente, no cesó; en la agreste manigua seguía reinando un silencio no interrumpido siquiera por el canto del sinsonte.

Los marinos, sin distinción de clases, me parecieron por su entusiasmo, por su actividad y por su celo, capaces de empresas más difíciles y dignos ciertamente de más positivas glorias.

La escuadra se mantuvo toda la noche fondeada en el tranquilo puerto, y ya sería la una y media cuando me llamó el brigadier Laportilla:

—Designe usted—me dijo— un oficial y veinte hombres de su compañía para escoltar á un jefe de Estado Mayor que va á practicar un reconocimiento.

—Mi brigadier, yo mismo iré con los veinte hombres, si Vd. me lo permite.

—Como Vd. quiera.

Desperté los veinte hombres y me puse á las órdenes del jefe designado.

Transbordamos en seguida á un vaporcillo mercante, un remolcador, contratado sin duda y al servicio de la escuadra. El objeto era penetrar hasta donde se pudiera por un río que desemboca

en el puerto, río en el cual no podían entrar los barcos de guerra por su mayor calado.

El comandante mandó que la gente no hablara ni fumara, y entramos agua arriba.

No se distinguía por ninguna parte ni luces ni rumores. Navegábamos sin luces.

Remontamos la corriente sin dificultad, hasta que el patrón nos dijo que no podía seguir; la quilla rascaba el fondo.

Al virar para salir al puerto nos hicieron desde una de las orillas una descarga nutrida que no nos causó ninguna baja. No respondimos al fuego, pero el enemigo continuó disparando hasta que el remolcador salió del río.

Al día siguiente, al contarles á los oficiales de mi compañía lo que había pasado, no querían creerlo. El teniente Alonso me decía:

—¡Pero si no puede ser! En el supuesto de haber habido habitantes en esas costas y sus cercanías, morirían ayer. ¡Pues no fué mal diluvio de granadas el que cayó sobre ellos!

El patrón convenció á todos de que había combatientes en las márgenes del río, mostrando el remolcador acribillado á balazos, y muy particularmente la cocina, en la cual precisamente me apoyaba yo cuando sonó la descarga.

El río en que ocurrió el incidente que acabo de narrar es el mismo en que Colón, en su primer viaje, encontró á Pinzón después de su fuga reparando averías de su carabela. Pinzón quedó per-

donado, y en memoria del hecho se dió al histórico río el nombre de *Río de Gracia* (ó de *la Gracia);* pero los dominicanos siguen dándole su nombre indígena, que á mí se me ha olvidado, y lo siento.

Convencido el brigadier Laportilla de la presencia de un enemigo armado, aunque poco numeroso, mandó desembarcar dos compañías al mediar el día 1.° de Noviembre: la de voluntarios de Puerto Rico mandada por mí, y la de cazadores de la Unión que mandaba el capitán Chinchilla, el mismo que ha fallecido hace poco, después de haber sido ministro de la Guerra.

No encontramos en tierra ni rastro del enemigo; sólo vimos las tronchadas ramas, víctimas inocentes del bombardeo de la víspera. Ya reembarcados, el enemigo salió como por arte de magia, no sabe nadie de dónde, y rompió el fuego oculto en los manglares, respondiéndose desde los botes. Allí nos mataron al alférez Porto; no hubo heridos.

Los soldados de las compañías de desembarco se llevaron á bordo, y luego á Montecristi, como botín de guerra, algún tabaco en rama encontrado en un *conuco* y unas cuantas docenas de lechonés. Todo junto valía bastante menos que la pólvora quemada.

El 2 de Noviembre tornamos á Montecristi; en cuatro días no habíamos comido más que plátanos y alguna que otra galleta.

En Montecristi no hubo novedad hasta el 28 de Diciembre, fecha en que el enemigo, mandado por el presidente de la república Gaspar Polanco, se acercó á nuestras avanzadas y hubo tiroteo. Poca cosa.

CAPITULO XV

1865

I

Después de la acción de Montecristi no hubo en Santo Domingo ningún hecho de armas. En el Norte de la isla dominaba el enemigo todo el Cibao; nosotros no conservábamos otras posiciones que las de Samaná, Puerto Plata y Montecristi. En el Sur, la situación era idéntica; poseíamos las ciudades y fuertes de la costa, hallándose todo el Seibo en poder del enemigo.

Evidentemente los dominicanos, dados sus medios de acción, no nos hubieran desalojado nunca de los puestos que ocupábamos; pero es igualmente cierto que nosotros éramos impotentes para reconquistar y someter la isla. Estaba en la conciencia de unos y otros que la guerra no podía seguir; no había más solución razonable que el abandono de la isla y el reconocimiento de la República Dominicana. Y así lo hizo, por último, con aproba-

ción del Parlamento, el gobierno del general Narváez.

Pero entre tanto pasamos seis meses más en la penosa vida de una guerra sin combates, de una campaña sin gloria ni provecho.

El servicio de trincheras y de avanzadas se practicaba lo mejor posible con la escasa fuerza que gozaba de salud. Consumíase aquel valeroso ejército en lamentable inacción, devorado por las fiebres. Batallón hubo allí que se redujo á un centenar de hombres, sin ver al enemigo. Estábamos en camino de que nos pasara lo que á ingleses y franceses, que vieron destruídos sus ejércitos en la misma isla, á fines del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX. Los ocho meses de Montecristi, particularmente los seis últimos, no se nos olvidarán á los que allí peleamos con los mosquitos zancudos y las niguas, con las arañas peludas y las ratas, con los huracanes y las lluvias, con el paludismo y con el tedio. La distracción más frecuente era enterrar á los que se morían, ó visitar enfermos en los hospitales, que eran unos tristes barracones. El cementerio del campo de Montecristi guarda los huesos de innumerables víctimas de la anexión; allí quedó Juan de la Torre Mendieta, joven y valiente capitán de brillante porvenir, que siquiera éste murió combatiendo como buen soldado; allí quedaron también Eduardo Jerez, y Pajarón, y tantos otros amigos, víctimas unos de enfermedades diversas y otros de picaduras de

arañas venenosas. Las noches de trinchera, es decir, todas las noches, daba pena ver á los soldados con el frío de la fiebre y tiritando en aquel clima tórrido como si se hallaran en las estepas de Rusia. Nos dominaban la tristeza y el aburrimiento.

Con semejante vida, llegó á ser una delicia para los pobres soldados la caza de ratones; el descubrimiento de un alacrán en la hamaca era un placer, cualquier cosa un acontecimiento.

¿Cómo extrañar que en tales condiciones se jugara desenfrenadamente? A un extremo del campo se construyó un bohío, mal recubierto de yaguas, dándosele el pomposo nombre de casino; por allí pasaban los haberes de la división, desbancándose recíprocamente y sin consecuencias graves "todos los oficiales de mis tropas, desde el brigadier al subteniente inclusive", como reza la Ordenanza. No se jugaba más que desde el toque de diana al de retreta, según el reglamento del casino, escrito con lápiz y dictado por Serafín Donderis. Pero esto durante el día, que por las noches se jugaba otro ratito: desde la retreta hasta la diana.

Los capitanes de mi batallón, Blanco, La Roche, Enciso, Barrachina y los demás, éramos tal vez los únicos de aquel ejército que no jugábamos; y no precisamente por virtud, ni por singularizarnos, sino porque nos habíamos connaturalizado con el aburrimiento y estábamos resueltos á no

desaburrirnos. Donderis nos llamaba "los meditabundos„.

Una tarde me refugié en el casino huyendo de la lluvia torrencial; llovía tanto, que se calaron hasta las bayonetas. En el casino se jugaba al mònte; pero había grupos de jefes y oficiales que ni siquiera jugaban, porque no tenían nada que perder. Los desplumados se entretenían charlando, siempre de lo mismo; la conversación de campamento ofrece muy poca variedad; seguro estoy que no difería mucho lo hablado en Montecristi de lo que se hablaría en los cuarteles de invierno del príncipe Eugenio ó de Gustavo Adolfo. El tema principal, aparte las propuestas con su corolario de murmuraciones, era el de las heridas raras; cada uno contaba las que había visto, las que le habían referido ó las que habría soñado: quién se acordaba del coronel que recibió una bala en el antebrazo izquierdo, la cual le salió nueve años después por el ombligo; quién sabía de un alférez muerto en batalla campal sin haber recibido la más leve contusión; una bala, maestra en anatomía, le hizo ella sola diez y siete heridas á un soldado, sin graves consecuencias; á un inválido, que había perdido en la guerra los dos brazos y ambos ojos, lo sacaban á paseo agarrándolo... por la nariz; en la campaña de Rusia, un proyectil le llevó los ojos á un caballo, y uno de aquellos ojos de caballo se le incrustó en la frente á un oficial de húsares, dejándolo hecho un cíclope.

—Yo he visto una herida mucho más rara que esas — dijo el brigadier de Estado Mayor D. Félix Ferrer (el mismo que algunos años más tarde figuró en la sublevación de Cartagena)—; he visto una bala que, disparada en esta isla, llegó á Burgos...

La ironía fué justamente celebrada, pues aludía Ferrer á una bala perdida que pocos días antes había herido al coronel Burgos en Laguna Verde.

El antiguo, el histórico poblado de Montecristi ya no existía; sus habitantes, igualmente, habían desaparecido desde el desembarco de las tropas. No se veía por ninguna parte la sombra de una mujer, ni había más personas extrañas al ejército que algún importador de víveres averiados. Averiados ó no, costaban á peso de oro. En el rancho de la tropa se quemaba una riqueza, quiero decir en guisarlo, pues aun comiendo judías con papas ó con tasajo se guisaba con maderas preciosas, con granadilla, con cedro, con palo campeche, con jiquí.

***

A primeros de Abril tenía yo tantas onzas, que ya no sabía dónde guardarlas; no teniendo en qué gastar la paga, me sobraban cuatro onzas cada mes. Y tal afán sentía de movimiento, que no se me apartaba del magín la idea de hacer un viaje. Un oficial dominicano de los que pertenecían á nuestro ejército y que me llamaba "paisano„ por-

que era nieto de un compatriota mío, habló en mi presencia de las hermosas mulatas del lugar de Guayubín. Le llamé aparte y le propuse que me acompañara al mencionado pueblo; se negó resueltamente, y al decirle que me iría yo solo, me aconsejó que no pensara en semejante diablura.

—Siendo tan cerca—le dije—¿qué importa un paseíto á caballo?

—No vaya, paisano, que lo *guindan*...

—Ya sabe Vd. que no hay fuerza enemiga por estos alrededores.

—¡Quién sabe!

—Además, á un hombre solo y casi desarmado...

—Mire que aquí no hubo Edad media; si va desarmado, lo guindan *más mejor*.

Seguí el consejo y en Guayubín no estuve; pero le dije al primer jefe de mi batallón, el ya citado coronel Ezpelosín, que me diera para cualquier parte una comisión cualquiera, pues yo necesitaba quitarme de encima el peso de las onzas.

—¿Adónde quiere Vd. ir?

—En el Guarico—le contesté—podré cambiar mis onzas por billetes de Banco y renovar mi ropa.

Era mi jefe muy amigo del general Gándara; yo no sé lo que ellos hablarían, pero lo cierto es que al fin me autorizaron para pasar á la vecina república. Me embarqué en una goletilla haitiana, y al día siguiente desembarqué en el Guarico. Mi licencia era verbal, por pocos días (sin decirme cuántos), y para Cabo Haitiano solamente.

Recordando las abstinencias y la soledad de Montecristi, me pareció el Guarico un nuevo Londres; ¡qué ruido!, ¡qué animación! ¡Hasta los mosquitos me parecieron amables!

Guardé mi destrozado uniforme en una maletilla que compré, y me vestí de paisano con un traje listado que me costó ocho pesos. Mi facha debía de ser horrorosa, pues las negras al verme se reían, ó sería quizá para enseñarme sus hermosos dientes. Unicamente las blancas no se rieron de mí, y eso fué porque no me vió ninguna; todos los habitantes eran del color del ébano, excepto los de tránsito.

Comiendo en una especie de cantina frecuentada por marinos de diferentes nacionalidades, aprendí que la cocina haitiana es la primera del mundo; es la cocina francesa perfeccionada, lo cual se comprende bien: la cocina francesa tiene merecida fama: los negros son excelentes cocineros; ¿cómo no ha de ser buena la cocina de unos hombres que son negros y franceses?

Pero aquellos ciudadanos tienen además la pretensión de hablar el francés mejor que en Francia; dicen que en Europa se ha desnaturalizado la lengua de Racine y que sólo ellos la hablan con la más acabada perfección. ¡Como si fuera lo mismo hablar correctamente que guisar!

Vi anunciada la salida para Nueva York de un vapor americano que estaba cargando frutas, y me acometió la tentación, verdaderamente irre-

sistible, de visitar la célebre ciudad. No estaba yo autorizado, y vacilé; semejante escapada era imprudencia punible. Pero cuando al hombre se le mete una cosa en la cabeza, cualquiera se la saca. Ya lo dijo una escritora ilustre, Jorge Sand: "La única manera de librarse de una tentación es sucumbir."

Y sucumbí.

Para distraerme durante la travesía compré colecciones de periódicos haitianos. En uno de ellos encontré un folletín delicioso; era una novela escrita por una dama, negra sin duda. El héroe de la novela era un joven haitiano que recorría las capitales de Europa seduciendo princesas, deslumbrando con su lujo, arrebatando con su "color varonil", que decía la escritora haitiana. El tipo, después de todo, ya no me parece tan inverosímil, que yo he visto más tarde á los estudiantes negros conquistando rubias en el bulvar San Miguel.

El 21 de Abril desembarqué en Nueva York con el traje listado que compré en Haiti. No voy á describir la gran ciudad, sobrado conocida. Jamás describo ciudades que todo el mundo se sabe de memoria, como hacen otros, que imaginan haberlas descubierto. En tantos viajes por todas las latitudes no he descubierto yo más que una isla en el río Manzanares, algo más cerca de El Pardo que de Madrid, la cual todavía no tiene nombre.

En buena ocasión llegué á los Estados Unidos; era una época de inmensa agitación. El 9 de aquel

mes se había rendido el último ejército confederado que mandaba Lee; seis días después había sido asesinado Lincoln; por las calles de Nueva York, que años después he recorrido sin ver un uniforme, circulaban entonces, con aire de vencedores, los soldados federales.

Con ser tan ruidosos é importantes los sucesos recientes del país, aun le quedaba á la prensa amplio espacio para discutir los asuntos mejicanos. Juárez, casi vencido, andaba errante por la frontera del Norte; Maximiliano, apoyado en los franceses, consideraba firme su corona; la guerra civil había estorbado á los yankees toda intervención en la contienda de Maximiliano y Juárez. Hecha la paz, se invocaba otra vez la doctrina de Monroe. Un diario francés de Nueva York, *Le Courrier des Etats Unis,* había dicho:

"El Gabinete de Wáshington se abstendrá de intervenir en Méjico, pues sabido es que Francia puede poner allí 200.000 soldados, los mejores del mundo."

Y le contestaba el *Herald:*

"Francia puede poner en Méjico 200.000 soldados, los mejores del mundo; pero los Estados Unidos pueden llevar en menos tiempo 2.000.000 de soldados medianos."

Recuerdo este detalle como revelador del carácter de ambos pueblos.

A juzgar por lo que vi, la Prensa americana era ya entonces lo que no es aún la europea en lo re-

lativo á información; ¡qué derroche de actividad, de ingenio mercantil y de dinero! Bien es verdad que con dinero cualquiera tiene ingenio... mercantil.

He aquí una de las cosas que me sorprendieron y maravillaron: no existiendo todavía los cables transatlánticos, algunos periódicos daban con prolijidad y exactitud, en ediciones extraordinarias, las últimas noticias que iban de Europa en los correos que no habían llegado aún. Como que el *Herald,* y creo que algún otro diario, tenían vapor de hélice con imprenta á bordo, que salían á la mar veinticuatro horas antes de la de llegada de la Mala inglesa; recibían su correspondencia en alta mar, y mientras volvían forzando máquina, se tiraban á bordo las hojas extraordinarias, que el público devoraba algunas horas antes de la entrada del vapor correo.

Con mis impresiones de aquellos pocos días, y particularmente de los dos que pasé en Wáshington, pudiera llenar varios capítulos; pero ya éste se alarga demasiado. No omitiré, sin embargo, uno de los recuerdos que más tenaces persisten en mi agobiada memoria.

El último día que estuve en Nueva York tomé asiento en un ómnibus que recorría Broadway; sentada enfrente de mí iba una joven modestamente vestida, acaso obrera y de seguro irlandesa, que me miraba con singular insistencia, mirada melancólica y ojos llenos de lágrimas. Clavé la

vista en ella y entonces reparé que era viviente retrato de una hermana mía. ¡Quién sabe si al verme se acordaría de algún hermano suyo que se pareciera á mí! Yo también, por la línea materna, soy de origen irlandés... ¿No podríamos ser parientes?... Muchas veces, y más que nunca al ocurrir la muerte de mi hermana, he pensado con dolor en la melancólica desconocida; tal vez ella también se haya acordado de mí en sus alegrías ó en sus tribulaciones. Hay afinidades ignoradas, solidaridades increíbles.

.....

Desandando mi camino regresé á Cabo Haitiano, me volví á poner el uniforme y el 12 de Mayo me presenté en Montecristi. Allí encontré las mismas calenturas, la misma paz octaviana en plena guerra y las propias patatas con tocino. Confesé mi secreto, el secreto de mi viaje, á Ezpelosín y á La Roche, pero á nadie más; los otros compañeros estaban persuadidos de que había permanecido en Cabo Haitiano, descansando, todo un mes.

Por mi parte, aun doy por bien empleados el tiempo y el dinero.

CAPITULO XVI

1865

II

Un mes cabal pasamos en Montecristi desde mi regreso hasta la evacuación. Las fiebres seguían haciendo estragos, y las viruelas y la disentería, siendo muchos los que repetían por cuenta propia el conocido romance que allí compuso un oficial de ingenieros:

Vaya... en Colón,
en Cortés y en los Pizarros,
y en Isabel la Católica
y el Católico Fernando;
... en Guatimozín
y en el inca Garcilaso,
en los Estados Unidos
y en el seno Mejicano,
en el trono del Brasil
y encima del Chimborazo

y de Panamá en el istmo
por uno y otro Oceanos.

.....

El 13 de Junio, después de incendiar los barracones y de volar los fuertes, embarcó mi batallón en un vapor mercante, el *Aguila*, si no hay confusión en mis recuerdos. Con nosotros, por ser los últimos, embarcó también el hospital.

Los enfermos graves, que eran muchos, debieron quedarse en Montecristi cuidados por sus médicos, recomendándose médicos y enfermos á la dignidad y la hidalguía de los dominicanos. Si allí "no hubo Edad media„, como decía el dominicano á quien hice referencia en el anterior capítulo, tampoco había razón para desconfiar poco ni mucho de la humanidad del enemigo, bien probada en el curso de la guerra. Pero embarcaron todos, y sucedió lo que era natural: que murieron en la travesía los que no debieron embarcarse. En las cuarenta ó cuarentitantas horas que tardamos en llegar á San Juan de Puerto Rico, echamos por la borda diez y seis cadáveres. Cada tres horas iba un cuerpo al mar, á veces dos ó tres juntos. Envueltos en sus mantas de hospital, mugrientas y pestíferas, apenas eran botados al agua escuchábamos crugir sus huesos y veíamos ennegrecerse las olas. Momentos hubo en que presentaba el mar espumas sanguinolentas, agitándose la superficie con los coletazos de los tiburones. Estos parecían

juntarse para recibir á nuestros pobres muertos, como nosotros formábamos sobre cubierta para hacerles los honores de la despedida. Y llevamos hasta el fin del viaje escolta fúnebre de monstruos carniceros.

Se dijo entonces que el no dejar en tierra, siquiera á los moribundos, era porque en ese caso no hubiéramos podido ni volar los fuertes ni quemar los barracones. ¡Siempre la rutina! Es cierto que deben destruirse los elementos de guerra que el enemigo puede aprovechar; pero los dominicanos ya no eran enemigos ni podían utilizar contra nosotros aquellos menguados elementos. Cuando Lázaro Carnot, vencida Francia, continuaba defendiendo la plaza de Amberes, los demás ingenieros le excitaban á arrasar barrios enteros, porque esa era la regla en tales casos. Pero Carnot se opuso, entendiendo que "sólo destruye la ignorancia„. Una defensa bien dirigida lo aprovecha todo, y mal puede aprovecharse lo que se destruye. Más que los edificios exteriores perjudican á una plaza los agravios y los daños á sus moradores inferidos.

Aunque no se trataba en Montecristi de defender una plaza, pudo imitarse el ejemplo de Carnot, á lo menos en cuanto á la voladura de los bien situados fuertes, que en cuanto á los barracones, focos inmundos de pestilencia y muerte, nada mejor que incendiarlos, como deben incendiarse periódicamente, y no á largos períodos todos los

hospitales y todos los cementerios, que no se ha de seguir en absoluto la máxima de Carnot; algunas veces, en la destrucción pueden estar la prudencia y la sabiduría.

Propuesto para el grado de comandante, y siendo segura la aprobación de la propuesta, según Ezpelosín, al hacerme uniforme en Puerto Rico me puse mis dos galones. Y al cabo de unos meses tuve que quitármelos, pues lo que me dieron fué una cruz, una de tantas, la de Isabel la Católica.

El batallón de voluntarios de Puerto Rico, terminada la guerra para que fué creado, se disolvió en Julio, quedando sus jefes y oficiales en situación de reemplazo, menos los destinados á la comisión liquidadora del mismo. Por ser yo el capitán más antiguo quedé al frente de la comisión, de la que formaban parte el capitán cajero, el teniente habilitado y los sargentos primeros. Todos trabajábamos asiduamente y no hubiéramos tardado en cumplir nuestra misión; pero ocurrió un suceso que me importa consignar aquí, pues en alguna ocasión ha sido mal explicado. Uno de los sargentos, que por tener buena letra se alquilaba en calidad de escribiente donde á él se le antojaba, dejó de cumplir su obligación. Contando con protectores influyentes, desoyó mis amonestaciones y me faltó de palabra; yo respondí á su insolencia aplicándole una regular paliza, y como era consiguiente, fuí procesado.

"El oficial que diere palo ó bofetón á otro será despedido del servicio,„ dice la ordenanza. Y lo decía también el coronel Colón, un jefe ilustradísimo, que era uno de los protectores del sargento. El grado de alférez le daba á este último carácter de oficial; por cierto que le pasó con su grado lo que á mi con el de comandante: no se confirmó.

En cuanto presté declaración, consignando en ella la verdad, eso sí, pero agravando mi propia situación por atenuar las faltas del sargento, se me dió la orden de constituirme en calidad de preso en el castillo del Morro. Y allí pasé varios meses contemplando el mar, leyendo el *Memorial de Santa Elena, Mis prisiones*, de Silvio Pellico, *La Soledad*, de Zimermán, y emborronando pliegos para pasto de ratones y de cucarachas.

Los siete sargentos compañeros del apaleado me hicieron un gran favor, haciéndome justicia, pues sin ser citados se presentaron espontáneamente á declarar y dijeron que yo había tenido mucha calma con el pendolista inobediente. No he olvidado nunca el digno proceder de aquellos hombres que antepusieron el sentimiento de justicia al espíritu de clase, y bien sabe alguno de ellos que soy agradecido.

Pero yo agravé mi causa recusando al juez sin razón que lo justificara; la que di no era razón: dije que no podía conformarme con un juez tan viejo, porque los viejos envidian y aborrecen á los jóvenes, y que el mío, contemporáneo de Américo

Vespucio, no podía menos de estar chocho. Figurábame yo que no había de llegar á viejo.

Y hablo de este incidente de la recusación inmotivada porque dió motivo á un singular episodio. En la mesa de cierto general se habló de mí, del proceso y de la recusación, en presencia del asistente que servía al general. Éste, el general, me juzgó con severidad, y aun con dureza; pasados algunos años me lo refirió él mismo. Y apenas terminada la comida, el asistente le pidió permiso para marcharse al cuartel "porque no podía permanecer en una casa en la que se hablaba así de su antiguo capitán„. Había sido soldado de mi compañía.

En una sociedad como la nuestra, en la que los llamados caballeros oyen sin protesta y á veces con encanto hablar mal de sus amigos, es digno de agradecimiento y de recordación el rasgo de aquel soldado humilde. Y no es, ciertamente, excepcional, que rasgos de ese género se han visto muchos. Ahora recuerdo el de un asistente catalá, que hasta reviste los caracteres de heroico. En 1844, siendo Narváez capitán general, ministro de la Guerra, duque de Valencia y no sé cuántas cosas, acompañó á la reina en su viaje á Cataluña. Pernoctando la corte en una de las ciudades del camino, creo que en Igualada, le dijo Narváez al alcalde de la misma: "Quisiera ver á Fulano de Tal, vecino de esta ciudad, que me salvó la vida cuando era asistente mío y yo su coronel„ Apre-

suróse el alcalde á buscar al individuo, y le transmitió la expresión de los deseos del omnipotente general.

—Pues dígale Vd.—contestó el interesado—que le salvé la vida cuando defendia la libertad: hoy no se la salvaría, ni quiero verle.

He tenido asistentes que eran modelos de fidelidad, entre ellos uno, catalán también, que la extremaba hasta el punto de obligarme á despedirlo. Yo le daba tres pesetas para el pan y las patatas y él me servía capones y besugos. Lo mandé al cuartel por no mandarlo á presidio. Á esta fecha debe de ser millonario.

Disculpada me sea la digresión y volvamos á mi pleito.

Debía juzgarme un consejo de guerra de oficiales generales; pero no existiendo bastantes generales para constituirlo, había de completarse con los dos más antiguos coroneles. Era uno de ellos el precitado Colón, jurisperito además de coronel, quien no se recataba para decir que yo sería duramente castigado. Advertido por diferentes conductos de su hostilidad á mi persona y de que su parecer había de pesar mucho en la decisión del tribunal, juzgué que me convenía quitarle el voto, y á fin de que no pudiera ser vocal en el consejo de guerra lo nombré defensor. Con toda su saña contra mí fué bastante caballero para aceptar el cargo y me defendió elocuentemente.

El consejo me impuso quince días de suspensión

de empleo; inmediatamente se me puso en libertad.

Por una falta más ó menos grave, que me valió una pena mínima, estuve preventivamente dos meses en un castillo y se inutilizaron, emborronándolos, muchos pliegos de papel. Con todo, para lo que allí se acostumbraba, aquello fué un prodigio de actividad, rapidez y economía. Hubo procesos de poca monta que duraron años. Todavía se recordaba en mi tiempo el de unos piratas aprehendidos en el siglo XVIII y ahorcados en el siglo XIX; un grumete, el único no condenado á muerte, por ser menor de edad en la época de la captura, presenció la ejecución de sus compañeros cuando ya tenía la barba cana. Todo se hace allí con la cachaza de los negros vendedores de billetes de la lotería, que pregonaban sus números de esta manera;

Cuatro... mir...
Sete... siento...
Sin... cuenta...
Y sei...

***

El movimiento literario en Puerto Rico era nulo en aquel tiempo. Luis Bonafoux, si había nacido, estaría en el seminario consagrado á prácticas piadosas. Algunos otros, que después han conse-

guido renombre, tal vez estarían en la lactancia. José Julián Acosta, muy amigo mío, escribía todos los años para el almanaque un artículo intitulado *El Mago de Aguas Buenas*. Alejandro Tapia, poeta y prosista, vivía en Europa; sus obras, sin embargo, eran las más leídas, no faltando patriotas que lo creyeran un Dante. Julio Vizcarrondo también estaba ausente.

Allá conocí á D. Fernando Velarde, poeta y escritor peninsular que había recorrido toda América, siempre dedicado á la enseñanza. Me regaló su libro *Cánticos del Nuevo Mundo,* muy conocido en América, y un famoso *Compendio de Geografía*, del que hablaré tal vez más adelante.

El periódico más importante de la capital y de la isla era el *Boletín Mercantil*, que hablaba con frecuencia de las victorias de la Cruz sobre la Medialuna, y recomendaba las máquinas de coser; pocas veces he visto una explotación tan magistral del reclamo y la *conservaduría.* De vez en cuando insertaba algún soneto, ó *sonete*, como decía una buena señora de Guayama, á quien deleitaban las poesías guayaberas:

—¡Qué lindo SONETE ha publicado hoy el *Boletín!*—me decía una mañana saboreando el soneto y el café.

Y era soneto, porque tenía catorce versos..... bastante desiguales; Estrada mismo los hacía mejores. En él se hablaba de una "bella niña„ *más*

dulce — ¡la empalagosa! — *que la caña, la piña y el mamey.*

La musa popular no carecía por cierto de gracia candorosa, á las veces con puntas de malicia; los jíbaros recitaban coplas, de las que recuerdo algunas:

El Redentor de los hombres
no pasó nunca la mar,
porque lo crucificaron
los redimidos de allá.

El que se queda sin vista
no puede verte la cara,
y el que se queda sin dientes
no puede chupar la caña.

Anda de prisa, morena,
que viene la tempestá,
y van á crecer los ríos
y á salirse de mamá.

Pero lo que me gustaba de los jíbaros, lo que me interesaba por su novedad, era su cronología. Ninguno sabía la fecha de su nacimiento, ni siquiera el año de su matrimonio ó la edad exacta de sus hijos:

—Este nació en tiempo de Echagüe.....

—Me casé en tiempo de Norzagaray.....

—Se murió mi madre antes del año del cólera.....

—Yo nací después de la tormenta de Santa Ana.....

Para fijar las épocas, se referían indistintamente á las tormentas desastrosas, á los terremotos célebres y á los capitanes generales.

CAPITULO XVII

1866

I

De Puerto Rico ya hemos hablado bastante. Y á nadie le interesan mis madrugadas para hacer visitas y tomar café, ni mis frecuentes escalas en el café de Turull para tomar café, ni las tazas de café con que nos obsequiaba, al canónigo Llorente (más adelante arzobispo), á mí y á otros varios cafetófilos el Sr. D. Román de la Torre de Trassierra, insigne magistrado que nos leía *Doloras* de Campoamor, ó nos contaba anécdotas filipinas con sus frailerías correspondientes, mientras agotábamos su caracolillo.

A mediados del 66 fuí destinado al ejército de Cuba, y me llevó á mi destino un barco viejo que hizo no pocas escalas, algunas de varios días; se echaba de ver que era un vapor en el humo y el ruido con que nos mortificaba, que no en la rapidez; navegaba como las tortugas.

En todas las escalas, excepto en Baracoa, desembarqué á pasearme: en Aguadilla, en Mayagüez, en Santo Domingo, en Santiago de Cuba, en Gibara y en Nuevitas.

No llegué á la Habana hasta muy entrado el mes de Julio.

Como en este viaje nada hubo que merezca recordarse, contaré solamente lo que me sucedió en Santo Domingo.

Un señor que me vió desembarcar, me saludó con la mayor cortesía y me preguntó si era español, y al contestarle afirmativamente me dijo con acentos de sinceridad:

—Hace apenas un año que ustedes abandonaron la isla, y ya estamos peor que nunca. La miseria es grande; el movimiento comercial es nulo; estas calles que Vd. ve tan desanimadas y tan tristes no estaban así cuando las llenaban los soldados españoles. Han cesado casi por completo las comunicaciones con Cuba y Puerto Rico, y nos amenazan otra vez las pretensiones haitianas, la guerra civil, la bancarrota...

—De modo que se alegrarían ustedes si volviéramos...

—Tanto como eso no digo... ¡con una basta!.. Preferimos que estén ustedes lejos para recordarlos con alguna simpatía.

En la calle vi á un sujeto, cuya cara no me era desconocida; él también se acordó de haberme visto, pues se acercó á saludarme:

—¿Usted—me preguntó—no ha estado antes de ahora en la isla?

—Sí, señor; pero no en esta ciudad.

—¿No era Vd. capitán del ejército español?

—En efecto; lo era y lo soy todavía.

—Yo también estuve con ustedes; soy uno de los pocos oficiales que renunciaron á seguirlos, y me he quedado en mi tierra.

—¿Y no ha sufrido Vd. persecuciones?

—He tenido alguna contrariedad; pero este pueblo no es nada rencoroso.

Entramos en una botillería, donde me ofreció una copa de ginebra, y luego me preguntó:

—¿Qué se dice entre ustedes de la muerte del capitán...? He olvidado el nombre que me dijo.

—No se dice nada, que yo sepa; yo no lo he conocido..

—Era un *capitanito* que murió en acción de guerra ..

—En ese caso, que es el de otros muchos, poco se podrá decir, porque eso no tiene nada de particular.

—Es que si murió en la acción no fué porque le tocara ninguna bala enemiga; yo mismo lo maté de un machetazo.

—¿Estando en nuestras filas?

—Y á su lado.

Yo me callé, y él no tardó en volver á interrogarme:

- ¿Cree Vd. que hice mal?

—No soy fiscal ni juez; Vd. sabrá lo que hizo.

—Demasiado sabe Vd. y sabían todos lo que se permitió decir de mi mujer.

—Le repito á Vd. que yo no le conocía, por consiguiente, no sé nada. En todo caso, hay otras maneras...

—Sí, ya sé, un desafío... ¡pues no faltaba más!

Y poniéndose en pie y en actitud airada me dijo con semblante descompuesto:

—¡Yo me bato con Vd. y con cualquiera por una bobería, por una disputa sobre si es lunes ó martes; por mi mujer es otra cosa: yo no me bato por ella, que lo que hago es despachar de un buen golpe al cobarde que la injuria!

—Pues cuénteselo Vd. al que la injurie, que yo no la conozco.

Un poco más calmado, me dió después todo un curso de filosofía matrimonial.

—El que se casa—exclamó—no puede batirse nunca por cosa relativa á su mujer: no debe ni defenderla; si va con ella y alguien la insulta al pasar, no tiene más remedio que hacerse el desentendido... Procediendo de otro modo, queda escrito para siempre que se batió por su mujer, y cuando un hombre se bate por su mujer, nadie duda que ésta lo engañaba. Conque ya lo sabe Vd.: el hombre que se casa tiene que aguantarlo todo, ó hacer lo que yo hice.

Me abstuve de darle mi parecer; pero no pude impedir que me acompañara hasta dejarme á

bordo. Y al despedirse de mí con las lágrimas en las pestañas, me decía:

—Yo era entusiasta de la anexión á España, pero me dió malos frutos; ¡aquel *capitanito!*.. ¡aquel *capitanito!*...

***

Al desembarcar en Santiago de Cuba, primera tierra de Cuba que pisaba, entré en una casa de baños y creí que me quedaba en ella.

En aquel momento descargaba una tormenta horrorosa, cayendo varias chispas en la casa, que produjeron una confusión indescriptible. Visiblemente asustados y enteramente desnudos, corrían los bañistas por las escaleras y los patios, excepto las mujeres, á quienes el pánico no les hizo perder ni el pudor ni la serenidad.

Pensaba yo que la temperatura bajaría después de aquel desahogo de la naturaleza, pero ocurrió lo contrario: jamás había yo sentido un calor tan asfixiante como el de aquel día de Junio. Posteriormente sí lo he sentido mayor: en Campeche, en Veracruz y en Jetafe.

Llegué á la Habana. Al desembarcar de un salto en uno de los muelles - en el de la Machina— oí distintamente lo que le decía un español aplatanado á otro no menos amarillo:

— "Este cae.„

Existía la preocupación de que el vómito haba-

nero se cebaba en los jóvenes robustos, en los fuertes, en los ágiles y en los de buen color. De mis observaciones resulta lo contrario: las víctimas, allí como en todas partes, son los débiles y descoloridos.

También se hablaba de la terrible insalubridad del clima, otra completa falsedad. El de la Habana es el más sano del mundo, pues de no ser así hubiéramos perecido cuantos hemos visitado aquella ciudad tan grande, tan hermosa, pero tan descuidada, por no decir tan sucia. No sé yo si á la fecha habrá mejorado en policía, pero entonces era un inmenso muladar. Hasta la temperatura es agradable, si se la compara con la de Puerto Rico, Santo Domingo, Santiago de Cuba, etc. Conste que, al hablar de la salubridad, no llego al extremo de afirmar como un amigo mío que "la fiebre amarilla es una enfermedad imaginaria".

Creo conocer la Habana y sus contornos algo mejor que algunos habaneros. Como quedé en situación de reemplazo, esto es, sin obligaciones, mi vida era pasear, y no en volanta, como allí es costumbre, sino á pie, como no lo hacían más que los negros y los capitanes de reemplazo.

En uno de los barrios más distantes asistí una vez en compañía de Bremón á una de esas veladas que tanto gustan en aquella tierra. Había muchachas preciosas y chicos poetizantes y robustos bodegueros. La cosa al principio nada tuvo de particular: algo de música, varios discursitos y unos

versos que había de leer su autor y que no llegaron á leerse. Eran los versos el *clou* de la velada, y resultaron serlo más de lo que se creía.

Cuando el poeta apareció en la tribuna fué recibido con una salva de aplausos. Con emoción profunda leyó el título de sus endechas: *A Fulanita*... y no recuerdo qué más. En seguida, en medio de un silencio solemne como él, dió lectura al epígrafe, por cierto de Zorrilla, que encabezaba sus versos:

Mi madre es una alondra,
mi padre un ruiseñor...

Unánime hilaridad, porque todo el mundo conocía al ruiseñor y la alondra: un *indiano* de los de tipo más tosco y una criolla asaz velluda. El macho especialmente, quiero decir, el ruiseñor, se desarticulaba las madíbulas al saber que su hijo le tenía por pájaro. La algazara fué tal que no hubo modo de leer la poesía, y terminó la velada con un "guateque difuso„, como decía el poeta, á quien no se le dió ni una mala *carabina* (1).

***

En un restaurant que llamábamos familiarmente *El conejo problemático*, solíamos comer juntos

(1) Se dice en Cuba (ó se decía en mi tiempo) que "se daba una carabina„, cuando en un baile se le cedía la pareja á otro.

cuatro compañeros de colegio: Manuel Cassola, Marcelino Obregón, Alejandro Lacasa algunas veces, y yo, sin faltar un día. El cocinero del establecimiento, que era chino, mereció sin obtenerla toda la fama de un Caréme, de un Brillat-Savarin toda la gloria. Sus langostas eran un portento, sus macarelas una maravilla; pero jamás consiguió que probáramos un dulce, cuyo nombre chino podía traducirse al español, según el cocinero, con estas tres palabras: *Almíbar de cicote.*

Hablábamos en la mesa, preferentemente, de asuntos militares, y llegaba el eco de nuestras discusiones á la *Revista Militar,* redactada por Marcelino Obregón, uno de los oficiales más inteligentes que ha tenido el ejército y de los más pundonorosos y bravos que he conocido. Pasó la vida estudiando y combatiendo; se distinguió brillantemente en África, Santo Domingo y Cuba. Era ya coronel cuando murió, al frente de su columna, por culpable exceso de confianza y de temeridad. En nuestras discusiones de la Habana le oí censurar en otros lo que él hizo más tarde y le costó la vida: pensaba que el marqués de Santa Cruz, autor insigne de las *Reflexiones militares*, si pereció tan miserablemente fué por echar en olvido sus propias reflexiones y enseñanzas. ¡Y á él, á Marcelino, le sucedió lo propio! Con todo, hubiera sido un general de veras.

Cassola era más práctico, si menos instruído; entusiasta admirador de todo lo prusiano, aun an-

tes de Sadowa, no comprendía que Obregón estudiara tanto á los ingleses.

Pero con todo su militarismo, el bueno de Cassola nos dejaba algunas veces engolfados en la discusión de temas militares y se marchaba á una logia donde ejercia de orador; en ella se preparaba para el Parlamento.

***

Un día me vi citado con todos los de reemplazo por el general segundo cabo, que lo era á la sazón el conde de Valmaseda. El general nos dijo que todos los institutos, sociedades y corporaciones de la isla, á imitación de los de la Península, firmarían exposiciones á la reina protestando de los sucesos de Madrid del 22 de Junio. En efecto, la *Gaceta* llegada por el último correo contenía bastantes exposiciones serviles ofreciendo vidas y haciendas á la soberana. Los regimientos de Cuba también habían firmado sus exposiciones y quería Valmaseda que los de reemplazo firmáramos con él otra por el mismo estilo. Se nombró una comisión de tres capitanes para redactarla y el general nos citó para leerla y firmarla al día siguiente.

Y al día siguiente concurrimos todos al Gobierno militar. Antes de presentarse el general Valmaseda, uno de la comisión nos dió lectura del documento, que él mismo había redactado. En aquel escrito se llamaba á Prim "ex general infame„,

"traidor„. "cobarde„ y "vendido al oro inglés„. Dije yo que no firmaría semejante documento y se promovió un vivo altercado entre su autor y yo, sostenidos uno y otro por los coopinantes respectivos.

Al oir las voces apareció Valmaseda preguntando qué ocurría, y yo le contesté:

—Mi general, he venido á firmar el redundante ofrecimiento de servir á la legalidad; pero tal como viene, he manifestado á estos señores que no firmo. Yo no acostumbro injuriar, y menos que á nadie á los ausentes; y nunca llamaré "cobarde„ á D. Juan Prim, porque me consta de ciencia cierta que no merece tan denigrante calificativo.

El general, después de leer aquel trabajo, me dió á mi la razón: dijo que aquello no podía firmarse, y que se redactara en otros términos. Cuando después se ha criticado tanto á Valmaseda por su proceder en el mando superior de Cuba, cuando yo mismo he lamentado lo que hizo por imponer á España la restauración borbónica, siempre he recordado, para atenuar mis juicios, que se portó conmigo en aquella circunstancia como cumple á un caballero. Téngase en cuenta que era *moderado,* es decir, inmoderadamente realista y conservador. Y no se olvide que en aquellos tiempos hubo oficiales expulsados de las filas por el crimen de leer *Las Novedades,* periódico progresista de Madrid y más bien azul que

rojo. Y ahora viene la segunda parte. Los folletines suelen decir: "No adelantemos los sucesos"; pero yo los voy á adelantar.

En Octubre del 68, cuando Prim llegó á la capital de España y aclamado por la muchedumbre subía por la calle de Alcalá entre himnos y coronas, vítores y aplausos, yo presenciaba la inolvidable ovación perdido en la multitud, compartiendo su emoción patriótica y sintiendo los escalofríos de la fiebre popular. ¡Cuál no sería mi sorpresa viendo entre los jefes que á guisa de batidores precedían al caudillo revolucionario, al mismo capitán que dos años antes calificaba á Prim de faccioso, de infame y de cobarde! ¡Y con qué entusiasmo saludaba al pueblo con el ros! No estampo aquí su nombre porque ya ha muerto, y si viviera también lo omitiría por consideración á algún otro militar que lleva su apellido con decoro.

CAPITULO XVIII

1866

II

El mes de Septiembre, llamado *Setiemble* en Cuba y Puerto Rico, es, efectivamente, para que se echen á temblar todos los europeos no aclimatados. Algunos compañeros que llevaban tres ó más años de residencia en las Antillas y habían salido de Santo Domingo sanos y salvos murieron del vómito en la Habana en Septiembre del 66.

Yo, entretanto, me aburría grandemente. La existencia del oficial de reemplazo, como la del que tiene su destino en reservas ilusorias, me parece absurda; perjudica al Estado, al ejército y al individuo. Creo que cuando sobran jefes y oficiales, como sucedió al terminar la guerra dominicana, y como sucede y sucederá después de todas las guerras, en lugar de dejarlos de reemplazo debe dárseles comisiones útiles, emplearlos en algo provechoso ó destinarlos á exploraciones

científicas, aunque sea en la luna. La vida sedentaria, sin ocupaciones, sin objeto, es impropia de todo ser humano y peligrosa para el militar, algo más peligrosa que la guerra misma. Lo sé de ciencia propia, que yo en la Habana me fastidiaba soberanamente; no bastándome ya mis correrías habaneras, las extendí al exterior, á lo que fué en organizaciones posteriores "provincia de la Habana„; todo inútil.

Para distraerme de algún modo me decidí á continuar el estudio del inglés, varias veces interrumpido por no haber permanecido nunca bastante tiempo en ninguna guarnición. Las lecciones que recibí en la heroica Zaragoza ya las había heroicamente olvidado; el Sr. Mendizábal pudo enseñarme á traducir, no á pronunciar correctamente. Y por eso en la Habana tomé una institutriz. Lectores, no asustarse.

Como estuve en la Habana poco tiempo me enseñó muy poco. Lo sentí, porque era inglesa auténtica, muy guapa, viuda de un cómico inglés y una de las mujeres, una de las personas de más ilustración que he conocido. Hasta de historia militar sabía mucho más que yo, con tener yo obligación de saberla, y así me lo demostró en una discusión acerca de Malborough y de sus campañas. Aquella institutriz me convenció de que la lengua inglesa no es tan áspera como se supone; imposible que ninguna otra tenga la suavidad y la tersura que la suya en sus labios; imposible que en ningu-

na otra se reúnan el encanto, la dulzura y la delicadeza con que ella me decía melodiosamente: *¡very nice!* Jamás he vuelto á verla; pero una vez, cuando menos lo esperaba, recibí una tarjeta suya procedente de Cárdiff (como el carbón de piedra).

No tuve apenas relaciones en la sociedad cubana, pero saqué la impresión de que nos era hostil. Los hombres, las mujeres, las familias, con toda su hospitalidad tan ponderada, con toda su cortesía tradicional, que en mi tiempo no era ya más que un mínimum de cortesía, mostraban á todas horas su afán de independencia. La juventud habanera, los *tacos del Louvre,* como se les llamaba en aquel tiempo, no perdían ocasión de hacer desaires á los españoles, fueran ó no militares. Recuerdo un gran tumulto, en el que hubo no pocos bastonazos, botellas por el aire y sillas rotas en el café del Louvre y á las puertas de Tacón, todo ello por una tontería. Por cierto que yo, increpando á uno de aquellos niños, fastidioso como un erudito y elegante como un estafador—aunque él no fuera ni estafador ni erudito—, le dije estas palabras: "Los que quieren ser libres hacen lo que ustedes son incapaces de hacer: un rifle y al monte."

En efecto, yo creía respetable en todo hombre el amor á la independencia y á la libertad; pero no creía que se alzaran en armas los que traducían aquel noble sentimiento en groserías contra

nosotros, que no habíamos hecho el mundo ni sus leyes. Poco después aquellos mismos *tacos* demostraron mi equivocación; arrastrando á los guajiros, sin los cuales nada hubieran hecho, sostuvieron una lucha de diez ó doce años. Sucumbieron, sí; pero en aquella primera rebelión, y no en la última, acabaron con el prestigio y quebrantaron el poder de España. Nadie los creía capaces de tan prodigioso esfuerzo, ni yo mismo; pero, por mi parte, no tardé mucho en rectificar mi juicio—antes de la insurrección—al ver que los poetas y las mujeres tenían por su único ideal la independencia de Cuba. Tanto rectifiqué mi juicio, que, de regreso en España el año 67, daba yo por perdida aquella hermosa tierra.

—Pero, hombre—me decían—¿cómo ha de perderse Cuba, si aquello se gobierna con un violín, si los blancos no han de entenderse con los negros, si allí no se piensa más que en el juego y el danzón?

—Pues á pesar de todo, Cuba se pierde; en realidad ya está perdida.

Creo que, en efecto, Cuba se hubiera perdido para España desde el 68 si no hubiera ocurrido la revolución española de Septiembre. El movimiento separatista iniciado por Céspedes en Yara seguramente hubiera sido secundado por todos los cubanos, sin distinción de sexos, edades ni colores, si el triunfo de la revolución en la Península no hubiera alentado esperanzas ilusorias de los que, al

verla triunfante, creyeron que España rectificaría su política ultramarina, modificaría su régimen colonial. Desgraciadamente no fué así; todo siguió en el mismo estado; la revolución de España, tímida ante los elementos perniciosos que explotaban á Cuba sin conciencia, no hizo nada en sentido progresivo; ni siquiera abolió la esclavitud.

La cuestión de razas era una dificultad para los cubanos y para los españoles; pero los primeros, anticipándose á abolir la esclavitud cuando los segundos vacilaban, no sólo fueron más humanos, sino también más políticos. Todavía nos lamentamos algunos del fracaso evidente de la revolución española, pero ésta no fracasó en la Península sino después de algunos años de luchas y debilidades y torpezas; donde fracasó vergonzosamente desde el primer día fué en las colonias. Los mismos cubanos que, confiando en los liberales españoles, se apartaron de los rebeldes del 68, han sido insurrectos el 95. Y eso que entre los cubanos abundaban los hostiles á la raza negra, por influjo del medio en que vivían. El negro, en Cuba, no sólo era esclavo, sino que, aun siendo libre, se le hacía vivir fuera de la sociedad y en una atmósfera de vilipendio, generadora de odios y venganzas. En todo y siempre se marcaba el desprecio en que se les tenía, la injusticia con que se les trataba. Ni en el presidio se equiparaba á los hombres en la categoría común de delincuentes.

Los presidiarios blancos se distinguían de los

negros en las listas en que los últimos figuraban con el nombre á secas y los primeros con el *don* que los calificaba. Todo blanco tenía derecho al don en la sociedad de Cuba; ningún negro lo tenía. Los soldados españoles eran los únicos blancos sin el don, mientras estaban en los regimientos; pero si alguno de ellos, por delito ó crimen, era sentenciado á la pena de presidio, inmediatamente adquiría el derecho de llamarse *don Fulano*, con lo cual se distinguía de otros camaradas suyos, no más criminales, pero sí más feos. Contábase en mi tiempo que un soldado le había hurtado el reloj á su sargento primero, y dijo en el sumario que lo había hecho con premeditación para que lo condenaran á presidio y lo llamaran *don Pablo*, como al veterinario de su pueblo.

El capitán general de la isla, en 66, era Lersundi, que tuvo allí mala suerte. No le valió ni ser un impenitente moderado, y tan adicto á doña Isabel II, que todavía en Octubre del 68 gobernaba en su nombre, celebraba oficialmente su cumpleaños y se negaba á cumplimentar las órdenes del gobierno de Septiembre. A un hombre así lo calificaban en 66 de peligroso por su radicalismo —¡si serían liberales!— ciertos elementos predominantes entre los españoles de la isla y bien conocidos por negreros, corruptores de empleados y defraudadores de la Hacienda pública. Y lo singular del caso es que aquellos mismos hombres, tan inmorales como reaccionarios, que más tarde supieron

convertir en instrumentos suyos á los españoles más laboriosos y honrados, abusando de su buena fe y de su mal orientado patriotismo, no fueron al calumniar á Lersundi sino viles instrumentos de otros más sagaces y más intencionados. Porque la desgracia de Lersundi, las antipatías que inspiraba á ciertos elementos, las calumnias y mortificaciones que desde su mando en Cuba le acompañaron hasta el sepulcro mismo, tenían por único origen la inadvertencia de haber hecho cierta visita oficial ostentando la gran cruz de Carlos III, hecho pueril que alguien tradujo por intencionada y audaz provocación. ¡Bien se vengaron de Lersundi los enemigos de Carlos III!

Pedí una licencia de seis meses para Tenerife y la Península, y el general Lersundi me la anticipó sin esperar á que la concedieran en Madrid. Mi petición tenía por causa una serie de desgracias que entonces me afligieron: en pocos meses habían muerto dos hermanos míos, y mis dos hermanas estaban sentenciadas á morir. Cuando llegué á Tenerife ya no me quedaba más que una, y expiró en mis brazos.

El viaje desde la Habana á Vigo fué largo, penoso y duro. El equinoccio de otoño nos hizo correr un temporal muy fuerte en aguas de las Azores, esas islas que los geógrafos consideran africanas y á mí se me antojan groenlandesas. El frío era glacial; del archipiélago no divisé más que picachos volcánicos envueltos en densa bruma; las

olas eran inmensas, pero negras como mis desdichas; las espumas, semejantes á infectos cuajarones, en nada se parecían á las de otros mares. Y por eso yo no cesaba de repetir los versos de un poeta, pariente y comprovinciano mío, que exclamaba allá en los mares del Norte:

¡No son estas las ondas azuladas
que murmuran en torno de mis islas!...

En Vigo se nos impuso una cuarentena de diez días, y en el lazareto de San Simón tuvimos el placer de que nos fumigaran, además de someternos á una dieta rigurosa, pero no gratuita.

Después estuve en Madrid y en Cádiz, y no pude embarcarme para Tenerife hasta el 24 de Diciembre.

Al llegar á casa encontré á mi hermana moribunda.

Y aquel comedor en que antes reinara la alegría, el mismo donde antaño nos reuníamos veinte, era una imagen del silencio, de la tristeza y de la soledad.

CAPITULO XIX

1867

I

Desde el 67 no he vuelto á pisar la tierra de Tenerife; pero navegando hacia el hemisferio Sur, y regresando al Norte, la he visto desde el mar el año 87.

El 67 permenecí en mi casa un par de meses, con el luto en la ropa y en el alma. Visitaba á menudo el cementerio, donde ya estaba enterrada casi toda mi familia: hermanos, padres, abuelos, que todos vivían pocos años antes.

A corta distancia de Santa Cruz, en Geneto, pasaba algunos días acompañando á mi tío don Juan Patricio Meade, hermano de mi abuela, ya octogenario y uno de los hombres más originales que han nacido y muerto en el país.

No quiero decir que allí viviera desde que nació, pues mediaron entre su cuna y su tumba la mitad del globo y casi todo un siglo. Educado en

Escocia, donde estaba todavía al iniciarse la guerra de la Independencia, voló á España, se alistó como cadete de caballería en el regimiento de Sagunto, asistió á muchos combates, cayó prisionero en Medellín (si no es infiel mi memoria) y fué conducido á Francia. En el depósito de Dijon daba lecciones en 1812 de latín, de castellano y de inglés. Terminada la guerra, dejó la carrera militar; pero en 1837 apareció de nuevo en los campos de batalla como oficial de la legión inglesa y á las inmediatas órdenes del general Lacy Evans, legión y general que operaban contra los carlistas.

En Londres tuvo amistad con Espartero, á quien visitó más tarde varias veces en Logroño. También hablaba mucho de Gurrea, de Morillo, de Bolivar y de Humboldt. Estuvo repetidas veces en América, principalmente en el Brasil y en Chile, y ya anciano vivía trabajando en Ambalema, república de Colombia, de donde al fin se retiró á Canarias.

Hablábame á veces de política, y una tarde, al decirle yo que me sentía cada vez más demócrata y más republicano, me contestó regalándome una *Biblia* y recomendándome que la leyera; la perdí pocos años después en un naufragio, y lo sentí de veras, no por el libro, sino por las curiosas notas marginales que le había puesto mi tío de su propio puño.

La última carta que me dirigió, poco antes de morir y en los días que siguieron á la revolución,

contenía estas palabras, palabra más ó menos:

"Malos eran los caídos, y los levantados no serán mejores„; "hombres dejé en el siglo y hombres hallé en el claustro.„ "Indignado estoy con lo que he visto; has de saber que tus amigos de aquí, y no digo correligionarios porque mal podéis ser correligionarios no teniendo religión ninguna, se han portado de una manera indigna; reunidos en el Ayuntamiento, han arrojado por un balcón el retrato de la reina, del cual no sé que haya cometido la más pequeña falta. Puede ser necesario algunas veces derribar instituciones y tronos, pero ensañarse con retratos sólo es propio de *golfines.* „

Debo advertir que desde tiempo inmemorial á los pilluelos de playa se les llama "golfines„ en mi tierra, como á los grandes usureros se les llama "tiburones„. Cada vez que en Madrid me hablan de *golfos,* título moderno, pienso en los simpáticos *golfines,* merodeadores del mar, donde hay cierto mérito en ser merodeador. ¡Parece mentira que entre tanta riqueza y abundancia necesiten garbear para poder vivir los que se alimentan con media docena de chicharros!

A la carta de mi tío contesté diciéndole:

"Me sorprenden sus lamentaciones por lo del retrato; no me sorprenderían si eso lo hubieran hecho con el original, pues sus sentimientos de humanidad me son bien conocidos. Por mi parte creo que merecen caer por los balcones y arder

en la plaza pública todos los retratos de los Ayuntamientos, no porque sean de reyes ó de roques, sino porque suelen ser afrenta del arte y ofensa á la verdad.„

La biblioteca de Geneto, que contenía los libros de mi tío, los de mi abuelo y algunos de mi padre, estaba hecha una ruina después de tantos años de abandono. En ella encontré un libro del siglo XVII, impreso en Antequera y titulado *El pulso;* allí estaban las más viejas ediciones que yo he visto del *Quijote,* como también la tercera edición del Diccionario de la Academia. Cosas raras de verdadera importancia no las había, pero mi tío era una especie de califa Omar vuelto al revés; estando la Biblia y las novelas de Richardson, estaba todo; según él, jamás produciría la literatura universal nada superior ni igual á lo de Richardson. Yo me acordaba al oirlo de lo que decía mi padre hablando de la música: "Después de *El Barbero* y *Norma* deben cerrarse los Conservatorios; no se puede ir más allá.„

Se diría que yo pertenezco á otra familia, pues presiento que en literatura, en música, en todas las bellas artes se va á cambiar de rumbo y de modelos; en pintura, especialmente, creo que aun no se ha llegado al principio. No hay hasta ahora más que tentativas inocentes, sin que aparezca el arte, envuelto aún en las nieblas de lo porvenir. Al presente, lo viejo tuerce toda inspiración, perturba el pensamiento, resucita muertos ideales y ahoga

al genio, matando iniciativas creadoras. Pero la Verdad y la Belleza reinarán al fin..... cuando se olviden las reglas y se destruyan los moldes, cuando se pierdan las tradiciones de todas las escuelas y se reniegue de todas las mitologías.

Yo había querido que me prorrogaran la licencia; pero me escribieron de Madrid que la prórroga me sería negada, y en Marzo me embarqué. Estuve unos días en Cádiz y volví á la Habana. En aquel viaje, como en otros muchos, no tuve desagradable más que una impresión: la de llegar. La noche en que avistamos el faro de Punta Maternillo me entristecí pensando en que se me iban á acabar la buena temperatura y las bienhechoras brisas del Océano.

Al mismo tiempo que yo, en el mismo barco, iba la prórroga que se me concedía; hice, pues, un viaje inútil, ¡como tantos otros! Pude renunciar á la ampliación de licencia, pero había olfateado que la revolución de España estaba próxima y quise verla de cerca. Á fin de Abril ya estaba otra vez en Cádiz.

Asistí en Cádiz á una corrida de toros, y lo consigno como hecho extraordinario. He visto, sí, las hermosas plazas de Ronda y de Valencia, pero sin toros ni público; pocos españoles habrán visto menos corridas que yo: una en Pamplona, Julio del 57; dos en Zaragoza, Octubre del 60; una en Madrid, donde vi las angustias de un león domesticado y flaco; otra en París, de toros embolados,

casi diplomáticos y quizá académicos. Las dos últimas bastantes años después que la de Cádiz.

Y voy á contar lo que en Cádiz me pasó, rogando á los lectores, si existen, que disculpen mi ignorancia del tecnicismo torero y la impropiedad de los términos que uso; espero, sin embargo, que me haré entender.

Mataba Ponce, un hombre fornido, simpático y arrogante. Era el toro un animal tremendo, que se destacaba sobre el ruedo como un templo de salomónicas torres. El torero se dirige al toro con resolución; el toro corre á su encuentro, como quien es, bramando; el choque fué inmediato y súbita la muerte del cuadrúpedo, que cayó como una masa de una estocada á fondo.

Me impresionó la escena por su rapidez, por la valentía del animal, por la destreza del hombre; y al mismo tiempo que yo empezaba á aplaudir entusiasmado, llenó la plaza una tempestad inmensa de improperios y silbidos.

Verdaderamente á mí me pareció la de Ponce una estocada certera y aun fenomenal; pero el público lo entendió de otra manera. Sin duda le gustan más las estocadas tímidas y que se meta la espada poco á poco.

No he vuelto á ver más corridas—salvo la de París con toros embolados—, bien persuadido de que no lo entiendo. Pero hay en el mundo quien lo entiende menos; por ejemplo, un francés que le explicaba á otro, en el mismo vagón que ellos y

yo viajábamos, lo que es una corrida, y le decía expresivamente, con gestos más expresivos aún que las palabras: "Primero dos *picatores,* después dos *bandeguilleros*, por último *un tato.*

***

En Cádiz y en toda España se conspiraba mucho el año 67. Los moderados habían llegado á ser objeto del aborrecimiento general, por protectores del fanatismo y la ignorancia, malversadores del presupuesto y enemigos de las libertades públicas. Su único sostén era el ejército, y el ejército conspiraba mucho más que el pueblo. Cada cuartel era un foco de conspiraciones; algunos generales que hoy presumen de ordenancistas y fieles mantenedores del orden y las leyes eran entonces capitanes en correspondencia con Prim y Milans del Boch, ó tenientes presos por denuncias policíacas, ó alféreces desterrados por leer periódicos, ó sargentos perseguidos en fuerza de la costumbre, ó cabos que aquel Gobierno consideraba temibles, ya por alternar con los sargentos, ya por hablar con los paisanos. Todos los jefes estaban muy vigilados, algunas veces por sus inferiores mismos, noble manera de sostener el espíritu y la disciplina militares.

El gran agitador entre los demócratas de Cádiz era el inolvidable Rafael Guillén, el mismo que pereció en el alzamiento federal del año 69, en la

serranía de Ronda. Con él se entendían algunos oficiales y sargentos, que celebraban sus reuniones en el colegio dirigido por Eduardo Benot. En Cádiz, los militares conspiradores eran muchos, pero pocos los que se entendían con los demócratas; si lo hacían algunos, era porque les daba asco la conjuración fratricida y remunerada del duque de Montpensier. Es claro que había también oficiales adictos al Gobierno, *moderados*, narvaíztas, isabelinos; pero, salvo contadas excepciones, los que no trabajaban en aquella fecha por la revolución habían trabajado antes ó lo hicieron después en sentido reaccionario. Algunos de los militares que se jactan de no haberse pronunciado ni haber conspirado nunca, faltan á la verdad si son de aquellos tiempos: lo que hay es que profesan la cómoda teoría de que no se subleva ni conspira el que lo hace en pro de la reacción. Cuando dice un militar antiguo que él no se ha sublevado nunca, ya se sabe lo que eso quiere decir: que nunca se ha sublevado por la libertad.

Yo no había conspirado antes ni lo hacía el año 67, por una razón principalísima: si todo rebelde es para mí simpático, si me placen cuantas rebeldías cuentan las crónicas, empezando por la de Luzbel, hay una cosa que verdaderamente me repugna: el abuso de confianza. Estando en filas, no he sabido conspirar ó no he querido hacerlo. Jamás ocultaba mis radicalismos, iba públicamente á los actos y manifestaciones de sabor liberal ó

democrático, pero no me sentía dispuesto á conjuraciones misteriosas ni con voluntad para abusar de los soldados ó de los subalternos.

En Cádiz, por aquel tiempo, me decía un liberal, que más tarde fué conservador:

—No vuelva Vd. á Cuba y colóquese en un regimiento.

—¿Para qué?

—Para mantener en el ejército el fuego sagrado de la libertad...

—No me siento vestal—le respondí.

Y había otra causa para que yo no me prestara á conciliábulos nocturnos y conspiraciones tenebrosas: no encontraba correligionarios. Me daban lástima los *revolucionarios* militares y civiles que me hablaban de perturbar la nación para cambiar de Ministerio, los más audaces para cambiar de dinastía y unos y otros para *pegar mucho palo,* que es el programa político de la mayoría de los españoles. En materia de palos sin duda es más conveniente dárselos á otros que recibirlos de ellos; pero mejor sería suprimir el palo y usar de la razón. Debo decir que el año 67 aun no conocía yo personalmente á Benot, á Cala ni á Guillén, que en ellos, de seguro, hubiese visto correligionarios.

Un postrer motivo me apartaba el año 67 de los trabajos de conspiración: estaba enamorado.

Y me casé.

CAPITULO XX

1867

II

Córdoba, Madrid, París, la Exposición universal, todo eso recorrimos mi mujer y yo de Julio á Octubre del 67.

Llegamos á París al mediar el mes de Agosto, en los últimos días de la primera quincena. El 15 era la fiesta del emperador, y vi por mis propios ojos, no sin pena, el entusiasmo del pueblo de París, su devoción al monarca. Indudablemente era monárquico, dinástico, imperialista un pueblo que en tal día engalanaba sus casas con banderas, mostraba su regocijo en las calles y aclamaba al ejército al mismo tiempo que á la familia imperial. Jamás había visto yo, ni tantas banderas ni tantos cohetes como aquel 15 de Agosto; después he visto más en aquel mismo París: cualquier 14 de Julio.

No estuve en la gran revista ni vi al empera-

dor; pero presencié en los Campos Elíseos el desfile de casi todo el ejército. Lo observé con la mayor atención, con verdadero interés—resabio del oficio—y me sorprendió la escasa disciplina (juzgando á la española) de aquellos veteranos que desfilaban en formación correcta, pero fumando sus pipas con el mayor desenfado.

Los oficiales me gustaron menos que la tropa, no en el desfile, sino después, durante las semanas que pasé en París. Aquellos oficiales se pasaban la vida en los cafés jugando al dominó, ó en las terrazas de los mismos tomando ajenjo con mujeres públicas. El 15 de Agosto vitoreaban al emperador, con entusiasmo alcohólico, en los cafés y en las cervecerías. Desde entonces preví la próxima caída del imperio, la inevitable derrota, la *débacle*.

Después de establecida la república he vivido en París bastantes años, y creo que el desastre del 70 fué saludable tanto como justo. No he vuelto á ver militares haciendo vida ociosa, tomando ajenjo en público ni cultivando vicios. El ejército francés trabaja; en instrucción y disciplina compite hoy con cualquiera; si en guerras futuras le toca sucumbir, no será por las mismas causas que en 70.

Y no quiero decir que el ejército imperial fuera mal instrumento para el objeto que tenía, para la función á que se le destinaba; seguramente servía para tomar barricadas en las calles de Marsella ó

dominar motines á bayonetazos en los arrabales de París. Lo que digo es que no estaba en condiciones de medirse con ejércitos á la moderna, como el alemán.

La Exposición universal del 67, juzgada en conjunto. me pareció más hermosa y de más gusto que cuantas después he visto. Quizá influyera para hacerme esa impresión la circunstancia de ser la primera que veía. Bien sé que las posteriores, cada vez más grandes, han sido más variadas y más ricas; pero en sus modestas proporciones, aquella me gustó más que ninguna.

Lo cual no quiere decir que yo la viera toda ni la estudiara muy atentamente; no estaba yo para estudios industriales.

Lo que vi mejor, porque lo vi muchas veces, y lo que más recuerdo porque me hizo impresión, fué un gigantesco gorila disecado. Todas mis visitas á la Exposición empezaban por el famoso gorila y me estaba las horas muertas mirándolo. A decir verdad, lo atrayente no era para mí el animal disecado, ni siquiera el pedestal artístico sobre el cual estaba expuesto, sino la actitud de un caballero que se pasaba los días examinándolo. Era un hombre joven todavía, de elegante porte y distinguidas maneras, que á veces despertaba la curiosidad del público tanto ó más que el gorila. A mí me interesaban los dos.

El personaje en cuestión, sin duda un sabio, no hacía el menor caso de los transeuntes, ni al pa

recer oía los comentarios de los que observaban su digno continente.

—¡Es un clérigo!—exclamaba alguno al verle tan afeitado.

—¡Qué raros son estos ingleses!—decía otro.

—¡Mira, papá!—gritaba un niño señalando con el dedo al sabio—¿qué es lo que mira ese hombre?

Unos le tomaban por pastor luterano ó calvinista, holandés, germánico ó noruego; otros por pedagogo suizo; quién por emigrado polaco, y él... haciéndose el sueco. No era fácil averiguar la nacionalidad de aquel señor, que hablaba poco; pero á los impertinentes y curiosos que le interrogaban, lo mismo les contestaba en francés que en italiano, en alemán que en inglés.

Con tanto examinarlo, por verlo diariamente en el mismo sitio y en idéntica actitud, se me quedaron grabados en la memoria su figura y su semblante, y por eso lo reconocí al verlo en Madrid dos ó tres años después: era Benot.

Al gorila no lo he vuelto á ver.

Los emigrados del 22 de Junio y sucesos anteriores estaban en la frontera cuando llegué á París; me refiero á los que yo conocía. El 15 de Agosto pasaron los Pirineos por Cataluña y Aragón, levantando gente y organizando partidas. Mis compañeros de colegio Enrique Martí y Antonio Pina, á la sazón tenientes emigrados, algaraban por las provincias de Gerona y Tarragona; el primero llegó á mariscal de campo, y fué suce-

sivamente puntal de dos monarquías, uno de tantos puntales; el segundo, bastante más consecuente, es coronel retirado. ¡Y gracias!

De los sublevados en aquella fecha no conocía yo personalmente más que á los dos citados y á mi amigo Juan Barrios. Los demás *cabecillas*—¡qué palabreja tan graciosa, aunque el diminutivo resulte muchas veces acertado!—eran Pierrad, Contreras, Baldrich, Moriones, Lagunero, Escoda y otros varios. Prim no llegó á ponerse al frente, porque las guerrillas se sostuvieron poco. La acción más reñida fué la del 22 de Agosto en Llinás de Marcuello, en la que murió el general Manso de Zúñiga, que mandaba una de las columnas del gobierno.

Hubo chispazos revolucionarios en diferentes provincias; pero el movimiento fracasó como era de temer.

Hablábase entonces de cierto general á quien Prim comisionó para que le comunicara desde la frontera la primera noticia del levantamiento. Prim le había dicho: "telegrafíeme usted de una manera sólo inteligible para mí„; y el otro le puso el telegrama siguiente: "*Levantados Cataluña quinientos carneros*„. ¡Se volverían locos para descifrarlo en el gabinete negro de París!

Una cosa parecida me sucedió á mí algunos años más tarde. Estando preso en la plaza de Ciudad Rodrigo, le señalé á uno de mis corresponsales de Madrid una octava de Espronceda, para que por

ella me telegrafiara cuando fuera menester. Se comprende cuál era mi objeto: que él numerase las letras de la octava, por su orden, y telegrafiara en números. Júzguese de mi asombro al recibir una mañana un parte que decía:

El valor y la fe del caballero,
del trovador el arpa y los cantares...

¡Toda entera la octava convenida!

No pude entender lo que el corresponsal quería decirme; pero me consolé pensando que tampoco lo entendería el gobierno, sin considerar que á los gobiernos debe importarles poco lo que dos majaderos se telegrafían. Es verdad que yo no tenía motivos para hacerme esta última consideración, pues me constaba que los agentes de policía del gobierno son tan majaderos como puede serlo el más pintado; y me constaba eso, porque al volver de París en Octubre del 67 me habían registrado el equipaje en la estación de Irún, secuestrándome dos ó tres periódicos y algunas cartas sin importancia alguna.

Lo que más satisfizo á los agentes que me registraron, pues no me lo devolvieron, fué el cuaderno que contenía las señas de varios amigos míos, algunas cuentas particulares y diversos apuntes que les parecieron sospechosos por las abreviaturas. Mi pasaporte, con estar en regla, fué más examinado que yo mismo.

El resto del año lo pasé en Madrid, y solía concurrir á una mesa del café del Siglo ocupada habitualmente por agitadores más ó menos cándidos. Allí se despellejaba á los *santones,* siendo los peor librados Olózaga y Madoz. Los que tenían más partidarios y más admiradores, después de Prim, eran Sagasta y Carlos Rubio. Casi todos los concurrentes eran progresistas, y me llamaban iluso cuando yo les decía que era demócrata y republicano.

Quitándose la palabra unos á otros, ó hablando todos á un tiempo, me decían:

—La República es una antigualla griega que huele á paganismo.

—La democracia es una utopia...

—Necesitamos rey que nos mande, papa que nos excomulgue...

—La libertad, sin el freno de un monarca, engendraría partidos nuevos, ideas disolventes, y quizá quizá periódicos socialistas...

—Pues para eso quiero la República—replicaba yo—para que engendre algo, el socialismo, el comunismo, ¡el caos! Del caos puede salir un mundo nuevo; del estancamiento y de la corrupción no pueden salir más que gusanos.

—¡Pero Vd. no tiene pensamiento fijo!—me gritaba alguno.

—Lo que no tengo es barreras delante de los ojos.

Muchos de aquellos señores han sido después

republicanos, creyéndose de buena fe más republicanos, más demócratas, más liberales que yo.

El más viejo de todos era el veterano coronel D. Fernando Lías, perfecto progresista y cumplido caballero. En 1873, cuando sus amigos conspiraban insensatamente contra la República, él fué de los que la defendieron con desinterés y con tesón.

El elemento joven de aquel círculo no era numeroso; lo componíamos Arolas, Hidalgo Saavedra y pocos más. Arolas era de los míos, pero concurría muy poco; estaba perseguido por las policías civil y militar y generalmente fuera de Madrid. La persecución de que era objeto dió ocasión á una ocurrencia chistosa de la que hablaré en otro capítulo.

Una mañana me encontré en la calle con un respetable progresista, á quien conocía de poco tiempo, que se me acercó todo asustado para decirme:

—¿Sabe Vd. lo que ocurre? Uno de la policía, hombre de toda mi confianza, acaba de decirme que ha sido denunciado el depósito de armas que tenemos escondido en un sótano de un barrio céntrico; él sospecha que esta noche ira la policía... ¡No sé qué hacer!

—Pues nada más que trasladar el depósito...

—Sí; pero eso no se puede hacer en pleno día, y á la noche llegaremos tarde.

—¿Y por qué no se ha de hacer de día? Cuando no debe hacerse es en la noche. Búsqueme Vd.

un carro, y á las doce lo traslado todo á sitio más seguro.

En efecto, el buen patriota, más conocedor que yo del personal revolucionario de Madrid, puesto que yo lo desconocía completamente, encontró carretero, encontró carro, encontró auxiliares decididos; y yo, simulando una mudanza ordinaria, llevé á la casa en cuestión algunos muebles viejos comprados en el Rastro; al mismo tiempo que se descargaban unas cosas, metíamos otras en el carro: las armas enfundadas en esteras. Y mi decepción no pudo ser más grande cuando vi que tanta inquietud y tanto afán, las pesetas malgastadas y el riesgo de ser fusilados por Narváez, que por menos se fusilaba entonces, tenían por objeto sacar de su escondrijo ocho fusiles mohosos, cuatro escopetas viejas y unos sables de caballería. ¡Valiente depósito revolucionario!

Esto me lleva, como por la mano, á hablar de otro depósito: el del teatro de la calle de la Magdalena. Desde el año 56, ó quizá desde el 43, guardaban los progresistas en el sótano de Variedades un cañón que sustrajeron al ser desarmada la milicia. Todos los amigos de provincias que llegaban á Madrid, como fueran liberales bien calificados y de confianza absoluta, eran llevados á visitar el cañón. D. Nicolás Calvo de Guaiti, ex jefe de artillería, ex ayudante de Espartero, de quien era dinástico más que partidario, me decía una vez:

—De partidos como el liberal puede esperarse todo; hay hombres que hacen el viaje á Madrid, desde la Rioja ó desde Extremadura, sólo por ver nuestro cañón, por palparlo, por besarlo, por llevar á sus comprovincianos el testimonio de que se conserva. ¡Y un secreto conocido por millares de patriotas no ha llegado á noticia del gobierno!

El buen D. Nicolás se equivocaba, sin duda; pero á los gobiernos les tenía sin cuidado el cañoncito.

Cuanto hoy se dice (con razón) del fanatismo imperante, de la indiferencia pública, de la decadencia intelectual, se observaba entonces con iguales caracteres. La influencia política y social que al presente se atribuye á ciertos archimandritas, la tenían entonces el padre Claret y la incurable monja de las Llagas. Los militares, sin exceptuar á los de antecedentes reaccionarios, ó se prestaban á llevar cirios en las procesiones ó estaban constantemente vigilados por la policía. Las divisiones de los liberales eran hondas: entre Espartero y Olózaga mediaban abismos insondables, no de ideas, de odios; los amigos de Prim tampoco transigían ni con los de Olózaga ni con los de Espartero; los demócratas se dividían también en republicanos é indecisos. Los pensadores y los grandes escritores habían emigrado al extranjero, y no por su voluntad.

Las últimas producciones literarias saboreadas por la poca gente que leía — y sin que yo haga

comparaciones absurdas — eran *El Doctor Lañuela,* del general Ros de Olano, y *El Monje Gris,* del general Atmeller.

El verdadero público se contentaba con leer *La Correspondencia* y sus noticias de la temperatura, ó los pentacrósticos del sublime Estrada. También eran leídos los anuncios en prosa y verso del aceite de bellotas, escritos con mucha gracia y atribuídos, no sé con qué fundamento, á quien después ha alcanzado celebridad merecida por grandilocuente y por filósofo.

En el teatro, el género bufo era la delicia de las gentes.

CAPITULO XXI

1868

I

Se me acabaron la licencia que tenía y las prórrogas que me concedieron. El brigadier Planell, jefe del negociado de Ultramar en el Ministerio de la Guerra, quería que me fuera á Cuba... para pasearme por la Habana, puesto que allá no tenía colocación; y yo, contrariándole, pedí que me destinaran al ejército de la Península. Pero no habiendo cumplido los seis años de residencia en Ultramar, se oponía el citado brigadier á que yo conservara en la Península mi efectividad de capitán. Contando ya nueve años de antigüedad en este empleo, y después de haber mandado (aunque accidentalmente) un batallón en campaña, me costaba trabajo el quedarme de teniente. En aquellos días, para aligerar un poco las escalas, se dispuso que los oficiales á quienes conviniera solicitaran el pase á las carreras civiles, conservando por dos

años el derecho de volver á la milicia con los mismos empleos y sin pérdida de antigüedad; pero sólo se les concedía á los que ya tuvieran un destino otorgado por otro ministerio. Sin relaciones con los moderados, no me era fácil conseguirlo; pero gracias al más joven de los diputados — Valero de Tornos — obtuve por veinticuatro horas una credencial civil de ínfima clase. Era todo lo que yo quería: en el Ministerio de la Guerra se me dió de baja por pase á la carrera de administración civil, y en ésta se me declaró cesante con la misma fecha, sin opción á sueldo, que era justamente lo que yo anhelaba.

Consideré desde entontes que estaba desligado de toda obligación para con el gobierno, y libre ya de escrúpulos me puse á conspirar: oficio nuevo y lleno de encantos para mí, que era admirador ferviente de los carbonarios y soñaba en conspiraciones internacionales con Mazzini, Kossout, Blanqui, Félix Pyat, Víctor Hugo, Crispi, Cluseret... Bien pronto me convencí de que la esfera de acción de nuestros más temibles revolucionarios no pasaba del puente de Toledo, y hube de resignarme á oir contar las hazañas de Becerra, los planes disolventes de Sagasta y los grandiosos proyectos financieros de Madoz y Figuerola, hacendistas de la revolución que iban á dejar tamañito á Mendizábal.

Yo no trataba entonces ni apenas conocía á las grandes figuras de la democracia, á los prohom-

bres del republicanismo, que estaban emigrados, ó deportados, ó presos. Me entendía con esparteristas como Calvo de Guaiti, con progresistas como Lías Rey, con Aldolfo Pons y otros amigos de Prim, y también con algunos que no tenían compromisos personales ni aspiraciones concretas, pero si temperamento revolucionario. Mis debates con ellos degeneraban muy fácilmente en disputas, singularmente con los progresistas; me indignaba oyéndoles decir que Castelar no pasaba de ser un poeta cursi, que fracasaría en el Parlamento y que no se atrevería ni á despegar los lábios en presencia de Aguirre, de Olózaga, de Madoz ó de cualquier Rodríguez.

De todos modos, yo estaba contento con mi nuevo oficio: ya era agitador, ya era demagogo, ya era algo; no habría cambiado tales títulos por ninguna gloria de la tierra. Pensaba que á lo menos transformaríamos la patria, sin acordarme de que los franceses dicen: *Plus ça change, plus c'est la même chose*. Cada vez que los periódicos ministeriales salían echando chispas contra los "pérfidos agitadores„, me daba por aludido y me regocijaba, sobre todo cuando encontraba en ellos alguna catilinaria furibunda en que se nos llamara "incorregibles, malvados, inmundos instrumentos de la excomulgada y odiosa masonería, esa repugnante secta de vampiros aborrecida de las almas buenas„.

Continuaban las reuniones en el café del Siglo;

pero yo iba, además, al café Suizo, donde se hablaba, tanto como de política, de literatura y arte. De todas maneras, allí también se mascaba la revolución.

Era preciso estar ciego para no verla llegar. Ni el estado de sitio, ni la numerosa policía secreta, ni la confianza fingida por los diarios moderados, impedían que se discutiera á voces, no ya la revolución, que ésta la juzgaban todos inevitable y aun inaplazable, sino la futura forma de gobierno, la influencia de la democracia en la venidera constitución política, las reformas coloniales y la política internacional de la revolución.

En el Suizo fué precisamente donde un militar isabelino — hoy general — me decía con aire de profunda convicción: "Lo deploro, porque no sé lo que saldrá de aquí; pero la revolución es necesaria. La reclaman la honra nacional y la justicia. Gobiernos que abusan del rigor fusilando sin tasa ni medida, como después del 22 de Junio, todavía pueden defender sus actos; pero cuando se ordenan asesinatos como el del Noy, se premia á los asesinos y en altas esferas se protege á los ladrones, ya no queda esperanza."

Tan persuadidos estaban los moderados mismos, y aun los indiferentes (aunque éstos no fueran tantos ni tan escuchados como ahora), de que la revolución era la única esperanza de la patria, que la opinión general favorecía francamente á los revolucionarios. Una noche entró en el Suizo

un personaje de muy buen aspecto, y en el mismo instante se levantó de su silla uno de los concurrentes - un desconocido - y gritó, señalando con el dedo al que acababa de entrar: "¡Ese es de la policía!„ No fué preciso más; la numerosa concurrencia, en la que había políticos, militares, artistas y escritores, se puso en pie, sin excepción alguna, grítando: "¡Fuera! ¡Fuera!„ El polizonte no tuvo más remedio que marcharse. Fué menos mal recibido otro funcionario del Estado cuando un compañero de tertulia tuvo la triste ocurrrencia de llevarlo al Suizo; nos lo presentó, diciéndonos con perfecta naturalidad:

—Mi amigo el verdugo, cómplice de González Brabo y futuro ejecutor de ustedes.

—Servidor de ustedes—añadió el otro inclinándose.

El que lo presentaba era un teniente, hoy coronel retirado. El presentado era, en efecto, el verdugo de Madrid. Y no se le expulsó como al espía; fuimos nosotros los que tomamos la puerta.

Murió Narváez el 23 de Abril, sustituyéndole González Brabo en la presidencia del Gobierno. O'Donnell había muerto seis ó siete meses antes; faltaban, pues, los dos grandes soldados de la monarquía.

Mas no se crea que esa falta favoreciera á la revolución, que ellos y todos eran ya impotentes para contener el torrente revolucionario. Y en cuanto á O'Donnell, se cree que al morir es-

taba más dispuesto á dejarse llevar por la corriente que á defender á doña Isabel II.

Narváez murió diciendo que él era más liberal que nadie, que lo enterraran con la cruz del 7 de Julio y que, en defensa de la Constitución, había librado más batallas en el palacio real que en los campos de Cataluña y del Norte. Así sería, pues no sólo fué liberal exaltado al empezar su carrera, sino que siempre odió al clericalismo y era de índole turbulenta y demagógica Se le tuvo por sanguinario y en realidad lo fué; las crueldades que cometió en la Mancha persiguiendo á los carlistas anunciaban las que había de emplear en el poder contra liberales y republicanos. Con los militares particularmente fué inexorable, no acordándose de que él también había trillado la senda escabrosa de los pronunciamientos. En 1838 se pronunció en Sevilla y tuvo que emigrar; por sublevarse en 1843 lo hicieron capitán general, ministro y duque. Sin embargo, hablaba siempre de la disciplina, queriendo imponérsela á sus mismos compañeros de armas y de sediciones. Hombre de escasa cultura, debió su autoridad y su renombre á su carácter violento. Su impopularidad era la mayor que he conocido; pero fué de esos tiranos que saborean el odio de una generación, bien seguros de no haber merecido su desprecio.

A las pocas horas de haberse divulgado la noticia de su muerte corrió por casinos y cafés un telegrama impreso que decía:

"INFIERNOS, 23

Llegó el duque de Valencia,
se le está poniendo el rabo;
se aguarda con impaciencia
á D. Luis González Brabo.

O'DONNELL."

Esto pudo ser obra de algún revolucionario, como lo era, en parte, la prensa clandestina; pero los que cultivaban con fortuna la musa irónica, la sátira y la diatriba eran los moderados disidentes y otros monárquicos "por obligación y gratitud", que no respetaban nada, ni á su reina. ¡Valiente gratitud!

Lo que decían, lo que escribían, lo que pregonaban los cortesanos de oficio y los realistas rabiosos era bastante para justificar, no una, cien revoluciones. De buena gana recordaría sonetos sangrientos, letrillas indecentes y cantares venenosos, que no eran debidos á plumas democráticas; pero me contentaré con citar lo más inofensivo, como prueba de mi aseveración.

De un diplomático:

"..... .....
Isabel... segunda,
los demás... terceros."

Anónimo:

"Lo que nació con Clarete (*)
debe morir con Claret,
¡y que se los lleve el diablo
por siempre jamás... amén!"

Otro poeta monárquico, y éste sí que era poeta, despertó á su perezosa musa para que le dictara lo que sigue:

"Ya viene la corte
de San Ildefonso;
hasta el pobre santo
queda con in... somnios.
....."

Curiosidad, patriotismo ó lo que fuera, el hecho es que yo deseaba presenciar la fiesta patriótica del Dos de Mayo; nunca había estado en Madrid en semejante fecha.

Vi la fiesta por primera vez el año 68; después la he visto repetidas veces. Claro está que no voy á describirla; era entonces, poco más ó menos, como ahora. De tanto verla he llegado á explicarme lo que antes no entendía: eso de las *innumerables* víctimas de la jornada, que son innumera-

(*) Es bien sabido que González Brabo, en sus comienzos, usaba el seudónimo de *Ibrahim Clarete.*

bles, efectivamente. Bien sé que no debe llamarse innumerable á lo que tiene número, ni inmenso á lo que está medido; ni infinito á lo que es limitado; los mártires de Zaragoza no fueron innumerables; no lo fueron tampoco las víctimas de Thiers, pues se contaron las 37.000; ni las de Cabrera, porque pudieron contarse. Pero las víctimas de Murat, no digo que fueron, sino que todavía son incalculables, y llegarán á infinitas si continúan las generaciones celebrando la consabida fiesta. A los muertos en las calles y á los fusilados en la aciaga noche hay que añadir los que mueren de insolación en interminable serie. Todos los años sucumben pocos ó muchos soldados, víctimas del sol y de la patriótica procesión cívica, más crueles que Murat. ¡Hasta cuándo durarán los sacrificios humanos en aras de la patria desvalida!

CAPITULO XXII

1868

II

Las hojas clandestinas circulaban con profusión y eran leídas con encanto. La sañuda persecución del gobierno, y las duras penas impuestas á los sorprendidos con alguna, más abrían el apetito que evitaban la circulación. Las que venían del extranjero — de Lisboa, de Londres, de París — casi todas eran secuestradas, y rara vez llegaba á conocerlas el público; no así las impresas en Madrid, Sevilla, Cádiz, Barcelona. Algunas tenían sabor revolucionario y tendencia federal; pero las más eran de una inocencia primitiva. Salvo las injurias que no se escaseaban á diferentes personas, lo contenido en las hojas perseguidas podría publicarse hoy en cualquier periódico sin escandalizar ni conmover á nadie. Con todo, y con estar á veces mal escritas, las tales hojas gustaban á la gente. No se me olvida la emoción profunda de un

liberal de entonces, más tarde prestamista, que me llevó una mañana camino de las Ventas para leerme, después de tomar cien precauciones, un programa revolucionario encabezado con una calavera y un par de tibias en cruz, y suscrito por unas cuantas parejas de iniciales. Entre otras cosas decía:

"¡Pueblo!... Se acerca la hora. Pidamos la supresión de la Guardia rural y del cuarto del cartero; exijamos la transformación del impuesto de consumos; apoyemos las reivindicaciones de los curas párrocos y la reducción de mitras. Viva el concordato, bueno, pero cúmplase. Necesitamos el fomento de las obras públicas y la reducción de gastos, así como la protección más cumplida para las artes y oficios, la industria y el comercio, el ejército y la armada. ¡Viva el librecambio! ¡Muera González Brabo!"

Puede ser que no haya alcanzado mi memoria á retener la letra con fidelidad; pero de la música respondo: en lo transcrito se ve claro el espíritu del documento.

¡Y pensar que si encuentran al autor lo mandan á presidio, cuando lo justo era mandarle á la escuela!

Uno de los polizontes más odiados, por ser más conocido que sus cómplices, era sin duda el apodado *Estanquero,* que el 29 de Septiembre pagó con la vida el celo que desplegaba en el cumplimiento de su repugnante obligación. A un repu-

blicano bastante conocido, y que más tarde se sublevó conmigo en Despeñaperros, lo sorprendió una vez repartiendo con poco disimulo proclamas sediciosas. El *Estanquero* se las arrebató, y en vez de hacerlas pedazos, lo que hizo astillas fué su garrote y los huesos del republicano. Este escapó como pudo, y no paró de correr hasta verse en Perpiñán El prófugo perdió la posición que tenía, pues además de repartir manifiestos revolucionarios con riesgo de su libertad ó sus costillas, trabajaba en un circo, desempeñando á satisfacción del público el modesto cuanto difícil papel de *cabeza parlante*. ¡Y qué cabeza! Todas las noches, al ser presentada en una bandeja al público, parecía realmente la de un guillotinado. A las preguntas que se le dirigían desde palcos y butacas respondía generalmente con alguna chuscada inverosímil; pero nunca tan feliz, á juzgar por el éxito que obtuvo, como la noche en que su amigo Felipe Ducazcal, desde la primera fila de butacas, le apuntó con una cerbatana y le metió el proyectil en un ojo; el proyectil era un garbanzo crudo. El apóstrofe de la cabeza herida enriqueció la lengua castellana, pues antes de aquel suceso no había figurado nunca ni en el pintoresco repertorio de Felipe Ducazcal.

A propósito: el difunto Ducazcal, reaccionario en la época de la revolución y por último alfonsino, era entonces revolucionario diligente, propagador de noticias alarmantes y hasta impresor de

libelos contra una raza que consideraba espuria.

En Perpiñán, en Tolosa, en Bayona, en las demás ciudades fronterizas, donde Virgilio Llanos y otros fugitivos tenían su residencia, la policía francesa no los dejaba vivir; cuando no los internaba, los vigilaba muy estrechamente. En París mismo era penosa la existencia de los emigrados, por lo que muchos se refugiaban en Suiza, Inglaterra ó Bélgica.

Para que vean los que no lo vieron por sí mismos adónde llegaban el desprendimiento y el fanatismo de los agitadores, recordaré una escena que tuve ocasión de presenciar. Al retirarme una noche del café Suizo, me llamó con gran misterio un compañero, militar de reemplazo, vigilado por sospechoso de liberalismo y que vivía con la mayor estrechez.

—¿Tienes dinero?—me preguntó.

—Según lo que entiendas por dinero: si se trata de cinco duros, sí; mayor suma, no.

—Es que necesito ahora mismo dos mil reales.

—No puedo ofrecértelos, y menos á estas horas.

—Pues he de tenerlos antes de la una, acompáñame...

Fuí con él por la calle del Barquillo, y en la esquina de no recuerdo cuál calle se puso á llamar á gritos al sereno, que era de su mismo pueblo. Acudió al momento el celador nocturno, y mi amigo le dirigió el breve interrogatorio que voy á transcribir:

—¿Me conoce Vd.?

—Sí, señor.

—¿Conoce Vd. la casa que tengo enfrente del molino?

—Sí, señor.

—Se la vendo á Vd. en 2.000 reales, pero he de tomarlos ahora mismo. La escritura la firmaremos mañana.

El sereno, dejándonos el chuzo y el farol, salió corriendo en busca de los cien duros y no tardó seis minutos en volver con ellos. Media hora después, y en mi presencia, entregaba mi amigo los cien duros, por adelantado, para el papel é impresión de no sé cuántos millares de hojas subversivas y sin pie de imprenta.

El sereno se enteró, sin duda, del empleo de sus 2.000 reales, pues otra noche, al verme pasar por aquella esquina en que tan fácilmente se hizo propietario, me dijo con humildad hipócrita.

—Aun tengo disponibles otros 2.000 reales para la revolución... Si escriben más papeles, yo me encargo de distribuirlos entre los vecinos de este barrio.

—Pero yo—le respondí—ni tengo fincas en Asturias ni vendo tan barato como el señor de Aniceto.

—Pues dígale usted que también le compro su molino y que me ofrezco á repartir las *pocramas*.

De suerte que el negocio no había sido malo para el buen astur.

Y véase cómo las revoluciones favorecen en definitiva á los que ni las hacen ni les importa de ellas, aunque arruinen casi siempre á los que las cultivan como *sport*.

*
* *

Conocí en aquel tiempo á muchos republicanos que todo lo esperaban de D. Nicolás Rivero, jefe indiscutido de la democracia, á quien los gobiernos traían y llevaban de cárcel en cárcel y de castillo en castillo; algunos confiaban tanto como en él en Martos, Castelar, Becerra y otros que estaban expatriados y sentenciados á muerte en rebeldía. Pero todos convenían en que sólo Prim era capaz de arrastrar al ejército á la revolución, en lo que se engañaban: los generales dispuestos á sublevarse ó deseosos de hacerlo no eran pocos, y donde faltaban generales sobraban coroneles. Pero no se decidían á comprometerse, precisamente por temor á la creciente popularidad de Prim, á quien detestaban, y también por el visible desarrollo de la democracia, no menos temible para ellos. La fuerza de Prim estaba en las clases inferiores del ejército, en las que siempre se carece de iniciativa, tanto como de prestigio para arrastrar á nadie; los hombres habituados á una constante obediencia no hacen nada por iniciativa propia, ni aun en la guerra, donde sería tan conveniente el ejercicio de la iniciativa individual.

Si por una parte conspiraban progresistas y demócratas, los unionistas que habían tenido por jefe á D. Leopoldo O'Donnell lo hacían por otro lado, y con más recursos pecuniarios si no con más cautela; el duque de Montpensier les había abierto su caja. Pero los montpensieristas y sus generales debieron de sentirse impopulares ó débiles, cuando al fin se decidieron á concertarse con los progresistas. De los demócratas no querían ni que se les hablara: ¡si negaban hasta su existencia!

En cuanto se hizo el concierto de los unionistas con los progresistas, el gobierno desterró de España al duque de Montpensier y llevó á Prisiones militares á los generales más comprometidos. El mismo día — 7 de Julio — se detuvo en provincias á otros generales. Todos fueron poco después deportados á Canarias. Entre los generales presos y luego desterrados figuraban el duque de la Torre, Zavala, Dulce, Echagüe y Caballero de Rodas.

Nouvilas y otros habían sido deportados anteriormente.

En Madrid se creyó por un momento que los generales presos iban á ser inmediatamente juzgados y fusilados, como lo habían sido en 66 y 67 el capitán Espinosa, el coronol Lara, los sargentos, cabos y paisanos del 22 de Junio, los tenientes Mas, Ventura, Copeiro... Nada; los moderados sólo se ensañaban en los más humildes. Once años antes se levantó en Andalucía una partida republicana de doscientos hombres, y á los que fueron captu-

rados — más de ciento — se les fusiló sin perdonar á uno. Aquellos infelices del Arahal y de Utrera, ¿serían más culpables que los generales de Madrid? ¿Lo serían menos los generales unionistas que el desdichado Copeiro?

Si los moderados hubieran sido tan duros con los generales sediciosos como lo fueron con los republicanos andaluces, fusilados hasta el último el año 57, no hubieran salvado el trono de la reina, pero habrían salvado á la revolución, inevitable ya, pero destinada á perecer á manos de sus autores. Alguna vez he creído que González Brabo fué generoso con ellos, porque presentía que fusilándolos beneficiaba á la revolución. Ellos la hicieron, sí, pero también la anularon y la deshicieron. Si tales hombres no hubieran existido, ó si en Julio del 68 los hubiesen fusilado, tal vez se habría retardado la revolución, pero ellos no hubiesen podido traicionarla. Y acaso Prim no hubiera tenido tan desastrosa muerte.

Aun después de concertarse con los progresistas, la inquina con que honraban los unionistas á Prim no podía ser más feroz; lo nombraban á menudo, y siempre lo hacían para insultarle, llamándolo *patuleo, pillo, ambicioso, cáncano resucitado, noy con espuelas, pesetero* y *asesino.*

Por despecho entraron los unionistas en la conjuración antidinástica, sin más fin que destronar á doña Isabel para que la sustituyera su cuñado; pero temían con razón que Prim fuera un obstácu-

lo para tal empresa. No era Prim antidinástico; de buena gana hubiera mantenido la corona en las sienes de Isabel II; pero los progresistas eran ya antiborbónicos, aun siendo todavía los más perfectos monárquicos, y los demócratas contaban con grandes fuerzas que Prim no podía menospreciar. Demasiado sabía que sin los demócratas hubiera sido anulado por los montpensieristas. A los demócratas, pues, se debió el fracaso de los planes de los unionistas, como igualmente el que tanto descollara en la revolución la personalidad de D. Juan Prim.

No todos los demócratas simpatizaban con Prim, de quien sabían muy bien que era monárquico; recordaban además su negra historia del año 43, sus servicios á los moderados y hasta el asesinato de Cuello en Barcelona, que se le atribuyó — injustamente — por algunos catalanes. Por otra parte, no se le arrancó jamás una declaración republicana, ni siquiera antidinástica.

Sin embargo, muchos demócratas — comenzando por D. Nicolás Rivero — acataron la jefatura de Prim en la empresa revolucionaria; casi todos los que tal hicieron acabaron en realistas, que quien transige con sus adversarios no tiene más remedio que ir adonde éstos lo lleven. Los intransigentes, los que no plegaron su bandera en el período de conspiración, fueron los que más tarde pudieron levantar la bandera de la república; y así lo hicieron los Orense, los Figueras, los Pi y

Margall, los Castelar, los Benot y tantos otros.

En los seis meses primeros del 68 se nos avisó más de diez veces que nos preparáramos; fijábase el día, la hora, hasta el minuto en que había de estallar el movimiento, sin que se supiera casi nunca de dónde venía la orden ni quién daba el aviso. Los inexpertos éramos los más puntuales, y pasamos en vela repetidas noches, ocupando los puestos designados ó mirando á las puertas y ventanas de los cuarteles y de los ministerios. Al amanecer, ó ya bien amanecido, nos retirábamos cabizbajos, unos renegando de su suerte y creyendo perdida toda esperanza de revolución, otros más confiados que nunca y dispuestos á repetir la suerte en la siguiente noche, y veinte veces, y mil, con la fe que allana los obstáculos.

Y algunas mañanas, al retirarme á dormir, encontraba en diversos callejones á otros que se iban muy desconsolados, no á dormir en sus camas, sino á trabajar á la intemperie; quién llevaba el trabuco mal escondido entre los pliegues de su vieja capa; quién la flamante escopeta, quizá comprada á costa del sustento de sus hijos. Ya que éstos no imiten á sus padres, ya que los llamen candorosos porque tenían aspiraciones menudas, respeten á lo menos su memoria, siquiera porque creían y porque á su fe se debe la mayor amplitud del horizonte humano al alborear el siglo XX.

CAPITULO XXIII

1868

III

Mi amigo Adolfo Pons y Montels, muerto hace años en Cuba, que se había portado en Santo Domingo tan bien como los mejores, y que siendo joven era ya comandante, aunque luchaba para adelantar en la carrera con el mal antecedente — el peor posible — de haber sido siempre liberal, me propuso que hiciéramos un viaje á Londres para visitar á Prim, de quien recibía frecuentes cartas y á quien era muy adicto. Aunque la idea me halagaba, tenía yo mis escrúpulos, y no de monja, pues siendo Prim y su partido resueltamente monárquicos, no podía ponerme á sus órdenes tan incondicionalmente como lo hacían los demás. Temía, por otra parte, que á Prim no le agradara mi concurso cuando yo le expusiera con franqueza mis ideas republicanas — y federales por añadidura — que no había de ocultarle ni ate-

nuarle. Pero Pons me aseguró que al general no le importaban las ideas particulares de sus colaboradores, con tal que estuvieran decididos á batirse por la libertad, y salimos de Madrid el 31 de Julio.

Persuadidos Pons y yo de que la revolución era inminente, y creyendo que al volver á España entraríamos á mano armada por las gargantas de los Pirineos, llevamos en las maletas nuestros respectivos uniformes. Y luego se verá por qué lo digo.

Llegamos á París, donde tuvimos el disgusto de ver á los emigrados complemente reñidos los unos con los otros, no tanto por la disparidad de caracteres, las opiniones dispares y la diversidad de apreciaciones en el juicio de los hechos, como por celos, rivalidades y chismes. Cada personaje tenía su camarilla, cada subpersonaje la tenía también. Pí y Margall y Castelar, á cual más laborioso, por su mismo exceso de labor se comunicaban rara vez uno con otro, y mucho menos con los demás emigrados; trabajaban asiduamente para la prensa hispano-americana y para los editores de París, por lo cual no vimos á ninguno de los dos. Pero vimos á D. Blas Pierrad, cuyos amigos apenas saludaban á los íntimos de Prim. Los de Sagasta y Ruiz Zorrilla decían horrores de los de García Ruiz, y éste escribía folletos contra todos los demás.

Carlos Rubio era uno de los hombres más dignos, más serios, más respetables de aquella emi-

gración. Según él, toda la mohina era por falta de harina, como reza el conocido refrán, y cuenta que aquella emigración nadaba en la abundancia, relativamente á otras que he conocido después. Los que no tenían recursos materiales acudían á Prim en sus apuros y éste no los dejaba nunca sin auxilio, aunque para socorrerlos tuviera que dar algún sablazo.

Prim, á la verdad, gastaba mucho, demasiado tal vez; pero sus adictos no encontraban nunca ni atrancada su puerta ni cerrado su bolsillo. Conocía muy bien el corazón humano — léase estómago —, y estaba en el secreto de los pronunciamientos nacionales.

Cuando Pons y yo pasamos por París había pocos emigrados, los más estaban en Bélgica. Prim, Zorrilla, Sagasta y Lagunero vivían en Londres. De los personajes más visibles, sólo hablamos con Pierrad, Monteverde y Carlos Rubio.

Tiempo hacía que deseaba yo conocer al último citado, de quien había leído artículos notables en *La Iberia,* como también su *Teoría del Progreso,* folleto en que con hermoso estilo intentara en balde rebatir la *Fórmula del Progreso,* otro folleto escrito por Castelar. Mi amigo el teniente Ayuso, igualmente emigrado, me hizo el favor de presentarme á él. Una vez, ó más de una, comimos juntos en un restaurancillo italiano que todavía existe, y allí, hablando de política — único tema de conversación entre emigrados —, el bue-

no de Rubio me llenó de asombro; Ayuso, Guichot y Pons fueron testigos.

Cansado estaba yo de oir á los moderados y á los indiferentes que la república en España era entonces imposible, que el pueblo no la deseaba ni la merecía, que los propagandistas perdíamos el tiempo y que las gentes no nos escuchaban. Para ellos, pues, la república era una forma de gobierno como cualquiera otra, buena ó mala según las circunstancias y las épocas. Por eso me quedé como quien ve visiones oyéndole á Carlos Rubio, ¡un progresista!, que "la monarquía existirá *eternamente*." Los progresistas españoles, sin exceptuar á los de efectivo mérito como Carlos Rubio, han sido siempre una calamidad. Por fin se han declarado demócratas, cuando ya lo son hasta los políticos más reaccionarios; se han hecho republicanos, cuando ya la república parlamentaria es tenida en todo el mundo por ficción pueril y quisicosa ridícula. Es verdad que progresan, pero á la zaga de los demás partidos y de la sociedad; nunca se han adelantado á ésta, ni el progreso ha recibido su impulso; al contrario, ha tenido que vencer en todos los terrenos su resistencia obstinada. Los progresistas progresan con una lentitud maravillosa.

Llegamos á Londres por la línea de Dieppe el 11 de Agosto á media noche. Iba Pons muy confiado en mi conocimiento del inglés, pues antes de aquella fecha, cuando me preguntaban si conocía la

lengua de lord Byron, contestaba yo modestamente: "un poquito„. Mi pretendida modestia no era sino pura vanidad. Había tomado lecciones después del viaje á los Estados Unidos, pero en Londres no me sirvieron de nada; me convencí de mi ignorancia desde que puse los pies en la estación.

No sin motivo. En la estación de llegada me dirigí á un cochero diciéndole que nos llevara á un hotel, si era posible, español. *Spanish hotel*... la cosa no podía ser más sencilla ni más clara; pero por más vueltas que le di á la frase, no conseguí que el bárbaro me entendiera. Él, á su vez, me dijo varias cosas y no entendí ninguna. Afortunadamente se nos acercó un *policeman* de gigantesca estatura, á quien informó el cochero de que yo había dicho *spanish* (la palabra *hotel* no la entendió, ¡qué tal se la diría!); y el gigante, mirándome con aire protector desde toda su altura de dos metros y pico sobre el nivel del mar, me dijo en buen español:

—¿Qué quieres tú?

Encantado yo con su franqueza, me expliqué á mi gusto, y poco después nos instalábamos en un buen hotel de *Leicester square.*

Al otro día fué Pons á visitar á Prim, mientras buscaba yo á mi tío Carlos Murphy, á quien no veía desde la niñez. Y al siguiente fuí presentado al general, que me acogió afablemente; hablamos de la campaña de Africa y no menos de política. D. Juan se sonrió cuando le dije que yo era y siem-

pre sería republicano, y que él haría un buen presidente de república.

—Eso es un sueño—me dijo—; la república sería posible si hubiera republicanos, como los hay hasta en Rusia; pero en España no los hay ni puede haberlos; son ustedes cuatro ilusos, cuatro locos... Vd. mismo dejará algún día de ser republicano.

Se equivocó el general, pues lo soy actualmente más que entonces, más que nunca; ahora como antes, la monárquica me parece á mí una forma de gobierno depresiva y humillante para las naciones.

Mi tío Carlos me sirvió de mucho para conocer la gran ciudad de Londres, que no es ciudad, sino aglomeración de ciudades, villas, parques, jardines y aldeas.

Vivía Prim en Paddington, adonde se iba desde mi barrio en menos de media hora tomando el camino de hierro subterráneo; pero, amigo de la luz, no fuí más que una vez por aquella tenebrosa vía, prefiriendo los ómnibus cuando no iba á pie.

Nos dijo Prim que el deseado alzamiento era ya cuestión de pocos días, y nos rogó que permaneciéramos en Londres, pues podría tal vez necesitarnos. Así lo hicimos. Pons no salía de los cafés de *Regent street* sino para ir al teatro de la Alhambra; yo daba largos paseos, y cuando cruzaba Trafalgar-square pensaba en la patria ausente, sobre todo en la pequeña patria, viendo elevada más alta

que los techos la hermosa estatua del manco de Tenerife.

Haría una semana ó más que ni Pons ni yo visitábamos á Prim, cuando éste nos citó para almorzar con él; era el 10 de Septiembre. Almorzando los tres solos, nos dijo que saliéramos aquella misma noche para España si queríamos llegar á tiempo de tomar parte en la revolución; pero nos ocultó que él se embarcaba al día siguiente, reserva excusable en un maestro del arte de conspirar, en un artista de las conspiraciones. A Pons le entregó varias cartas cerradas para que las llevara á Cataluña; á mí una sola, abierta, para Amable Escalante, que se encontraba en Madrid.

Pero dentro de la carta abierta había otra bien cerrada, y muy voluminosa, para el Sr. Lorenzana, á quien Escalante se la entregaría.

El general nos recomendó que no nos detuviéramos poco ni mucho en París ni viéramos á ninguno de los emigrados, y me encargó que disuadiera á Escalante de todo plan revolucionario que tuviera, de toda idea de sublevarse en Madrid ni antes ni después de iniciada la revolución, por ser ésta infalible si una derrota en las calles de Madrid no la aplazaba indefinidamente.

En el paso de Calais, al volver á Francia, tuve otro desengaño como el de la lengua inglesa. Habíame jactado repetidas veces de no marearme nunca, de no explicarme siquiera por qué se marean los que se embarcan, juzgando á los demás

por mí mismo y hablando de la feria como el que en ella gana; en efecto, había navegado yo en toda clase de barcos, por diferentes mares, con buenos y malos tiempos, sin sentir más novedad que un aumento de apetito. Pero llegó mi hora: el paso de Calais me hizo el efecto de un vomitivo eficaz. Alguna vez he vuelto á marearme, no en los temporales que he corrido, sino con tiempo normal, horizonte claro y el mar como un espejo. ¡Misterios intestinales, contradicciones físicas, más inexplicables que las metafísicas! No debe el hombre alabarse de ninguna cosa ni fiarse de sí mismo, por si acaso.

En París me separé de Pons, que tomó la línea del Mediterráneo; yo tomé la de Burdeos Irún. Cerca ya de la frontera, donde sabía por experiencia cómo fiscalizaba nuestra policía, empezó á preocuparme el uniforme, *el cuerpo del delito*. En mi carruaje íbamos tres personas; las dos que me acompañaban me eran desconocidas, peró pronto nos adivinamos. Y eran D. Manuel Henao, famoso esparterista, y su excelente señora; ésta me hizo el gran favor de ponerse debajo de sus ropas mi uniforme entero, ¡hasta los pantalones colorados! y pasé la frontera sin percance alguno.

Al llegar á Madrid, mi primera diligencia fué visitar á Escalante; le entregué la carta, le transmití las instrucciones verbales que Prim me había dado para él, y se mostró conforme con el general en que no convenía comprometer el éxito de la

revolución con un prematuro movimiento popular en las calles de Madrid; pero pensaba á la vez que al saberse los primeros triunfos, y especialmente si volvía la corte, sería difícil contener al pueblo. "En tal caso — añadió — no seré yo quien trate de contenerlo, diga lo que quiera el general."

El día 17 se sublevó la marina, siendo secundado el movimiento por una parte del pueblo y casi toda la guarnición de Cádiz. Quedaron entonces punto menos que cortadas nuestras comunicaciones con los correligionarios de provincias; la correspondencia pública era interceptada; la prensa, con la previa censura, el estado de sitio y los consejos de guerra permanentes, ó no decía nada sustancioso ó desmentía los rumores y los hechos. Como noticias de tercera plana, decían algunos diarios que había ocurrido en Cádiz un motín de marineros, que era muy grande la indignación de las gentes contra los amotinados y que el orden en toda la Península era "inalterable"; decir inalterado les parecía muy poco. Mintieron tanto la prensa y el gobierno, que la opinión parecía desconcertada; jamás he visto más vacilaciones, dudas, informes contradictorios é inesperados desalientos.

Uno de aquellos días, creo que el mismo 17, fué preso Escalante cuando acababa de almorzar en el café de Madrid con su inseparable Pepe Vivas, su médico Antonio Valle (que murió poco después en Roma) y el autor de estas páginas desaliñadas. Pudiera contar de aquel almuerzo en público, si

tuviera más espacio, algunos detalles de esos que pintan á un hombre, y se vería, si yo acertara á reproducirlo bien, cómo era en realidad Escalante. Porque al pobre Amable se le había creado una leyenda ridícula de matón y de tramposo, contándose de él las mayores necedades; tenía genialidades, pero más originales y mucho más meritorias que las de su leyenda. Cuando yo empezaba mi cerrera, se hablaba de él en el ejército bastante más que de O'Donnell ó de Prim. ¡Y qué cosas las suyas! A mí no me hicieron nunca mucha gracia ni las creí del todo; pero cuando lo conocí personalmente me pareció *buen tipo*. Así como el vulgo le atribuye al inmortal Quevedo hechos y dichos de insigne mentecato, ó le cuelga á todo un Espronceda los endecasílabos febriles de cualquier estúpido, á Escalante se le achacaban en su juventud calaveradas insulsas ó picardías culpables. Era ya comandante cuando yo lo conocí; tal vez habría cambiado y mejorado, pero no tenía trazas de haber sido nunca un majadero. Hombre finísimo, si de instrucción escasa, tenía coraje, entendimiento y fósforo.

La agitación iba aumentando en Madrid á medida que se conocían los hechos, pues no hay medio de ocultarlos por tiempo indefinido. Súpose al fin lo ocurrido en Cádiz y en Sevilla, el pronunciamiento de la escuadra, el de Ceuta y Santoña, la llegada de Prim y el desembarco de los generales de Canarias. Se tuvo exacta noticia del levantamien-

to de Ferrol, del alzamiento de toda Andalucía, de los combates de Béjar, Alicante y Santander. En León y en la Rioja se levantaban partidas. Pierrad había entrado en Cataluña, y el Ampurdán entero estaba en armas. Había nuevo ministerio, presidido por D. José de la Concha, recurso inocente, ineficaz y tardío. Cuando el general marqués de Novaliches salió de Madrid para ponerse al frente del ejército real, iba seguro de sacrificarse inútilmente; la misma seguridad llevaba su ayudante el gran Villamartín, amigo mío, de quien hablaré más adelante.

El día 28, al trabarse la lucha en Alcolea, todo Madrid lo supo. Los funcionarios del gobierno, tan reservados la víspera, tornáronse de repente expansivos y locuaces.

Llegó la noche. El resultado de la batalla era aún desconocido; reflejábase la inquietud en los semblantes; los grupos que empezaban á reunirse en las encrucijadas no eran los de otras veces: ni una voz, ni un grito. Las calles estaban silenciosas; los polizontes brillaban por su ausencia. Nadie pensaba en cenar, y creo que nadie durmió; por mi parte, en vano lo intenté; me desvelaban misteriosos ruidos, ecos imaginarios de los cañonazos de Alcolea, crugidos de la España vieja que se desmoronaba, sepultando en sus escombros ilusiones que no volverán y realidades que por desgracia han vuelto.

CAPITULO XXIV

1868

IV

El 29 de Septiembre.

Desde la calle de Muñoz Torrero, donde entonces vivía, me encaminé bien temprano hacia la Puerta del Sol. Noté en las calles más animación que de costumbre; en las puertas de las tiendas, que ya empezaban á abrirse, formábanse corrillos animados; las mujeres iban á los mercados públicos, más que andando, corriendo. En la calle de la Montera me crucé con un mozo bien vestido, que subía tranquilamente con fusil en mano sin que ningún agente de la autoridad le interceptara el paso ni le preguntara adónde iba: la víspera nadie hubiera concebido un atrevimiento semejante. Llegué á la Puerta del Sol; había mucha más gente que la acostumbrada á tales horas, bien que silenciosa y contenida. No se gritaba, no se hablaba, á lo sumo se cuchicheaba, sin quitar la

vista del Ministerio de la Gobernación, donde había en cada ventana dos guardias civiles con fusil en mano y cara de mala noche. En el zaguán estaba formada la guardia de costumbre.

Busqué á mis amigos entre aquellos grupos y no los encontré; allí no estaban los conspiradores conocidos, sino los curiosos y los noveleros. No faltaban esbirros, á juzgar por las caras patibularias y los gestos innobles; pero esbirros mansos, que no apaleaban á los transeuntes; indudablemente había cambiado la situación de las cosas. En efecto, por todas partes se hablaba — pero todavía sin alzar la voz — de la gran batalla de Alcolea (militarmente un simple ataque frustrado), de la muerte del general Novaliches (que no se confirmó), de las proezas de Prim (que no estuvo en el combate) y de que la reina había llamado á Espartero, con otras noticias igualmente falsas, cuando no absurdas. En esto cruza la plaza una pequeña fuerza de caballería, marchando al paso; de pronto, un mozalbete, plantándose delante del oficial que iba á la cabeza de su tropa, se quita la gorra y grita con voz frenética: ¡Viva Prim! El oficial y su tropa siguen al paso, desentendiéndose de aquella voz y del muchacho que la profiriera. Otro chicuelo — un golfo, en el lenguaje académico de los presentes días - se sube en los hombros no muy robustos de otro personaje como él, y grita, mirando á las ventanas de Gobernación: ¡Viva la libertad!...

Clamor inmenso llenó entonces el espacio; un ¡viva! unánime de la muchedumbre; jamás había llegado á mis oídos una explosión igual, una aclamación más sentida ni tan honda; los edificios, al parecer, temblaron, y el viva repercutió en las calles próximas, corriéndose de una en otra hasta las más distantes. Un anciano, que estaba en aquel momento junto á mí, se abrazó á mi cuello sollozando; al tipógrafo Vicente Alvarez, por cierto nada llorón, lo vi en aquel instante llorar como una vieja. La guardia de Gobernación no hizo otra cosa que cerrar la puerta; la Guardia civil abandonó las ventanas; era el triunfo de la revolución. Veinticuatro horas antes á los gritos de la multitud hubieran respondido las descargas, y en lugar de vítores ardorosos hubiéramos escuchado gemidos de moribundos.

Se comprende la emoción, el entusiasmo, el delirio, tratándose de un pueblo moralmente esclavizado, que al fin podía dar impunemente el noble grito de ¡viva la libertad!, ese grito que había costado tantas lágrimas y tanta sangre, llevando al presidio tantos hombres y tantos mártires á los patíbulos.

¡Pueblo inocente!, exclamarán sin duda los que de la libertad bastardeada sólo han visto los abusos ó las mistificaciones. ¡Ideal mezquino!, dirán tal vez los que luchan por conseguir la equidad, pensando que sin ella es una pura ilusión la libertad política. Unos y otros se engañan; ellos son los

inocentes, si de veras menosprecian lo que es vida para el pueblo y dignidad para el hombre. La libertad es fuente cristalina, fuerza redentora, diosa inmaculada, madre fecundísima de todos los progresos, y lleva en sus entrañas la trinidad futura: la igualdad, la solidaridad y la fraternidad.

¿Pero qué había sucedido?

¿Por qué no estaban allí los polizontes apaleadores del pueblo?

¿Por qué la Guardia civil toleraba impasible — y encerrada — el griterio de una multitud inerme?

Ni yo lo sabía ni pensé en averiguarlo; pensaba únicamente en las víctimas sacrificadas durante sesenta años, no ya por dar el grito de viva la libertad, sino por simples sospechas de sentir aspiraciones liberales, por tener amigos ó parientes sospechosos de liberalismo, por haber escrito alguna página calificada de subversiva ó de pecaminosa, como si todo hombre no tuviera siempre el derecho de pensar, de creer, de decir y proclamar lo que sabe ó lo que sueña, lo que ama y lo que odia, lo que siente y lo que necesita, sin más respeto — ninguno más — que el que á sí mismo se debe cada uno.

De la Puerta del Sol, y á la vez de otros parajes, salieron informes grupos que corrían en todas direcciones, unos para invadir las cárceles llenas de presos políticos, otros hacia las iglesias para echar á vuelo sus campanas, muchos para ir á los cuarteles y aclamar á los soldados, hermanos de armas

de los vencedores de Alcolea. Cuando yo iba con otros hacia las Prisiones militares en busca de Escalante, nos encontramos en la calle de Toledo con un gentío capitaneado, si mal no recuerdo, por Gonzalo Mora, el torero liberal, gentío que acababa de libertar al preso y lo aclamaba. Ya en aquel momento sonaban los repiques y las músicas. Según me refirieron, en la plaza de Herradores fué reconocido Tamberlik y se le obligó á cantar no sé qué cosas de *Guillermo Tell* ó de *Los Puritanos*, entre vítores al arte y á la revolución Iba yo sin rumbo de una parte á otra, y por loco me tomarían en alguna al oirme vitorear á los muertos; porque yo me acordé mucho aquel día de los precursores y de cien ilustres olvidados, y á los repetidos gritos de ¡viva Topete!, ¡viva Serrano!, ¡viva Prim!, contestaba desaforadamente: ¡viva Sixto Cámara!, ¡viva Moreno Ruiz!, ¡viva Ruiz Pons! Aquel día cambié de naturaleza: enemigo de gritar, el 29 de Septiembre enronquecí; en todo el transcurso de mi vida no he gritado tanto.

Soy viejo; mis recuerdos, innumerables ya, unos se desvanecen ó se borran en las lejanas penumbras del pasado, otros se mantienen vivos y perennes. El del 29 de Septiembre es más indeleble que ninguno, acaso por ser la fecha en que se realizaron esperanzas de toda mi existencia y en que se abrió para mis ideales ancho y hondo porvenir.

Y á todas éstas, ¿qué hice yo aquel día?

Nada, absolutamente nada, porque sentir no es

hacer. Gozaba oyendo cosas jamás en España oídas y creyendo vislumbrar una patria novísima, democrática, regenerada; una España moderna que fuese la primera de las naciones en la dignificación de la familia humana y que conquistara el mundo en lo moral, como la antigua España había sido la primera en redondear el mundo físico. No me acordaba, ¡ay de mí!, de que aun había generales vencedores, políticos endiosados, caciques en simiente y un pueblo resabiado por tres siglos de fanatismo odioso.

Pero ¿dónde estaban mis amigos?... ¡Qué me importaba á mí!... Estarían constituyendo juntas revolucionarias... ó antirrevolucionarias. Constituyéronse muchas aquel día, y no hubo quien tuviera el pensamiento revolucionario de fusilarlas á todas; ni una sola de las que se formaron había sido elegida por la pleble.

No hubo aquel día barricadas, pero sí conatos de levantar algunas, yo no sé para qué ni contra quién. Lo que no podía faltar, y no faltó, fué los carteles, imitación de las revoluciones de París, con los famosos letreros que decían: *Pena de muerte al ladrón.* Vana amenaza de la que se ríen los grandes y verdaderos ladrones, pues no se dirige á ellos, sino á los raterillos de pañuelos ó petacas. También se escribió aquel día el histórico letrero que duró algunos años en la Aduana histórica, y decía:

CAYÓ PARA SIEMPRE..., etc.

Estas palabras las borró la lluvia, según dicen; pero yo creo que las borrarían los mismos señores que las escribieron.

Amable Escalante llegó á la Puerta del Sol con el compacto grupo que le había sacado de su celda; el edificio de Gobernación seguía cerrado, sus puertas no cedían á los golpes de la muchedumbre, y Escalante se encaramó por las rejas hasta el balcón del piso principal. Desde allí arengó á las masas y fué aplaudido estrepitosamente, y eso qne desde abajo nadie oyó lo que decía. Cuentan los que en el balcón se pusieron á su lado que dijo buenas cosas; terminó su arenga con un viva á la república. Si este último grito se hubiera oído en la plaza lo apedrean, y yo sé por qué lo digo.

Según testimonios que tengo por indudables, muchos vivas á la república se dieron aquellos días... en Cádiz, en Málaga, en Cartagena, en Ferrol, en Coruña, en Santander, en Alicante, en Valencia, en Tarragona, en Figueras, en Reus, en Barcelona; pero en Madrid, sólo llegaron á mi oído los que salieron de mis propios labios. Y en la calle de Postas, donde dije que sería bueno quemar ciertos símbolos y cachivaches, tuve que emprender la retirada escurriéndome por las arcadas de la plaza próxima, entre silbos inarmónicos y dicterios nacionales. De todos los derechos que acabábamos de conquistar, el primero que ejercité fué mi derecho á la fuga; y bien deprisa.

Habíanse constituído una junta nacional, varias

juntas provinciales y municipales, y hasta juntitas de barrio; los *junteros* se habían nombrado ellos mismos. En la primera, compuesta de progresistas y unionistas, no fueron admitidos los demócratas; pero éstos constituyeron la suya, y de ella formaba parte Escalante, el héroe de aquel día. Mandó Escalante que se abriera el parque, poniendo las armas á disposición del pueblo, é invitó á éste por medio de bandos manuscritos á que las tomara; no fué necesario repetir la invitación. Asustada la nacional, propuso la fusión de las dos juntas, constituyéndose la nueva (que tampoco fué definitiva), en la que ya tenía la democracia numerosa representación; pero casi todos sus representantes eran demócratas á medias y republicanos de mentirijillas.

Mi respetable amigo D. Nicolás Calvo, miembro de la junta nacional, despachó en mi busca hasta media docena de emisarios; por fin me encontró uno de ellos en la calle de Alcalá.

Quería D. Nicolás presentarme á la junta, y yo no quise que me presentara.

—Puede Vd. personalmente disponer de mí—le dije—pero no me hable de juntas ni de autoridades; ¡me va tan bien sin ellas!

—Es que las cosas—me contestó—se van poniendo muy mal... Espartero no ha dado contestación á los telegramas de la junta ni á los míos... Se nos prepara una noche de mil diablos... ¡Esto es un desorden!

—Pero, tocayo, ¿quiere Vd. más orden todavía? ¡No se puede pedir más!

—Sí se puede; han matado al *Estanquero* en pleno día, ¡qué no sucederá esta noche!

—¿Y en qué puedo complacer á Vd.?

—En pasar la noche sin dormir; vaya Vd. á la plaza de Santo Domingo, donde encontrará buenos amigos, hombres de buena voluntad que merecen toda mi confianza. En todas partes hemos situado grupos de orden; hay que reprimir cualquier desorden, y á los bullangueros... desarmarlos. No olvide Vd. el *santo y seña:* "San Miguel—Marina."

¡Qué tendrían que ver los santos con la revolución! Fué milagro que los revolucionarios no cantaran un *Te Deum.*

Pasé la noche en la plaza de Santo Domingo y calles inmediatas, con un grupo de buenos progresistas y cuestionando con ellos en términos amistosos. Como todo el mundo disponía de armas, procedentes del parque, no cesaron los tiros - al aire, por supuesto - desde el anochecer hasta que amaneció. Uno de mis compañeros me decía:

—Estos desdichados se figuran que la libertad consiste en hacer cada uno lo que se le antoja...

—Y tienen razón—le respondí—, pues si no consiste en eso, ni es libertad ni vale un pito.

—Pues tarde veremos eso...

—Usted y yo no lo veremos nunca; pero laboremos por la Humanidad.

Nuestras discusiones eran interrumpidas muchas veces por las voces y los tiros de los transeuntes. A los borrachos se les desarmó; algunos quedaron detenidos en los portales de las casas donde habíamos establecido retenes.

—¡Esos tiros nos deshonran!—me decía indignado uno de mis compañeros.

—¡Al contrario, amigo mío!—respondíale yo—; ¡si son las salvas del triunfo!

Así como otros celebran sus victorias ó sus alegrías á cañonazos, el pueblo madrileño hacía salvas de fusil; á no habérsele dado los fusiles hubiera hecho salvas de barrenos

Sin embargo, yo mismo detuve á unos cuantos de los que abusaban de la pólvora, y los mandé á tirar tiros á la calle de Postas, la calle de mis cuitas. Mi venganza, como se ve, no se hizo esperar mucho; pero fué bastante inofensiva.

En resumen, la noche pasó tranquilamente; fué el desorden más ordenado que yo he visto; muchos disparos y ningún herido de arma blanca ni de fuego. Tiros, coplas, contento universal; todos éramos felices: no había monarca ni ministros, gobernador ni alcalde, alguaciles ni serenos: ¡mi ideal!

Nos separamos al salir el sol, después de habernos desayunado juntos. Yo tomé una copa de aguardiente y un buñuelo.

El buñuelo simbólico.

CAPITULO XXV

1868

V

Los marinos y los generales, al gritar en Cádiz ¡abajo lo existente! y ¡viva España con honra! no tenían otra idea que la de hacer un pronunciamiento más. Seguros estaban de que el pueblo se contentaría con aclamarlos, dándose por bien servido si le dejaban tocar el himno de Riego y desgañitarse gritando ¡abajo los Borbones! Los unionistas no ponían en duda que á las pocas semanas se sentaría en el trono su duque de Montpensier, como los progresistas confiaban en coronar á don Fernando de Portugal, un buen señor, que era ajeno y aun opuesto al plan. No contaban los unos ni los otros con las juntas revolucionarias — más ó menos revolucionarias — que en todas partes se constituyeron, y que casi todas imitaron, cuando no copiaron, el programa democrático de las juntas de Cádiz y Sevilla.

El programa de Sevilla, inspirado, según creo, por el eminente Federico Rubio, y el de Cádiz, escrito, si no recuerdo mal, por el insigne Benot, contenían todo el programa democrático: derechos individuales, sufragio universal, Jurado, etc. Utopias, según los unionistas; absurdos, según los progresistas. Consideraban éstos una herejía los derechos personales, contrarios ciertamente á su querida "soberanía nacional„. Y, sin embargo, los viejos progresistas habían luchado tenaz y gloriosamente contra Fernando VII, sin tener en cuenta que reinaba y ahorcaba por la voluntad de la nación. Jamás ha tenido España un rey más popular y querido que aquel tirano, aquel monstruo, pues sin duda es querido y popular todo poder que coexiste con el pueblo armado.

Volvamos á las juntas, que por cierto merecen acerba crítica. Tuvieron en su mano la suerte de la nación y se condujeron, al disolverse prematuramente, con una debilidad indisculpable. Pero á ninguna le cabe ante la Historia tan tremenda responsabilidad como á la junta de Madrid, principal culpable del fracaso de la revolución. El ejemplo funesto de la junta de Madrid, el consejo de Rivero y otros apóstatas y la confianza infundada que Prim inspiraba entonces á los pueblos, hicieron que las juntas se disolvieran todas sin esperar á la reunión de Cortes Constituyentes. La junta de Teruel fué la última que se disolvió, y no sin protesta, que no en vano es Teruel una

de las ciudades más liberales y más republicanas de toda la Península, aunque está enclavada en una región carlista y no hay en su seno partido alguno bien organizado.

Veo que al correr de la pluma y de digresión en digresión me alejo de mi plan. No intento *hacer* historia, ni tampoco deshacerla, como es frecuente en los que de ella tratan. Mi único objeto, ya lo he dicho, es apuntar mis personales recuerdos.

El 30 de Septiembre aun no había gobierno establecido; la junta no gobernaba ni daba pie con bola. Escalante no pasaba de ser un dictadorcillo, y él mismo no se tomaba en serio como gobernante Pero me consta que pensó un momento en preparar al pueblo de Madrid para oponerse á la entrada del duque de la Torre, empresa aventurada, pues el general Serrano, aparte el prestigio que le daba su reciente victoria de Alcolea, tenía consigo un ejército bastante numeroso: las tropas vencedoras, las vencidas y otras que se le adhirieron con posterioridad.

A mi entender, no había en Escalante un pensamiento fijo; le oí decir el 30 de Septiembre que se dejara á todo el mundo hacer disparos y salvas y que se estimulara la continuación del tiroteo "para que se quedara el pueblo sin cartuchos„, y al día siguiente se lamentaba de que sin necesidad se hubiera quemado tanta pólvora. Lo lamentaba tanto, que hizo ir al campamento de Alcorcón á mi fraternal amigo Miguel Pérez de Vega con la

orden de traerle no sé cuántos millones de cartuchos.

El mismo día, á la misma hora de aquel 1.º de Octubre, en que Miguel Pérez con cuatro guardias civiles trotaba hacia el campamento de Alcorcón, decíanos Escalante á varios amigos suyos (y por eso me consta) que era necesario resistirse por la persuasión ó por la fuerza á la entrada del general Serrano, creyendo peligroso para la libertad que llegara anticipándose á Prim, y éste se hallaba en Cataluña. Discutido el punto, reconoció Escalante que no teníamos fuerza; le convencieron sus íntimos amigos y constantes consejeros el comandante Macías (que poco después era elegido diputado y siempre fué monárquico) y el médico Valles, que nunca dejó de ser republicano á su modo. Yo me limité á decir que no valía la pena de batirse por un hombre, aunque se llamara Prim, y que en el caso de que contáramos con bastante fuerza, deberíamos oponernos á la entrada de los dos: á la de Prim como á la de Serrano.

En todos los círculos se comentaban las noticias de provincias y los detalles de lo ocurrido en ellas. Las versiones eran tan contradictorias que las había de todos los colores y para todos los gustos. Algún personaje que del relato inserto en los periódicos resultaba un héroe, de lo contado por testigos salía muy mal parado. Las operaciones de de tal ó cual columna, que alguien tenía por campaña homérica, eran, á juicio de otros, la torpeza

más incalificable. Con razón ha dicho Campoamor: "No creo en la Historia antigua desde que he visto cómo se escribe la moderna.„ Entre las cosas de que más se hablaba aquellos días recuerdo ahora la conducta del conde de Girgenti, único Borbón que en aquellas circunstancias, críticas para su familia, supo ó quiso cumplir con su deber. Al frente de un regimiento de caballería concurrió á la batalla de Alcolea; perdida la batalla, y no ciertamente por su culpa, se quedó solo, desamparado, sin saber dónde se habían metido sus cortesanos de la víspera y sus aduladores de todos los momentos. Si no tuvo que irse enteramente solo desde el campo de Alcolea hasta la frontera lusitana lo debió al republicano D. Estanislao Figueras, que lo acompañó con riesgo de la vida.

En Madrid reinaba el orden más monotono y más completo, apenas amenizado por el júbilo de los vencedores. En cuanto á los vencidos, unos hacían la vida ordinaria, paseándose tranquilamente, y otros — muy pocos — se morían de miedo y no salían á la calle. Uno de los encerrados, y no por miedo, sino por cuidarse un fuerte romadizo, era el Sr. Diana, celoso funcionario de la situación caída y escritor bastante conocido, á quien sus amigos íntimos daban el nombre de "Plutarco moderno.„ — Plutarco de munición. – Pues bien; algunos de sus amigos echaron de ver su falta en los sitios de costumbre, y se dirigieron á su casa en grupo numeroso; iban "á quitarle el miedo„,

según me dijo D. Juan Rico y Amat, el autor, bien conocido entonces, de la *Historia parlamentaria de España,* que iba capitaneando el grupo de moderados cesantes y humoristas El ruido que hicieron al subir los escalones, los aldabonazos repetidos y la tardanza en abrir llamaron la atención á los vecinos, que se agolparon en las escaleras y presenciaron el pasillo cómico.

—¡Abra Vd.! —gritaba Rico y Amat, disimulando la voz.

—¿Quién es? —preguntó por fin, tímidamente, el inquilino del cuarto.

—¡He dicho que abra Vd.!

—¿A quién he de abrir?

—¡A la justicia popular!

—¡Señores!... ¡Si estoy enfermo!

—¡Abra Vd. ó arde la casa!... El pueblo pide cabezas y más cabezas; ya sabemos que Vd. no tiene semejante cosa, pero es preciso que los patriotas se calmen... ¡Abra Vd.!

—¡Pero si yo también soy patriota!... ¡Si soy un hijo del pueblo!... ¡Si todos mis escritos son patrióticos!

Al fin se abrió la puerta, se reconocieron todos y se dieron abrazos muy cordiales. Se abrazaban los vencidos cuando ya los vencedores empezaban á tirarse los platos á la cabeza. Con botellas de Champagne celebraron su derrota, como los vencedores celebraban su victoria con peleón manchego.

Uno de aquellos días del mes de Octubre estábamos en el Suizo varios compañeros oyéndole referir á nuestro amigo Arolas, que lo hacía con lujo de detalles, los sucesos en que había tomado parte activa: sublevación de Santoña y combate en Santander. Cuando ya llegaba el narrador á las peripecias más interesantes se presentaron allí dos gallardos gastadores de su antiguo regimiento, y uno de ellos le dijo:

— Mi ayudante, venimos á darle á Vd. la enhorabuena.

— Gracias, y que sea para todos; ¿quieren ustedes tomar alguna cosa?... ¿Necesitan algo?

— No, señor; nada más decirle que cuando Vd. se marchó del regimiento y le dieron de baja, el ayudante nuevo nos sacó á nosotros dos para buscarlo á Vd. y prenderlo donde lo encontráramos; nos decía que era Vd. correo de gabinete del general Prim. A los dos nos vistieron de paisano; teníamos entrada en todos los teatros y un duro diario para entrar en todos los cafés.

— Pues es raro que no me vieran ustedes, porque venía frecuentemente á Madrid y me ocultaba poco.

— ¡Vaya si le vimos! ¡Cuarenta veces lo menos, mi ayudante!

— Bien, hombre, bien, y muchas gracias.

— La primera vez le vimos á Vd. en la calle de Atocha, y cuando mi compañero iba á llamar á la pareja, yo le dije: "Mira que si lo cogemos se nos

acaba la ganga; ¡adiós teatros y cafés y todo!„ A Arolas y á todos los presentes nos hizo reir la ingenuidad del gastador.

El mes de Octubre se deslizó entre festejos.

El pueblo de Madrid recibió á los hombres de Septiembre y á los emigrados conocidos con demostraciones de alegría ó de entusiasmo. El general Serrano entró á la cabeza de sus tropas, siendo vitoreados los combatientes de Alcolea y el caudillo vencedor, como ocho años antes los soldados de Africa. La entrada de Prim no sería tan solemne, pero sí más popular y ruidosa; al decir de los viejos, aquella recepción no tenía más precedente que la entrada de Espartero después de la pacificación. Con el mismo entusiasmo, pero por menos gente, fueron recibidos Pierrad, Castelar y Carlos Rubio. — Pi y Margall permaneció en París hasta que fué elegido diputado á Cortes.

Sin que hubieran transcurrido los dos años á que tenía derecho, ingresé de nuevo en el ejército. Obtuve, por la gracia general, el grado de comandante. No quise ver á Prim; no lo visité ni le vi nunca desde que se hizo cargo de la cartera de Guerra. Sé de cierto que preguntó por mí; Cipriano Carmona, Luis Padial, Adolfo Pons y Serafín Donderis, tan amigos míos como adictos á su general, quisieron con insistencia llevarme á su tertulia y me negué. Escalante me instó mucho para que pidiera colocación activa en la guarnición que más me conviniera; opuse tan terminante y rotun-

da negativa que Escalante, Macías, Monleón, Morales y Donderis me llamaban *Pío Nono* (por lo del *Non possumus).* Permanecí de reemplazo; no me sentía dispuesto á cooperar ni en la más modesta esfera al restablecimiento de la monarquía.

CAPITULO XXVI

1868

VI

En los últimos meses del año 68 fué sorprendente el resultado de la propaganda federal. Venían haciéndola durante medio siglo pensadores ilustres y elocuentes, sin ninguna resonancia ni eficacia alguna; pero bastó la que se hizo durante un par de meses en reuniones tumultuosas y en ambiente revolucionario, para que en Noviembre de aquel año hubiera ya un partido federal organizado, nutrido y poderoso. Es que toda propaganda, para ser útil, ha de hacerse en atmósfera adecuada. La mejor de todas es la propaganda por el hecho. No se hace caso de vanas teorías, pero todo el mundo abre la oreja á los estrépitos inusitados. Millares de hombres que jamás habían prestado atención á los propagandistas y que los tenían por insensatos ó por ideólogos, acudían con entusiasmo y fe al *meeting* y al *club*. Personas que jamás habían leí-

do periódicos se suscribían á varios, singularmente á los nuevos. Se escribía más que nunca; llovían por todas partes los programas y los manifiestos, que hacían llegar hasta las aldeas y los cortijos la vida del pensamiento y el ansia de saber.

Y puede que se abusara: también se escribían y circulaban manifiestos parodiados y programas electorales grotescos. Acúsome yo mismo de haber malversado el tiempo y el dinero en divulgar un proyecto de Constitución, el de las cincuenta aboliciones; todavía recuerdo algunas:

Abolición de la pena de muerte, manteniéndola únicamente para los santones y caciques.

Abolición de las murgas, no consintiéndolas más que en la calle de Postas.

Abolición de los sexagenarios sin excepción alguna...

Me arrepiento, me retracto, particularmente de esta última abolición.

Antes del 68 no había realmente partido republicano; á lo sumo era un partido en embrión. Los republicanos sueltos eran muchos, pero no se tenía claro concepto de la idea federal. Toda la propaganda en atmósfera pacífica de los Orense, los Pi y Margall, los Garrido y tantos otros, se había perdido sin eco, sin conquistar adeptos, ni en las clases directoras ni en las masas. Estas se inclinaban instintivamente al socialismo, sin distinguir de formas de gobierno; aquéllas tenían por última palabra de la ciencia política y del liberalismo á la

titulada Economía política, esa mal llamada ciencia, muerta á manos de dos hijas suyas: la Estadística y la Sociología.

Los antiguos demócratas sentíanse vacilantes; republicanos por sentimiento, aspiraban á establecer la República; pero la actitud de D. Nicolás Rivero los desconcertaba. Téngase en cuenta que éste era entonces el hombre más popular de España. Desgraciadamente para él, Castelar se declaró resueltamente, no sólo republicano, sino también federal; y al hacerlo, se llevó tras sí las masas democráticas.

Hasta los socialistas, precursores del socialismo actual, como el citado Garrido, su camarada Cervera, Federico Carlos Beltrán, el furierista Cala y tantos otros, eran ante todo republicanos, y por la ocasión y el medio, todos los republicanos del 68. aceptaron el federalismo.

Inició la fructífera campaña en Octubre del 68 D. Francisco Pi y Margall con su carta á *La Federación,* periódico nuevo de Bilbao. D. José María Orense, no bien llegó á Madrid, consiguió que en un *meeting* popular se acordara por aclamación que "la forma de gobierno de la democracia española no puede ser otra que la República federal y democrática„. Se fundaron casi al mismo tiempo *La Igualdad* en Madrid, *El Tiro Nacional* en Barcela, *La Blusa* en Valencia y numerosos diarios en las demás provincias, que todos defendían soluciones federales. Garrido, Guisasola y otros emi-

grados regresaron de la emigración acompañados por varios pensadores extranjeros, como Reclus, Naquet y algunos más, que estudiaron el país en aquella época de sana agitación. Los lisonjeros juicios que de España y de los españoles contiene en su primer tomo la Geografía de Reclus tal vez se deban á las impresiones recibidas por su sabio autor, ya en el *meeting* popular, ya en la elección agitada de algún comité político.

Los propagandistas revolucionarios fueron muchos en aquellos meses; pero el más activo, el más fecundo, fué Fernando Garrido, que pronunció centenares de discursos desde los Pirineos de Cataluña hasta Jerez y Cádiz. Era Garrido un hombre infatigable, un propagandista de todos los momentos. De los incidentes más menudos sacaba partido para su propaganda; le bastaba dar un tropezón en la calle, ó ver desfilar un regimiento, ó acordarse de su primera novia, para hilvanar una argumentación que acababa demostrando las excelencias del federalismo. Con su amigo el mallorquín Cervera — otro tipo singular — había iniciado en España antes del 48 la predicación del socialismo; dedicó innumerables folletos, desde su juventud hasta su ancianidad, ya á las cuestiones políticas y económicas, ya á combatir al clero y con ensañamiento á los jesuítas; escribió poesías, dramas, comedias y toda clase de libros de divulgación de la idea republicana; dijo cientos de discursos en defensa de la federación. Era patriota, de

un españolismo intransigente, siendo á la vez cosmopolita. Grande amigo de Reclus, de Cantagrel, de Vacquerie, de Víctor Hugo y de Mazzini, he encontrado yo la clara huella de sus pensamientos y sus frases en no pocos libros extranjeros. Orador muy desigual, escritor desaliñado, mal pintor (aunque á veces pintó para vivir), se distinguía por la originalidad, lo mismo pintando que hablando y escribiendo. Se alababa de conocer todas las lenguas de Europa; y, en efecto, las hablaba todas, pero tan mal, que hablando cualquiera de ellas lo entendíamos los españoles y nadie más lo entendía. Toda su vida procesado, preso, condenado á muerte ó emigrado, volvió á España con tal brío el año 68 que él solo hizo más propaganda que nadie, más que todos juntos.

La explosión del sentimiento democrático, republicano y federal del país sorprendió á los estadistas de Europa y asustó al gobierno de Septiembre. Tal vez por eso aventuró el ministerio sus prematuras declaraciones monárquicas. De poco le sirvieron. Las masas populares se concentraron más en torno de Orense, Pi y Margall, Figueras, Castelar, Benot, Garrido, Cala, Guillén, Clavé, Guerrero, Palanca, Federico Rubio y otros federales de todas las provincias.

El gobierno, á mi juicio, no procedió mal haciendo públicas sus intenciones monárquicas. La verdad no debe ocultarse nunca, y los hombres del gobierno eran monárquicos. Poco á poco se

fueron haciendo reaccionarios, excepto Ruiz Zorrilla, único ministro consecuente del primer gabinete de la Revolución.

Serrano, Topete y los demás unionistas, como Prim, Sagasta y sus compañeros progresistas, é igualmente alguno de los antiguos demócratas, se mostraban tan indignados como sorprendidos ante la formación de un gran partido con el que no contaban. Habían pensado siempre que los demócratas se les someterían, que los *resellarían,* y así lo hicieron, efectivamente, con algunos; pero las masas populares no tenían por qué ni para qué resellarse y se decidieron por la República y la Federación, salvo en Madrid, donde siempre hubo considerable mayoría monárquica.

A pesar de la libertad completa de que gozábamos todos para celebrar manifestaciones y reuniones públicas y defender ó propagar todo género de soluciones, había también conciliábulos secretos y muchos preparativos para defender las conquistas de la revolución, amenazadas ya por los mismos que la hicieron. Y si los republicanos — por suspicaces ó por previsores — funcionábamos secretamente, lo propio hacían por su parte los montpensieristas, cada vez más contrariados. Algunos republicanos hubiéramos querido proclamar la República, imponerla, antes de las elecciones. Por su parte los montpensieristas, con más medios, conspiraban en Madrid y Andalucía para precipitar por la violencia la solución que anhela-

ban. Y también empezaban á agitarse los carlistas y los isabelinos, bien que en el vacío los unos y los otros.

En un *meeting* celebrado por aquellos días se hizo grandes esfuerzos por parte de algunos oradores para convencer al auditorio de que la democracia es compatible con la monarquía; de que la República, si se la proclamaba, sería hostilizada por el imperio francés; de que nuestra incultura no nos permitía adelantarnos á las demás naciones europeas, casi todas monárquicas. El público estaba dividido; para todos los oradores hubo aplausos, pero á los republicanos se hizo más que aplaudirlos: se les vitoreó con entusiasmo.

De pronto aparece pidiendo la palabra un joven como de treinta años, alto, flaco, moreno, de ojos saltones y expresivos. Orense, que presidía, se la concedió, pero el público empezaba á fatigarse y hubo hasta murmullos de protesta, que ya estaban todos satisfechos y aun hartos de retórica después de media docena de larguísimos discursos, entre ellos uno correcto y elocuente de Cristino Martos. Empezó, pues, aquel orador desconocido en condiciones muy desfavorables; pero apenas oídas las primeras frases del exordio, el silencio se hizo general y no tardó en manifestarse la unánime admiración del público: era Salmerón. Aunque ya famoso en la Universidad, el público de entonces no lo conocía, ni yo tampoco. Lo confieso: quedé maravillado de su dicción, de su estilo,

de sus actitudes, nada parecidas á las de la mayor parte de nuestros oradores. Con todo, salí disgustado de aquel *meeting* creyendo que había de malograrse tan peregrina elocuencia por el espíritu ecléctico del orador filósofo. No hubo manera de arrancarle ninguna declaración categórica; no hizo ninguna afirmación de republicanismo, y cuenta que era entonces tan republicano como ahora. Pretendía, sin duda, atraerse á los *neutros*, esa calamidad social, ó á los conservadores, enemigos irreductibles, implacables de la democracia y de la revolución.

***

Mi inexperiencia me llevó á pensar que las conspiraciones de algunos republicanos, entre los cuales no estaban los altos personajes del partido, serían seguidas de efecto casi inmediato. Y para estar en condiciones de acudir adonde me tocara, pues de sobra sabíamos que en Madrid nada podíamos hacer, resolví llevarme la familia á Cádiz, donde vivía mi suegra.

Así lo hice; pero estuve en Cádiz pocas horas, y apenas llegué á Madrid me sorprendió la noticia de que en aquella ciudad, que yo acababa de dejar tranquila, había revolución ó contrarrevolución. Contábase que en las calles se había roto el fuego, que los barcos de guerra las bombardeaban, que estaban ardiendo bastantes edificios,

y todas las demás exageraciones consiguientes.

Sin quitarme siquiera el polvo del camino volví á tomar el tren, no con propósito alguno revolucionario, sino para sacar de Cádiz á mi mujer y á mi hijo, personaje este último de muy pocos meses.

Hasta Jerez llegué sin novedad, pero allí se nos dijo que el tren no continuaba. Al apearme, serían las diez de la noche, divisé las luces de una patrulla ó ronda armada que se encaminaba á la estación. Me dijeron que la presidía el alcalde de Jerez, y como yo era militar y había salido de Madrid sin licencia ni pasaporte ni nada, anduve por la estación y sus contornos escondiéndome como un bandido para que el señor alcalde no me viera. Y el alcalde no era otro que Ramón de Cala, tan federal como yo, más tarde amigo mío, pero entonces no nos conocíamos y por no conocernos pasé grandes apuros. Los pasé porque, detenido el tren en la estación jerezana y resuelto yo á seguir sin pérdida de tiempo, tardé algunas horas en encontrar una calesa que me llevara á Cádiz. La encontré por fin, después de media noche, la ajusté, y en marcha.

Sin obstáculo alguno pasé por el Puerto de Santa María y por Puerto Real, pero al llegar á San Fernando quedó la calesa detenida y yo fuí conducido al Ayuntamiento en calidad de preso. Interrogado allí acerca del objeto de mi viaje se me dejó en libertad al cabo de seis horas, después de haber hallado personas conocidas que respondie-

ron de mi veracidad; pero se me advirtió que no tomara el arrecife de Cádiz, porque volverían á detenerme.

No bien me vi en libertad me fuí paseando hacia la playa, donde encontré un botero que se ofreció á llevarme hasta el muelle de Cádiz; pero me exigió por tan breve travesía nada menos que diez duros, fundándose en los riesgos que, según él, arrostraba haciéndose á la mar contra no sé qué bandos ó disposiciones de las autoridades de marina.

En Cádiz desembarqué sin dificultad ninguna; los republicanos eran dueños de la ciudad y del muelle y descuidaban hasta las más vulgares precauciones. Para llegar á casa de mi suegra tuve que atravesar una buena sección de la ciudad, cubierta de barricadas. Los edificios de la plaza de San Juan de Dios y calles próximas estaban acribillados á balazos; todos los cristales de las ventanas y cierres estaban rotos. Era que allí se había peleado desde el 5 hasta el 8 de Diciembre. El 10, á mi llegada, había cesado la lucha; las autoridades y las tropas ocupaban la Aduana y los cuarteles, manteniéndose á la defensiva. Dentro de la ciudad dominaba en absoluto el pueblo vencedor, personificado en el joven Salvochea.

Era Fermín Salvochea, pocos días antes, un gran desconocido; los sucesos de Cádiz lo hicieron en pocas horas el hombre más popular de Andalucía y aun de toda España. Hoy mismo es uno de los pocos españoles—no llegarán á una docena—

cuyos nombres han pasado la frontera pirenaica. Pero este capítulo se alarga mucho; en otro hallaré ocasión de hablar más extensamente de este gaditano singular. Sólo he de añadir, por ahora, que cuando acaudilló á sus convecinos, deliberadamente provocados por los montpensieristas, era republicano federal; después ha evolucionado, no como la mayor parte de los personajes del 68, sino en sentido progresivo y obedeciendo á la lógica revolucionaria.

El origen de la lucha que ensangrentó á Cádiz fué el afán de los montpensieristas andaluces, que menudeaban sus provocaciones á los republicanos para desarmarlos, creyendo allanar así el camino de sus soluciones. La primera tentativa les salió vana; pero fué sobre Cádiz todo un ejército y la resistencia era imposible. A Salvochea se le ofreció la fuga, pero no quiso irse cuando otros estaban presos. Conducido al castillo de Santa Catalina, allí le visité horas antes de mi regreso á Madrid.

Ocupada la ciudad por el cuerpo de ejército de Caballero de Rodas, me volví á Madrid llevándome la familia; no quise dejarla en aquel foco de conspiración monárquica, de odios salvajes y de venganzas ruines. En la cuna de la revolución imperaban después de sangrienta lucha, no los vencedores, ¡los vencidos!

***

En los últimos días del 68, al volver con mi familia á Madrid, tuve por primera vez lo que no había tenido en tantos viajes, aunque lo tengan ciertos viajeros á lo Dumas cada vez que viajan por España: un tropiezo nocturno con ladrones en cuadrilla.

La noche era obscura (es claro), que en las noches claras no hay ladrones. El tren corría entre Manzanares y Alcázar de San Juan, cuando de repente oímos unas voces desusadas; sonó un tiro y paró el tren.

En el acto abrí la ventanilla y no vi á los que continuaban dando voces, pero vi que sin vacilaciones se arrojaban á la vía, tirándose del tren, los dos guardias civiles de servicio. El acto de los guardias, aunque se lo reduzca á vulgar cumplimiento del deber, me pareció más heroico, mucho más que otros por la fama enaltecidos. En efecto, no me parece extraordinario que dos guardias ataquen briosamente á cuatro, á diez, á veinte foragidos; pero lanzarse al campo en obscurísima noche, sin ver al enemigo, sin saber de qué enemigo se trata, qué armas tiene, si está á pie ó montado ni si lo componen diez hombres ó diez mil; abandonar el tren, dentro del cual pudieran sostenerse con ventaja y siendo posible que de repente arrancara dejándolos en tierra, todo eso constituye, á mi juicio, una hazaña, una temeridad.

El valor de los guardias contrastaba con la cobardía de los viajeros, que en algunos coches se

apresuraron á poner los almohadones en las ventanillas para resguardarse de las balas hipotéticas, y en el mío se quedaron clavados en sus asientos y más muertos que vivos. Creo haber sido el único viajero que se asomó á la ventana para animar á los guardias y ver lo que sucedía. Por fortuna, los salteadores no eran más que cinco, todos montados, y emprendieron la fuga al ser embestidos por los guardias, que, no pudiendo perseguirlos, les hicieron fuego; conté cuatro disparos, dos de los guardias y dos de los fugitivos; por los fogonazos de estos últimos vi que se alejaban precipitadamente.

Aquella rápida escena me hizo comprender cómo los trenes son asaltados y robados con tanta facilidad, cuando hay salteadores que lo intentan. Y es extraño que no lo intenten más. Como los viajeros no se defienden casi nunca ni piensan en tal cosa, los ladrones pueden ir de vagón en vagón desvalijándolos á todos sucesivamente.

La disminución constante del bandolerismo, que hasta en Méjico ha desaparecido y está á punto de desaparecer en Grecia, en Sicilia y en Calabria, la debemos en España á la Guardia civil principalmente, pero también á la decadencia nacional Las razas superiores y ladronas van siendo menos ladronas á medida que pierden la superioridad. Nuestra España, tierra de conquistadores *cuando Dios quería,* produce todavía conquistadores con todas sus viejas mañas; pero cada vez

son menos, y como ya no hay una América virgen, se consagran al *sport* de asaltar diligencias, robar trenes y secuestrar incautos. En presidio estará, si no se ha muerto, un manchego acaudalado que se ocupaba en organizar cuadrillas de bandoleros, con las cuales atacaba trenes, robaba á los viajeros y repartía lo robado entre sus socios, no tomando para sí ni el valor de un alfiler. Al contrario: antes de cada salida pagaba de su peculio cena copiosa y vino tinto para sus bravos colaboradores. En otro siglo hubiera sido un Pizarro.

CAPITULO XXVII

1869

I

Los sucesos de Cádiz habían enardecido al pueblo malagueño; su actitud le pareció rebelde al gobierno de Madrid, que en consecuencia dispuso el desarme y disolución de su milicia. Pero Málaga se resistió; el día 1.º de Enero del 69 fué atacada la ciudad por Caballero de Rodas, y se combatió en las calles todo el día. Tomaron parte en la lidia cuatro mil soldados y más de mil paisanos, resultando por una y otra parte centenares de muertos y de heridos. Pelearon los malagueños al grito de "república federal ó muerte„. Como era consiguiente, resultaron vencidos y desarmados.

La resistencia obstinada de los malagueños en lucha desesperada por ellos sostenida contra fuerzas mayores y mejor organizadas, sorprendió mucho á los que recordaban la que hizo Málaga en la guerra de la Independencia. Al aproximarse á la

ciudad una división francesa, el pueblo salió á su encuentro vitoreando á Fernando VII y dispuesto á pelear y á morir; poco después, sin morir ni pelear, entró en la ciudad á la cabeza de los invasores y dando gritos de ¡viva Napoleón! De tal antecedente deducían algunos que Caballero de Rodas no encontraría resistencia, que lo de Málaga sería una broma, que el pueblo cedería desde el primer cañonazo; no consideraban que la libertad dignifica á los hombres y á los pueblos, y que los defensores de la Federación y la República no eran los vasallos degradados de un Carlos IV ó de un Godoy. Ya en Noviembre del 57, con Romualdo La Fuente y Sixto Cámara, se había combatido en Málaga por la República; ¿y no había de hacerlo el mismo pueblo cuando las ideas republicanas iban ganando á millares las conciencias y los corazones?

La derrota material del republicanismo en Cádiz y Málaga, lejos de calmar la agitación de los republicanos en las demás provincias, la recrudeció visiblemente. El año 69 no se dejó de conspirar ni un día, y yo fuí uno de los más constantes en agitar la opinión, preparando ó contribuyendo á preparar una insurrección republicana en toda la Península, incluso Portugal. Escribí en aquel tiempo más hojas clandestinas y más cartas cifradas que antes de Septiembre del 68. También publiqué, sin firmarlos, numerosos artículos políticos, particularmente en los periódicos ultrarradi-

cales, sirviéndome de satisfacción el verlos reproducidos en la prensa de provincias, muchas veces con firmas que no eran la mía ni yo las había puesto.

En aquel período me entendía, principalmente, con el general D. Blas Pierrad, con Guisasola, con Peco, y asimismo con los coroneles Riego y Boussingault. De los hombres políticos de alguna autoridad, el único en alentarnos era el marqués de Albaida, el inolvidable Orense.

Algunos de mis amigos, conocedores de mis antiguas máximas, no acertaban á comprender que yo, siendo todavía militar, me agitara tanto y conspirara tan activamente; y les explicaba el caso diciéndoles, que, en efecto, creía que el militar no debe conspirar ni sublevarse, y que yo no haría una cosa ni la otra cuando la nación se constituyera legalmente; pero que en los períodos constituyentes y en los dictatoriales no puede haber exclusiones, ya que todos los hombres—militares ó paisanos—tienen igual interés en la suerte de su patria, y es un egoísta el que se desinteresa. Además, gobernado el país por generales, tan militares como yo, me consideraba tanto como ellos en cuanto á derechos civiles y políticos. Es evidente: donde los generales son conspiradores, tienen derecho á serlo hasta los cabos de carabineros y los trompetas de caballería.

***

A fines de Enero—no recuerdo el día—llegó á Madrid la noticia de haber sido asesinado en la catedral de Burgos el Sr. Gutiérrez de Castro, gobernador civil de la provincia. Cumplía con su deber intentando ejecutar una orden del gobierno de Madrid, cuando algunos fanáticos se abalanzaron á él, le dieron de navajazos y arrastraron su cadáver entre aullidos salvajes de las turbas. El primer acto salvaje y criminal que se registró por los cronistas en aquel período histórico tan turbulento, fué motivado por una disposición muy acertada y justa de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y perpetrado por las *honradas masas* de la ciudad más clerical del mundo; la más clerical entonces, que hoy son todas las de España igualmente levíticas y navajeras.

La noticia del hecho causó en Madrid la más viva indignación; echóse la culpa á los manejos de Roma y se amotinó la gente al grito de ¡muera el nuncio! No murió nadie; el nuncio se refugió en la embajada de los Estados Unidos y el pueblo se contentó con gritar. D. Nicolás Rivero, alcalde de Madrid, fué disolviendo los grupos, no solamente con discursos más ó menos persuasivos, sino también con las culatas de los milicianos.

Aquella noche se enfadó conmigo D. Nicolás Rivero porque llamé realistas á sus nacionales, y uno de éstos me amenazó en la calle de Alcalá con la punta de su bayoneta. La amenaza no tuvo ejecución, ó la bayoneta carecía de punta; pero lo

cierto es que cuando la cosa estuvo seria me abandonaron los que gritaban á mi alrededor; sólo se puso á mi lado un joven para mí desconocido, el Sr. Meca; fuímos amigos desde aquella noche.

Las elecciones generales, dirigidas por el señor Sagasta, que tenía la cartera de Gobernación, llevaron á las Cortes setenta diputados republicanos; todos se decían entonces federales, pero no todos lo eran. El "gran elector„ (Sagasta), con todos sus abusos y atropellos, no fué tan corruptor del cuerpo electoral como ciertos candidatos de la oposición, que para obtener votos se fingieron republicanos y federales sin serlo. De todas suertes, resultó una brillante minoría que honró á la democracia.

Temíase que el gobierno ó los partidos monárquicos repitieran en todas las ciudades liberales sus provocaciones y sus villanías de Málaga y de Cádiz, para desarmar á los republicanos de toda la Península; y que si antes del desarme no imponíamos la República por la violencia, las Constituyentes nos impondrían la monarquía de Montpensier ú otra. Y así fué. No reconocíamos el derecho de las Cortes á imponer la monarquía, teniendo en cuenta que nuestros setenta diputados habían reunido más votos que los trescientos monárquicos. Así lo dijo en las Cortes alguno de los nuestros, añadiendo: "Esta minoría republicana representa aquí la voluntad y el pensamiento de Barcelona, Valencia, Málaga, Cádiz, Sevilla, Santander,

Coruña, Zaragoza... Los monárquicos sois representantes de Chinchón, Tarancón, Almorchón y las ventas de Alcorcón.„

En aquel primer período de las Constituyentes pocas personas iban al Congreso con más frecuencia que yo. Los ujieres me consideraban como abonado á la tribuna pública. Siempre he sido admirador entusiasta de los buenos oradores, por lo mismo que nunca he sido orador, bueno ni malo. Presencié los debates del proyecto de Constitución, y me encantaba la superioridad inmensa de mis correligionarios. La celebrada elocuencia de Olózaga, de Ríos Rosas, de Monesillo, de Cánovas, palidecía en aquellas Cortes donde estaban Castelar, Palanca, Figueras, Pi y Margall, Moreno Rodríguez y otros muchos. Entre los días señalados de mi existencia, cuento aquel en que le oí á Castelar su réplica á Manterola. Y también pasé mis malos ratos al ver ó al escuchar las hipocresías de los incrédulos, de los volterianos, de los ateos que fingían escandalizarse por la honrada sinceridad de Díaz Quintero ó Súñer y Capdevila.

***

En provincias, y señaladamente en Cataluña, los progresistas monárquicos habían perdido su fuerza: las masas estaban con nosotros, eran federales; pero en Madrid conservaba el partido progresista muchos elementos populares, y en todas par-

tes, con el apoyo de Prim, Sagasta y Ruiz Zorrilla, nos hacían una guerra sin cuartel; criticaban con la mayor dureza nuestros actos, habían combatido á nuestros candidatos con ensañamiento, calumniaban despiadadamente á nuestros hombres. Según los progresistas, los republicanos estábamos á sueldo de Isabel II, los federales éramos jesuítas, Castelar estaba loco y Orense era un chiflado. Exactamente lo que dicen hoy los republicanos doctrinarios al hablar de otros partidos que tienen más amplitud de ideas y de horizontes, y lo que antes dijeron los moderados juzgando á los progresistas. *Nihil sub sole novum.*

En las épocas de agitación, nada separa á los hombres tanto como la política; los republicanos y los progresistas ni nos saludábamos siquiera. Y los que más nos distinguían con su odio no eran ciertamente los viejos progresistas, en los que siempre hubo algo de los patriarcas "justos y benéficos„ de 1812; los que extremaban sus persecuciones y sus injurias á los republicanos eran los antiguos y arrepentidos demócratas.

De nuestras polémicas escritas ó verbales, de las contiendas que hubimos los republicanos del 69 con los progresistas y con los demócratas, de las pasiones que nos animaban en aquella época, extinguidas en algunos y persistentes en otros, de todo eso y de varias cosas más hablaré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVIII

1869

II

Decían los progresistas en sus periódicos y en sus conversaciones que los republicanos éramos perturbadores de la revolución y de la patria, y que sólo ellos habían trabajado desde principios de siglo por liberalizar la monarquía española.—"¿Dónde estaban esos republicanos durante nuestras luchas?„—Tal era la pregunta que se hacían y nos hacían los pregresistas, cada vez más irritados. ¡Qué falta de memoria!

El partido progresista, es cierto, existía ya en 1810, cuando aun no había partido republicano; pero las ideas republicanas germinaban en el propio seno del partido progresista desde que éste nació. ¿Y qué culpa teníamos los republicanos de que un partido revolucionario en sus comienzos hubiera concluído por estancarse, ó por petrificarse, ó por convertirse en un museo de fósiles?

El ideal del progreso no podía encerrarse en instituciones viejas como las veneradas y aun idolatradas por los progresistas.

Ni derecho tenían éstos el año 68 á negar la preexistencia del republicanismo, por lo mismo que desde mucho antes habían luchado con él, sacrificando á algunos de sus hombres. ¿Quién, sino los progresistas del 54, había hecho morir en el destierro al benemérito republicano ampurdanés Abdón Terradas, honor de Cataluña? ¿Quién fusiló al federal Xaudaró en 1837? ¿Quién calificaba de exaltados y de peligrosos á los pocos liberales que en 1820 mostraron buen sentido y alto espíritu de conservación?

Y más que por haberlos perseguido y maltratado, los progresistas debían saber dónde estaban los republicanos por haberlos buscado repetidas veces pidiéndoles su concurso. Los ilustres mártires con cuyos nombres tanto se envanece el partido progresista, republicanos eran en su mayor parte, ya que no todos lo fueran. El teniente don Marcelino López, fusilado en Madrid, era republicano; lo era Domínguez (el autor del famoso Diccionario), que pereció igualmente el 7 de Mayo del 48. Según Rico y Amat en su *Historia política y parlamentaria*, los combatientes del 26 de Marzo del 48 en las calles de Madrid fueron los republicanos; por consiguiente existían. Los veintiún diputados que votaron contra la dinastía en las Constituyentes del 54 no hay que decir lo que

eran; y si hubo republicanos en el célebre bienio progresista (54-56), no faltaron tampoco en los famosos trienios liberales (40-43 y 20-23). Republicanos eran en tiempo de mis abuelos Romero Alpuente, D. Bartolomé José Gallardo y otros muchos, como en tiempo de mi padre lo eran Ordax Avecilla; el conde de las Navas; Espronceda, á quien los suspicaces progresistas llamaban "el polizonte„; Olavarría, que fundó y dirigió *El Huracán,* y Beltrán y Soler, que escribió un proyecto de Constitución federal en 1838. Y en mis propios días se dieron á conocer como republicanos, sin esperar al triunfo de Alcolea, Monturiol, inventor del Ictíneo; Clavé, el fundador de los coros catalanes; Cuello, vilmente asesinado en Barcelona, y Montaldo, que batalló en los Estados Unidos por la causa federal. ¿A qué ni para qué citar más nombres? No acabaríamos nunca.

Antes de la guerra de la Independencia y antes, por consiguiente, de que hubiera progresistas, había republicanos españoles. Marchena, Guzmán y otros menos conocidos, vivían en la República francesa, donde luchaban y morían por la República. En la misma España de Carlos IV se descubrían conspiraciones republicanas, como la llamada de los artilleros y la de Picornell. No había terminado el siglo XVIII cuando las autoridades gaditanas prohibían en un bando célebre el uso del gorro frigio, seguramente por su significación.

Bien sé que todo esto parecerá impertinente en un capítulo de mis memorias; si lo consigno es solamente para reflejar las luchas de mi tiempo, las interminables discusiones con los progresistas, que nos llamaban intransigentes, siendo ellos intolerantes. Les contrariaban mucho, particularmente á los santones, las ideas republicanas y la aparición de gente nueva, como si la renovación no fuera ley de la vida. Se habían figurado que la dirección de la política no iba á salir de las manos de Olózaga, de Aguirre ó de Madoz, ninguno de los cuales llegó á tener después de la victoria una influencia decisiva ni aun preponderante. No ya los republicanos, sino sus mismos hombres relativamente nuevos, como Sagasta, Ruiz Zorrilla, Montero Ríos, Moret, les parecían advenedizos ó intrusos á los arcaicos del año 37. No lo olviden los que esperen ver futuras revoluciones: revolución que no aporta gente nueva con nuevos ideales no puede prevalecer. Los hombres de una revolución no figuran jamás en la siguiente; ya lo hemos visto en Francia: los republicanos del 48, más republicanos y mejores que los del 70, no han figurado apenas en la tercera república.

Dicen los viejos de hoy, jóvenes del 68 y del 73, que las generaciones posteriores, por escépticas ó por degeneradas, carecen de personal para las revoluciones por venir. ¡Ilusiones de la senectud! Vengan las revoluciones, y de ellas brotarán los hombres, los caudillos, las ideas. Puede ser que

la próxima república—próxima ó remota, pero inevitable—empiece por declarar ancianos é incapaces á los que cuenten diez lustros. Por mi parte, voto en pro, y con más gusto si salen Napoleones que rayen en la edad de la chochez.

De todas las censuras que á los republicanos se nos dirigían, no ya por los progresistas, sino por la totalidad de los monárquicos, la más mortificante era la injusta de ser malos patriotas. Se fingía creernos servidores conscientes ó inconscientes de los extranjeros, tal vez por no ser amigos de la tradición torera y de otras igualmente venerandas. ¡Qué injusticia!

Los verdaderos patriotas, los buenos españoles, eran, sin duda, los que querían acabar con todas las ranciedades de la España antigua, con todos los errores de la política añeja, con todas las infamias de un absolutismo deshonroso, creando una España que cupiera en la civilización contemporánea. Ahora mismo, tanto como entonces, para encontrar en España verdaderos amantes del país, de su prosperidad y de su gloria, hay que buscarlos entre los que anhelan olvidar hasta esa ignominia que llaman historia patria, conjunto de invasiones y derrotas, de apostasías y crímenes, de horrores y vergüenzas. De todos modos, ni las perversidades de los reyes, ni las tiranías de los magnates, ni el servilismo insensato de los pueblos, ni todas las desdichas de la Historia bastaban á extinguir, ni aminorar siquiera, la honda fe

en los destinos de España de los que ansiábamos su libertad y su regeneración.

He citado en este mismo capítulo á D. Bartolomé José Gallardo, republicano de los más antiguos. Nadie combatió con tanto ingenio y rudeza como él todos los fanatismos y ridiculeces de la vieja España, y nadie la amaba tanto como él; había pasado en el extranjero, forzosamente expatriado, algunas temporadas de su vida, y era más español que nadie. Lo era tanto, que no podía soportar un galicismo ni acertaba á pronunciar un apellido extranjero. Hasta los nombres de las ciudades europeas los españolizaba, como hacían los escritores militares del siglo XVI con los nombres de los lugares holandeses ó flamencos. Al bueno de Hartzenbusch, no pudiendo ó no queriendo articular su nombre, llamábalo ¡Acebuche! Y no ciertamente por ponerle apodos, siempre de mal gusto, sino por disonarle toda voz que no fuera bien castiza.

¡Y cuántos republicanos, sin tener la nombradía de Gallardo, han renunciado buenas posiciones en tierras extranjeras por no perder la nacionalidad!

La animación política del año 69 se manifestaba de mil modos: un *meeting* cada día, folletos por todas partes, manifestaciones públicas de adhesión ó de protesta. Fundábanse periódicos revolucionarios, de la situación y reaccionarios, y para todos había suscriptores ó lectores. Concurrían verdaderas masas á los alrededores del Congreso

cuando se discutía el proyecto de Constitución, y aun sin oir los discursos ni enterarse de las votaciones, todos aplaudían á los diputados populares cuando entraban ó salían del palacio de las Cortes. Con los aplausos y las aclamaciones alternaban los murmullos, y á veces los silbidos, cuando pasaban ciertos diputados poco simpáticos á la muchedumbre. Por las noches era más intensa la actividad política; en la calle del Doctor Fourquet, llamada entonces calle de la Yedra, se agolpaban con verdadero fervor cientos y miles de republicanos, que llenaban el famoso club y á veces no cabían. Allí no estaba monopolizada la tribuna, como en otros círculos; cada noche se daba á conocer, haciéndose aplaudir ó haciéndose expulsar, algún nuevo orador, y los hubo de todos los calibres. En la calle de la Yedra se discutía lo presente y lo pasado, lo grande y lo pequeño, lo humano y lo divino. Generalmente eran presididas aquellas discusiones por Antonio Orense, hijo del marqués de Albaida; por Toribio Castrovido, padre del periodista Roberto, ó por Adolfo Joarizti, diputado á Cortes.

El club del Congreso, como se llamaba al de la calle del Lobo, no tuvo nunca la celebridad que el de la Yedra, pero tenía la especialidad de declararse cada cuatro días en sesión permanente "por la gravedad de las circunstancias„. Todas las circunstancias, y hasta las noticias de *La Correspondencia,* eran consideradas gravísimas en

aquel club, y una vez constituído en sesión permanente por unanimidad, los unánimes calábanse el chapeo y se marchaban tranquilamente á dormir.

No eran menos concurridas, aunque no tan pintorescas, las veladas del Casino. En el Casino republicano de la calle Mayor no se silbaba como en el club de la calle de la Yedra; no había sesión permanente y solitaria como en la calle del Lobo; pero si alguien hablaba de transigir en materia de federalismo pedían la palabra airadamente seis docenas de oradores.

Una de las noches de velada en el Casino se sentó á mi lado un correligionario forastero. Ocupaba la tribuna cierto orador fogoso que desbarraba sin freno y sin medida; su voz era estentórea, y como acompañamiento descargaba en su púlpito ruidosos manotazos. Al acabar uno de sus períodos más vehementes, barajando con acentos broncos los hechos y los nombres más dispares — el Parlamento largo y el Pacto de familia, Topete y Calomarde, el Cid y Gregorio VII, el privilegio de la Mesta y el tratado de Westfalia —, me sacó de mi asombro el forastero preguntándome al oído: — ¿Es Castelar? — Y era, en efecto, uno de sus bárbaros imitadores.

En la Tertulia progresista se celebraban también reuniones agitadas, pues una buena parte de los socios empezaba á desprenderse de las aficiones monarquistas y no siempre se hablaba á gusto

de los santones. La Tertulia era un centro bastante frecuentado por los diputados progresistas, que iban allí á cantar las glorias de Prim y de Sagasta y á criticar los discursos (que en el Congreso no se atrevían á contestar) de Figueras, Pi, Castelar, Eduardo Palanca, Moreno Rodríguez, Sañer y Capdevila, Díaz Quintero, Gil Berges, Sánchez Ruano y demás *demagogos,* según los santones progresistas. Eran éstos por demás injustos al hablar de los republicanos, que no lo eran menos cuando se burlaban de los progresistas y de su Tertulia. Decían los republicanos, con injusticia evidente, que en la biblioteca de la Tertulia no había lectores más que para un libro, y que "el libro„ como decían los socios, el libro por antonomasía de los tertulianos progresistas, era la novela intitulada *María ó la hija de un jornalero.* No temo repetir que esto era una injusticia y una falsedad, pues en la Tertulia estaba la colección completa de la *Revue des deux mondes* y los empleados daban fe de que algunas veces la pedían D. José Sansón y D. Pascual Madoz, socios de número.

El 22 de Junio del 69, tercer aniversario de la célebre jornada del 66 y primero que se podía celebrar después del triunfo de la revolución, acordaron simultáneamente los progresistas, los demócratas y los republicanos conmemorar la aciaga fecha con una solemne manifestación. Hubo la víspera discusiones muy acaloradas en el Casino

republicano, en la Tertulia progresista y en los diversos clubs. En la Tertulia se propuso que pasara la manifestación por el cuartel de San Gil, á lo que se opusieron los santones. En los demás círculos fué aceptada con entusiasmo la idea. Castelar se presentó, con otros diputados, en el Casino de la calle Mayor, donde nos dijo que la manifestación era muy justa, pero que no debíamos pasar por el cuartel de San Gil, y que si no cambiábamos de itinerario él se oponía resueltamente á la proyectada manifestación. El auditorio parecía dispuesto á seguir el consejo del tribuno, para que un simple detalle no se tomara por provocación al cuerpo de artillería; pero Castelar, con una torpeza inconcebible, puso fin á su peroración con una amenaza contraproducente: declaró, en nombre de Prim, que seríamos ametrallados si pasábamos por el cuartel. Fué lo bastante para que se acordara la manifestación con músicas y banderas, recorriendo el trayecto convenido. Prim quedó mal, pues no se decidió á ametrallarnos; y siempre queda mal quien profiere amenazas no seguidas de la correspondiente ejecución. En cuanto á Castelar... ¡todavía no he vuelto de mi asombro!... En el mismo sitio en que los sargentos del 22 de Junio habían sido fusilados, y antes de disolverse la imponente manifestación, nos decía desde una tribuna improvisada:

"Alguien quería que desistiéramos de tributar este homenaje á los mártires de la libertad, ame-

nazándonos con sus cañones; *pero yo me opuse*. Hemos pasado y pasaremos siempre, á despecho de todos los tiranos, por la senda que nos trazan la gratitud de nuestros corazones, la conciencia de hombres libres y la soberana voluntad del pueblo.„

CAPITULO XXIX

1869

III

Pasó el verano del 69 entre noticiones alarmantes, anuncios de insurrección carlista, que tuvo efectivamente comienzos de ejecución en el levantamiento de partidas acaudilladas por curas, y manifestaciones federales en Aragón, Cataluña, Valencia y Andalucía. El célebre *pacto de Tortosa* fué el principio de un recrudecimiento de la agitación republicana.

En el partido federal se marcaban dos tendencias: la revolucionaria, más por el procedimiento que por el pensamiento, y la que todo lo fiaba á la legalidad.

Entre los diputados federales existía la misma división. Estaban por la rebelión y por la lucha armada Orense, Joarizti, Súñer y Capdevila, Paúl y Angulo, Rafael Guillén y alguno más. Tenían confianza en el triunfo legal de las ideas, creyen-

do difícil la solución monárquica, Pi y Margall, Figueras, Castelar, Gil Berges, casi todos.

Figueras y Castelar andaban en inteligencias con Rivero, que también tenía confianza en llegar á la República, por la dificultad de hallar un príncipe simpático á la nación; en todo caso, respondía de que el monarca elegido no sería jamás el duque de Montpensier. Este era, en efecto, el más antipático á los españoles, el más impopular de los candidatos discutidos.

Pero también Rivero había perdido su antigua y merecida popularidad desde que aceptó la solución monárquica. Y no solamente se le criticaban sus transacciones políticas, incomprensibles en un hombre de su elevado carácter, sino que además se le calumniaba despiadadamente por su gestión en la alcaldía de Madrid. Fué, sin embargo, un buen alcalde, y su valor, sus genialidades, su prestigio no enteramente gastado, evitaron conflictos repetidos y salvaron al gobierno de dificultades numerosas. Alguna vez ocurrió que sólo su presencia ocasionara un motín; pero más frecuentemente sucedía lo contrario: que dominara un tumulto con sólo su presencia.

En los tiempos normales es bien fácil hacer buena figura en ciertas posiciones; pero no todos son capaces de ocuparlas con honra y lucimiento en períodos revolucionarios. Tampoco es difícil ejercer autoridad y hacerse obedecer, usando y abusando de la fuerza, prescindiendo de la legalidad,

sacando continuamente á la calle caballos y cañones.

En una de las primeras noches de Septiembre, la del 4 al 5 si no estoy equivocado, se sublevó la guardia principal situada en el Ministerio de la Gobernación. Daba la guardia una sola compañía de la milicia nacional, pero se vió muy pronto reforzada por milicianos sueltos de su mismo batallón y por muchos paisanos amantes del motín. Rivero acudió al instante: arengó á los sublevados, les ofreció indulgencia, los amenazó, los insultó... Fué desoído. Uno de los rebeldes le apuntó con su fusil, diciéndole:

— Retírese Vd., señor alcalde, ó me daré el gusto de *reventar* á un traidor.

— ¡Tira, mamarracho! — le contestó D. Nicolás. — ¡A mí no me asustan los imbéciles!

— ¡Váyase Vd. — le gritaron muchas voces — ó le fusilamos aquí mismo!

— No soy de la madera de los fusilados — replicó D. Nicolás. — ¡Yo soy de los que fusilan!

— ¡Viva la República! — se gritó en un grupo de la Puerta del Sol, á espaldas de Rivero, tal vez para darles aliento á los sublevados.

Y Rivero, volviéndose á los del grupo, les gritó:

— ¡Majaderos, no merecéis la República!

Al fin se retiró, y al amanecer ocupó las calles y edificios próximos con algunos batallones de milicia nacional. Aun entonces, cuando ya los rebeldes no podían hacer más que una defensa inútil, se

acercó en persona, él solo, al edificio, apostrofó á los rebeldes y les intimó la rendición.

Algunos de los milicianos sublevados habían huído anticipadamente, pero quedaban otros y con ellos los paisanos que se habían introducido, entre los cuales había dos ó tres de la Internacional; precisamente los primeros internacionalistas que se conocieron en España.

Después de parlamentar un rato, se rindieron. No hubo una gota de sangre. Derramándola á mares, el resultado no hubiera sido mejor; ¡y quién sabe si se habrían complicado los sucesos!

Al retirarse D. Nicolás Rivero, después de su incruenta victoria, me vió en la esquina de la calle de Correos en un pacífico grupo de curiosos. Él me conocía de vista desde la noche del nuncio, y me preguntó severamente:

—¿Qué hace Vd. aquí?

—Aprendiendo, D. Nicolás—le dije—, por si algún día llego á ser alcalde.

Me miró de arriba abajo, con aire indescriptible, y se fué.

En los grupos de curiosos comentábase el suceso.

Alguien decía:

—Es vergonzoso; esto no sucede sino con gobiernos liberales.

Sin embargo, treinta y tres años antes, en 1836, gobernando el partido moderado, se sublevaron en el propio sitio cuatro compañías de Infantería

del ejército con sus oficiales. Atacadas por la guarnición y la milicia, resistieron. Un sargento mató de un tiro al capitán general. Y no se rindieron á discreción: capitularon con los honores de la guerra. He conocido al sargento que mató al general Canterac; se llamaba...

Tente, pluma. No quiero desagradar á sus hijos, hombres de orden que, probablemente, no han matado á nadie.

***

D. Tomás Roldán, un distinguido abogado y consecuente demócrata de Ciudad Rodrigo, me había prometido varias veces que cuando llegara la ocasión nos apoderaríamos de aquella plaza, en la que él tenía muchos prosélitos, buen núcleo republicano y compromisos adquiridos con algún elemento militar. Yo ignoraba si se refería á las tropas de la guarnición ó á la fuerza de carabineros. Tal vez lo uno y lo otro, aunque en esto bien pudo hacerse ilusiones, como suelen hacérselas todos los paisanos que conspiran.

Yo, á mi vez, le había ofrecido mi concurso personal, si se acordaba el alzamiento en masa del partido; pero de ninguna suerte para una intentona aislada.

Y llegó el momento de la insurrección republiblicana, de la única sublevación política, aparte la del año 61 en Loja, que se producía por las masas

populares sin en el concurso de ninguna fuerza militar.

Con pretexto de un crimen cometido en Tarragona, dictó Sagasta su célebre circular del 25 de Septiembre, que era un atentado á la Constitución, pues ponía limitaciones al ejercicio de los derechos constitucionales, inclusos el de hablar y el de escribir.

A tal provocación contestaron los diputados de la minoría, de acuerdo con los representantes regionales que para consultarles habían llegado á Madrid, ordenando la revolución donde quiera que se contase con medios.

El partido republicano federal dió entonces hermosa muestra de virilidad y disciplina. Se levantaron en armas 45.000 hombres, no haciéndolo muchos más porque á la expresiva orden siguió la contraorden. Los que no recibieron esta última ó la recibieron después de estar en armas, pagaron con su libertad ó con su vida las vacilaciones de los ilustres jefes. Pienso que de todos modos se nos hubiera vencido; pero con la contraorden, el fracaso era evidente, inevitable, fatal. En la guerra, son funestas las disposiciones vagas y las contradictorias. Acusan vacilación en el que manda, lo cual desanima al que obedece.

El mismo día que se acordó el alzamiento salí de Madrid con mi compañero Eduardo López Carrafa, dirigiéndonos á Ciudad Rodrigo. Roldán, muy conocido en el país, consideró imprudente ir con

nosotros y aplazó su salida por cuarenta y ocho horas. Él pensaba ir directamente por Salamanca; nosotros habíamos de ir por Béjar para no seguir el mismo itinerario, y también para conferenciar en esta ciudad con Peco y Aniano Gómez.

Era Peco un antiguo coronel carlista, convertido hacia bastantes años al liberalismo y al libre pensamiento. Me dijo varias veces que se alegraba de haber sido carlista, porque en seis años de guerra en las filas de D. Carlos había aprendido á odiar á los frailes, á los curas, á los fanáticos y á los sacristanes.

Aniano Gómez era el caudillo popular de Béjar.

Carrafa y yo nos hospedamos en Béjar en una posada bastante concurrida, situada á un extremo de la población. Allí supimos que el gobernador de la provincia, D. Baldomero Menéndez, conocido en la prensa por el seudónimo de *capitán Bombarda,* se encontraba á la sazón en Béjar; y Aniano Gómez nos dijo que secundaría el movimiento de Ciudad Rodrigo, si lo realizábamos, cuando se hubiera marchado el gobernador.

Pero un joven entusiasta de la localidad, cuyo nombre no recuerdo, me dijo que él no secundaba á nadie, que quería ser el primero y que empezaría por apoderarse del gobernador. Supuse que lo decía en un rapto de entusiasmo y que Aniano lo disuadiría.

Á la mañana siguiente, que era si no me engaño la del 30 de Septiembre, teníamos Carrafa y yo

dispuestos los caballos para seguir nuestro viaje, cuando oímos en la calle un extraordinario vocerío. Antes de saber lo que pasaba, fuí preso por un grupo de paisanos armados que invadió la posada tumultuosamente; eran, según creo, milicianos nacionales. Carrafa se escabulló como pudo.

He aquí lo que había pasado: el joven de la víspera, con otros entusiastas como él, había preso al gobernador de la provincia; pero inmediatamente se alborotó el vecindario, puso al gobernador en libertad y encerró á los autores del hecho. Todo esto sucedía muy lejos de la posada, por lo que nada supimos hasta que me prendieron.

Algún patriota había enardecido al pueblo, diciéndole que en la posada estaban dos forasteros recién llegados de Alcoy para quemar las fábricas de Béjar, y que no éramos republicanos, sino incendiarios, bandidos, ¡alcoyanos!

Entre bayonetas me llevaron á la cárcel, haciéndome recorrer una calle larga; á mí, á lo menos, me pareció larguísima. En todo el trayecto se amontonaba la gente, se me amenazaba con los puños y las mujeres gritaban llamándome ladrón. Desde algunos balcones clamaban los burgueses: ¡matarlo! Y no faltó quien quisiera atropellar á los ciudadanos que me custodiaban, para llegar hasta mí; pero aquellos milicianos me defendieron bien. Sólo un hombre que parecía furioso rompió la fila, se plantó á mi lado con un cuchillo en la mano y me dijo: "Aquí estoy yo, mi capitán." Lo conocí al

momento; era el cabo Sánchez, del batallón cazadores de Antequera.

Sánchez no cesaba de gritarles á los alborotadores: "¡Al primero que se le acerque le saco las tripas!„

Antes de entrar en la cárcel me vió también, y se quedó asombrado, y se me ofreció resueltamente, mi antiguo asistente Facundo García del Río.

Durante el largo trayecto, iba yo considerando la facilidad con que los charlatanes sugestionan á los pueblos, y me decia: "un jurado popular que me juzgara hoy, me ahorcaba.„

Cuantos forasteros llegaron á Béjar aquel día fueron llevados á la cárcel, y así dejé de estar solo. Por la tarde éramos siete: Peco, Feito, Fonseca, Villarrubia, un teniente, hijo del coronel Boussingault, á quien me he referido en otra parte, y el teniente Espatolero. Todos han muerto; sólo quedo yo para contarlo.

Mi amigo Roldán no se movió de Madrid, porque tuvo noticia de la contraorden. El último acuerdo de los directores impidió el alzamiento de Barcelona, donde apenas hubo cuatro tiros, y las sacudidas que se esperaban en Cartagena, Sevilla y Badajoz. Pero se luchó en Zaragoza, en La Bisbal, en Valencia, y hubo partidas federales en diferentes provincias.

Don Blas Pierrad, jefe militar del movimiento, había sido preso en Tarragona.

CAPITULO XXX

1869

IV

Salimos de Béjar para Salamanca, dos ó tres días después del acontecimiento referido, escoltados por una compañía de nacionales, cuya actitud, lo mismo que la del pueblo, había cambiado mucho. Se sabía ya quiénes éramos, y los mismos que nos conducían estaban inclinados á la revolución. Los oficiales de la compañía se portaron muy correctamente.

Íbamos todos á pie, conversando familiarmente con los nacionales; pero noticias políticas, ó no las tenían ó se las guardaron para ellos.

Uno de aquellos individuos me dijo, sin embargo, y me lo dijo en secreto, que todas las provincias estaban sublevadas.

Le pregunté si lo sabía de cierto, y me respondió sacando un periódico y leyéndome un parte que decía: "Tranquilidad completa en las provincias."

— Pues si el periódico no dice más — le objeté — no veo la sublevación...

Y me replicó muy convencido:

— Es que los diarios de Madrid hay que entenderlos al revés. ¿Quién les pregunta si hay tranquilidad? Cuando ellos lo dicen es que hay revolución.

Pernoctamos en la inmunda cárcel de Guijuelo. Si en la de Argamasilla le pareció á Cervantes que "toda incomodidad tenía su asiento", ¿qué hubiera dicho en la de aquel lugar?

La de Guijuelo nos hacía envidiar todas las cárceles, mazmorras, baños berberiscos y calabozos inquisitoriales. No creo que haya nada parecido en país alguno civilizado ni bárbaro. Siete presos políticos pasamos la noche entera, en tiempo de Prim y de Sagasta, sin una silla, ni una banqueta, ni un poyo en que sentarnos, sin una mala tarima y sin espacio para revolvernos. Sentarse en el suelo era imposible, por ser de guijarros puntiagudos, y por que sentados no hubiéramos cabido; éramos siete allí donde apenas si había suficiente espacio para dos. Por el único agujero que ventilaba aquel nicho no entraba ni aire ni luz, sino el humo denso de una cocina primitiva. Cesó el humo, pero pasamos toda la noche en pie y desfallecidos de hambre. A fuerza de reclamar, y pagándolo á buen precio, pudimos al fin cenar un pedazo de pan duro.

Pero á lo menos tuvimos serenata. Serían las

diez de la noche cuando un insolente guitarrista se puso á cantarnos coplas al pie de la ventanuca. Y una de ellas era así:

Crucificaron á Cristo
por meterse á redentor,
y ni por eso escarmientan
los señoritos de Alcoy...

Peco estaba rabioso; bien que lo llamaran alcoyano, ¡pero señorito!

La segunda noche, en Alba de Tormes, la pasamos grandemente, gracias á la cena y los colchones que nos ofrecieron los correligionarios.

En la tarde del tercero día entramos en Salamanca, sirviendo de espectáculo á sus moradores y seguidos por una caterva de muchachos. No observamos animosidad, sino más bien simpatía. La reina del Tormes es republicana.

Así debió de entenderlo el señor gobernador, pues nos puso dentro de la cárcel un piquete de la Guardia civil, haciéndonos saber que si el pueblo intentaba libertarnos seríamos fusilados en la cárcel misma.

Era una advertencia inútil, de la que no hicimos caso, por ser inverosímil el supuesto. Los republicanos salmantinos, todos federales, se contentaron con obsequiarnos mucho, visitarnos con frecuencia y prestarnos ayuda generosa. El que más nos acompañaba era el joven abogado Pedro Mar-

tín Benitas, por quien, al fin, nos fuimos enterando del curso de los sucesos.

Continuaba la insurrección en pie. Súñer no acertaba á manejar los 2.000 ampurdaneses que le habían seguido, pero Adolfo Joarizti daba mucho tormento á las columnas que contra él operaban. En La Bisbal se había luchado bien y lo mismo en Zaragoza Las partidas andaluzas de Paúl y Salvochea seguían escaramuzando. Los carabineros habían matado en la serranía de Ronda al joven diputado Rafael Guillén. Froilán Carvajal, que había levantado fuerzas en la región de Alicante, cayó prisionero de la columna Arrando y fué fusilado en Ibi. Es falso que no llegara el indulto por haber cortado él mismo las comunicaciones; cuento de monárquicos, disculpable en los momentos de lucha, y recogido luego por historiadores que presumen de imparciales y que, titulándose republicanos, han bebido en fuentes monárquicas y turbias. El indulto de Carvajal ó no lo comunicó el gobierno ó fué interceptado por algún cacique. Yo lo sé por el mismo general Arrando.

Donde más se prolongó la resistencia de los republicanos fué en la ciudad de Valencia, que no se rindió hasta mediados de Octubre. Las fuerzas que contra ella salieron de Madrid tuvieron antes que apoderarse de Alcira. En el ataque murió Pepe Losada, capitán de cazadores, cuya muerte me causó la pena más profunda. Ya no quedaba

más que yo de los tres inseparables amigos de Toledo. Horodinsky había perecido el año 56, Losada llegó al 69. La entrañable amistad que á Losada-Bofarull y á mí nos unió desde el colegio no se entibió jamás, á pesar de la política; era una amistad á prueba de contusiones y heridas, que una vez nos pusimos negros á sablazos por una cuestioncilla y desde entonces nos quisimos más.

Cuando ya estaban disueltas las partidas catalanas y las andaluzas, vencida Zaragoza y próxima á sucumbir Valencia, llegó á Béjar el anciano Orense con Rispa y Guisasola. Entonces fué cuando los bejaranos se decidieron á proclamar la república; ¡á buena hora! No sé si tomaron parte en aquella postrera convulsión los que nos llevaron á Guijuelo y nos mataron de hambre.

Acordándonos de la de Guijuelo, nos parecía la cárcel de Salamanca una residencia regia, un principesco palacio. Teníamos para todos una habitación tan amplia como clara, nos podíamos pasear durante algunas horas en el patio y los republicanos de aquella capital nos habían provisto de mullidas camas y nos llevaban libros ó periódicos.

Aunque estábamos separados de los presos no políticos, entre los cuales había criminales de consideración, iba yo algunas veces á buscarlos, á conversar con ellos, á escuchar sus cuitas. Y aprendí bastante. Aquellos desgraciados eran más agradecidos y mejores que algunos intacha-

bles caballeros desconocedores de la gratitud.

Uno de los más interesantes era un pobre portugués, que llevaba allí más de seis años sin que le hubieran tomado ninguna declaración. Había sido preso por sospechas de complicidad en el asesinato de otro portugués. Y como el crimen se cometió en la frontera misma de España y Portugal se ignoraba *todavía* si el presunto reo había de ser juzgado en Portugal ó en España.

Visitando todos los rincones de la cárcel tuve ocasión de leer no pocas desvergüenzas y majaderías escritas por los presos. Pero algunas veces tropezaba con algo digno de recordación. Y ahora mismo acuden á mi memoria unos versos muy borrosos trazados con lápiz al dorso de una puerta; los que siguen:

Hizo mal, pero muy mal,
en encarcelarme el juez,
porque encarcelado y solo
pienso mucho en su mujer.

***

Triunfante Prim, vencidos los federales y pacificada la nación, nos volvieron á llevar á Béjar, de cárcel en cárcel, custodiados por la Guardia civil. En Béjar se nos tomó declaración, y por insuficiencia de la cárcel ó por otros motivos que yo ignoro, se nos recondujo á Salamanca A la ida y

á la vuelta dormimos ó velamos en la famosa cárcel de Guijuelo, reproduciéndose todo lo de la primera vez, excepto la serenata.

Los federales de Salamanca nos obsequiaron la Nochebuena con una cena opípara. Se abusó de los brindis aun más que de los licores, pues se habló en prosa y en verso y hasta en latín. Quién dijo que el cristianismo será eterno, gracias á la cena conmemorativa y al turrón de Navidad; quién se atrevió á encontrar analogías entre el pavo pascual y el Redentor del mundo. Alguien sostuvo que la religión de Cristo ha fracasado, puesto que aun existe la cárcel de Guijuelo. Se afirmó que Cristo no pudo ser hijo de Dios, pues no hay noticia de que Dios se haya casado. Feito se declaró dinástico de Espartero, lo que le valió apóstrofes inauditos que le arrancaron lágrimas de arrepentimiento y de alcohol. Entretanto Espatolero y Boussingault comían... comían...

CAPITULO XXXI

1870

I

Para entretener los ocios de la cárcel, fundó Feito un periódico político en el cual colaborábamos todos. Se titulaba *El Rayo*. Y llegó á tener bastantes suscriptores en Salamanca y aun en la provincia.

Los artículos de fondo los escribía Feito, excelente ciudadano capaz de todo lo bueno, excepto de una cosa: de escribir "con equidad y aseo„. Los demás redactábamos sueltos, gacetillas, chirigotas, ó abusábamos de las tijeras. Espatolero no hizo jamás una línea: "Bastante trabajo tengo, nos decía, con el de leeros„ A decir verdad, yo creo que tampoco nos leía. Con gran sorpresa del alcaide y nuestra, un día desapareció de la cárcel no se sabe de qué modo; murió poco después.

Fonseca tampoco nos ayudaba en la labor periodística; se disculpaba con la falta de tiempo,

allí, donde el tiempo era lo único que le sobraba. Nos decía que lo necesitaba para redactar el diario de la prisión. En efecto, siempre tenía su lápiz en la mano, pero el famoso diario no nos lo leía. Boussingault se lo quitó una tarde á viva fuerza y nos divirtió con su lectura:

Miércoles.—Patatas guisadas.

Jueves.—Guisadas patatas.

Viernes.—Patatas guisadas.

Sábado.—Guijuelo.

Este sábado fué uno en que nos quedamos sin comer.

La monotonía de nuestra existencia carcelaria se reflejaba en el periódico tanto ó más que en el diario de Fonseca. Sin embargo, *El Rayo* mereció más de una vez que se reprodujeran sus artículos en publicaciones importantes, como sucedió cuando lo encabezamos con una exposición al regente del reino, en la que le pedíamos que aceptara nuestras dimisiones, fundándolas en nuestra consecuencia federal, que no nos permitía seguir viviendo en un edificio del Estado.

Los federales que habían sobrevivido á la catástrofe y no estaban presos nos escribían alguna que otra vez desde los países en que se habían refugiado: Carrafa y Linacero en Lisboa, Lostau, Salvochea y otros en París, algunos en Gibraltar, en la Madera y en Londres. Por ellos supimos que Paúl y Angulo organizaba en París una peregrinación á Roma, para la cual estaba reclutando

emigrados españoles, aventureros italianos y demagogos franceses. Proponíase disolver, no sé si á latigazos, el concilio ecuménico que á la sazón estàba celebrándose en la ciudad papal. Desistió Paúl de su aventurada empresa cuando ya tenía más de noventa afiliados, en virtud de una carta que le dirigió Mazzini (y que yo leí algunos meses después) rogándole que no intentara semejante cosa por ser una locura.

Iban pasando los meses; nos aburríamos, nos cansábamos de la prisión y resolvimos fugarnos. El empeño era difícil, porque la fuga de Espatolero algunos meses antes había producido un refinamiento de la vigilancia en el interior del edificio y en la guardia militar del exterior.

Examinados y discutidos todos los procedimientos, convinimos en que el único eficaz, el único posible, era salir á mano armada empleando la violencia. Para ello no había de faltarnos el auxilio exterior, pues había en Salamanca tres ó cuatro correligionarios conocedores del plan y dispuestos, si era necesario, á pasar la frontera de Portugal con nosotros.

Los amigos de Salamanca nos llevaron ocultamente las armas qne les pedimos, y preparamos el golpe.

Con sorpresa mía, cuando llegó la hora vacilaron dos ó tres; comenzaron por proponer un breve aplazamiento y acabaron todos por desistir del plan.

¡Es increíble! Precisamente vacilaron los que concibieron la idea de la evasión, los que más valientes parecían. Ya lo ha dicho no sé quién: hay hombres cuyo valor está en razón directa del cuadrado de la distancia al peligro.

Desconcertado, fuera de mí, les dije que ellos eran dueños de quedarse, pero que yo me iba.

Mi única pena era haber estado siete meses dentro de la ciudad monumental y alejarme de ella, acaso para siempre, sin haber visto sus monumentos famosos.

Veinticuatro horas después de abandonado el proyecto de evadirnos juntos quise escaparme solo.

Todas las ventanas de la cárcel tenían espesas rejas, menos las del alcaide en su habitación particular. Resuelto á descolgarme por alguna de ellas, y provisto de una cuerda suficientemente larga, aproveché la visita del alcaide á nuestra habitación para cerrarla por fuera. Antes que él advirtiera que estaba preso como un republicano, me introduje en sus habitaciones, amarré la cuerda á una ventana y descendí por ella. Estaba obscureciendo; no me vieron ni la guardia exterior ni los vecinos. Pero alguna persona de la familia ó de la servidumbre del alcaide empezó á gritar desaforadamente, al mismo tiempo que con unas tijeras ó con un cuchillo cortaba la cuerda junto á la ventana cuando yo distaba todavia del suelo veinticinco pies ó más.

Las ventanas del alcaide estaban á la altura de los terceros pisos.

Una caída brutal. Con todo, me levanté y corrí, saliendo al próximo campo. La cárcel está situada á un extremo de la población, ó lo estaba en aquel tiempo. Todo mi afán era llegar á un sitio próximo, donde me esperaba una persona adicta con un buen caballo. No pude llegar; en la caída me había destrozado el pie derecho, de tal modo, que no sé cómo pude recorrer unos sesenta pasos. Vencido por el dolor, me detuve y me senté en el suelo. Casi en seguida llegaron los soldados de la guardia con bayoneta armada; uno de ellos, aunque me vió sentado, me apuntó á diez pasos para que me rindiera. Demasiado rendido estaba yo, que difícilmente pude volver andando hasta la cárcel, donde pasé la noche sin curarme, sin que me visitara médico ninguno y con el pie tan hinchado como dolorido.

A las seis de la mañana se presentó en la cárcel un alférez de la Guardia civil para hacerse cargo de nosotros y llevarnos á Ciudad Rodrigo.

Mis compañeros, víctimas de mi vana tentativa de evasión, tuvieron que montar cada cual en un borrico y escoltado por una pareja de la Guardia civil. Á mí me cupo el honor de hacer el viaje en coche, con el alférez, y rodeado por doce guardias de caballería.

Es costumbre ó moda en estos tiempos tratar con dureza ó con despego al instituto de la Guar-

dia civil. No tengo yo la misión de defenderlo, ni pongo en duda que á veces haya dado ocasión á críticas amargas. Pero si cada uno, como dice el refrán, habla de la feria según le va en ella, yo debo declarar que la Guardia civil se portó con nosotros caballerosamente. El oficial, obedeciendo órdenes de la autoridad civil, esto es, de un gobernador demócrata (*), mandó que nos ataran. El sargento Nogal, el cabo Cabrera, y, por último, los guardias, exponiéndose á un correctivo severo y á una multa, contestaron que no podían hacerlo por haberse olvidado de llevar las ligaduras, ó como se llamen. La verdad es que los guardias civiles no padecen nunca un olvido semejante, por lo cual sospeché, y sospecho todavía, que estaban seguros de la benevolencia del alférez, aunque no lo afirmo; lo que aseguro es que todos, hasta el último guardia, se mostraron deferentes, correctísimos y humanos.

Si los martirizados de Jerez y de Montjuich tienen perfecto derecho á poner en la picota á quien los maltratara, yo lo tengo á pregonar el buen comportamiento de los que nos condujeron á Ciudad Rodrigo. Y aun en Jerez y Montjuich tal vez se haya cebado la opinión en los miserables instrumentos, dejando en protectora penumbra á los inquisidores militares ó civiles, á los caciques

(*) No lo era ya el Sr. Menéndez... Se me ha olvidado el apellido del que lo sustituyó.

odiosos, á los polizontes repugnantes, á los mayores culpables de inicuos atropellos y de sangrientas equivocaciones.

Como para mí la gratitud es una religión, nunca más perdí de vista á los que tanto nos favorecieron. El cabo Cabrera murió hace muchos años. El sargento Nogal es capitán retirado. Desde esta página, que él no leerá probablemente, me honro presentándole las armas.

Hubiera llegado á Ciudad Rodrigo sin curarme el pie, que de hinchado no cabía en el coche, si la Guardia civil no me hubiese hecho curar en uno de los pueblos por donde pasamos; creo que fué en Martín del Río. Por cierto que el cirujano, ó lo que fuera, me examinaba el pie sano con admiración y murmurando: "¡Qué hermoso es!... ¡de infantería!„

Al entrar en Ciudad Rodrigo era de noche; en la plaza estaba todo el pueblo y en actitud casi revolucionaria. Se oyeron vítores á la República y nos vitorearon á nosotros mismos. La caballería nos rodeaba, temiendo los entusiasmos de aquella multitud.

Los otros cinco fueron á la cárcel; á mí se me encerró en un cuartel. Pocas semanas después, para no aburrirme solo, pedí que me llevaran á la cárcel con mis compañeros y se me concedió.

Aquel año 70 fué señalado por importantes acontecimientos religiosos, políticos y militares; el concilio de Roma, que duró ocho meses; la elección

baldía de un príncipe germánico para el trono que más tarde ocupó D Amadeo; la guerra franco-prusiana, que derribó el imperio napoleónico, y, por último, la entrada en Roma de los piamonteses, que acabaron con el poder temporal del pontífice católico y establecieron al fin la unidad política de Italia.

Al declararse la guerra entre el imperio francés y la monarquía prusiana recibimos periódicos de Madrid con planos del teatro de la guerra, los cuales planos eran mapas de Alemania, en los que estaban perfectamente marcadas las líneas de invasión y el objetivo final, que era Berlín. Todo ello lo tomarían nuestros diarios de la prensa parisiense, que en la España de entonces había tal afán de remedar lo francés, tal servilismo con todo lo imperial, tanta admiración para aquella Francia decadente, que no parecía sino que Francia era la dueña del mundo y Napoleón III un verdadero Napoleón. Nuestros militares mismos padecían la sugestión francesa, como hoy padecen con el mismo apasionado error la sugestión alemana.

Entonces publiqué varios artículos que hicieron reir á nuestros militares, excepto á Villamartín. Los paisanos que los leyeron también los juzgaron estrambóticos. Y la verdad es que me equivoqué en más de un detalle, pues si sostuve que el teatro de la guerra no sería Alemania, sino Francia, que los franceses no pasarían la frontera y que sus ejércitos iban á ser aniquilados, también dije que

París ni siquiera se defendería, que los prusianos lo tomarían sin esfuerzo y que impondrían la paz cuando lo creyeran oportuno.

Era natural que yo pensara así, aunque no fuera más que comparando á los generales de las dos naciones. Los cuerpos de ejército franceses los mandaban unos generales de los cuales no sabíamos sino que eran valientes; siendo nuestros vecinos y hablando una lengua que conocemos todos, no habíamos aprendido absolutamente nada de ninguno de ellos. En cambio, los cuerpos de éjercito alemanes tenían por jefes á los autores de nuestros libros. El séptimo cuerpo, uno de los que sitiaron á París, lo mandaba el general Zastrow, esto es, el autor de un tratado de fortificación de todos conocido, resumen de las enseñanzas dadas por él mismo á varias promociones, en el cual tratado sólo trataba del sitio de París. De suerte que sitiaba la gran capital francesa el mismo profesor que había discurrido sobre ese tema repetidos años. Los oficiales prusianos habían estudiado á fondo el ataque de París; los franceses no habían estudiado su defensa. Todo lo más conocían la manera de tomar barricadas en el arrabal Antonio y en Belleville.

Se rompieron las hostilidades, cayó el imperio francés, proclamóse la República, todo ello con una rapidez vertiginosa.

Una persona que probablemente no me conocería, que jamás se habría ocupado de mí ni yo de

ella, me hizo saber en la noche del 4 de Septiembre, comunicándolo confidencialmente á la estación telegráfica de Ciudad Rodrigo desde otra muy distante, que en París se había proclamado la República. Y rogaba al telegrafista que me lo avisara, como lo hizo al momento.

En el fondo de una cárcel, en plaza tan extraviada como Ciudad Rodrigo, supe yo la gran noticia tal vez antes que el gobierno. La víspera no había en el mundo quien me avisara de nada; aun para mis amigos era yo un loco de atar, un utopista, un preso.

Fenómeno que yo no explicaré, porque está al alcance de todos los transeuntes.

CAPITULO XXXII

1870

II

Mi corresponsal desconocido no era el único en sentir el influjo de las circunstancias. Prim le había dicho á Figueras, en Julio ó en Agosto, que nadie esperase la amnistía mientras no hubiese un rey para otorgarla; pero que seguramente sería lo primero que firmase el rey futuro. Esto dijo, y pocos días después de caído el imperio nos amnistiaba á todos.

Hubo más: se trató en Consejo de Ministros de renunciar definitivamente á la busca y captura de un monarca, de modificar algún artículo de la Constitución, de establecer la República. Ninguno de los ministros sentía por ella el más mínimo entusiasmo, pero se resignaban á establecerla y á regirla. Ruiz Zorrilla fué el que más se opuso á la solución republicana.

Publicada la amnistía, se nos puso en libertad y levantamos el vuelo.

Yo estaba ansioso de saludar á los correligionarios salmantinos y de admirar las bellezas de la metrópoli universitaria, y á Salamanca fuimos todos juntos, con la alegría de quien al fin recobra su perdida libertad al cabo de once meses de prisión.

Los amigos nos recibieron con vítores, cohetes y agasajos.

Por mi parte, aunque estaba medio cojo desde mi fuga frustrada, visité rengueando los hermosos edificios y los alrededores. Más tiempo hubiera estado, á no sentirme impaciente por llegar á mi casa de Madrid.

El resto del año lo pasé tranquilamente, sin que esto quiera decir que me salvara del febril contagio de aquella agitada situación. Al contrario, seguía con interés los sucesos que se desarrollaban en Francia y en Italia, y llevaba cuenta de los numerosos candidatos reales presentados sucesivamente al juicio público: nuestros gobernantes seguían buscando rey, y apenas si quedaba algún príncipe en Europa de quien no mendigaran servilmente que nos hiciera la merced de venir á ceñirse la corona. Prim se había propuesto—me parece á mí—que la opinión los discutiera y los desechara á todos, como había desechado á Montpensier, pues teniendo compromisos con la casa de Saboya desde antes de la revolución, no habló de D. Amadeo hasta que todos estuvieron discutidos y gastados.

Una de mis primeras visitas en Madrid fué la que le hice al viejo Orense. Preocupábale mucho lo que pasaba en Francia, donde estaba su hijo—Orense el mozo—con 400 voluntarios españoles, que formaban parte de la legión garibaldina y se portaron con lucimiento en Dijón.

Me dijo Orense que aun no se explicaba el desastre de Sedán. Le expuse lo ocurrido en la histórica batalla, tal como yo lo entendía. Él me escuchó atentamente, y cuando acabé mi explicación, hizo el resumen con la sencilla claridad característica de su elocuencia:

—De manera—me dijo—que se han rendido en campo abierto 90.000 soldados á 120.000... ¡Pues si en lugar de ser noventa mil hombres son noventa mil carneros se escapan la mitad!

Lo he contado muchas veces, porque el desastre de Sedán puede explicarse de una manera más técnica y más detallada, pero más gráficamente es imposible.

La causa del desastre, de todos los desastres del ejército francés, no fué otra que la inferioridad intelectual de sus generales y de sus oficiales, porque los soldados y los batallones se batieron bien, bastante mejor que los soldados y los regimientos alemanes.

***

El duque de Aosta, D. Amadeo de Saboya, hijo

del Rey de Italia, fué elegido rey de España por las Cortes españolas en la sesión del 16 de Noviembre. Le dieron sus votos 191 diputados, contra 60 para la República, 27 para Montpensier, 8 para Espartero, 2 para el príncipe Alfonso y algunas abstenciones. Los cañonazos que anunciaron al pueblo de Madrid la elección de soberano me parecieron salvas funerarias de tristes ecos en el espacio y en los corazones. Si aquéllos fueron señal de regocijo, se perdieron en la indiferencia general. Si los españoles ya tenían un rey, el nuevo rey no podía gloriarse de tener adictos. Si Amadeo se granjeó más tarde simpatías ó respetos por su fidelidad á la Constitución, al ser elegido no era más que un príncipe sin ventura, compadecido por unos, aborrecido por otros, fatalmente condenado á la impopularidad y la impotencia.

Desde que el rey fué elegido y proclamado, arreció la agitación política, se apasionó la prensa como nunca, fué más vehemente la opinión republicana y también la reaccionaria. Se ha hablado mucho de *El Combate*, célebre diario de Paúl y Angulo, que, en efecto, era procaz y rebasaba los límites de la conveniencia; pero no hacían menos algunos diarios borbónicos, ya carlistas francos, ya alfonsinos con careta. Los directores de la política republicana, todos los republicanos que habían recomendado la calma y la paciencia, prometiendo la instauración de la República por las

vías legales, empezaban á perder autoridad y prestigio. Lo que ellos perdían lo ganaban los hombres de *El Combate*, singularmente Paúl. Se conspiraba en diferentes provincias, y en Madrid mismo, preparando una sublevación; y habría tal vez estallado al desembarcar D. Amadeo, sin el pánico y la indignación producidos por el asesinato del general Prim.

El día 27 de Diciembre, cuando ya el rey con la comisión parlamentaria que había ido en su busca navegaba con rumbo á Cartagena, se reunieron algunos diputados republicanos—once ó doce—en casa del Sr. Pi. Citados por éste y por el señor Figueras, asistimos también Carrafa y yo, que no éramos diputados. Faltaban muchos de los que lo eran, entre ellos Paúl y Angulo, sea que no quisieran concurrir ó que no se los citara.

Se trató de lo que había de hacerse en aquella ocasión crítica. Dos ó tres de los presentes sostenían la necesidad de una sublevación; alguno habló hasta de incendiar Madrid antes de consentir que entrara D. Amadeo; Luis Blanc decía que Aragón iba á levantarse en masa, quisiéramos ó no. Los demás discurrían con menos ilusiones ó con más prudencia.

Carrafa y yo, aunque interrogados por Figueras, comprendimos que el no ser diputados como los demás nos imponía cierta discreción, y nos limitamos á decir que cumpliríamos lo que se acordara.

La discusión fué larga y apasionada. Terminó con el acuerdo, casi unánime, de no hacer resistencia y de confiar en el fracaso de la nueva dinastía.

Al separarnos era ya de noche.

Dos horas después, al salir de mi casa para ir al café Suizo, me contó un cochero el atentado que acababa de cometerse contra D. Juan Prim; pero lo hizo con tantos pormenores y con tan fantásticos perfiles que no quise darle crédito. En el café me confirmaron el hecho, desmintiendo los detalles.

Otro que no fuera yo tal vez amenizaría estas áridas MEMORIAS describiendo en forma literaria aquel trágico suceso y aquella noche tan triste. Hacerlo yo sería perder el tiempo. La muerte de un hombre como Prim, cuando ocurre de una manera dramática, en ocasión solemne y con circunstancias misteriosas, queda grabada en la memoria de las gentes para no borrarse nunca. Por eso yo no he de abandonar aquí mi llaneza acostumbrada para hablar en tono épico de que la noche era lúgubre, de que nevaba á intervalos, de que los transeuntes, embozados ó ateridos, llevaban el terror en los semblantes ó lloraban con desesperación. Todo eso ya se ha dicho bastante mejor que yo pudiera hacerlo; por otra parte, confieso que no vi llorar á nadie. Hablé con liberales y con republicanos que deploraban el hecho, y con montpensieristas y alfonsinos que no ocultaban su

satisfacción; no vi á nadie que lo tomara con indiferencia.

Ni era extraño que el acontecimiento causara impresión vivísima; ¿pues no había de causarla? Prim era el alma de aquella situación, viviente clave de toda una política, mala sin duda, pero sin sustitución posible en aquel crítico instante. Era, además, la encarnación de una época, el brazo más potente de la Revolución, el feliz diplomático de Méjico, el soldado famoso de los Castillejos y Tetuán.

Yo mismo, que abominaba de su política, si no de su persona, cuando supe el atentado, y dos días después al hacerse público su fallecimiento, sentí como si hubiera perdido algo que me fuera propio. Recordé su confianza en la victoria cuando le hablé por última vez en Páddington, y no se apartaba de mi mente su marcial figura en su caballo negro de la guerra de África, ni la tarde en que lo conocí á la luz crepuscular entre los fogonazos de la fusilería.

Pero... ¿quién lo mató?

Nadie lo sabe. El proceso, al decir de los que lo conocen, descubrió el número de los asesinos sin descubrir sus nombres. Los indicios resultaron contradictorios y para todos los gustos. La opinión pública se equivocó, á mi juicio, lo mismo al acusar á Montpensier que al hacer insinuaciones pérfidas contra el bondadoso general Serrano. Por aquello del *Cui prodest,* más bien se hubiera podi-

do creer en una conjuración de cuatro despechados alfonsinos.

Muchas gentes culparon, entonces y después, á Paúl Angulo y á sus compañeros de *El Combate*. Sus compañeros se han justificado todos, lo cual no era preciso para quien los conociera: todos eran capaces de escribir artículos violentos y proclamas incendiarias; ninguno lo era ni de matar un mosquito.

En cuanto á Paúl, contra quien persistieron las sospechas, tengo para mí que fué tan inocente como los demás. Lo conocí bastante para creer que si él hubiera matado á Prim, sin duda se habría vanagloriado de ello; y afirmo que al encontrarme con él en Nueva York el año 79, y en Buenos Aires el 87, me negó de una manera categórica, rotunda y reiterada su participación en aquel crimen. Pero no podía quejarse de que se le atribuyera, pues antes del suceso había dicho y repetido con su habitual ligereza de lenguaje, refiriéndose á Prim: "Yo he de matar á ese hombre." Esta frase no prueba que él lo matara, ni siquiera que hubiese tenido esa intención; sólo prueba que era un andaluz de los más expansivos y locuaces.

Hay hombres que son así. En Lisboa me dijo á mí un ciudadano: "Yo soy uno de los que mataron al general Prim." Quise entonces averiguar la verdad, por puro interés histórico, y acabó aquel individuo por confesarme *y probarme* que á la muerte de Prim estaba en la isla de Cuba.

Algún día se sabrá de cierto si Paúl y Angulo fué culpable ó no, como se sabe al fin quién mató al general Canterac en el reinado de Isabel II y quién dejó manco al general Eguía reinando Fernando VII.

No ya porque se hiciera justicia: para aclarar un hecho histórico de los más interesantes, han debido todos los que creen estar seguros acusar á Paúl, denunciarlo y probar su culpabilidad. Algunos escritores é *historiadores* lo han hecho bajo su firma cuando Paúl había muerto. ¿Por qué no lo hicieron antes?

Antes lo hizo, es verdad, el cura republicano Romero; Paúl lo desmintió y lo mató. Hoy ya se le puede injuriar impune y cobardemente, que Paúl y Angulo está enterrado en el cementerio de Bagneux y no ha de levantarse de su tumba.

He pasado varias veces por su solitaria sepultura y sólo he tenido un sentimiento de profunda conmiseración. Aquella fúnebre losa no ocultará quizá ningún secreto, pero sí los tormentos y las inquietudes de una existencia agitada, de un temperamento audaz y luchador. No alabo, no, á los historiadores que le acusen por venganza ó por ruindad; alabaré al que publique la prueba fehaciente de su culpa.

CAPITULO XXXIII

1871

I

El 2 de Enero entró el rey en Madrid; su actitud serena causó buena impresión. En el largo trayecto que recorrió á caballo prodigó al pueblo masónicos saludos, que le valieron algunas simpatías. De nada le sirvió. Durante su reinado la generalidad le manifestó despego; las familias aristocráticas una hostilidad visible. Sus propios ministros le dieron más disgustos que satisfacciones. Sin los consejos de Víctor Manuel, su padre, hubiera tardado menos tiempo en renunciar la corona El Palacio Real fué para él una cárcel y toda España un destierro. Cuando volvió á su patria se acordaría de su fugaz realeza como de una pesadilla insoportable, no como de un bien perdido.

Su advenimiento produjo algunos cambios en la composición de los partidos políticos. El alfonsino creció, reforzado por los partidarios del duque de Montpensier. El carlismo supo arrastrar á su ban-

do á casi todos los isabelinos, á todas las beatas y á una multitud de idiotas haciéndoles saber que el bueno de Amadeo era un hombre excomulgado. En vano la comisión que fué á buscarlo á Italia había redactado el acta de aceptación de aquel príncipe con este encabezamiento:

"En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo...„

En vano, sí, que semejante hipocresía, más ridícula de lo que parece, no sirvió de nada Los católicos sabían muy bien que los diputados de la comisión habían empleado esa fórmula arcaica y sin sentido como una habilidad, como un señuelo. Sólo imponen respeto ó merecen consideración las creencias efectivas, no las simuladas; y los constituyentes del 69 que elegían por rey á un enemigo del papa, no solamente incurrían en contradicción al hacer uso de formulismos rancios, sino que se hacían odiosos para unos, despreciables para otros, por su falsa *catolicería,* por su doblez manifiesta.

Los amadeístas pensarían, sin duda, que con la conciencia puede transigirse; por eso no vacilaron en exigir á todos los funcionarios el juramento de fidelidad al rey. Nunca fué garantía de fidelidad un juramento forzado y colectivo; es, á lo más, una humillación inútil. Juraron casi todos, lo cual no les impidió seguir siendo cada uno tan republicano, tan librepensador, tan isabelino ó tan carlista como fuera antes.

Uno de los que no juraron, perdiendo, por lo tanto, su carrera, fué el capitán general marqués de Novaliches. Mi amigo y maestro el comandante Villamartín, que había sido ayudante del citado general, me leyó una carta en que éste le consultaba el caso del juramento. Y Villamartín le contestó, palabra más ó menos:

"Hay tres españoles, sólo tres, que no pueden jurar: el preceptor del príncipe Alfonso, el vencido de Alcolea y el general Novaliches."

Tres personas al parecer distintas y un solo injuramentado verdadero.

La carta de Novaliches fué ciertamente un acto de cortesía para con su ayudante; yo creo que él, en su trinidad política, estaba resuelto á no jurar.

Era Villamartín un militar de extraordinario talento y un escritor brillante. Capitán del ejército de Cuba, con el que fué á la campaña de Santo Domingo, la distancia y su natural modestia lo mantenían ignorado, siendo uno de tantos entre los desconocidos. Aun al volver á España, sus libros y sus méritos pasaron inadvertidos, y como era demócrata, amigo de la República, todo esto mucho antes de la Revolución, parecía destinado á no salir nunca de los grados inferiores y de la obscuridad. El general Novaliches tuvo conocimiento de su situación y de sus obras y le tendió la mano; por él obtuvo el empleo de comandante que tenía de sobra ganado y merecido.

Por diferencias, domésticas ó políticas, surgidas

hermosa República sin estorbos, y con un Panamá, también hermoso, al volver de cada esquina.

Pero dejémonos de digresiones.

También fuí colaborador de Villamartín, de Vallecillo, del entonces joven Madariaga y de otros compañeros, en la fundación del Ateneo militar, que no dejó de contribuir á la cultura del ejército. En él dieron conferencias públicas, algunas muy notables, desde el joven alférez Augusto Suárez de Figueroa hasta el capitán general marqués del Duero. Hablaron, igualmente con aplauso, los amigos Vidart, Carrafa, Navarrete, López Donato, Negrín, Cotarelo, Salas, Justiniano, Mariátegui y otros muchos.

En una de las sesiones privadas preparatorias de la fundación del Ateneo, hubo discusión acalorada á propósito del reglamento redactado en proyecto por una comisión. Habíamos presentado enmiendas Federico de Madariaga, Suárez de Figueroa, Vallecillo, Villamartín, López Carrafa y yo. Y recuerdo que Villamartín decía: "Donde quiera que se reúnen tres hombres aparecen tres tendencias; aquí también se dibujan... y más de tres. Yo creía que representaba la tendencia radical, la extrema izquierda; pero después de lo que ha dicho Estévanez me declaro godo."

No sé lo que yo había dicho.

***

Estaba yo de reemplazo desde la amnistía. Me había propuesto seguir mientras pudiera en la misma situación, escarmentado en cabeza de Villamartín. En situación activa tal vez habría tenido que combatir á los republicanos; antes que eso hubiera solicitado mi retiro ó mi licencia absoluta. El militar á quien sorprende un alzamiento popular, una conmoción cualquiera, tiene que cumplir como soldado. Los que han ofrecido tantas veces á Ruiz Zorrilla y á otros que no se sublevarían, eso no, pero que tampoco hostilizarían á los que se sublevaran, han mentido á sabiendas. Un militar no tiene más remedio que batir á los sublevados ó sublevarse él mismo. La neutralidad del militar es imposible cuando se rompe el fuego. Eso de las "culatas arriba" no lo he visto nunca.

En previsión de que me colocaran en activo y no teniendo fortuna personal, andaba yo cavilando cómo haría para cambiar de carrera. Le tenía puestos los ojos á un destino con el que he soñado desde la niñez y sueño todavía; el de torrero de un faro. Es una dicha vivir entre las olas y con los pies en tierra, y una gran ventura el no tener vecinos.

De pronto me avisan que se me va á destinar á un regimiento. Era un conflicto; me costaba trabajo el decidirme á abandonar mi carrera, después de tantos años de servicio y habiéndome arruinado. Para salir del paso pedí el traslado con mi propio empleo al ejército de Cuba; otros iban con as-

censo, pero yo no quería tanto. Después de todo, me decía, en Cuba ascenderé si soy destinado á operaciones; y si no, lo mismo da.

Embarqué el día 15 del mes de Octubre en Cádiz.

Hicimos escala en Puerto Rico; dos días después costeábamos la isla de Santo Domingo.

¡Con qué tristeza reconocí las montañas del Cibao, cuando navegábamos frente á Montecristi! Pensé en los compañeros, en aquellos soldados valerosos que habían sacrificado estérilmente la vida, que estaban allí, en dispersas é ignoradas sepulturas, y yo mismo no acertaba á precisar si el sentimiento que me inspiraban era de compasión ó era de envidia. Seis años no más habían pasado desde que abandonamos la indomable isla, ¡y cuántas cosas habían ocurrido en ese tiempo!

Abstraído en la contemplación de la costa quisqueyana y barajando en mi mente sucesos y personas, muertos y vivos, ni siquiera oí que llamaban á comer. Adolfo Covisa, uno de los compañeros de navegación, me arrancó de allí para llevarme á la mesa. Y me dijo con incredulidad:

—¿Melancolía tenemos?...

Otro compañero, un coronel, me miró muy fijamente; parecía reflexionar. Y ya en la mesa, acabó por preguntarme:

—Capitán... ¿Qué es melancolía?

Procuré explicárselo á mi modo, y luego me dijo comiéndose una patata:

—¡Pues yo nunca he padecido *eso!*

Desembarqué en la Habana el día 2 de Noviembre.

No estuve más que un mes en aquella capital, pero lo que allí me sucedió no cabe ya en este capítulo.

CAPITULO XXXIV

1871

II

En cuanto desembarqué hice mis presentaciones oficiales Quedé en situación de reemplazo; es decir, con la única obligación de pasearme por la acera del Louvre, por la alameda de Paula ó por los muelles. No me sorprendió el que no me dieran colocación activa ni en guarnición ni en campaña, porque en la Habana había una verdadera inundación de jefes y oficiales. Algunos llevaban años paseándose por Carlos III y murmurando de todo.

En la Habana se conocía bien poco, ó no se conocía, que hubiera guerra. Los paseos animados, los cafés muy concurridos, los teatros llenos, los negocios en plena actividad y en el puerto multitud de barcos. Los periódicos mismos, si hablaban de la guerra, era en una sección muy secundaria, como de cosa corriente y sin importancia alguna.

La alegría de la ciudad, claro es, no podía ser

general. Había familias de luto, hogares en duelo y ojos llenos de lágrimas. Pero eso no se veía, no podíamos apreciarlo bien los que éramos extraños á la sociedad criolla.

Oí contar las tropelías cometidas por los voluntarios en años anteriores, y desde luego creí, no que fueran en absoluto invenciones de los insurrectos, sino que se exageraban los excesos de un patriotismo exaltado.

Convencido de que tardarían meses y años en darme colocación activa, si acaso me la daban, me dediqué á la lectura. En pocas semanas devoré más volúmenes que piñas.

Y así transcurrió el mes de Noviembre, hasta que un día, creo que fué el 24, me dijeron que los voluntarios andaban algo revueltos con motivo de una broma de los estudiantes. Le di tan poca importancia á todo, así á la estudiantil calaverada, si por acaso era cierta, como á la calentura de los voluntarios, que no hice caso ninguno.

Al día siguiente supe que los estudiantes de medicina estaban presos, y alguien me anunció que iban á ser fusilados. Me eché á reir.

Pero la cosa era demasiado cierta, como luego se verá.

Sometidos los muchachos á un consejo de guerra y probada su inocencia, hubieran sido absueltos si los capitanes que constituían el tribunal militar no hubiesen tenido la debilidad de creer que se evitarían mayores males imponiéndoles algún

castigo, y en consecuencia fueron sentenciados todos—eran 45—á la pena de arresto mayor y multa.

Pero la sentencia, *por benigna,* exasperó á las fieras, á los voluntarios brutales y carnívoros, que se amotinaron en la Punta, donde está la cárcel. Á mi barrio no llegaba el ruido porque yo vivía muy lejos.

Ignoraba, pues, que se había constituído nuevo consejo de guerra, compuesto en su mayoría de voluntarios, el cual dictó ocho sentencias de muerte. Sentencias ilegales, como el consejo mismo, cuya formación no debió consentir la autoridad.

Estaba ausente el capitán general, conde de Valmaseda, y había recaído el mando en otro general, que cedió cobardemente á la presión de una turba inconsciente, insubordinada y sanguinaria.

El día 27—creo que fué el 27—lo pasé en mi casa leyendo todo el día, sin que llegaran á mí ni noticias ni rumores. Á la tarde salí tranquilamente con dirección al Louvre, y me llamó la atención que estuvieran solitarias las calzadas y silenciosa la calle de San Rafael. Todas las tardes á la misma hora estaba el café del Louvre, como los contiguos, rebosando gente, y me detuve á la puerta, muy sorprendido de que allí no hubiera casi nadie. En aquel momento llegó á mis oídos el ruido seco de una descarga cerrada.

—¿Qué ocurre?...—le pregunté á uno de los camareros.

—Que los están fusilando.

—¿Á quién?

—Á los estudiantes.

Nunca, ni antes ni después, en ninguno de los trances por que he pasado en la vida, he perdido tan completamente la serenidad. Me descompuse, grité, pensé en mis hijos, creyendo que también los fusilaban; no sé lo que me pasó; ahora mismo no acabo de explicármelo. Dos camareros se apoderaron de mí, encerrándome en un patinillo, sin lo cual es posible que á mí también me hubieran asesinado cuando las turbas aullando volvían del fusilamiento. Al poco rato se abrió la puerta del patio y entró uno de aquellos honrados camareros con otra persona para mí desconocida; era, sin duda, un cirujano, pues sin examinarme y sin hablarme siquiera me sangró. Después me llevaron á mi casa en coche.

Si por casualidad, ó sin casualidad, viven aún aquellos camareros ó el cirujano, y cayera en sus manos este libro, les agradecería que me escribieran; porque todavía no les he dado las gracias.. ni he pagado el coche.

No dormí; formé el propósito de abandonar la isla, donde cualquier día podría tener la desgracia de formar parte de algún consejo de guerra, y yo no era capaz de condenar inocentes por ningún género de consideraciones. Aquella noche de insomnio y pesadillas la recuerdo ahora como un delirio confuso, como un tormento borroso por la

distancia, como el martirio de un hombre á quien arrancan de cuajo, no los miembros, sino el alma, los más arraigados sentimientos y todas las ilusiones.

Yo no conocía más que á uno de los fusilados; no lo había conocido en Cuba, sino en Llanes, cuando él era muy niño; pero lo que agitaba mi conciencia y me perturbaba el animo no era solamente el crimen de lesa humanidad, sino también el baldón eterno para España.

Sí; la fría razón podrá decirnos que la patria es una convención, un artificio; que las fronteras no son inmutables; que así como se muere por casualidad en cualquier parte del mundo, también se nace en cualquiera por pura casualidad. Pero la razón no puede nada contra el sentimiento, y yo no podía renegar ni prescindir de una patria por la que siempre he sentido algo semejante á la veneración. ¿Es una insensatez? ¿Es un absurdo? Conforme; pero que me arranquen las entrañas, porque en ellas, y no en el raciocinio, está lo que tengo de patriota.

El patriotismo fué, precisamente, lo que me hizo abandonar la isla de Cuba. Yo no podía permanecer en ella. Si hubiese permanecido, seguramente hubiera acabado mal: antes que la patria están la humanidad y la justicia. Por otra parte, el ejército en la Habana carecía de fuerzas para resistir á los voluntarios, para desarmarlos, para disolverlos, para exterminarlos si era menester, en des-

agravio de España. Pero pudo á lo menos protestar de la conducta de los voluntarios, y no lo hizo; lo que hizo entonces, como antes y después, fué prodigarles inmerecidas lisonjas que constan en documentos públicos. Una vergüenza.

Pasarán los años y los siglos, y cuando nadie se acuerde, ni aun la Historia, de la existencia de los voluntarios, subsistirá el borrón, la mancha indeleble que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos. Y caerá también sobre el honrado ejército español, por no haber querido ó no haber podido refrenar los desmanes de las fieras.

Los batallones de voluntarios de Cuba se componían de españoles y de cubanos adictos, gente en general tosca y grosera. En algunos pueblos prestaron buenos servicios á España y se batieron bien; pero en las ciudades grandes, y en la Habana particularmente, no hicieron más que perturbar con sus abusos, con sus exigencias, con sus crímenes. Tenían por toda excusa el patriotismo inconsciente, y bien dirigidos habrían podido ser útiles. Pero sus jefes, sus consejeros, sus guías, los que los azuzaban á perpetrar todo género de enormidades, eran los viles negreros, piratas enriquecidos, y algunos abogados charlatanes y ciertos defraudadores del Estado, corruptores de los funcionarios, que se valían de las masas para sus fines políticos y para sus negocios. Hasta para delinquir invocaban el honor de España. Lo que el honor de España reclamaba no era sangre de

inocentes, ni siquiera de culpables, sino justicia, humanidad y honradez. Hubiéralas habido, y no seríamos, como lo seremos, execrados por la Historia.

El capitán general, que estaba en campaña dirigiendo las operaciones, volvió á la Habana precipitadamente; pero cuando llegó se habían consumado el crímen y la deshonra. Todavía era tiempo de evitar la última, castigando á los culpables; pero no lo hizo. Creo que ni siquiera lo pensó.

.....

.....

¿Pero qué hacer para irme?

Consulté el caso con mi excelente amigo Zarraluqui, jefe de un negociado en la Inspección, y con mi compañero de colegio Manuel Ladoux, ayudante del general Valmaseda.

Los dos, así como un clérigo español amigo de Ladoux, convinieron, después de verme y oirme, en que yo no podía continuar en Cuba.

—¿Ádonde quieres irte?—me preguntó Ladoux.

— Á cualquier parte... ¡á los antípodas!

—¿Cuándo quieres embarcarte?

— Hoy mismo... ahora.

No pudo ser. Yo estaba dispuesto á irme sin licencia ni requisito alguno, pero aquellos amigos me obligaron á pedir cuatro meses de licencia. Mi solicitud debía cursarse á España, lo cual suponía dos meses de tardanza para la concesión. Por consejo de Zarraluqui solicité del capitán general

que me anticipara la licencia y me expidiera el indispensable pasaporte. Mis amigos se encargaron de que mi segunda instancia se despachara pronto y favorablemente. Lo hago constar, porque después se dijo que yo había salido sin licencia de la Habana, lo cual es completamente falso. Todavía conservo el pasaporte.

El cura y Ladoux, viéndome tan impaciente por marcharme de la isla, me tomaron pasaje en la goleta americana *Star* que salía para Nueva Orleans con un cargamento de maderas.

No recuerdo con certidumbre el apellido del cura que me favoreció con sus consejos; tengo una idea de que se llamaba Castro. Él y mi amigo Ladoux me acompañaron hasta la goleta; no puedo fijar el dia: fué en la primera decena de Diciembre.

En la goleta íbamos dos pasajeros: un chino y yo. El chino estaba embarcado cuando yo llegué.

El capitán ó patrón de la goleta me recibió muy mal; era un yanki de mala catadura, que no tenía ganas de conducir pasajeros. Me dijo, en mal español, que estaba á tiempo de desembarcarme, que el viaje sería penoso, que comería muy mal.

Yo me obstiné en quedarme á bordo y el capitán me volvió la espalda con mal gesto.

Salimos á la mar antes de ponerse el sol y me quedé sobre cubierta gozando de un crepúsculo admirable. Cerró la noche y continué contemplando el grandioso espectáculo, siempre el mismo y

siempre nuevo de las noches tropicales. Estrellas resplandecientes y celajes luminosos daban al cielo un encanto indefinible. El mar estaba en calma. Aquella tranquilidad de la naturaleza contrastaba con la inquietud de mi espíritu y con la lucha de desbordadas pasiones que ensangrentaba la vecina tierra.

A media noche sentí frío; excesivo tal vez para aquella latitud; me envolví en una manta y me dormí.

Todavía era de noche cuando me despertó un extraño ruido de voces y cadenas. Los marineros corrían de un lado para otro, haciendo unas maniobras que yo no comprendía. Tardé en entender que teníamos fuego á bordo, porque yo no vi ni humo ni llamas. Se echó el bote al agua, y en pocos segundos nos trasladamos á él cuantos íbamos á bordo, incluso un perro. También se transportaron al bote barriles de galleta, un bocoy lleno de agua y la brújula. El capitán me obligó á dejar mis dos maletas con toda mi ropa y cuanto yo tenía. Afortunadamente llevaba en mis bolsillos el dinero, el revólver y el pasaporte del capitán general.

Esperaba yo que se armaría una vela y tomaríamos el rumbo de la Habana, pero no sucedió así; proseguimos á remo la misma derrota que la goleta llevaba.

Empuñó su timón el capitán y nos puso á remar, al chino con un marinero, á mí con otro, quedando

dos marineros de descanso. Buena precaución, porque el chino y yo remábamos torpemente, nos fatigábamos pronto y era justo relevarnos.

Pero debo confesar que no era el remo lo que me agobiaba, sino otra cosa que más abajo diré.

Nos habíamos alejado pocas brazas de la infeliz goleta, cuando brotó de su seno como una explosión de llamas; el espectáculo era muy hermoso, y lo recordé un año después en presencia de otro parecido.

La goleta americana estuvo ardiendo hasta el día y hasta sumergirse la última pavesa.

Todos los indicios anteriores y posteriores al hecho me hacían pensar que aquel era un incendio provocado. Pero eso no me importaba á mí, lo que me inquietaba grandemente era la actitud de los dos marineros de reserva, pues no cesaban de hablarse y hablaban de mí, seguramente; sus miradas me lo descubrían. Además, se adivinaba en sus gestos que cambiaban señas con los otros marineros ó con el capitán.

Ya había salido el sol, y aun no se me había quitado lo que sin impropiedad llamaré miedo; fué el de aquella madrugada el gran miedo de mi vida. Si hay algún hombre que no conozca el miedo, será por no haberse visto en situación análoga Al ver los cuchillos de los cuatro marineros, teniendo mis manos ocupadas en remar y el revólver metido en una funda, todo esto en alta mar y en plena noche, creí de veras que el chino y yo seríamos almorza-

dos por los tiburones. Sí, porque hasta el perro nos aullaba.

Las ocho de la mañana serían cuando avistamos un vapor que venía del Noroeste; nos vío y nos recogió. Era un vapor mercante, americano también, que venía de Nueva Orleans y nos llevó á Cabo Haitiano. Desde allí me trasladé á Santomas en un vapor francés.

La ciudad de Santomas, vista desde el mar, es de las más pintorescas; su apariencia de cromo invita á desembarcar; pero la subida al consulado español, situado en la cúspide de una pirámide, me hizo ver y sentir lo que va de lo vivo á lo pintado.

No encontré al señor Segundo, cónsul de España, pero sí á un dependiente ó empleado á quien entregué, en pliego cerrado para el cónsul, una exposición al rey; en ella solicitaba mi licencia absoluta.

Lo hice con pena; yo no tenía más carrera que la militar y contaba en el ejército con numerosos amigos; era capitán del 59 y tenía el grado de comandante; pero me había persuadido al fin y al cabo de que no se puede pertenecer á la milicia cuando se antepone la propia conciencia á todas las leyes, á todas las ordenanzas, á todos los prejuicios de profesión y de escuela.

Por otra parte, la milicia es buena para la gente moza; yo iba á cumplir treinta y cuatro años.

No me arrepentí jamás de lo que hice. De haber continuado la carrera, hoy sería uno de tantos ge-

nerales viejos, inútiles, fracasados. Ni en tiempo de la República accedí á los deseos de Figueras, de Nouvilas y de otros, que me instaban á reingresar en filas. Creo que hice bien. Que digan cuantas personas me conozcan si me conciben á mí con un casco prusiano, con el pecho cubierto de crucecitas y haciendo genuflexiones en los besamanos y en otras ceremonias. ¡Antes la muerte!

Pasé la Nochebuena en Santomas, donde vi que los rubios soldados dinamarqueses y los habitantes, nada rubios, celebraban la festividad con menos ruido, pero con más consumo de brandy que los españoles. Bebieron aquella noche para todo el año.

Se me acababa el dinero, y hube de tomar pasaje de tercera clase en un vapor francés que regresaba á Europa. Era la primera vez que navegaba yo en tercera clase, pero no fué la última.

Entre mis compañeros de tercera clase venía un caballero polaco, gran jugador de ajedrez, que no dejó ni un día de explicarme por qué viajaba en tercera: simple capricho. La vanidad humana se alberga en cualquier parte; yo la vi en un mal camarote de tercera.

Y á mí se me figuraba aquella tercera clase un verdadero lujo: tres semanas antes remaba sin querer como los "forzados de Dragut", como los antiguos galeotes.

CAPITULO XXXV

1872

I

En Santomas había tomado pasaje para Santander, donde el vapor debía de hacer escala; pero al llegar á proximidad de tierra acordó la junta de oficiales suprimir aquella escala, considerando, por el estado del mar, que no era posible tomar puerto.

Así sería, porque el Cantábrico estaba aquella tarde soberbio. No vi la tierra, cubierta como estaba por espesísima bruma. Los vaivenes del barco, mientras estuvimos cerca de la costa, eran de extremada, aunque desigual, violencia. Estar sobre cubierta resultaba incómodo, pero se gozaba de un espectáculo magnífico. Siempre es hermosa la Naturaleza, pero más que nunca en sus fenómenos irregulares; si la mar en calma inspira sentimientos melancólicos, las olas tempestuosas elevan el espíritu; si son gratos los céfiros y las bri-

sas, mejor templan el alma los rugidos del ciclón ó los truenos y relámpagos de la tormenta; no conmueven los campos apacibles como la volcánica erupción, ni nos encanta el lucero vespertino como el cometa de ignorada órbita. Por eso mismo los hombres y los pueblos no han admirado tanto á los sabios, á los poetas y á los bienhechores como á los monstruos que han tenido cierta semejanza con el relámpago ó con el cometa, con el rayo y con la tempestad.

A mediados de Enero desembarqué en Saint-Nazaire con mis pantalones blancos de la Habana, que, á decir verdad, habían perdido bastante de su blancura, sin que por eso dejaran de ser impropios de la estación y de la temperatura de Bretaña.

Con la misma ropa estuve en Nantes y pasé la frontera y llegué á Madrid, antes de acabarse el mes de Enero, vestido de verano.

Aunque mi ausencia no había sido larga observé á mi vuelta algunas alteraciones. Al ausentarme dejé el partido republicano bastante quebrantado por el triunfo de los progresistas; al volver ya estaban estos últimos aun más descompuestos, más divididos que los republicanos. Dejé á los alfonsinos impotentes, desilusionados, con pocas esperanzas de derribar á Amadeo, y los encontré animados, organizándose, constituyendo un partido relativamente vigoroso y conspirando eficazmente. El ejército, casi en totalidad, estaba

ganado por los alfonsinos; era fácil encontrar un general republicano y un coronel progresista, pero de capitán abajo era ya difícil encontrarse con alguno que no renegara de la Revolución.

Porque la Revolución estaba en la agonía; la había matado la insensatez de sus iniciadores. Al derribar un trono secular el año 68 pudieron y debieron instituir la República. El pueril temor de desagradar á las potencias, de disgustar al clero, de ofender á las clases privilegiadas y conservadoras, les hizo optar por la monarquía y sentar en el trono á un príncipe extranjero, que había de ser necesariamente impopular.

Esta solución absurda había dado fuerzas al partido alfonsino y más aún al carlismo. Por su miedo ó su odio á la República, los hombres de Septiembre favorecieron en definitiva á los Borbones y resucitaron el muerto absolutismo. Es cierto que se llegó por fin á la República, más por el accidente inesperado de la abdicación del rey que por la habilidad ni por la fuerza de los republicanos; pero se llegó cuando era tarde, porque la Revolución estaba moribunda.

La República se proclamó sin esfuerzo cuando estaba la Revolución en sus postrimerías, gastados ó muertos ya sus principales caudillos y desvanecidos los entusiasmos de Septiembre del 68.

No cabe duda; si los afortunados vencedores de Alcolea hubiesen proclamado desde luego la República, ésta se habría consolidado. Acaso los

errores de los hombres ó las veleidades de los pueblos hubieran traído al cabo la restauración borbónica, pero mucho más tarde. La República hubiera dejado en ese caso más hondas raíces, mayores intereses y más larga historia. Cuando se la proclamó, en Febrero del 73, hacía tiempo que estaba el carlismo en armas, el alfonsismo crecido, el ejército muy disgustado y minado por la reacción. Las clases neutrales y acomodaticias, de cuyo juicio tanto se preocupan los políticos habilidosos, no esperaron hasta la proclamación de la República para desprenderse de su neutralidad; eran ya resueltamente alfonsinas el año 72.

Se ha dicho, y es verdad, que la República del 73 devoró seis gobiernos en un año; pero se olvida que la monarquía tuvo también seis ministerios el año 72. La República no tuvo más que una Asamblea; durante el efímero reinado que la precedió hubo no sé cuántas disoluciones de Cortes con las correspondientes elecciones generales, por cierto las más escandalosas que se recuerdan en España y en el mundo. Las diferencias que en tiempo de la República pudieron existir entre Figueras y Pi ó entre Castelar y Salmerón, no fueron tantas ni tan hondas como las que hubo en plena monarquía entre Martos y Rivero, entre Zorrilla y Sagasta. Fueron éstos los que mataron la Revolución, cuya hija, la República, fruto de un cadáver, nació muerta.

Los carlistas se sublevaron reinando D. Ama-

deo, y no obstante las bien intencionadas transacciones que el general Serrano les propuso, no depusieron las armas sino al cabo de cuatro años de guerra. La guerra civil, esa calamidad abrumadora, fué uno de los legados que debió la República á la monarquía de Prim, de Zorrilla y de Sagasta.

En Cuba, Puerto Rico y Filipinas la política de los septembrinos fué desastrosa. Lejos de imponer soluciones liberales, se humillaron ante los negreros y reaccionarios de Cuba y ante los frailes indoctos de Manila. Una débil protesta contra el despotismo de los frailes, que surgió en Cavite el año 72, fué ahogada en sangre por los gobernantes de Amadeo, sembrando odios que nos han dado después abundante cosecha de desastres. Cuando vino la República era ya escasa la potencia de la Revolución para llevar á las colonias útilmente una política liberal y humana. Así ha resultado luego que en las perdidas colonias se tenga á Cánovas y á Martínez Campos, no sin apariencia de razón, por más liberales y más justos que Topete, Sagasta y Ruiz Zorrilla.

A mi regreso á España estaban ya tan crecidos y tan confiados los conspiradores alfonsinos, que en aquel mismo año 72 intentaron sublevar la guarnición de Madrid. Generales conocidos, todos sin mando, se comprometieron á ir á los cuarteles y sacar las tropas, aunque no contaban con los jefes; pero tenían á su devoción buen número de

tenientes y de capitanes. Debía ponerse al frente de la insurrección el general Gasset; pero llegada la hora, un solo general acudió á su sitio de uniforme, el bravo y gigantesco Mendigacha. Por incumplimiento de los más, que no por la vigilancia del gobierno y de sus delegados, no se anticipó en más de dos años la restauración borbónica.

Poco después de mi llegada á Madrid reapareció *El Combate,* dirigido por mi amigo Rispa y Perpiñá. Formé parte de su redacción con Vicente Galiana, Córdova y López, Ignacio Sastre, Juan Pedro Barcelona y otros que ya no recuerdo.

El nuevo *Combate* no era ya el mismo de la primera época ni fué tan leído como su predecesor. Usaba algunas violencias de lenguaje, pero no empleaba la injuria por sistema.

Siendo el señor Sagasta presidente del Consejo de Ministros, obtuvo del rey á fin de Enero el decreto de disolución de Cortes y convocó las nuevas para Abril. Entonces ocurrió el definitivo rompimiento de Zorrilla con Sagasta; pretendiendo cada uno que su personal agrupación era el auténtico, el verdadero partido progresista. Ambos tenían razón; los zorrillistas eran sucesores directos de los viejos progresistas del himno de Riego y de la tendencia liberal, como los sagastinos podían vanagloriarse de ser los herederos de los progresistas doctrinarios, cortesanos y fusiladores.

Concurrí como representante á la Asamblea federal republicana, que se reunió en Madrid poco después de la disolución, en la cual acordamos que el partido acudiera á la lucha electoral. Se acordó también entrar en la coalición con los demás partidos, idea que defendió Figueras con verdadero entusiasmo.

Los partidos coaligados, que eran todos los de oposición, constituyeron una junta mixta formada por los señores Nocedal, Canga-Argüelles, Vinader, Vildósola (carlistas); Barzanallana, Castro, Heredia Spínola, Toreno (alfonsinos); Ruiz Zorrilla, Martos, Montero Ríos (progresistas); Figueras, Castelar y García López (republicanos). ¡Bonita mezcla!

Seguramente hubiera sido el gobierno vencido en las elecciones si Sagasta no hubiera exagerado las mañas electorales en que siempre ha sido incomparable maestro. Por cierto que ha sacado inmejorables discípulos.

Efectuáronse las elecciones el 2 de Abril. Galiana y yo fuimos elegidos diputados por la Inclusa y la Latina, respectivamente. Era la primera vez que las candidaturas republicanas triunfaban en Madrid. Yo obtuve 6.000 votos más que mi adversario el candidato sagastino, siendo éste un hombre acaudalado, vecino del distrito, bien quisto en él y apoyado por el ministerio. Consigno estos detalles para que se vea con cuánta injusticia calumnian á las clases populares los que las acusan

de vender sus votos. Los que á mí me los dieron en aquellas elecciones eran artesanos, jornaleros, personas que nada podían prometerse de mi triunfo, y á mí no me costó ni una peseta. No me dejaron pagar ni la impresión de los carteles y de los boletines.

Conste que no me apoyó la junta mixta, al contrario, y que yo no había solicitado la diputación.

Abriéronse las Cortes el 24 de Abril, y en ellas sucumbió el ministerio Sagasta. No tuvo más larga vida el ministerio Topete, á quien sucedió Serrano, duque de la Torre. Éste presentó á su vez la dimisión en los comienzos de Junio, y el rey entregó el poder á Ruiz Zorrilla.

¡Y que tales hombres hayan hablado tanto de las mudanzas políticas y cambios de gabinete del tiempo de la República!

Ruiz Zorrilla, naturalmente, disolvió aquellas Cortes sagastinas para proceder á nuevas elecciones. Quedaron disueltas el 28 de Junio.

La gran figura parlamentaria de aquella legislatura fué el joven diputado republicano señor Moreno Rodríguez. Con una simple proposición y un discurso echó por tierra al ministerio Sagasta. "El discurso — me decía Figueras — es digno de Demóstenes."

Moreno Rodríguez era uno de los hombres de más cultura y más entendimiento de la minoría republicana. Si aun vive, como deseo, vive apartado de las contiendas políticas. Y se comprende:

para un hombre tan republicano como él, no hay decorosa cabida en la restauración; para un individualista de tan firmes convicciones, tampoco puede haberla dentro de los rumbos socialistas de la democracia.

CAPITULO XXXVI

1872

II

El partido progresista había sido el nervio de la Revolución, y tuvo en ella predominio incontrastable mientras vivió D. Juan Prim. Muerto el caudillo, las rivalidades y luchas de Ruiz Zorrilla y Sagasta, las inclinaciones republicanas de algunos, aunque pocos, elementos del partido, y la impopularidad del desventurado rey, cambiaron completamente la situación de las cosas. El antiguo partido que un tiempo acaudillara Espartero y arrastraba al pueblo en pos de sí, era ya impotente para gobernar. Las tendencias autoritarias y conservadoras estaban mejor representadas en los unionistas (antiguos montpensieristas), reforzados por el grupo de Sagasta, que forzosamente habían de acabar en alfonsinos. Las ideas radicales no podía personificarlas Ruiz Zorrilla, sospechoso á los republicanos por sus compromisos

monárquicos y por sus aficiones centralistas, y aborrecido de los conservadores por su historia liberal.

Así, pues, el gobierno constituído en Junio ó Julio por D. Manuel Ruiz Zorrilla nació condenado á la esterilidad y á la impotencia y fué el último de los gabinetes saboyanos.

Los republicanos de la derecha, y particularmente Castelar, predicaban la benevolencia para con Ruiz Zorrilla. Los de la izquierda pensábamos que la benevolencia le daría fuerza para sostener la monarquía, en vez de arrastrarlo insensiblemente á la República. Por mi parte sigo creyendo que los de la izquierda estábamos en lo cierto, pues Zorrilla no había de ser desleal, ni lo fué, á la monarquía de su predilección. La República no vino porque los republicanos se declararan *benévolos,* sino por el desencanto de Amadeo, que le hizo renunciar espontáneamente la corona.

Divididos los republicanos en benévolos é intransigentes, éramos impotentes para una y otra política. Figueras, Castelar y Pi Margall apoyaban á Zorrilla, no por creer que esa política los llevara al triunfo, sino porque se entendían secretamente con D. Nicolás Rivero. Esta circunstancia nos era desconocida; é ignorándola, nada podíamos esperar de benevolencias ni conjuras. Viendo, por otra parte, los progresos incesantes de los alfonsinos y la incapacidad del gobierno de Amadeo para sofocar la insurrección carlista, imagi-

nábamos que únicamente la República, si lograba electrizar al pueblo, acabaría con la facción armada. Y no considerábamos posible llegar á la República sino sublevándonos como en 69.

Cierto que el 69 nos venció el partido progresista; pero entonces el progresismo era fuerte, disponía del ejército, que el 72 se le iba de las manos, y tenía á su frente un general prestigioso, todo un Prim.

Se reconstituyó en aquellos meses el Directorio republicano federal, formándolo Figueras, Pi y Margall, Castelar, Sorní, el marqués de Santa Marta, el general Contreras y el autor de estos renglones. Contreras declaró desde los primeros días que él conspiraba, que disponía de varias guarniciones, y que, si el Directorio no acordaba la revolución, la intentaría él solo con sus propios elementos. Yo secundé á Contreras en el Directorio, porque creía de necesidad un alzamiento para traer la República antes que el carlismo organizara un verdadero ejército; pero dije también que la insurrección debía ser acordada por el Directorio, porque intentándola uno solo de sus individuos y sin más partidarios que los intransigentes fracasaría de una manera lamentable.

El diputado García López había formado una ó más juntas secretas que fomentaban la agitación revolucionaria en Madrid y en las provincias, y se entendía para todo con el general Contreras. Me habló repetidas veces, y le dije lo mismo que en el

Directorio, esto es, que yo creía en la conveniencia, en la necesidad, en la eficacia de un levantamiento del partido, acordado por el Directorio, á quien secundarían poderosos elementos, pero que me parecía descabellada una sublevación hecha por un hombre, por un comité anónimo y por una fracción aislada del partido.

Así las cosas, y después de algunos chispazos como el del Ferrol, que revelaban mal contenida impaciencia, dijo Contreras en el Directorio que había llegado la hora de insurreccionarse. Pi y Margall le contestó de manera terminante que el Directorio no lo apoyaría; Figueras le arguyó con toda clase de razonamientos; Sorní lo trató mal; Castelar se llevaba las manos á la cabeza, y por fin le dirigió un discurso hábil que oyó Contreras sin pestañear y al que replicó sencillamente:

—Si á Vd. le dejan hablar, Sr. D. Emilio, no lo ahorcan.

—Pero á Vd. lo fusilan, general.

—No sería la primera vez, le respondió Contreras.

Interrogado yo, insistí en lo que había dicho siempre: que deploraba la actitud del Directorio, pero que si éste no prestaba su apoyo y su autoridad al movimiento, lo que hiciera el general sería una intentona absolutamente ineficaz, baldía.

Entonces me dijo con cierta amargura el general Contreras:

—¡Usted también me abandona!... Pues lo sien-

to mucho, pero no por eso dejaré de sublevarme.

Y le respondí en presencia de todos los demás:

—Si Vd. se subleva, mi general, yo seré uno de los sublevados; iré adonde Vd. me diga, haré lo que pueda y sepa con los elementos que Vd. me proporcione, pero no comprometo á mis amigos, y cuento con algunos, porque vamos á una derrota inevitable.

Por todo lo dicho, se ve que el Directorio conocía los planes de Contreras y mis compromisos con este general.

Desde aquel día dejé de concurrir á las sesiones y tareas del Directorio. Los señores Pi y Figueras me instaron á que volviera y me negué en absoluto. No me pareció decente oir lo que acordaran, que sería probablemente encaminado á dificultar la tentativa.

A mediados de Noviembre me visitó Contreras y me dijo:

— Cuento con una parte de la guarnición de Badajoz, con otra parte de la de Sevilla, con las de Córdoba y Málaga, con muchos carabineros y con un regimiento de caballería. Están dispuestas las partidas que han de salir al campo en catorce provincias. Pero la señal que ha de servir á todos para sublevarse es la aparición de una partida que corte las comunicaciones en Despeñaperros. La partida está dispuesta; sólo falta el jefe que ha de mandarla; ¿quiere Vd. ir?

— Iré sin falta... ¿Debo marchar hoy mismo?

—No; Vd. iniciará el 23; los demás secundaremos hacía el 25. Sólo exijo de Vd. que se sostenga ocho días.

—Me sostendré ocho días.

En efecto, me sostuve, no ocho días, sino treinta y ocho. Y el pobre general anduvo todo ese tiempo de provincia en provincia, de plaza en plaza, muy vigilado por todo género de espías, y recordando sus promesas á muchos militares y paisanos que no pudieron ó no quisieron cumplirlas.

Algunos, sin embargo, levantaron partidas en Murcia, en Extremadura y en Vizcaya, que apenas si pudieron mantenerse algunos días. El general D. Simón de la Torre me decía un año después, hablando de dos amigos míos que se levantaron en Vizcaya: "Merecen la cruz laureada, porque es un arrojo, es una temeridad levantar la bandera republicana en tierra vizcaína. Para levantar una partida republicana donde ellos lo han hecho, es preciso estar loco. Se metieron en Francia á los tres días, pero aunque lo hicieran á los cinco minutos, ¡son unos héroes!„

***

Estaba yo tan seguro del mal éxito de la insurrección, que no dije nada á mis mejores amigos, ni aun á Miguel Pérez. Los que estuvieron conmigo no fué porque yo los arrastrara sino por aviso que les diera García López.

La víspera del día señalado para sublevarme tomé por la mañana el tren de Andalucía. Juan de Murviedro, que me acompañaba, tomó distinto coche. Apenas me hube sentado en un vagón de segunda, llegó un ciudadano de aspecto inofensivo que llevaba unas cajas de cartón, abrió la portezuela de mi coche y me preguntó con aire de inocencia:

— ¿Este tren es el que va á Sevilla?

A mi contestación afirmativa se metió en el coche, acomodó sus cajas y se reclinó muellemente en uno de los rincones.

Faltaban pocos minutos para arrancar el tren, cuando se apareció D. Toribio Castrovido, hombre ajeno á todos los trabajos de los intransigentes, porque él era benévolo. Después de buscarme coche por coche, acertó con el mio, y por señas me indicó que me apeara un instante.

En cuanto lo hice me dijo á media voz:

— El sujeto que va en el coche de Vd. es un inspector de policía; lleva la orden de hacerlo detener á Vd. por la Guardia civil tan pronto como el tren salga de los límites de esta provincia. Lo llevarán á Vd. á la cárcel de Toledo ó á la de Ciudad Real.

— Gracias — le dije.

Y me volví á mi coche sin cerrar la portezuela.

Cuando ya el tren arrancaba, me arrojé al andén. Sorprendido el polizonte, asomó el hocico por la ventana y yo le grité:

— ¡Buen viaje, amigo!... ¡y mucho ojo!

Salí de Madrid en la noche de aquel mismo día, pero no como un viajero, sino como una de tantas mercancías; tres horas antes de salir el tren, ya estaba yo metido en una zafra de aceite (sin aceite) en un vagón precintado.

Era un tren carreta. Mi viaje hasta Vilches duró más de veinticuatro horas.

El gobernador de Ciudad Real, mi amigo y paisano Plácido Sansón, estuvo, por orden del gobierno, en una de las estaciones de la línea con la fuerza de Guardia civil que había de detenerme. Supongo que se alegraría de no encontrarme.

A las diez de la noche, antes de llegar á la estación de Vilches, paró el tren para que yo me apeara.

Y en aquel despoblado me encontré á Virgilio Llanos con la gran partida que iba á iniciar el movimiento; una docena de hombres, ocho de los cuales eran procedentes de Madrid.

Dos horas después ya no existía el puente de Vadollano.

Un tren de mercancías, después de abandonado por el personal, descarriló en el puente, cayó al río con estrépito, quedó en posición vertical y se incendió. El puente quedó envuelto en la columna de llamas. El tren llevaba un cargamento combustible: aguardiente. Las llamas, al reflejarse en el río, causaban un efecto de los más fantásticos.

Y quedaron cortadas para mucho tiempo las comunicaciones directas de Madrid con toda Andalucía.

Aquella cortadura del puente de Vadollano ha contribuído mucho á que me conmuevan poco ciertas obras de arte. La emoción artística se concibe que la sienta el que ve lo pintado, si no está al corriente de la realidad. Yo vi cómo entraba á todo vapor el tren en aquel angosto puente, y que un hombre solo, plantándose en la vía, gritaba con enérgica serenidad: "¡alto el tren!„ Hacer parar un tren en la estrechura de un puente, poniéndose delante con un mal fusil, es algo más atrevido que el ataque de D. Quijote á los molinos de viento.

Un pintor que hubiera visto la escena pintaría un cuadro de épica hermosura, y yo me reiría del cuadro, porque sé que el héroe de la empresa estaba de acuerdo con el conductor del tren sin más objeto que salvar la responsabilidad del conductor. Me gusta la realidad en el arte, no el realismo; ¿y cómo pintar la realidad del pensamiento, ni el secreto de las intenciones, ni la verdad *verdadera?*

En el museo de Versalles he visto á Napoleón pasando los Alpes en un brioso corcel, que se encabrita en las abruptas rocas; pero no me produce el aplaudido cuadro ninguna emoción estética, porque Napoleón, según cuentan las crónicas, pasó los Alpes montado en una mula; en la mula

más mansa que tenían los monjes del San Bernardo.

***

No temas, ¡oh, lector!, que te describa mi campaña de Despeñaperros. No hay manera de describir sudores ni de pintar fatigas; no conté los lobos que nos aullaron ni los jabalíes que se pusieron á tiro, aunque les tiré creyéndolos monárquicos; no hubo allí ninguna batalla de Marengo, sino escaramuzas de poca intensidad; tampoco pasamos hambre verdadera, que no nos faltaron nunca los *suculentos* madroños.

Todo lo que haré, para no perder la ilación de estos apuntes, será una breve reseña de aquella campaña de treinta y ocho días.

En Madrid publicaban los intransigentes, en hojas extraordinarias, noticias estupendas, más ajustadas á su buen deseo que á la realidad: "*Entrada de Estévanez en Linares con 4.000 hombres.*„ "*Ultima victoria de la partida de Estévanez.*„ "*Tropas del ejército unidas á la partida de Despeñaperros; toma del Viso.*„ Lo que tomé en el Viso no fué más que una buena taza de café en casa del antiguo guerrillero León Merino. En cuanto á las tropas que se incorporaron, y no fué mal refuerzo, eran el cabo de caballería Tomás Guzmán y cuatro soldados de su regimiento con

muy buenos caballos; sospeché que serían los de los jefes.

En Despeñaperros, como en todas partes, puede cortarse ó inutilizarse la vía férrea, pero no impedirse el paso de las tropas. Aquel desfiladero famoso no lo ha impedido nunca; por él pasaron los franceses en la guerra de la Independencia con suma facilidad, y existen, además, otros desfiladeros que permiten atravesar la sierra en un sentido y en otro. La fama legendaria de aquella garganta pintoresca, sin gran importancia militar, viene de que allí se han sublevado, con más ó menos fortuna, el conde de las Navas, los hermanos Merino y otros guerrilleros.

Destruído el puente, me dirigí con mi *ejército* de doce hombres á la ciudad de Linares. Antes de entrar en ella despaché un explorador para saber si ya se había sublevado, según lo prometido al general Contreras; volvió diciendo que todo estaba tranquilo, sin que se observara el menor indicio de sublevación. Con un segundo explorador que mandé vinieron al campo dos vecinos, los que me aseguraron que sólo se esperaba mi llegada para *dar el grito*.

—Pues vamos allá—les dije.

Y sucedió, en efecto, que el pueblo se levantó, con el señor Marín á la cabeza, al grito de viva la Federal, tan pronto como llegué con mis doce hombres cansados.

Aquí tenemos otra vez el delicioso contraste de

lo aparente y lo cierto. Lo aparente es que tomé con doce hombres una ciudad de 30.000 habitantes; lo cierto que no tomé cosa alguna. El pueblo se sublevó porque quiso, de lo cual resulta que es enteramente falsa la supuesta rendición de cuarenta y dos guardias civiles á una docena de paisanos. Evacuaron la ciudad al ver la actitud del vecindario, no por mí ni por los doce hombres.

Desde Linares escribí á Contreras y oficié al Directorio dándoles cuenta de haberse proclamado la República.

Se hizo un alistamiento de voluntarios y se tomaron medidas de defensa. En las entradas del pueblo hicimos barricadas. Pero estuvimos parcos en proclamas, arengas y manifiestos.

El segundo día hubo una alarma; las campanas tocaban á rebato y los alistados acudieron á sus puestos. No participé del desasosiego que produjo el aviso de que llegaban tropas, y fué porque las vi desde la torre y comprendí que se trataba de un reconocimiento: era una escasa fuerza de caballería que no tardó en alejarse.

Calculé que seríamos atacados al cuarto día, por lo que abandoné la ciudad en la noche del tercero, llevándome 700 hombres. El armamento era muy desigual; en cuanto á municiones, el que más llevaba seis cartuchos.

Al día siguiente, cerca de la Carolina, tropezamos con una pequeña fuerza de caballería y unas parejas de la Guardia civil de infantería. Cambia-

mos cuatro tiros y se produjo una desbandada general. Allí se disolvió mi columna, pero me quedaron unos 80 hombres.

Dos días después decía la *Gaceta de Madrid:* "Ha sido dispersada la partida de Estévanez, pero se ha presentado otra en el Viso."

No era otra; era la misma. Habíamos atravesado la sierra en pocas horas.

En el Viso recogimos algunos voluntarios de la Mancha; allí se me presentó el cabo Guzmán con sus cuatro soldados y los mejores caballos del ejército español.

Necesitando proveerme de municiones, traté de sorprender el destacamento del Visillo (Almuradiel). Lo componían veinticuatro cazadores del batallón de Las Navas, y lo mandaba el subteniente O'Donnell. Se alojaba esta fuerza en un solo edificio y con la debida vigilancia, por lo cual la sorpresa fracasó. Aun así, intimé la rendición al comandante del destacamento; la contestación fué una descarga. Se trabó el fuego, y al cabo de media hora dispuse la retirada hacia la venta de Malaventura. Amanecía.

El coronel Teruel, comandante general de Despeñaperros, que por casualidad se encontraba en el Visillo, salió de su casa al oir el fuego. Lo mató una bala del destacamento. Nuestros tiros no pudieron ser, pues venían por nuestra retaguardia. Sentí su muerte, como toda muerte inútil, y por ser el muerto un buen soldado.

Por mi parte no hubo más pérdida que un hombre herido de bayoneta en la cara, otro con un pie deshecho y las municiones consumidas.

Perseguido por diferentes columnas tuve que maniobrar algunos días por las escabrosidades. Pero la verdad, ya que acostumbro decirla, es que aquello no era persecución ni nada. Viendo aquel modo de guerrear, he comprendido luego muchas cosas. Las guerras civiles han sido en España tan largas y sangrientas porque no se las ahoga al nacer, cuando es más fácil. Diríase que hay interés en que las facciones crezcan, se organicen, y en que los partidarios, fogueándose, lleguen á ser hombres aguerridos. Si hubieran querido los jefes de las columnas, hubiesen acabado con nosotros en menos de una semana. Pero pernoctaban en los pueblos, iban de un pueblo á otro por las carreteras — siempre de día — y no nos buscaban nunca. Varias veces pasaron las columnas á mi vista sin sospechar mi presencia. Yo no las hostilizaba, por no tener interés en provocar encuentros sin objeto. En la ermita de San Andrés esperé á la columna de Borrero y le hice frente, no por mi gusto, sino por necesidad que ya tenía de dar fe de existencia. En aquella acción, que fué el 6 de Diciembre, tuvo el coronel Borrero algunas bajas; por nuestra parte no hubo más pérdida que un caballo herido. En su retirada al Viso, ya de noche, pude causarle á Borrero, á lo menos, alguna detención y nuevas bajas al pasar por la

huerta de la Monja; eso querían los guerrilleros, y yo me opuse porque de nada nos podía servir que allí muriera algún infeliz soldado.

La columna de Borrero, en San Andrés, se componía de 25 caballos y dos compañías de cazadores de Ciudad Rodrigo. Yo tenía 37 hombres, casi todos armados de escopetas. Alguien dijo que yo había arengado desde mis posiciones á los soldados que las atacaban. No hice más que darle los buenos días, á gritos, á mi compañero y amigo Julio Segura, suponiendo que se encontraba allí por ser de Ciudad Rodrigo. Más tarde supe que no estaba presente.

Quien pronunció un discurso, montado en una peña, fué Virgilio Llanos. Sus gestos y sus frases me recordaban la arenga que pone Ercilla en los labios de Caupolicán:

Esforzados varones, es venido
el momento de hacernos inmortales...

Á decir verdad, no me pareció la ocasión muy oportuna para hacer resonar la épica trompa.

La partida continuó menguando; los de Madrid se fueron marchando todos, no sin despedirse. Eran buenos para el fuego, pero se cansaban pronto de las jornadas largas, de las lluvias y de las privaciones. Alfredo Delofeu, que era valiente, resbalaba en los riscos y siempre se caía cuando pasábamos algún arroyo. Los más decididos y

más duros, aparte de los pastores y serranos. eran Agustín Martínez, Francisco Lorencez, Ramón Aranda y el gran tirador Jesús Merino.

Comíamos perfectamente; el *menú*, aunque invariable, era sano; se componía de naranjas, madroños, exquisita miel y agua cristalina de los manantiales de la sierra.

El 20 de Diciembre ya no me quedaban más de nueve hombres. El 21 entré sólo en Bailén, dejando á mi gente en un cortijo próximo. Descansé tres días en casa de un amigo y correligionario; cuando regresé al cortijo se habían marchado tres. Se sorprendieron los restantes cuando vieron que volvía, pues habían imaginado que yo también me iba definitivamente.

Una noche en un cortijo, orilla del Jándula y no lejos de Andújar, dormíamos sin vigilantes por la escasez de gente. El cortijero me decía que de nada servirían escuchas ni centinelas, porque los perros nos advertirían cualquiera novedad. En efecto, él interpretaba los ladridos con una exactitud maravillosa. Cuando los perros ladraban, me decía: "Le ladran á una lechuza„, "pasa un lobo„, "está saliendo la luna„, etc. De repente se oyó un ladrido lejano, y el hombre se puso en pie gritándome asustado: "¡La Guardia civil!„

Salimos precipitadamente, y á los pocos minutos vimos llegar un paisano, enteramente solo y sin armas á la vista; pidió un vaso de agua y prosiguió su camino; pero antes de marcharse nos

manifestó que había servido seis años en la Guardia civil. Llevaba la licencia en el bolsillo y conservaría el olor del instituto, puesto que los perros avisaron.

El 30 de Diciembre, sin noticias del general Contreras ni de nadie, tomé el tren en la estación de Vilches y me volví á Madrid. Fuí reconocido por más de dos viajeros, que no me denunciaron. Yo también los conocí, pero no los saludé.

Me tiré del tren antes de llegar á la estación de Atocha, me embocé en la capa y me dirigí á mi casa con el tardo paso de un burgués pacífico.

CAPITULO XXXVII

1873

I

Encerrado en casa, privado por precaución de hacer visitas y de recibirlas, no estaba muy al corriente de las novedades en Enero del 73. Llegó, sin embargo, un día, el 22, en que me convencí de que el advenimiento de la República se aproximaba.

Un inspector de policía, á quien "no tenía el honor de conocer„, según su propia expresión, me mandó recado por medio de su señora haciéndome saber que tenía la orden de prenderme y suplicándome que me ausentara un par de horas para no encontrarme en casa. No me ausenté; él se presentó á la hora anunciada por él mismo, y le dije que no me había ocultado para tener ocasión de conocerlo y para darle un millón de gracias por su aviso.

—Y puesto que Vd.—añadí - no quería encon-

trarme en casa, dígale al gobernador que no me ha encontrado; el resultado es el mismo.

Y así fué.

Aquel funcionario tan servicial me pareció que había olfateado la República.

El rey D. Amadeo estaba ya medio loco; se le iba acabando la paciencia. A la verdad, no le faltaba motivo: los carlistas sublevados; los amadeístas impotentes; intrigas de unos, chismes de otros, conspiraciones por uno y otro lado; Cataluña, excepto las ciudades, en poder de los carlistas; los negreros amenazándole con la pérdida de las colonias si las Cortes votaban la abolición inmediata de la esclavitud; los artilleros faltando á la disciplina; groserías incesantes de personas y familias que, á lo menos, debían de tener educación; desaires de todo el mundo; apuros de la Hacienda... Fué un rey leal, pero su dignidad de hombre le imponía la abdicación; hubiera ganado mucho renunciando la corona algunos meses antes.

No he de hacer la historia de los sucesos, pues no tuve en ellos ni en su desarrollo la menor intervención directa ni indirecta. Por otra parte, los preliminares de la abdicación, el hecho mismo y la proclamación de la República son cosas demasiado conocidas.

Quedó establecida la República el 11 de Febrero. El rey salió de Madrid el 12. En la noche del 11 al 12 hubo tantas y tales iluminaciones, que yo estaba indignado. Mi casa fué la única sin ilumi-

nar en toda la calle de Hortaleza, en la que no había ni una ventana amadeísta ni un balcón alfonsino sin sus faroles grandes ó pequeños. Iluminaron hasta los carlistas; pero los farolillos que más me repugnaban eran los de aquellos progresistas que habían sido cortesanos de D. Amadeo.

Pocos días después de proclamada la República me escribió el señor Figueras, presidente del Poder ejecutivo:

"Contreras va á ser nombrado capitán general de Cataluña y quiere que vaya Vd. á la misma capital de gobernador civil. Navarrete y otros señores piden que vaya Vd. de gobernador á Cádiz. Yo creo que Vd. debe reingresar en el ejército. Dígame Vd. qué hacemos."

Le contesté: "Aceptaré el cargo civil en que usted considere que puedo servir útilmente á la República; pero no me hable Vd. de volver al ejército, porque he renunciado para siempre á la milicia."

Me quedé esperando su resolución y no resolvió nada.

Pero llegó la crisis del 24 de Febrero, que fué la primera y la más grave de las de la República. Todos los ministros que lo habían sido de D. Amadeo y lo eran de la República, excepto el de la Guerra (general Córdova), querían deshacerse de los ministros nuevos. Manejaban el asunto ó dirigían la conjuración el señor Martos, presidente de la Asamblea legislativa; el marqués de Sar

doal, alcalde de Madrid, y el ministro Becerra, con la aquiescencia de tres ministros más. Estaban despechados, aborrecían á Figueras y detestaban á Pi.

Contaban con el general Moriones en Vitoria, con el general Gaminde en Barcelona, con otros generales y con bastantes fuerzas para un movimiento militar. De los generales que tantearon, uno solamente les negó su ayuda: el general Pavía.

El presidente de la Asamblea, que se creía, no sin legal fundamento, jefe del Estado, hizo ocupar militarmente el Congreso y otros edificios públicos. La Guardia civil obedecía sus órdenes. El alcalde dispuso que estuvieran prevenidos los batallones de la milicia nacional monárquica.

Planteada la crisis, quedaron excluídos los ministros monárquicos y sustituídos por republicanos; pero la conjuración estaba en pie, Gaminde debía sublevarse aquella misma noche en Barcelona contra el nuevo ministerio, y en Madrid se proponían secundarlo, como también en Vitoria y otros puntos.

Yo no sabía absolutamente nada de la crisis ni conocía la gravedad de aquella situación, cuando recibí un recado de Figueras para que fuese á verlo sin perder minuto. Como era la una y media de la noche adiviné que algo muy serio ocurría, porque Figueras, que se levantaba siempre á las seis de la mañana, era incapaz de estar levantado á aquella hora sin alguna razón extraordinaria.

Acudí en el acto al llamamiento de Figueras y me dijo:

— Ahora mismo, con ese mismo traje, vaya Vd. á tomar posesión del Gobierno civil.

Un tanto sorprendido quise exponerle alguna observación, pero agregó seguidamente:

— Si no quiere Vd. ser gobernador, dimita Vd. dentro de dos ó tres días; pero en este momento no hay más remedio que aceptar. Es posible que dentro de una hora estén en la calle los realistas y mucho temo que lo estén ya en Barcelona. En seguida me hizo un resumen de la crisis y de las circunstancias y terminó diciéndome que mi nombramiento de gobernador, acordado en Consejo de Ministros, estaba ya en la redacción de la *Gaceta*.

No había resistencia decorosa ni discusión posible, y por eso tomé posesión del Gobierno civil á las dos y media de la madrugada, sin que se hubiera publicado aún mi nombramiento, presentándome solo y sin documento alguno en la Secretaría. No estaba el gobernador saliente y me dió posesión el secretario porque no quise esperar.

En Madrid no ocurrió nada, pero en Barcelona se intentó la contrarrevolución que se temía. No pasó de un intento porque la tropa se negó á obedecer á sus jefes. Así empezó la indisciplina militar del año 73, que tuvo consecuencias lamentables; pero su principio fué una insubordinación

contra la insubordinación, una indisciplina contra la indisciplina. Si hoy, en plena monarquía, intentara un general insurreccionar las tropas, los soldados que le desobedecieran serían premiados. Los republicanos incurrieron en un doble error: primero, no premiar á los que salvaron la República rebelándose contra los rebeldes; segundo, no castigar severamente á los que más adelante, acentuándose la indisciplina, cometieron asesinatos, cobardías y traiciones.

Pero no hubo indisciplina donde jefes y oficiales quisieron cumplir con su deber. La indisciplina militar no es cosa nueva en el mundo, y cuando ocurre, la obligación del oficial es refrenarla ó morir. Fueron muchos los que faltaron á su más elemental deber, no por ignorancia y menos por cobardía, sino porque laboraban contra la República. Sabiéndolo ó no, eran instrumento político de los alfonsinos y de otros, enemigos todos de la Revolución y de la Patria.

El deber militar de contener con la mayor energía cualquier indisciplina de la tropa es relativamente fácil en un país como el nuestro, cuyos soldados son los más dóciles del mundo. No citaré más que un ejemplo como testimonio de la docilidad, de la facilidad en la obediencia que no han desmentido casi nunca los soldados españoles.

Allá en los comienzos de mi vida militar aun existían en el ejército muchos veteranos que habían hecho la guerra del 33 al 40. Les oí contar

incidentes muy curiosos y episodios muy interesantes, y alguno me refirió lo que voy á transcribir:

La penuria del Erario, los apuros de la guerra y la dificultad de comunicaciones dieron lugar á que se vieran en la mayor miseria y desnudez las guarniciones de África. Por no recibir nada, ni el correo.

Á tal punto llegaron las privaciones, que un día se amotinó la guarnición de Ceuta pidiendo los atrasos. El comandante general, primera víctima del abandono del gobierno, había reclamado varias veces, porque los pobres soldados de la guarnición, á más de estar hambrientos, ya no conservaban más prenda de uniforme que el corbatín de cuero entonces reglamentario. Fué un motín espantoso. Los soldados gritaban ferozmente, no ya pidiendo lo que se les debía, sino clamando por lo indispensable para no perecer de inanición. Al general le era imposible hacer frente á una situación tan extremada.

Pero en lo más intenso del motín recaló al puerto un falucho procedente de Cádiz, y el general consiguió calmar la efervescencia de la tropa diciendo que aquel barco tal vez llevara recursos.

En efecto, el falucho conducía buen número de cajas destinadas á la guarnición. Abiertas las cajas en el muelle mismo, se vió que el cargamento consistía en algunos centenares de corbatines de cuero.

El general, sin embargo, apaciguó el motín con este razonamiento:

"¡Soldados!... Estos corbatines prueban que el gobierno se acuerda de nosotros... Por algo se empieza; como hoy han venido corbatines, otro día vendrán camisas y dinero y pan de munición. ¡Viva la reina!„

Y los soldados se distribuyeron aquellos corbatines, ¡ellos que no tenían zapatos!, á los gritos de ¡viva el general!, ¡viva la reina! y ¡viva España!

Realmente, es algo difícil contener la indisciplina de soldados sin sueldo, que no cobran, que no comen, como en los motines célebres de Flandes; pero los soldados de la República española cobraban puntualmente, y era tan fácil reprimir sus desmanes, si se producían, como haber impedido que se produjeran. Hubiera bastado que los generales acataran el poder constituído y que los jefes hubieran dado ejemplo de disciplina y subordinación.

Ni siquiera podían poner en duda la legitimidad de aquel gobierno, pues precisamente era el primero legal que en España se constituía desde la caída de Carlos IV en 1808. Todos los demás, así los liberales como los reaccionarios, habían tenido origen, durante sesenta años, en imposiciones extranjeras, motines de sargentos, pronunciamientos ó revoluciones.

*
* *

Como gobernador civil de la provincia, estuve en condiciones de apreciar mejor que nunca el estado de la opinión de Madrid. Había, ciertamente, más republicanos que en el 68, pero continuaba siendo la población más monárquica de España. El vecindario, en aquel tiempo, nos era hostil. No sólo se conspiraba á todas horas, sino que conspiraba todo el mundo. Si yo tuve la suerte de que se me respetara y se me hiciera justicia, fué, sin duda, porque di bastantes pruebas—por qué no he de decirlo—de actividad, de vigilancia y de imparcialidad.

Esto no quiere decir que no me maltratara en los primeros días una parte de la prensa; periódico hubo que me llamó borracho, demente y ¡alfonsino! Por eso agradecí que *El Correo Militar* publicara un artículo, espontáneamente, en el que se me juzgaba con verdadero cariño. Y no quedé menos reconocido al brigadier Mogrovejo, mi coronel de África, militar de inclinaciones carlistas, cuya presencia en Madrid ni sospechaba yo, por haber dirigido un comunicado á aquel periódico, en el cual decía que siempre se me tuvo por republicano y que no se me molestaba nunca por ser un oficial de los mejores; opinión suya, no mía.

En todo tiempo, el Gobierno civil de la capital de España debe dar mucho trabajo á los gobernadores; en mi época, mis desvelos excedieron á toda ponderación. En cuatro meses apenas si dormí; dormía con las botas puestas. No es que estu-

viéramos "sobre un volcán", según pregonaban nuestros enemigos, ni que hubiera conjuras demagógicas ni siquiera demagogos. Pero se agitaban los carlistas, los alfonsinos, los republicanos unitarios (antes progresistas) y la casi totalidad de los generales de cuartel... y aun con mando de tropas.

Había, por otra parte, en las alturas del republicanismo, tales despechos, envidias y suspicacias, que yo estuve constantemente vigilado como un conspirador. Por todas partes me rodeaban espías, y se me seguían los pasos cual si se temiera que yo fuera capaz de hacer una traición á la República. En mis años de conspirador no se me seguía la huella con tanta persistencia como entonces. Conozco bien á los que me injuriaban con sus temores estúpidos, pero los he perdonado. Ya se habrán convencido, los que aun viven, de que soy más republicano y más federal que ellos, puesto que algunos han concluído en monárquicos ó en demasiado benevolentes con la monarquía.

Tal vez por no haber hecho cosa de más importancia, todavía recuerdan los periódicos una verdadera tontería cuando se les antoja hablar del año 73 ó de mi paso por el Gobierno civil; me refiero al cartelito que hice poner á la puerta de mi despacho oficial. No están en lo justo, si pretenden con semejante recuerdo zaherir á los republicanos, que no eran republicanos los que me agobiaban pidiéndome destinos, distritos electorales y

aun dinero, tres cosas de que yo no disponía. Eran los eternos pretendientes, los mosquitos de todas las situaciones, los cesantes de oficio, pues hubo personaje que pidió veinte veces un destino, se le dió al fin... y no pasó á recoger la credencial. Hay quien vive bien á título de cesante postergado. Para darle un destino á cualquier republicano había que sacarlo de su casa poco menos que á la fuerza, como Figueras me había sacado á mí.

CAPITULO XXXVIII

1873

II

D. Fernando Velarde, poeta montañés, me había regalado en Puerto Rico una Geografía de que era autor. En ella, y en el capítulo correspondiente á Canarias, decía: "Patria del bachiller Sansón Carrasco y de Andrés Abelino de Orihuela.„ Me quedé asombrado.

Reflexionando un poco, supuse que lo del cervantino bachiller sería una confusión, un error nemotécnico del señor Velarde, pues efectivamente existen en Canarias ambos apellidos. Pero yo no acertaba á explicarme el de Orihuela. Cuantos compatriotas consulté, convinieron conmigo en que jamás había existido en Canarias Orihuela alguno, á lo menos de notoriedad.

Por eso fué tan grande mi sorpresa cuando al cabo de ocho años recibí en el Gobierno civil una carta muy discreta, en la que, á título de compro-

vinciano, se recomendaba á mí ¡D. Andrés Abelino de Orihuela!

Sentí la impresión que debe sentir el sabio al resolver un problema considerado insoluble, y me apresuré á contestar á mi paisano suplicándole que pasara á verme.

No se hizo esperar mucho.

—¿Pero quién es Vd.?—le dije—. ¿De dónde sale Vd.?

—Yo soy de Gran Canaria—me contestó—; pero me fuí á Cuba siendo todavía muchacho, sin recomendaciones, sin recursos y sin saber leer. En Cuba aprendí al mismo tiempo que trabajaba para sustentarme. Después seguí la carrera de abogado, y luego he sido escritor y algo poeta.

—¿Y cómo es que yo no había oído en parte alguna su nombre, siendo Vd. célebre, según el señor Velarde?

—Eso consiste en que, cuando yo empezaba á darme á conocer en la prensa cubana por mis artículos y por mis versos, tuve una inmensa desgracia: me tocó la lotería.

—¿Nada más que eso?

—Fué mi perdición, porque al ver en mis manos diez mil pesos, entendí que no debía desaprovecharlos, y, en consecuencia, decidí marcharme á Constantinopla.

—¿Desde Cuba?... ¿Y por qué á Constantinopla?

—Capricho de poeta... El caso es que, entre Constantinopla, Atenas y Venecia, me quedé sin

nada. Me trasladé á París, desde Venecia, casi pidiendo limosna. Y en París he vivido muchos años ¡milagrosamente!...

Años después, en París, y siendo yo redactor de *El Correo de Ultramar,* se me ocurrió cierto día citar el nombre del ya difunto Orihuela. Mis compañeros de redacción se echaron á reir, pues Orihuela también había formado parte de aquella redacción, y me contaron por qué había salido de ella. Era en tiempo del imperio, y encargado por el director de reseñar un baile de las Tullerías, se permitió escribir:

"El primer rigodón lo bailaron S. M. el emperador con la baronesa de Wilson, y S. M. la emperatriz con D. Andrés Abelino de Orihuela.„

Conmigo no cometió ninguna extravagancia mientras estuvo en mi secretaría particular; al contrario, me dejó el recuerdo de una excelente persona.

***

Pocos días después de haberse proclamado la República llegaron á Madrid algunos periodistas extranjeros. Uno de ellos, Víctor Cherbuliez, fué bastante imparcial en sus revistas, así como en un libro que publicó más adelante, y en el cual me hacía justicia. Pero otros hicieron lo contrario; alguno dijo que la República había caído en un desenfreno tal, que *Castelar* se había visto obliga-

do á nombrar gobernador de Madrid á un *monsieur Estévanez* que se lo exigió navaja en mano. Y añadía que este *monsieur,* muy conocido en las tabernas, era un personaje, que, según fama, no sabía leer ni escribir.

Como es consiguiente, no hice ningún caso de estos desahogos; al leerlos me hicieron sonreir.

Algo más me disgustó una crónica enviada, al parecer, de Madrid y publicada en París con la firma de un corresponsal francés, amigo del señor Chao. Este le había preguntado si sería más veraz que los otros periodistas, y le contestó que diría la verdad entera.

Llegó su primera crónica, y decía:

"Madrid es una ciudad de la Edad media, sin alumbrado público, salvo los faroles mortecinios que alumbran imágenes religiosas, esculturas en general de imponderable mérito; porque hay hornacinas, algunas muy artísticas, en todas las callejuelas.

„Ayer pasó por la Puerta del Sol un batallón de nacionales, cuya banda de música, por cierto notabilísima, tocaba la Marsellesa. El público se descubría respetuosamente al pasar los gastadores vistiendo el hábito de San Francisco.„

Indignóse Chao leyendo estos desatinos y se lo reprendió al corresponsal. Pero éste, deseoso de justificarse, le hizo leer una carta de su redactor en jefe en la que le decía, poco más ó menos:

"Hemos tenido que inutilizar sus crónicas y ha-

cerlas de nuevo aquí. No se le ha mandado á Vd. á la Península para que nos cuente que Madrid es un pequeño París y que no sucede nada de particular. Este público no acepta un Madrid sin toros por las calles, serenatas nocturnas y frailes capuchinos.„

Aprovechando la libertad absoluta que dejaba el Gobierno para telegrafiar, corrían por el mundo entero despachos telegráficos por el estilo del que va á continuación; lo he visto yo mismo en la Biblioteca de Santa Genoveva, en una colección de diarios de aquel año:

"MADRID 30.—SE VA RESTABLECIENDO LA TRANQUILIDAD. HOY NO HAN SIDO ASESINADOS MÁS QUE TRES GENERALES Y UN OBISPO. EN SEVILLA APEDREADOS EXTRANJEROS. PI AMENAZÓ CASTELAR CON REVÓLVER CONSEJO DE MINISTROS. EX ALCALDE RIVERO SE NATURALIZA ALEMÁN.„

Como se ve, existía contra la República una conspiración universal. La exclaustración de unas monjas en Montilla y el asesinato vulgar de un acaparador se hicieron pasar ante el mundo atónito por cosas nunca vistas. Las cosas nunca vistas en España son mucho más recientes, muy posteriores á aquella República tan calumniada, que ni vendió colonias con sus habitantes inclusive ni perdió una pulgada del territorio nacional.

De aquella República sólo yo tengo derecho á

quejarme; le debo uno de mis vicios, el de fumar. Tenía treinta y cinco años y no había fumado nunca. Hasta había publicado más de un artículo contra los fumadores y contra el tabaco. Pero un día se le ocurrió al general D. Fernando Fernández de Córdova ofrecerme un habano de los que fumaba él, y por no desairarlo lo encendí; desde entonces no me quito el cigarro de la boca.

Tratándose de una República tan desacreditada, siquiera los gobiernos supieran la verdad, no es extraño que las naciones se negaran á reconocerla. Fué reconocida oficialmente por los Estados Unidos, por algunas repúblicas hispano-americanas y creo que también por Suiza; pero las demás potencias, las europeas, hicieron más que negarle su reconocimiento: la hostilizaron La *República francesa,* presidida por el monárquico y sanguinario Thiers, hizo gestiones en las cancillerías para que nadie reconociera la República española, protegió descaradamente á los carlistas y puso en la frontera prefectos legitimistas para que las facciones se movieran á sus anchas. Castelar, que daba mucha importancia al reconocimiento casi inútil de las grandes potencias, estaba entristecido. Recuerdo que un día le llevó á Figueras, estando yo con éste, un despacho de D. Patricio Escosura, ministro en Berlín, en el cual participaba que Bismarck le había hecho indicaciones acerca de la necesidad de restablecer el orden en España. Se sobrentendía el *¡porque si nooo!...* Esta ame-

naza impresionó hondamente á Castelar, tanto que, probablemente, no secundaría el propósito de Figueras, quien le dijo que debía telegrafiar á Escosura en los términos siguientes:

"Haga Vd. saber al canciller imperial que en España no turban el orden más que los insensatos que aspiran á modelar nuestras instituciones á semejanza de las de ese imperio anacrónico y tiránico."

***

Los republicanos de Madrid y los de toda España estaban disgustados con que no se renovaran gubernativamente los ayuntamientos y diputaciones; pero el gobierno quería cumplir fielmente lo convenido con los amadeístas al votarse en las Cortes la República. El general disgusto, y algún incidente que no recuerdo ahora, provocaron un motín en la calle de Santiago y á las puertas de la provincial Diputación. No puedo ahora precisar la fecha; se recuerdan otras con exactitud, como la del 23 de Abril, que no tuvo gravedad, y se olvidan aquellas en que no intervinieron famosos personajes. Para mí tuvo mayor importancia el motín de la Diputación.

Al saberse en el Gobierno civil que los diputados provinciales habían cerrado las puertas y pedían auxilio, porque había miles de hombres en la plaza de la Diputación y calles próximas dando

vivas y mueras en actitud hostil, me avisaron por telégrafo (no había teléfono). Yo estaba en el Ministerio de la Gobernación para asuntos del servicio. Cuando llegué al Gobierno encontré á Miguel Pérez, oficial primero, y á Langarica, jefe de Orden público, dispuestos á salir con la fuerza presente de Orden público: una treintena de hombres. No quise llevar aquella fuerza, que era exígua para tanto amotinado, y la dejé en el Gobierno.

Acompañado solamente por Pérez y Langarica me presenté en la plaza de la Diputación. Aun antes de llegar llegaron á mí las voces y el estrépito. Bastó mi presencia y cuatro buenas razones para apaciguar aquel tumulto, y se dominó el conflicto sin sangre, sin prisiones y sin consecuencias.

Otros disturbios anunciados y no pocas tramas de los enemigos tuve la suerte de impedir ó deshacer acudiendo al remedio con anticipación; algo más me satisface y me honra el haber podido evitar ciertos conflictos que si hubiera tenido la triste necesidad de reprimirlos usando de la fuerza.

***

Un día se me presentó en el Gobierno civil un hombre de aspecto respetable, diciéndome que era pastor protestante y solicitando mi autoriza-

ción para dar conferencias en la cárcel pública (en el Saladero).

Le negué el permiso de darlas en el patio, donde tendrían que oirlas los que quisieran y los que no quisieran; todo lo que hice fué concederle un local para que predicara á los que voluntariamente quisieran asistir.

Pasado un poco de tiempo díjome el alcaide que aquel predicador había ido una vez á predicar, pero que no había vuelto.

Un día me encontré en la calle al buen pastor. Me saludó cortésmente y me paré á preguntarle:

— ¿Cómo es que no ha vuelto Vd. al Saladero? ¿No tuvo Vd. oyentes?

— Sí, señor — me dijo — se llenó el local, me oyeron con respeto y atención; al final me aplaudieron. Sin embargo...

— ¿Qué?

— Al llegar á mi casa me encontré sin petaca, sin pañuelo y sin reloj ..

***

Publicábase por aquel tiempo, con escándalo de las almas tímidas, el periódico *Los Descamisados*. Estaba, en general, muy bien escrito; sus redactores, todos reaccionarios, revelaban estar más habituados á manejar la pluma que el petróleo. Y se sabía muy bien quiénes eran aquellos personajes; pero sus lectores, unos por ignorancia y otros

por malicia, atacaban al gobierno que permitía publicar unas cosas tan *revolucionarias*.

Véase el programa:

"La anarquía es nuestra fórmula. Todo para todos. Paso libre á los descamisados. ¡Guerra á la familia, á la propiedad y á Dios!„

Conociendo bien á los autores, pasé entonces algunos buenos ratos leyendo el programa y las ocurrencias del periodiquito; pero hoy, pasados treinta años, ardo en ira cuando veo que falsos historiadores, republicanos por añadidura y que figuraron en aquellos tiempos, fingen creer que todo era obra de los anarquistas — ¡como si los anarquistas fueran tan imbéciles! — y hacen responsable á la República de lo que era obra de monárquicos.

Pero, después de todo, no deben sorprenderme las jeremiadas tontas de algún publicista, de tan mala fe, que toma en serio y critica lo que visiblemente es una broma andaluza, como cierto manifiesto en que se ofrecía la abolición del Concilio de Trento. Hay celos y despechos que duran treinta años.

Ni en tiempo de la República, en el ardor de la lucha, vivas las pasiones, fuimos tan maltratados por los monárquicos de todos los matices como después por historiadores novelistas ¡republicanos! Alguno de éstos, en su odio al federalismo, dice que las masas federales no sabían lo que era la federación. Lo dice, y lo repite hasta la sacie-

dad. Tal vez no lo supieran; si lo sentían, no era preciso pedir más. A las masas católicas nadie les niega su catolicismo; sin embargo, no están compuestas de teólogos capaces de comprender y explicar sus dogmas y sus misterios, que ellas no entienden (ni tampoco yo).

***

Se levantó en los límites de la provincia de Avila una pequeña partida que se supuso carlista, compuesta, según los primeros partes, de ocho hombres, y según los últimos, de treinta; y se me participó que había penetrado en la provincia de Madrid, con rumbo á El Escorial, sin más fin que allegar gente. El mismo día salí para El Escorial con cien voluntarios del batallón de la Latina.

Aquí debo hacer una confesión, y la hago. Ni yo creí que iba á copar la partida ni que ella se acercara á El Escorial. Mi salida fué un pretexto de que me valí para descansar un poco, ya que en Madrid no tenía tiempo de hacerlo. Aun sin tanta fatiga como entonces, cuando estoy mucho tiempo en una ciudad cualquiera, siento la nostalgia de la libertad campestre y del oxígeno. Tengo algo ó mucho de salvaje; necesito años para conocer una ciudad, para no extraviarme en ella, para no desorientarme en cada esquina. Y en despoblado, en la montaña, en la selva, me oriento al primer día y ya no me pierdo nunca.

Aquella noche dormí perfectamente, lo mismo que los hombres, exceptuados los de un pequeño retén que establecí.

Por la mañana supe que la partida se había internado otra vez en la provincia de Avila, donde poco después se disolvió.

Pero estaba escrito que ni en El Escorial había de tener sosiego. Mis latinos se habían engrescado unos con otros, delante del Monasterio, y hube de acudir para que no vinieran á las manos.

Como siempre, la realidad no era tan pavorosa, ni con mucho, cuanto el aviso que se me había dado.

Tratábase de una disputa, originada en la proposición de un voluntario que quería ver á Felipe II y aun sacarlo al fresco. Apoyábanlo muy pocos, se oponían la mayor parte, pero se discutía la cuestión á gritos.

No necesité esforzarme para convencer á la tumultuosa minoría de que Felipe II tiene perfecto derecho al panteón "Nuestro interés, les dije, es que no salga... ¡por si acaso! Tened en cuenta que nuestros abuelos, siendo sus víctimas, lo respetaron en vida; nosotros debemos respetar su tumba. Chamuscó bastante gente, es verdad, pero aquella gente contemporánea suya era partidaria de la chamusquina. Si Felipe II resucitara hoy probablemente sería voluntario federal."

Por la tarde volvimos á Madrid.

CAPITULO XXXIX

1873

III

Los amadeístas que el 11 de Febrero habían dado su voto á la República, entendían que ésta debía ser unitaria. Unitaria fué, antes y después de reunirse la Asamblea federal, y así resulta ilógica toda la argumentación de los que combaten el federalismo por el mal éxito del ensayo del 73. El federalismo no pasó de una aspiración platónica de los que lo defendieron, y cabalmente por eso hubo tantas protestas y algunas rebeliones, como la cantonal.

Uno de los que más combatieron, prematuramente, la solución federal, fué el señor Martos. Un ministerio compuesto de federales, de antiguos republicanos, aun siendo monárquicos los que hicieron la República, á Martos le parecía muy lógico y muy propio también de la ingratitud humana. "Pero esta vez, decía, la lógica y la ingratitud han aparecido demasiado pronto."

Los republicanos madrileños hicieron algunas aunque tímidas demostraciones contra la Asamblea, demostraciones que exageraba á su gusto la prensa reaccionaria. El 8 de Marzo había numerosos grupos desarmados y en actitud tranquila alrededor del Congreso, y el presidente Martos mandó que la Guardia civil despejara aquellos alrededores sable en mano. Llegué en aquel momento, por casualidad, y el teniente de la Guardia civil me participó lo que iba á ejecutar. Yo le dije: "Está Vd. á las órdenes del presidente de la Cámara, quien puede mandar lo que crea conveniente... dentro de la Cámara. En la calle, soy yo el responsable del orden, y no habiéndose turbado, le prohibo á Vd. cargar mientras no lo mande yo."

Me pareció que los guardias y el teniente se alegraron mucho de mi oportuna llegada; el caso es que no hubo sablazos, ni víctimas, ni desorden. El presidente se quejó al señor Figueras de que yo desacataba su autoridad, pero Figueras lo convenció de que yo estaba en lo justo. Sin embargo, á ruego de Figueras, le di á Martos franca explicación. Estuvo conmigo el señor Martos afectuoso y correctísimo; seguro estoy de que él también se alegraba de lo que yo hice.

El descontento contra la Asamblea no se encerraba en Madrid. El 9 de Marzo faltó poco para que se proclamara en Barcelona el Estado catalán. Acudió Figueras, y aplacó hábilmente aquel conflicto.

Su prestigio en Barcelona era inmenso.

Para fijar la fecha de las elecciones hubo una votación en la Asamblea. El señor Martos, creyéndose derrotado por aquella votación, dimitió su cargo de presidente y fué sustituído por el diputado D. Francisco Salmerón.

Suspendió sus sesiones la Asamblea, quedando en funciones, como permanente, una comisión nombrada por la misma. Esta comisión, como antes la Asamblea, no hacía más que suscitar embarazos al gobierno y conspirar sin descanso dentro y fuera de Madrid. Ella preparó la insurrección del 23 de Abril, de la que diré lo que recuerdo.

El 22 me visitó una señora que me conocía desde mi niñez y á quien no había visto desde muchos años antes. Emparentada con algún político de altura, debía saber muchas cosas. Me habló al principio de asuntos sin importancia, y al fin, con lágrimas en los ojos, me dijo que quería llevarse mi familia, porque en aquella casa — vivíamos en el gobierno — creía ella que no estaba muy segura. Me negué resueltamente; le dije que mi familia no corría ningún riesgo y que, en último caso, lo arrostraríamos todo. Le indiqué, además, que yo no temía sorpresas porque estaba prevenido.

La gestión de aquella buena señora me hizo comprender que se acercaba una intentona seria. Se lo conté al señor Pi, quien á su vez tenía confidencias de otro origen y datos más fundados. Convencidos de que el día siguiente era el señalado

para una sublevación, tomamos las medidas más urgentes.

Contaban los conjurados con muchos generales, entre ellos el general Pavía, capitán general de Madrid, y, por consiguiente, con la guarnición. Creían contar con la Guardia civil. Su mayor confianza estaba en la artillería, pues licenciados los oficiales facultativos del cuerpo desde los últimos días de D. Amadeo, mandaban los regimientos oficiales y jefes de las armas generales que temían de los republicanos una reorganización contraria á sus intereses. Todo hacía temer que la sacudida fuera grave.

Le dije á Pi:

—Yo le respondo á Vd., aunque cuenten con todo lo que quieran, de que nos sostendremos treinta horas.

—¿Y de qué sirve que nos defendamos unas horas más ó menos si somos derrotados?

—Seremos derrotados en Madrid, eso es infalible; pero en treinta horas pueden llegar todas las locomotoras y todos los vagones de todas las estaciones de España con sesenta mil federales de Castilla, de Aragón, de Valencia, de todas partes.

En efecto, aquella noche salieron dos comisiones con amplios poderes, que se situaron, una en Guadalajara, otra en Alcázar, desde donde, por delegación del Poder ejecutivo, hubieran comunicado órdenes á todas las provincias en cuanto les

faltaran comunicaciones con Madrid ó supieran que se habían roto las hostilidades.

Amaneció el 23.

Apenas era de día cuando recibí un oficio del alcalde señor Marina participándome que, como jefe de la milicia popular, reunía para pasarles revista los batallones "del margen." Eran los amadeístas.

Le contesté acusándole recibo y diciéndole que yo también revistaría los batallones "del margen." Los republicanos.

Los batallones monárquicos se reunieron en la plaza de toros, no la actual, sino la que existía próxima á la puerta de Alcalá y al hotel del general Serrano.

Los republicanos se situaron en las Salesas, en las estaciones y en varios edificios; dos batallones quedaron de reserva en la plaza Mayor. La fuerza más comprometida era la situada en las Salesas á las órdenes de Enrique Faura.

El Sr. Figueras permaneció en su casa, afligido por una desgracia íntima y reciente.

El Sr. Pi desplegó aquel día una actividad serena, aunque atendiendo más á provincias que á Madrid; no hice, por mi parte, más que cumplir sus órdenes.

La Comisión permanente celebraba sesión, declarada en abierta rebeldía. Estuve en el Congreso, y un diputado me dijo, entre veras y bromas:

—Los rebeldes no somos nosotros; lo es el go-

bierno. Si lo fuéramos nosotros, ahora mismo nos apoderaríamos de Vd.

—Eso es lo que yo quisiera—le respondí—porque hace diez minutos que hice testamento: no tardarían en venir 6.000 hombres á sacarme.

No me detuvieron. Me marché después de ofrecerme al presidente, por si quería una fuerza de la Guardia civil para salvaguardia de la Cámara en previsión de contingencias posibles. No aceptó.

El gobierno relevó del mando al general Pavía, sustituyéndolo por el general Hidalgo. Éste se puso al frente de las tropas y se dirigió con ellas hacia la plaza de toros. Los sublevados se dispersaron sin oponer resistencia. No hubo más.

Dispersos, ya de noche, los batallones del señor Marina, cundió la indignación entre los republicanos que no pertenecían á los batallones; los alistados se mantenían en sus puestos con el mayor orden. Varios grupos, en actitud hostil, rodearon el palacio del Congreso, donde la Asamblea seguía deliberando. Los diputados levantaron la sesión precipitadamente. Rivero y Becerra, por ser muy conocidos, se ocultaron en los sótanos, según supe después. Los demás fueron saliendo sin gran dificultad, acompañados unos por Nicolás Salmerón, otros por Castelar, algunos por mí y por mis amigos. Ninguno fué atropellado ni insultado; el que más, oyó algunos silbidos. Los que han hablado de turbas demagógicas, ebrias y soeces, vieron con vidrios de aumento ó no sabían lo que

les pasaba. Se condujeron *las turbas* con nobleza y generosidad. Ya sé que al decirlo borro yo mismo los aplausos que se me prodigaron en aquellos días, suponiendo que salvé la vida al marqués de Sardoal y á muchos otros. Con gusto lo hubiera hecho en caso necesario; pero nadie tuvo amenazada su vida. Aquello fué un tumulto de poquísima importancia. Agradecí, no obstante, las frases laudatorias que me dedicó el presidente, D. Francisco Salmerón, en la protesta que dirigió al país por la disolución de la Asamblea que el gobierno decretó; como agradecí, aunque inmerecidos, los cumplimientos y felicitaciones de otras personas respetables.

Pero aunque nadie corrió un verdadero peligro ni hubo dificultades serias, hubo, sí, mucho celo, mucha actividad, mucho entusiasmo en los republicanos de Madrid, señalándose extraordinariamente Rubaudonadeu, Rodríguez Solís, Castañé, García Marqués, Pérez, Balbona, el *Quito*... Corto la lista porque sería muy larga.

El brigadier Carmona se condujo, por su parte, con la corrección más exquisita.

Se habló mucho entonces y después del *Carbonerín* y de su gente. Leyenda pura. Negaría su existencia si no hubiera tenido ocasiones de conocerlo y tratarlo, porque nunca dió nada que hacer, jamás perturbó poco ni mucho. Felipe el *Carbonerín*, muerto hace años, era un entusiasta, pero muy hombre de bien. Hasta versos le han

dedicado á título de demagogo feroz. No era sino un modesto industrial que abandonaba sus negocios por la cosa pública. Muchos como él le convendrían á España para salir de la putridez en que se ahoga.

***

Resultaron comprometidos en el complot del 23 de Abril los generales alfonsinos conde de Valmaseda, Gasset, Gándara, Letona y Caballero de Rodas, así como los liberales duque de la Torre, López Domínguez, Ros de Olano, Bassols, Baldrich, Topete y algunos más. D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, de quien se decía que estaba en la conjura, se lo negó en redondo á un buen amigo suyo. De los hombres civiles, el más bullidor fué el marqués de Sardoal. Ninguno fué perseguido ni molestado. Becerra únicamente, reconocido en la calle por un grupo de ciudadanos que habían sido *becerristas* antes del 68, fué llevado como preso al Gobierno civil; pero inmediatamente se le puso en libertad. Si después emigraron casi todos fué por su gusto y para conspirar más libremente.

***

Anunciadas las elecciones para el mes de Mayo, el ministro de la Gobernación (Pi y Margall) diri-

gió una circular á los gobernadores recomendándonos la neutralidad más absoluta. No fué una vana fórmula, como es costumbre; el señor Pi no era capaz de consentir las injusticias, las ilegalidades y los fraudes que han tomado carta de naturaleza entre nosotros. No hubo candidatos oficiales. El anhelo de Pi era perder las elecciones para dar un ejemplo nunca visto. Aun así, los monárquicos se retrajeron, con pocas excepciones. Sabían de sobra lo difícil que les era el triunfo sin el apoyo oficial, pues descartando un par de docenas de distritos, los demás votan espontáneamente sin presión alguna en favor de todos los gobiernos.

La prueba de que es así la tuve yo el año 73. Un día se me presentaron dos señores de la provincia de Toledo y uno de ellos me dijo:

— Nosotros somos amigos particulares y políticos de D. Cristino Martos; pero como es de oposición, no nos conviene ahora que sea nuestro diputado. Venimos, pues, á ofrecerle á usted que sostendremos su candidatura en el distrito de Orgaz.

Y yo les dije:

—¡Pues valientes amigos particulares y políticos tiene D. Cristino Martos!... Agradezco mucho que hayan pensado en mí, pero no acepto. He sabido que piensan elegirme en el distrito de Baeza-Linares, sin que yo lo haya pretendido.

Á pesar de mi contestación, resulté elegido di-

putado á las Constituyentes por Baeza, *por Orgaz* y por Santa Cruz de Tenerife.

En Tenerife lo fuí con mengua de la imparcialidad por Pi recomendada, pues mi candidatura, presentada yo no sé por quién, fué combatida por el gobernador; si triunfó, debido fué á la juventud republicana, á los amigos políticos del marqués de la Florida y á los elementos neutros.

La Asamblea Constituyente se reunió en Madrid el día 1.º de Junio, presidida por el venerable Orense. Al reunirse, era unánimemente federal, con la sola excepción de cuatro ó seis monárquicos y el republicano García Ruiz.

Pero en breve surgió la división; cada personaje de renombre constituyó su grupito personal, y llegaron á ser incompatibles unos con otros. Los monárquicos de la Asamblea, Cánovas, Ríos Rosas, León y Castillo, Romero Robledo y el propio García Ruiz, que nos odiaba á todos, nada tuvieron que hacer y nada hicieron para ahondar las divisiones; bastaban para eso los jefes republicanos.

Sí, los jefes; porque la Asamblea era, en conjunto, inmejorable.

Ha habido otras de más altura intelectual; ninguna más patriótica ni mejor intencionada. Algunos periódicos decían que era un *tren de tercera,* aparte de que lo mismo se ha dicho de otras Cortes, el ser de tercera no era un demérito ni una desventaja. Una Asamblea en que cada diputado

fuera un Castelar, un Cánovas, un Salmerón ó un Pi, sería una calamidad; y si hubiera en cada distrito un Salmerón, un Pi, un Castelar ó un Cánovas, estos señores dejarían de ser notabilidades para convertirse en vulgo. Además, si las Cámaras de representantes no fueran "trenes de tercera", no serían verdadera representación de un país que también es de tercera, como todos los países. La civilización es todavía rudimentaria.

Trataré en los capítulos siguientes de la vida y muerte de la Asamblea federal.

CAPITULO XL

1873

IV

La Asamblea, constituída en breve sin que las actas dieran motivo á graves discusiones, confirmó sus poderes al gobierno. Por aquellos días, y aun antes de reunirse la Asamblea, el general americano Sickles, ministro de los Estados Unidos en España, andaba en conferencias con los señores Figueras y Castelar, pero mucho más con el primero que con el segundo. Y cuando el señor Figueras dimitió la presidencia del Poder ejecutivo, sustituyéndole D. Francisco Pi y Margall, éste continuó las negociaciones entabladas por el señor Sickles.

Ofrecía el general, en nombre de su gobierno, todo género de seguridades en cuanto al porvenir de Puerto Rico y de Cuba, con tal que estas islas se constituyeran en estados autónomos de la República española. Reconocida España, en ese caso,

como potencia americana (porque tendría en América dos de sus estados federales), nada tenía que temer de la llamada "doctrina de Monroe„, y aun podría invocarla en su provecho contra ingerencias extrañas.

Hizo más el representante de los Estados Unidos: ofrecer á España un anticipo de 250 millones de dollars — 1.250 millones de pesetas — con la garantía de las aduanas de Cuba. Esta última condición fué rechazada por el señor Pi, que consideraba depresiva la forma en que Sickles entendía la intervención en las aduanas.

Me habló de este asunto el propio general Sickles, si bien por mi parte decliné el honor de discutir con él un tema que no me competía.

Un día de los primeros de Junio me preguntó Figueras si yo aceptaría el gobierno superior de Cuba. Le contesté que sí, con una condición: que se diera el mando militar al general que yo dijera y que lleváramos de la Península 20.000 hombres de ejército y voluntarios con los jefes que yo designaría.

— Con la guerra carlista — me contestó Figueras — no es fácil sacar de la Península 20.000 soldados.

— Si voy sin ellos — añadí — los voluntarios de la Habana me embarcarán como á Dulce; tal vez me hagan el honor de pasarme por las armas.

— ¿Y con ellos?

— Con ellos, con 20.000 hombres aun no malea-

dos, disolvería los voluntarios de la Habana, aunque se resistieran, y expulsaría de la isla hasta una docena de personas. Hecho esto, los insurrectos se someterían en un plazo relativamente corto, mediante una completa amnistía y otras garantías más eficaces. Mientras la isla esté gobernada por las turbas ó por sus inspiradores, los insurrectos no depondrán las armas.

Figueras asintió.

***

Por causas no bien sabidas renunció Figueras la presidencia del Poder ejecutivo de la República, desapareciendo de Madrid, y aun de España, antes que la Asamblea le aceptara la renuncia.

Con tal motivo, el 11 de Junio, apenas conocida su desaparición, intentaron perturbar el orden público los mismos personajes militares y civiles que hablan todavía de las perturbaciones del 73. ¡Y eran ellos mismos los perturbadores!

No ocurrieron cosas graves porque las fuerzas de la Guardia civil y de Orden público, mandadas estas últimas por Miguel Pérez, *madrugaron más,* como alguien dijo entonces, que los aspirantes á dictaduras caricaturescas.

Aceptada por la Asamblea con la renuncia de Figueras la dimisión del gabinete, se eligió, por votación directa, el ministerio de que formé parte. El señor Pi, después de elegido presidente, si-

guió desempeñando la cartera de Gobernación.

Debo advertir que Figueras me había preguntado quince días antes si quería encargarme del Ministerio de la Guerra, y le contesté rotundamente que no.

Antes de la votación me llevó Castelar á la biblioteca del Congreso:

—La Cámara — me dijo — está inclinada á confiarle á Vd. la cartera de Guerra; los amigos que me oyen son del mismo parecer; yo, sin embargo, no me decido á aconsejarles sin saber lo que Vd. hará en el ministerio...

—Pues mire Vd. — le dije — como nunca he pensado ser ministro ni lo deseo; como por eso mismo no he formulado programa, lo probable será, si persisten en mi nombramiento, que yo no haga en el ministerio absolutamente nada.

—En ese caso — me contestó — mis amigos y yo le votaremos á Vd.

De manera que si yo le hubiera anunciado el propósito de intentar algo, por poquito que fuera, no se me hubiese elegido con tanta unanimidad.

***

El general D. Fernando Pierrad, hermano del ya difunto D. Blas, subsecretario ó secretario general de Guerra, que en aquel momento era ministro interino, fué excitado por algunos subalternos suyos y por otras personas interesadas en

crear conflictos para que no entregara el ministerio. Él también era diputado y aspiraba á ser ministro. Circulaban rumores de que no me entregaría la cartera y de que ya se había encastillado en Buenavista.

Como al Gobierno civil, fuí enteramente solo á tomar posesión del Ministerio. El general Pierrad había sido calumniado: me hizo entrega con la más cumplida corrección. Aceptada su dimisión, que me presentó seguidamente, nombré en su lugar á mi amigo el coronel Carrafa.

***

El general Socías, diputado á Cortes, explanó el 18, en la Asamblea, una interpelación, acerca de los sucesos del día 11 de Junio.

Su objeto era atacarme, porque siendo general y titulándose republicano, se creía con mejor derecho y con más capacidad que yo para ser en la República ministro de la Guerra. Derecho, en verdad, únicamente lo tenía el que fuera elegido por la Cámara, y ese era yo. Pronunció el general un discurso preñado de reticencias, en el cual daba á entender que yo era un ambicioso y que tenía malos antecedentes militares. Para probarlo dijo que yo había sido reprobado en unos exámenes cuando era cadete, que había pedido muchas licencias por ser un oficial enfermizo, que me había ausentado de la isla de Cuba en tiempo de

guerra, y otras cosas que no eran como él las presentaba. Explicadas quedan, incluso las licencias temporales, en los capítulos correspondientes.

Una Asamblea compuesta de paisanos, al oir hablar de malos antecedentes creyó que mis notas serían desfavorables ó que mi vida encerraba algún secreto. Y es todo lo contrario: mi existencia es pública; si alguien la desconoce es porque no le interesa. Mis notas de concepto eran de las más brillantes; mis jefes me habían juzgado y calificado mejor que merecía. En esto no cabe engaño, porque están las notas consignadas en mi hoja de servicios y ésta archivada donde no se pierde. No he visto en ella más que un error y es el referente á mi estatura: error de pocos centímetros.

La sorpresa de los diputados fué extraordinaria cuando al contestarle al general expuse que, en efecto, mi hoja de servicios no era buena, dadas las preocupaciones militares; que yo me sentía mal militar, por lo cual había dejado la carrera, como debieran hacerlo esos numerosos oficiales que no tienen vocación.

Y no era buena mi hoja de servicios porque en ella constaban y constan, además de los combates y batallas y cruces obtenidas, varios procesos, prisiones, sublevaciones, un consejo de guerra y las licencias temporales á que el general Socías había hecho referencia; todo lo cual está puntualmente consignado en el presente libro. Pero ninguna de esas cosas podía lastimar mi honor; y si

no me daban derecho al título de perfecto militar, nadie me lo podía echar en cara desde que yo mismo, por mi propia voluntad, me había desceñido el uniforme.

En cuanto á mi salida de la Habana, dicho queda en anterior capítulo que la hice en toda regla, con licencia del capitán general y con el correspondiente pasaporte. Si en tiempo de guerra no debe concederse licencia á un oficial, que no me la hubieran concedido. Pero de todos modos, y con toda franqueza lo declaro, si no hubiera obtenido la licencia me habría marchado sin ella: mis sentimientos humanos, mi patriotismo, y ante todo mi conciencia, pesan más en mi ánimo que todas las leyes de este mundo. Afortunadamente, para salir de Cuba no me fué preciso violar ninguna ley. Si hubiera estado en campaña, si hubiera tenido mando de tropas, y si además hubiérame embarcado sin licencia, me calificaría yo mismo de desertor, Pero de serlo, me hubieran procesado y preso cuando llegué á la Península.

En la época de las rebeldías y guerras civiles de los conquistadores, en América, D. Lope de Aguirre fué declarado traidor en nombre de un rey que no era D. Amadeo, sino Felipe II. Desde aquel instante firmó de esta manera todos sus escritos:

Lope de Aguirre, traidor.

Y yo también adoptaría el nombre ó título de desertor si hubiera desertado.

Algunos compañeros de diputación me decían después, hablando del discurso de Socías, que cómo no le había contestado una insolencia. He aquí una de las cosas que más me desagradan del parlamentarismo. Las personas bien educadas no dicen insolencias, pero en el Parlamento, según parece, puede prescindirse de la educación. Allí se oyen á menudo palabras insolentes é interrupciones groseras. Yo entiendo que lo que debe hacerse es lo que hice: mandar los padrinos al orador reticente.

Sin culpa mía ni de mi adversario, los padrinos de ambos –por razones que ellos se sabrían –aplazaron la solución del lance. Y cuando llegó el momento, firmaron un acta que me daba cumplida satisfacción. Hizo más el general Socías: buscarme, después de mi salida del Ministerio y de firmada el acta, para decirme que lamentaba de veras haber sido instrumento de algunos hombres políticos, los cuales aprovecharon sus pasiones de momento para impulsarlo á atacarme.

Fueron mis padrinos en aquella ocasión Antonio Merino y Eduardo López Carrafa; los de Socías, el diputado Fantoni y el coronel Argüelles. No he hablado en este libro, por parecerme incorrecto, ni de lances personales ni de actas de padrinos. Si hago esta excepción, atribúyase á lo excepcional del caso.

En un concepto quedé justamente desacreditado: como orador. No tengo yo la culpa de no ser

lo, y es más, creo que aunque reuniera todas las condiciones necesarias tampoco lo sería; indudablemente me expresaría con desconfianza y temor, pues no había de tener la presunción de hacerlo mejor que los demás, y lo que dicen los demás suele hacerme un efecto desastroso. Todo lo que admiro á los buenos oradores detesto á los medianos, que son la mayoría. Delicadezas del gusto, ya que no refinamientos del arte, determinan en mí la repugnancia invencible con que oigo tantos discursos amanerados, vacíos ó con sensibles incorrecciones de estilo y de lenguaje.

Hasta en letras de molde se dijo en aquel tiempo que unas palabras más enérgicas hubieran estado bien en mi oración. ¡Palabras enérgicas!... La energía está en los pensamientos, en las resoluciones, en el ánimo, de ninguna manera en los discursos. ¡Es tan fácil parecer enérgico diciendo groserías!

***

Es extraño y enojoso lo que me sucede: "el ministro de la Guerra de la República„, dicen algunos para designarme. La gente nueva creerá que yo fuí ministro durante aquel período. No, caballeros. El año 73 hubo en España seis ministros de la Guerra, y yo lo fuí menos tiempo que los otros: apenas tres semanas. Por eso á los que digan que

en el Ministerio no hice nada, pudiera responderles:

1.° Que así cumplí estrictamente el programa de la fracción más gubernamental de la Asamblea.

2.° Que no tuve tiempo de hacer mucho, aunque hubiera abrigado ese propósito.

Y 3.° Que en un Ministerio como el de la Guerra, donde está probado que pueden hacerse muchas cosas, me alegro infinito de no haber hecho ninguna.

Conste, pues, que no hice nada; bien se alegrarían algunos de poder decir lo mismo.

Sin embargo, en veinte días solamente, plazo corto para cosas grandes, hice algunas cosas chicas:

Disolví los cuerpos francos.

Nombré la Comisión reorganizadora del ejército.

Creé la medalla militar de Cuba.

Se dirá que los tiempos no eran los más indicados para medallitas.

Sí que lo eran. No doy ninguna importancia á las condecoraciones, y seguramente que no me habrá visto nadie con las mías. Pero en aquel momento la medalla de Cuba era una satisfacción debida á los militares, y diré por qué: los ministros de D. Amadeo habían concedido una medalla á los voluntarios de la isla, desairando al ejército, y me pareció oportuno y justo conceder otra á los que peleaban.

En cuanto á la Comisión reorganizadora del ejército, no fué una de tantas comisiones que se crean en España para perder el tiempo. Aquélla trabajó; cumplió su tarea en los tres meses de plazo que le señaló el decreto de 19 de Junio, y dió á luz una *Memoria* que contiene dictámenes luminosos y discusiones muy interesantes, en 894 páginas impresas.

Faltó lo principal: la ejecución. Pero yo no era ministro al cabo de los tres meses. El coronel Cassola, uno de los vocales más activos de la Comisión, quiso realizar un empeño parecido cuando fué ministro de la Guerra, catorce años más tarde, y los políticos se lo impidieron.

Veamos ahora lo de los cuerpos francos.

El primer ministerio de la República, formado en parte por los ministros de D. Amadeo, los creó con el laudable fin de aumentar el número de combatientes contra los facciosos. Pero aquellos batallones, sobre ser caros, no tenían condiciones militares de ninguna especie. Poco hubiera importado la carencia de instrucción, porque la instrucción se adquiere; no importaba mucho el que fuera gente allegadiza, que en campaña se hubiera rápidamente operado la más práctica de las selecciones. Pero es el caso que preferían la guarnición á la guerra, y en las ciudades había llegado á temérseles por sus abusos. Decíase que no sería fácil disolverlos; decreté, sin embargo, su desarme y su disolución. Y me alegré muchísimo de

que no se resistieran, porque de todos modos se les habría desarmado.

Me criticaron entonces el que la medida no fuera general. En efecto, hubo excepciones, porque también había batallones excepcionales y valientes. Á los que se batían, no era político ni justo disolverlos. Uno de los cuerpos francos, el batallón Nouvilas, mandado por Villarino, estaba sitiado por los carlistas en Portugalete y defendiéndose con decisión. De disolverlo, por no haeer excepciones, habría resultado que los primeros en darles la noticia hubieran sido sus mismos sitiadores.

Cuando más adelante se rindió Portugalete, no estaban allí los francos; habían sido relevados por un batallón de cazadores.

No sé que de esto haya hablado ningún historiador de la República; todos cuentan los excesos de los batallones francos; ninguno—que yo sepa—dice nada de su disolución. Pero recuerdo bien que Castelar en las Cortes de la restauración, refiriéndose á los francos y á sus culpas, dijo que habían sido disueltos "por el más radical de los ministros posibles„.

Después de mi salida del ministerio se crearon otros batallones de la misma clase y procedencia, que dieron los mismos resultados. No me refiero á los de Cataluña, denominados *francos de la Diputación de Barcelona,* porque esos cumplieron bien. Lucharon con los carlistas y no se indisci-

plinaron. Los mandaban El Xic, Lostau y otros que supieron cumplir con sus deberes.

La indisciplina del ejército, iniciada en Barcelona, como dejo dicho, se agravó cada vez más. Llegó al extremo de que un batallón en Sagunto asesinara á su jefe. Todo esto sucedió antes de mi entrada en el Ministerio de la Guerra; mientras lo desempeñé no ocurrió ningún caso de indisciplina verdaderamente grave. Consigno el hecho, no me atribuyo la gloria; sería casualidad. Posteriormente á mi salida hubo nuevas escenas deplorables.

Se ha hablado mucho también de gracias indebidas y de ascensos injustificados. No fueron tantos, ni con mucho, como en otros cambios políticos anteriores y posteriores al 73; pero es cierto que la República se excedió en las recompensas, ni justificadas ni agradecidas. No me asusta que de un cabo se haga un coronel ó de un subteniente un capitán general; pero eso es cuando el cabo ó el subteniente realizan actos heroicos ó servicios muy excepcionales. Y en los agraciados no hubo nada de eso. Por mi parte, no concedí gracias ni ascensos por amistad ni por recomendación; las concedí por propuesta de los generales ó por acciones de guerra. Tal vez, si se rebusca, se halle alguna irregular concesión hecha por mí, y ahora recuerdo que concedí el empleo de comandante á un capitán retirado: á Higinio García, el sargento famoso de la Granja, á quien Es-

paña debió la Constitución del 37. En 1837 mereció ser fusilado; en 1873 no era ya el sargento sedicioso, era un anciano, figura histórica de otra generación casi extinguida, á quien debían su posición muchos hombres políticos y algunos generales que no se acordaban del que trajo las gallinas.

Recuerdo también que se dió un ascenso inmerecido, antes de mi entrada en el poder, á un jefe recomendado por mí; tal vez á más de uno; pero aquí me refiero á uno que me abstengo de nombrar, considerando que hace tiempo ha dejado de existir. El agraciado me escribió:

"Tú sabes que nunca he sido político, pero desde hoy seré republicano hasta el crimen."

En efecto, lo fué hasta el crimen de Sagunto.

***

A fines de Junio se me aceptó la dimisión que yo tenía anunciada desde el primer consejo de ministros. Y la había anunciado porque no se me autorizaba á restablecer la disciplina en el ejército de la única manera, á mi entender, posible: castigando con dureza, no tanto á los soldados como á los oficiales.

Al mismo tiempo que yo salieron los demás, excepto Pi.

Mis pretensiones referentes al restablecimiento de la disciplina, conocidas por una parte del pú-

blico, le sirvieron de pretexto al periódico de Roque Barcia — *La Justicia Federal* — para decir que yo quería la dictadura, que estaba reuniendo fuerzas para ahogar la libertad y que todas las mañanas en el ministerio me hacía decir una misa para mí sólo.

CAPITULO XLI

1873

V

Del primer ministerio que presidió Pi y Margall no quedó más que las leyes de Benot (ministro de Fomento), relativas al trabajo de las mujeres y de los menores; siempre serán invocadas en honor de la República, y servirán de punto de partida en reformas justas y más amplias.

Para formar su segundo ministerio tuvo Pi no pocas dificultades. Habíale autorizado la Asamblea para que él nombrara los ministros, en lugar de elegirlos directamente la Cámara, como hizo con los del ministerio precedente. No faltaron algunos candidatos espontáneos; desgraciadamente, no eran los que Pi quería. Trató de convencer á Díaz Quintero y á Ramón de Cala de que debían aceptar las carteras que les ofreció; empeño inútil. Díaz Quintero le manifestó que no era él de madera de ministro; Cala, á su vez, declaró que

no se creía capaz de gobernar á nadie, mientras fueran instrumentos de gobierno caballos y cañones.

Eran dos demócratas por naturaleza, dos hombres de buena índole, dos santos.

Díaz Quintero, escritor de gran talento y exento de ambiciones, había sido la *bête noire* de los "españoles sin condiciones„ — sin condiciones buenas — que alborotaban y fusilaban en Cuba. En la Habana le compusieron una multitud de coplas, pero no tuvo la suerte de que ninguna mereciera la inmortalidad:

Por las calles de Madrí
se pasea un caballero,
llamado Díaz Quintero,
hablando muy mal de aquí;
y es un pillo, traidor, laborante,
cobarde, insurrecto, canalla, mambí.

Todo esto, y algo más, por haber hablado y escrito con justa indignación del fusilamiento de Zenea, que fué un asesinato.

Á los odios que inspiraba en Cuba al partido español — aquel partido que hizo tanto mal á España — se agregaban los que inspiró en la Península á la gente clerical. Se le odiaba tanto como al inmortal Roberto Robert, digno precursor de Nákens, y como al propio Súñer y Capdevila. No se olvidaba su discurso al debatirse la Constitución

del 69, en el que dijo, defendiendo la libertad de cultos, que él no era católico, ni protestante, ni budista, ni judío, agregando: "No soy ni siquiera ateo, porque no quiero tener con las religiones positivas ni el contacto de la negación."

Del bondadoso Cala hablaré en otro capítulo.

Y volviendo á Díaz Quintero, he de contar lo que le ocurrió con él á un gran amigo mío:

Fué este último á visitar á aquél, muy temprano, para un asunto urgente, y le dijeron que no estaba en casa; pero al mismo tiempo, el visitante oyó los ecos de la guitarra, verdadera pasión de Díaz Quintero. Éste la tocaba á todas horas, y la tocaba muy bien; sus momentos de ocio los consagraba á la música. Seguro el visitante de que Díaz Quintero estaba allí, se impuso al criado y se introdujo en las habitaciones. Guiado por la música, llegó hasta la alcoba del diputado por Huelva. Y era allí donde sonaban los mágicos arpegios; pero el que tocaba la guitarra, y la guitarra misma, estaban invisibles como arpa milagrosa. Por fin mi amigo se acercó á la cama, tiró de la colcha, y apareció Díaz Quintero entre las sábanas, en camisa, con gorro de dormir ¡y dormido! tocando la guitarra.

El segundo ministerio Pi, en el que Pi no tuvo compañeros muy leales (salvo excepciones), fué también de duración escasa. Una de las cosas que demuestran el valer inmenso de aquel hombre es la inmensidad del odio que inspiraba. No se ha

combatido á nadie con la saña que se le combatió. En la Asamblea de la República se le hizo una guerra despiadada. Muerta la República, siguió siendo el blanco de los tiros de republicanos y monárquicos. Hasta que lo han enterrado no se le ha hecho la justicia á que era acreedor.

Y, sin embargo, quien ha triunfado es él. Hace medio siglo se le consideraba soñador, iluso, perturbador de la democracia, porque levantaba la bandera socialista contra el individualismo de Rivero, de Castelar, de Orense mismo. Hoy son ya socialistas, no solamente los republicanos, sino los monárquicos; hasta el papa lo es, según Benot.

En la época revolucionaria fué el más consecuente y firme campeón de la *utopia* federal. Pues ya son federales, sin saberlo, si no todos los republicanos, la inmensa mayoría de los monárquicos. No se llamarán federalistas, sino regionalistas, autonomistas, descentralizadores, comuneros y otras varias cosas; pero que todas trascienden á federalismo. Por propagar lo que hoy piden los más conservadores monárquicos nos hubieran fusilado, no hace mucho tiempo, esos mismos que lo piden.

Y en su postrera época, en vísperas de desaparecer en su honrada y modesta sepultura, señaló á toda España la senda que convenía seguir para evitar catástrofes horrendas. No se le creyó y vinieron las catástrofes, inmensas, terribles, sin atenuaciones. Hoy se reconoce que, entre los altos

políticos, él solo estaba en lo cierto. Si otros pensaban lo mismo no tuvieron el valor de pregonarlo.

Para los políticos que luchan por el poder, para el vulgo, que sólo aprecia los éxitos materiales, Pi y Margall fué un vencido. Para los que miden toda la alteza de los morales triunfos, Pi y Margall fué el triunfador del siglo XIX.

La insurrección cantonal de Cartagena, secundada en varias provincias andaluzas, fué la causa determinante de la caída de Pi. En su lugar fué elegido Salmerón. Este combatió á los cantonales con la mayor energía, logrando, al fin, dejarlos reducidos á Cartagena y sus fuertes.

Pero allí se mantuvieron firmes hasta Enero del siguiente año.

Los cantonales han cargado con las culpas de todos los federales y de todos los republicanos. Se les achaca la muerte de la República, y no digo yo que la favorecieran; lo que afirmo es que muchos de nosotros vimos en aquella insurrección una consecuencia natural de la mansedumbre y la apatía de la Asamblea Constituyente, una Constituyente que nada constituyó. Se componía de hombres honrados, pero harto sometidos á la autoridad de los prohombres. No discutió siquiera la Constitución, obra de Castelar; su mismo autor y otros muchos, poniendo trabas á toda iniciativa, lograron enterrarla desde antes que naciera. Los diputados de la derecha decían que no era oca-

sión de discutir, sino de someter á los rebeldes; y éstos se habían rebelado porque la Asamblea no discutía el proyecto de Constitución: un verdadero círculovicioso.

No querían los cantonales que muriera la República; viéndola muerta querían resucitarla.

Entre los sublevados, Gálvez Arce y otros muchos procedían de buena fe. Algunos, como Barcia, quizá obrarían á impulso del despecho. Pero, ¿cuándo no ha sucedido lo mismo? ¿Qué insurrección ha rechazado jamás el concurso del que se lo ofrece ni ha escudriñado los móviles de sus auxiliares?

Si la insurrección de Cartagena perjudicó á la República no se puede decir que la matara. En realidad, no fué otra cosa que la última convulsión de la moribunda revolución de Septiembre.

Quejábanse muchos de la actitud rebelde, pero lógica, de los cantonales, y no de que las autoridades antillanas, autoridades nombradas por la República, desacataran las órdenes del gobierno. Éste había mandado que no se ejecutara sentencia alguna de muerte sin consultar al poder metropolítico, y en Cuba se continuó fusilando.

A Salmerón le sucedió Castelar en la presidencia del Poder ejecutivo. El nuevo presidente consiguió que la Asamblea suspendiera sus sesiones. Y cuando, libre de las tareas del Parlamento, acentuaba su política de reacción y llamaba en su ayuda á los generales alfonsinos, se le rebeló el gene-

ral Jovellar, á quien él había nombrado capitán general y gobernador de Cuba.

He aquí lo que pasó: capturado el *Virginius,* barco pirata, cayeron prisioneros Bernabé Varona, conocido por *Bembeta,* Jesús del Sol y 160 más. El gobierno, por política, por humanidad y por evitar reclamaciones de los Estados Unidos, ordenó al capitán general que suspendiera las ejecuciones. Se le contestó fusilando 53 en dos días, entre ellos los dos nombrados. Poco faltó para que la imprevisión, la crueldad y la desobediencia de las autoridades provocara un conflicto pavoroso con la República norteamericana, primera nación del mundo que había reconocido la República española.

***

Un día me sorprendió la inesperada visita de mi coronel de África, el brigadier Mogrovejo. Me contó que un hijo suyo, oficial del ejército carlista, se encontraba herido en un lugar de Francia, que ardía en deseos de verlo y que no se atrevía á pedir una licencia por si se la negaban temiendo que él también se marchara á la facción. En suma, quería que yo le proporcionara un pasaporte sin que él lo solicitara.

Inmediatamente me dirigí en carta particular al general Sánchez Bregua, ministro á la sazón, y

me envió un mes de licencia para Mogrovejo con un pasaporte para Francia.

Al despedirse me dijo el brigadier:

—Le empeño á Vd. mi palabra de honor de que volveré con el pasaporte, para que nunca se diga que Vd. ó yo hemos procedido mal; pero después que me presente me iré á las filas de D. Carlos.

—Pues lo sentiré, mi brigadier; será un sacrificio inútil, aparte de que su edad de Vd. es avanzada para trotar por esos vericuetos. Así, pues, deseo que haga Vd. lo que me dice, no por evitarme compromisos ni críticas ni responsabilidades, sino para ver si lo convenzo á Vd. de que no se debe ir.

Cumplió como caballero. Volvió á Madrid, entregó su pasaporte, se despidió de mí (que no pude hacerle cambiar de resolución) y se fué á las provincias Vascongadas.

***

Cuando desempeñaba el Ministerio de la Guerra, doté de municiones y completé el armamento de los voluntarios de la República; pero como los cartuchos no deben ponerse en manos pródigas, como el armamento supletorio que concedí era bueno, me opuse á que se hiciera la distribución individual mientras no fuera preciso.

En consecuencia, armas y cartuchos quedaron depositados en Caballerizas, cuyo jefe ó director,

funcionario nombrado por la República, era un excelente correligionario, Melitón Echevarría.

Fué una insigne torpeza, y pronto me arrepentí de aquella excesiva previsión. ¡Ojalá hubiera sido imprevisor!

Cuando menos lo esperaba, me parece que á fines de Noviembre, el general Hidalgo, capitán general de Madrid, se apoderó del *parque federal* - así lo llamaban los amigos íntimos que conocían su existencia — y sin que nadie lo supiera ni yo mismo me enterase hasta pasados tres días, nos encontramos tan desarmados como antes de mi paso por el Ministerio. Todo ingresó en el parque del Estado.

Esta contrariedad, otras de orden político, ciertas ingratitudes con que no contaba (ahora ninguna me sorprende), la descomposición del partido federal, que se había dividido en cantonal y gubernamental, y, sobre todo, la mortificación que me causaba el estar constantemente vigilado por polizontes de la República, más que lo estuve jamás por los de la monarquía, me pusieron en un estado de ánimo parecido á la desesperación.

Así acabó para mí el año 73.

CAPITULO XLII

1874

I

El 2 de Enero reanudó la Asamblea sus sesiones. La sesión de aquel día fué la primera y la última. Está en la memoria de todos y reseñada en numerosos libros, por lo cual es inútil que me detenga en ella.

Concurrí y voté. Hice bastante, hice demasiado, teniendo aquel día en mi propia casa la visita de la muerte.

Á las once de la noche murió mi madre política. Ya había muerto y reinaba en mi casa la desolación, cuando se me avisó que llegaba el momento de votar. Vivía cerca del Congreso y llegué á tiempo de emitir mi voto, volviéndome á mi casa.

Una ó dos horas después entraron los soldados de Pavía, y éste disolvió la Cámara.

Yo no estaba en el Congreso, pero al instante lo supe. Salí envuelto en mi capa; encontré solitaria

la calle de Sevilla; subí por la de la Cruz hasta lo alto de la de Carretas. Allí estaban Moreno Rodríguez y algún otro diputado, por quienes supe detalles del suceso. Después me dirigí á la calle de Toledo; al entrar en ella se me acercó un desconocido para decirme:

—De parte de Felipe Ducazcal, vengo á suplicarle á Vd. que se retire de este barrio, porque si da cien pasos más será preso. Dice que en su casa no será Vd. molestado; basta la desgracia que ocurre en su familia y la consideración que usted merece.

Yo miraba al fondo de la calle; los pocos transeuntes parecían indiferentes.

Sin dar siquiera las gracias al embajador de Ducazcal, volví sobre mis pasos; pero no me fuí á mi casa, refugiándome en la de un amigo.

El señor Vera, hablando de aquel día en una de sus obras, dice que se esperaba en mí y que no hice nada. No rehuyo la parte alícuota de responsabilidad que pueda corresponderme en la increíble vergüenza de aquel día; todos nos portamos como unos indecentes.

Pero yo pregunto:

¿Por qué se esperaba algo de mí? Yo no era alcalde, ni gobernador, ni ministro de la Guerra ni de ninguna cosa. A lo sumo, tenía deberes morales neutralizados por desesperanzas y desilusiones. La noche anterior, una de las veces que estuve en el Congreso, pude observar que algunos

diputados, los que habían de ser ministros y gobernadores en la situación que iba á crearse, hablaban recatándose de mí. El bueno de Langarica me avisó que un antiguo amigo mío, designado para ser gobernador de Madrid, le había ofrecido el cargo de jefe de Orden público, pero advirtiéndole que no me dijera nada. ¡Por qué sería!

El temor de los que iban á sustituir á Castelar era que los voluntarios de la República salieran á la calle. Á las pocas horas les hubiera gustado que salieran.

El día 3 no hice nada ni vi á nadie. El 4 me puse al habla con algunos oficiales y jefes de la milicia para intentar un esfuerzo. No todos estaban decididos; pero el *Quito* lo estaba, como siempre. Y él solo era una fuerza, por su popularidad en la Latina. Llamábase Berenguer, pero casi todos ignoraban su verdadero nombre, habituados á llamarlo *Quito* desde que nació.

Antes de tomar una resolución definitiva quise ver á Salmerón, por ser el presidente de la disuelta Cámara. Lo vi. Me dijo que había llegado Arolas enviado por Moriones, general en jefe del ejército del Norte, quien no estaba dispuesto á reconocer el gobierno formado por Pavía. Me encareció que no hiciéramos nada, porque haríamos fracasar los intentos de Moriones. Pienso que, de todos modos, nada habríamos hecho, nada útil; pero no creí tampoco en el prometido auxilio del citado general. Este exigía, para rebelarse contra el

nuevo gobierno, que se pusieran de acuerdo los desavenidos Salmerón, Pi, Figueras y Castelar. El último se negó á toda inteligencia con los otros.

Y así quedó establecido un gobierno faccioso, presidido por el general Serrano. Sólo encontró resistencia, fácilmente vencida, en Valladolid, en Zaragoza y en los batallones catalanes que mandaba el Xic.

Los alfonsinos hubieran sido el 3 de Enero dueños absolutos de la situación si el general Pavía no se hubiera opuesto. En aquella fecha aun era Pavía republicano, bien que enemigo furibundo de los federales y también de Salmerón.

Y de Moriones.

Y Moriones de Pavía.

Pudiera hacerse un estudio acerca de lo que influyen las simpatías y antipatías personales en la conciencia política de ciertos hombres.

***

Se ha criticado mucho á Castelar, se le ha llamado apóstata, por haber renegado del federalismo en el discurso pronunciado aquella célebre noche del 2 al 3 de Enero.

Por mi parte no se lo censuro; se lo aplaudo. No hubo apostasía, ni retroceso, ni siquiera evolución; hubo franqueza; fué la primera vez que habló con sinceridad y expresó lo que sentía.

Lo que le censuro es su anterior propaganda,

sus defensas del federalismo, sus persistentes engaños, porque engañaba al pueblo cuando repetía que él era muy federal, que la República española sería federal inevitablemente y que él no admitía, no podía concebir otra.

Lo que no se concibe es que un hombre de valer y de tan alta elocuencia imitara á los que convierten la politica en oficio, á los que se dejan llevar por la corriente, á los que persiguen la popularidad con lisonjas á la muchedumbre, á despecho de la conciencia propia, si es que tienen conciencia los que proceden así.

Aquel orador tan admirable, el más grande quizá de todos los pueblos y de todos los siglos, sólo una vez nos descubrió su alma: el 3 de Enero.

Nunca había sido federal; á lo sumo sería republicano. Y si en la antigüedad no hubieran existido las Repúblicas de Grecia y Roma, si no hubieran coexistido en la Edad media la República y la tiranía en diversas ciudades italianas, tampoco hubiera visto en la República una concepción artística. Era preciso que sus ideales se le aparecieran adornados con el polvo de las ruinas, con las telarañas de la Historia. Tributaba culto á lo pasado; no tenía la visión de lo futuro.

***

El señor García Ruiz, ministro de la Gobernación, quiso deportarme á Filipinas, tal vez en justo

castigo de no haber hecho nada. Lo supe entonces por diferentes conductos; lo que no supe hasta quince años después, y por casualidad, fué la causa de que no lo hiciera: se opuso resueltamente el general Pavía.

El médico sagastino y homeópata D. Zoilo Pérez, muy amigo mío, insistió mucho en aconsejarme, con aire misterioso, que me ausentara de España. Y me trasladé á Lisboa con toda la familia.

El mismo día que llegué á Lisboa se anunciaba en carteles una ópera, que había de cantarse aquella noche, con este título:

Roberto de todos los diablos.

Al leerlo dije para mí: Aquí tenemos los 400 pies de caballo.

En efecto, la fantasía lusitana se revela en todo; tienen los portugueses frases hiperbólicas de las que usan y abusan. Y no lo digo precisamente por el título que dan á la obra de Meyerbeer, pues nadie les impedía titularla *Roberto de 50.000 demonios*. Pero, después de todo, no van descaminados cuando aplican á los españoles todos los cuentos, los mismos que en España les aplicamos á ellos; no hacen más que volverlos al revés. Para los portugueses era castellano el que, metido en un pozo, perdonaba la vida al que de allí lo sacara.

Según mis observaciones, los portugueses no son más exagerados que los españoles en general y los andaluces en particular. Pero en los andalu-

ces no tiene nada de extraño que lo exageren todo, según me dijo un inglés. Este contaba que en Cádiz y Sevilla creyó de veras que todo el mundo se había vuelto loco viendo la frescura con que unos hablaban de "dos horas„, por decir cuatro minutos, y otros, á quienes preguntó en la calle de las Sierpes si estaba cerca el barrio de Triana, le contestaron: "Más lejos que Lima...„ "Como de aquí al polo Norte...„ "Si va Vd. á pie no llega en doscientos años...„ Todo esto hizo reflexionar al inglés, y al fin cayó en la cuenta de que los andaluces carecen del sentido de las proporciones porque en su cielo no hay nubes.

Sus comparaciones desmedidas son naturales en aquellas gentes, que nacen, viven y mueren bajo un firmamento azul, todo azul, siempre igual, visiblemente infinito. Así se lo explicaba el inglés.

Tengo buenos recuerdos de los portugueses y de Portugal; hallé entre aquéllos muchos y buenos amigos; en éste un país pintoresco y agradable.

Si en Lisboa no eran muchos los republicanos, en cambio todos ellos eran federales é iberistas. Al decir *todos,* es claro que me refiero á los que yo conocí. Precisamente por miedo á la tacha de iberistas no eran más numerosos los republicanos.

Entre los militares había más partidarios de la unión ibérica, relativamente, que en la burguesía, y más también de lo que yo imaginaba.

El caballeroso comandante Braga me aseguraba que el pueblo no sentía ninguna aversión á Es-

paña; pero que algunos escritores y políticos le hablaban con frecuencia de las hogueras inquisitoriales, único recuerdo que dejaron los Felipes de la casa de Austria en los sesenta años de su dominación.

Y añadía con mucha gravedad:

— La unión ibérica puede hacerla cualquier gobierno español sin disparar un tiro, y hasta con aplauso de los mismos escritores que evocan á menudo el espectro castellano.

— ¿De qué modo?

— Publicando en la *Gaceta de Madrid* el decreto siguiente:

"Artículo 1.° El territorio de Portugal queda incorporado á España.

„Art. 2.° La capital y residencia del gobierno ibérico será Lisboa.

„Art. 3.° Se declaran puertos francos los de Lisboa y Oporto.

„Art. 4.° Queda nombrado capitán general de Filipinas el general H. (un portugués); de Cataluña el general R. (otro portugués); gobernador del Banco el personaje X. (portugués); etc.„

— Es Vd. humorista — le repliqué.

— Sin embargo, crea Vd. que ese decreto cuando fuera conocido en Portugal produciría en muy pocos horas tres efectos distintos: primero, un movimiento de estupor; después, algunos gritos de indignación y protesta, y al llegar la noche repiques, luminarias y vítores á la nación ibera.

El ilustre Rolla, coronel de ingenieros y hombre de mucha valía, era uno de los republicanos iberistas más convencidos y entusiastas.

Otro jefe, uno de caballería cuyo nombre no acierto á recordar, me decía que no le importaban mucho las formas de gobierno con tal que la libertad estuviera asegurada; pero que él se había afiliado al partido federal republicano porque ante todo era partidario de la federación peninsular ibérica, irrealizable dentro de la monarquía.

Pensaba yo que estas manifestaciones serían puramente individuales y que el pueblo portugués estaría britanizado después de tantos años de alianza con Inglaterra. Era todo lo contrario; por lo mismo que es un pueblo muy amante de su autonomía, el odio á Inglaterra es una de sus pasiones más firmes y arraigadas. Aquellos ciudadanos tan corteses, aquellos obreros tan amables se ponían como fieras cuando se les hablaba de Inglaterra y de su protección.

En tantos años como han transcurrido desde que estuve en Portugal, no sé si habrán cambiado las ideas ó los sentimientos; pero en aquel tiempo, yo mismo vi manifestaciones diversas de anglofobia. Cuando un marinero inglés, particularmente de la marina de guerra, se aventuraba en ciertos callejones, era infaliblemente apaleado; lo vi más de una vez y más de dos.

Mi literatura portuguesa, antes de ir á Lisboa, se reducía al poema de Camoens, que me sabía de

memoria desde que era un niño. Participaba del error común que atribuye poca importancia á las letras lusitanas porque se las desconoce. No tardé en convencerme de que el movimiento literario es muy activo; era entonces más modernista y más vigoroso que en España. El número de buenos escritores, poetas, sociólogos y estadistas con relación al número de habitantes es mayor que en España, ó lo era en aquel tiempo.

Las amistades que adquirí en Lisboa, como se comprenderá, no las tuve desde el primer día. En las primeras semanas casi no tuve más trato que el de mi buen amigo y compañero de colegio Ventura Callejón, cónsul de España, muerto hace poco de cónsul en Hamburgo. Él me acompañó no pocas tardes en mis paseos por la ciudad y los alrededores.

Poco después nos fuimos reuniendo allí bastantes españoles; mis amigos emigraban de España sucesivamente.

Recorriendo una tarde con mi familia uno de los paseos de Lisboa, tan frondoso como solitario, me senté un instante á descansar en uno de los bancos del paseo. El extremo del mismo lo ocupaban dos señoras, de las cuales una, la más próxima, rayaba en la ancianidad. Estaba anocheciendo y empezó á invadirme la natural tristeza, la poética melancolía de la hora crepuscular. No hay crepúsculos más tristes que los del destierro.

Un momento después apareció la luna por enci-

ma del follaje, y sin darme cuenta de que tenía tan cerca dos personas, me puse á recitar unos versos que había leído en mi infancia, que tenía completamente olvidados y que acudieron de pronto á mi mente y á mis labios por algún arcano misterioso:

Cuando la luz de la tarde
en occidente se apaga
y la reina de las sombras
con ligero paso avanza...

Notando en mi vecina cierto movimiento de extrañeza, me callé avergonzado de que me hubiera sorprendido *hablando solo*.

Pero ella continuó los interrumpidos versos:

En estas horas tan dulces,
inspiradoras del alma,
cuando en alas de la brisa
el silencio se derrama...

Era Carolina Coronado, autora de los versos.

CAPITULO XLIII

1874

II

Poco á poco habían ido llegando á Portugal muchos de los republicanos españoles que eran en España más ó menos perseguidos: Nicolás Díaz Pérez, Gumersindo La Rosa, Casas Genestroni, Cala, Garrido, Benot...

Ya no recuerdo en qué mes apareció el primer número de la revista *Europa*, dirigida por Benot, y en la que escribíamos Rodríguez Navas, Garrido, Cala y yo, con otros varios, sin contar los colaboradores portugueses y extranjeros. El artillero Navarrete era uno de los colaboradores más asiduos.

Salieron contados números. El gobierno portugués desterró á Benot *do reino* y mató aquella revista. No era, sin embargo, demagógica ni mucho menos; pero el gobierno de España pidió al de Portugal esa violación de la hospitalidad y de la ley. No fué la única.

Nos reuníamos con frecuencia, no precisamente para conspirar, sino para decir horrores del gobierno de Madrid y de todos los gobiernos, al principio en la redacción de *Europa*, después en la librería internacional de Carrilho Videira. Hubo allí quien pretendió demostrarnos que cierto hombre político español no moriría jamás, porque ya vivía con otro nombre antes de la expulsión de los judíos; antes de ser quien era, había sido el propio Benjamín de Tudela, israelita inmortal. Ni faltó quien presentara el árbol genealógico de un militar político, para probarnos que descendía por línea de varón de un célebre verdugo, de Juan Diente.

Uno de los emigrados, cansado de luchar con escaseces y no teniendo medios de pagarse el viaje á Londres, se denunció á la policía como regicida peligroso, acusándose á sí mismo, en carta anónima, de haber ido á Lisboa expresamente para asesinar al rey D. Luis ¡con un flecha! En otros países no hubieran hecho caso del personaje ni de la denuncia, pero en Portugal surtió su efecto el anónimo. El supuesto regicida fué conducido á Inglaterra por cuenta del Estado Hoy vive en América y es rico; bien podía devolver á la Hacienda portuguesa los miles de *reis* que le hizo derrochar, por los cuales *reis* es un verdadero regicida.

Cala, que carecía de fortuna, fué más de una vez la Providencia de los más desvalidos emigra-

dos; hasta cantó para ellos en una función benéfica, porque era aficionado á la música y tan altruísta como he conocido pocos.

También tradujo al castellano algunas novelas portuguesas.

Pero lo que más recuerdo relativo á Cala, que desgraciadamente acaba de morir, es lo que voy á contar.

Designado por mí, fué en compañía de un senador ilustre, portugués, á pedir explicaciones á un periodista lisbonense que se había permitido ciertos desahogos.

Al día siguiente, mis dos padrinos me entregaron un acta satisfactoria. Y al entregármela, me dijo Cala en presencia del hidalgo portugués, que se quedó asombrado:

—Me alegro mucho de que esto se haya arreglado así, porque de ir al terreno, al ponerse los adversarios en guardia les hubiera gritado, metiéndome entre los dos: "¡Animales!, ¡matarifes!, ¡asesinos! ¿Con qué derecho van ustedes á herirse ó lastimarse? ¡Ea, me voy, yo no presencio asesinatos!...„

Una vez me buscó para decirme que lo acompañara, á fin de arreglar entre los dos un asunto de Garrido. Este había pasado ocho meses en Manila, con el cargo de Intendente; acababa de llegar con su familia y quería alquilar unas habitaciones en el histórico y bien situado convento de *Boa Viagem*, que era de propiedad particular; pero

tropezó con el inconveniente de que el propietario exigía por adelantado seis meses de alquiler y Garrido no estaba en condiciones.

Fuimos Cala y yo á ver al propietario, y éste accedió á que Garrido sólo anticipara un mes. Por eso pudo vivir en el convento famoso.

Pero no habían pasado quince días cuando una noche que no pude ir á mi casa á la hora de comer y comí en un *restaurant* de los de mesa redonda, me encontré allí con un burgués español muy estirado que hablaba pestes de los republicanos españoles y de la República. No hice ningún caso mientras expuso opiniones que bien podían ser las suyas; pero citó á Garrido por su nombre y entonces lo interrumpí.

—El señor Garrido — decía aquel charlatán — no tenía dos pesetas; pero ha sido intendente de la República en las islas Filipinas, y en cuanto ha vuelto ha comprado una posesión magnífica en la orilla del Tajo, un antiguo convento con hermoso parque y espléndidos jardines.

—El señor Garrido — le contesté — no ha comprado cosa alguna; ha alquilado una de las habitaciones del convento y no puede anticipar seis meses de alquiler.

Conté lo sucedido con cuanta calma pude, y él exclamó después de oirme:

—¡Y pensar que el país ha estado en manos de esos hombres!.. ¿Qué han de hacer por la nación, si no son capaces de hacer nada por sí?

Hubo algo más, pero importa poco, y prefiero suprimirlo.

***

Como todos los emigrados políticos, nosotros seguíamos con atención é interés las noticias de la patria, singularmente las de la guerra carlista.

Aun conservaba yo la cáscara militar, y me entusiasmé con el relato que me hizo un carlista valenciano, aparecido en Lisboa. Según él, un oficial y un ordenanza, á caballo y vistiendo sus uniformes carlistas, habían ido con pliegos desde la provincia de Guipúzcoa á la de Castellón, y sin dificultad de ningún genero llegaron á su destino. Si el hecho es cierto, ese oficial era uno de los más útiles en nuestras guerras. Es posible que no supiera reducir ángulos al horizonte, pero supo lo que era menester.

Otro hecho de la guerra me llenó de envidia: la sorpresa de Segorbe en aquel año de 74.

Estaba en la ciudad Cucala con 2.000. Era viernes santo y la fuerza completa formó en la procesión. Cuando menos se esperaba, entró á galope un escuadrón liberal de lanceros de Villaviciosa, comandado por el capitán D. José Pérez. En pocos minutos quedaron las principales calles sembradas de santos y de cirios, de beatos y de sacristanes, de curas trabucaires y de soldados carlistas. ¡Bravo! Al capitán Pérez debieron dar-

le aquel día la cruz laureada y el toisón de oro.

Envidia he dicho, sí, porque todos envidiamos algo en este mundo: el literato un libro, el comerciante un negocio, el artista una concepción original ó un pensamiento sublime. Y yo, por lo que tenía de militar, envidiaba á los lanceros de Villaviciosa y al capitán Pérez, que es amigo mío. Nunca, ni en mi mocedad, envidié las batallas napoleónicas ni los triunfos de Moltke; pero por realizar empresas como la de Pérez en Segorbe me sentía con ganas de sentar plaza para empezar de nuevo la carrera.

Lo que dejo expresado de la envidia no tiene nada de particular. Al sereno del barrio de las Peñuelas no se le ha ocurrido nunca envidiar á un accionista del Banco; pero envidia al sereno de la calle de Alcalá ó al de la Puerta del Sol. Creo que me explico.

***

Pasé el verano en Cascaes, puerto de mar no lejos de Lisboa y á dos leguas de Cintra. Por ver á Cintra se debe hacer un viaje á Portugal. Es un lugar delicioso; el castillo de la Penna, como un nido de águilas, domina envuelto en nubes aquellas pendientes olorosas, campos floridos, jardines y arboledas. Las quintas de recreo se esconden en las frescas espesuras. Desde algunos sitios se descubren hermosas perspectivas, gran extensión de

mar y las velas blancas de barcos pescadores que remontan el cabo de Espichel. Se eleva el alma en aquel dulce sosiego, con el rumor apacible de las fuentes y el melodioso canto de las aves. Aquella tranquilidad, inspiradora de églogas é idilios, ofrecía un envidiable contraste con las vicisitudes y las luchas de mi agitada existencia. ¡Ay! si yo poseyera un asilo misterioso en aquellas enramadas, si allí viviera, entre árboles, y fuentes, y pájaros, y flores... no tardaba tres días en tomar el tren para cualquiera parte.

En Noviembre, pareciéndome la vida un tanto cara en Lisboa, me trasladé á la simpática Oporto, pasando por Coimbra.

CAPITULO XLIV

1874

III

Si es Lisboa metrópoli oficial como es Coimbra foco intelectual, Oporto es la ciudad del comercio, de la industria y la más liberal de todo el reino. En aquel tiempo tenía cien mil habitantes; hoy cuenta muchos más. La población en sí misma no llama grandemente la atención, pero sus contornos son muy amenos y sus habitantes hacen gala de perfecta cortesía.

En Oporto conocí á un español muy amable, muy aportuguesado, en cuya casa habían hallado refugio los emigrados liberales, antes y después de la revolución; era D. Marcos Argüelles, por quien conocí á varios portuenses y también las crónicas de la ciudad.

Después que yo llegó Fernando Garrido, con quien sostuve en Oporto inacabables polémicas, principalmente por las cosas de España. Él com-

prendía, como todo el mundo, que era inminente la restauración borbónica, pero pensaba que había de tener una existencia efímera.

Yo le expresaba mis temores de que durase mucho.

Pensaba él que la propaganda democrática había conquistado todas las conciencias, que el pueblo amaba la libertad, que el ejército mismo era republicano.

Replicábale yo que él discurría de ese modo porque sólo hablaba con republicanos y demócratas; pero que los republicanos, y aun todos los liberales, éramos una minoría en la masa nacional, una masa criada en el fanatismo, enseñada al servilismo, apegada á ranciedades históricas.

—Pues en ese caso—me decía—¿por qué los carlistas con tantos elementos no salen de sus riscos ni han triunfado nunca ni triunfarán jamás?

—Porque la idea liberal es invencible, sea cualquiera el número de sus defensores; porque el absolutismo real es un anacronismo al final del siglo XIX; porque todo lo que hacen los militares carlistas lo anulan sus obispos y sus curas. El cáncer que ha de acabar con el carlismo es el neocatolicismo, como el cáncer apostólico lo devoró del 33 al 40.

Á mí no me importa ¡cómo ha de importarme! que el clericalismo sea para el carlismo una funesta plaga; lo que deploro es que lo sea también para el liberalismo. Porque en España, cuando se

observa un poco, se ve que apenas hay liberal sin un fraile ó sin un cura dentro.

—Cuando empezó la guerra actual—me decía Fernando algunas veces—los republicanos debimos apoyar á los amadeístas, y lo que hicimos fué auxiliar á los carlistas indirectamente.

—No creo que les ayudáramos ni directa ni indirectamente; pero de todos modos, tampoco podíamos darle fuerza á una monarquía tan absurda como la saboyana, que destruyó los efectos de la Revolución.

—Pero Vd.—me decía—de haber nacido antes, hubiera peleado por Isabel II contra Carlos V en la primera guerra.

—Seguramente que sí—le contestaba yo—; hubiera combatido por Isabel II, fundándome en una sola consideración: la de que D. Carlos tenía mejor derecho. Contra el derecho escrito, contra el derecho dinástico, siempre estaré dispuesto á combatir.

Algunas veces me dijo:

—Es Vd. pesimista, y acabará por creer que la República es imposible en España.

—No creeré nunca tal cosa; lo que creo desde ahora mismo es que no puede implantarse y menos sostenerse no siendo á cañonazos. Por el derecho, por el pensamiento, por la persuasión, no la admitirá un pueblo de inquisidores.

—Pues si el pueblo no la quiere, ¿con qué derecho se la hemos de imponer?

—Con el derecho del sentido moral y del buen juicio y por el deber de disipar la ignorancia y la superstición. ¿Con qué derecho nos conquistaron los moros? Con el de las cimitarras de Muza y de Tarif que limpiaron á España de la sarna goda. Gracias á la sangre árabe se regeneró la raza decadente de D. Opas y de D. Rodrigo.

Y hablando, hablando, sin hacer cosa alguna de provecho, acabamos en Oporto el año 74 y pasamos después todo el 75.

***

A fines de Diciembre del 74 supimos por telégrafo el pronunciamiento de Sagunto. Me trasladé inmediatamente á Badajoz, donde el general Orive, capitán general de Extremadura, sostuvo su autoridad y la República nominal por Serrano presidida, hasta que ya no quedaba en la Península ni un solo general, ni un solo batallón sin pronunciarse. La guarnición de la plaza estaba por D. Alfonso y toda moralmente pronunciada; pero el general Orive no consintió ningún acto en favor del nuevo rey, ninguna demostración contra el gobierno ya caído, hasta que hubo resignado el mando. Y lo resignó, porque después de haber telegrafiado—telegramas que yo vi—á los capitanes generales de Granada y Sevilla (Baldrich y Burgos) ofreciéndose á apoyarlos si ellos querían mantener la nominal República, recibió contesta-

ción telegráfica del general Baldrich participándole que no podía sostenerse ni un minuto más y que entregaba el mando. Burgos no le contestó siquiera.

***

La República del 73 cayó sin resistencia cuando al general Pavía se le antojó; la del 74 igualmente cayó sin resistir á la hora que quiso el joven general Martínez Campos. Si la primera tenía batallones de ciudadanos con malas armas y sin municiones, la última disponía del ejército del Norte, en pie de guerra, y precisamente lo mandaba el presidente de la República general Serrano, duque de la Torre. Lógica inflexible de los hechos; las cosas caen del lado á que se inclinan. Ambas repúblicas fueron unitarias y conservadoras; la lógica puede más que los cartuchos y las bayonetas.

Si los vaivenes de la política ó el simple capricho de un general cualquiera nos trajeran de nuevo la República, no viviría, probablemente, más que lo que tardara otro general ó un coronel en tener otro capricho. Así lo temo, porque observo que los republicanos, ¡los republicanos mismos!, se hacen eco de los juicios interesados y falsos de los monárquicos y de los imbéciles que atribuyen el descrédito y muerte de la República á sus excesos y á sus radicalismos.

¡Excesos!... y los republicanos fueron modelos

de mansedumbre. Su mayor exceso, el que más les criticaron, fué ponerse gorros encarnados en lugar de elegir otro color.

¡Radicalismos!... Si los hubiera habido no hubiese muerto la República. Ésta pecó de conservadora, de complaciente y de cándida.

No solamente fueron los republicanos conservadores hasta la insensatez durante la República, sino que luego, en la oposición, han dejado que les arrebaten los monárquicos la bandera federal los unos, la socialista los otros.

No, nunca, jamás habrá República duradera si se contenta con ofrecer — y para no cumplirlas — pequeñas y tímidas reformas. La única República longeva y aun inmortal será la que destruya, la que suprima, la que desarraigue... la que no deje ni memoria de nada de lo que existe. ¿Nuevas leyes? Una sola, breve y enérgica: la que declare abolidas las demás.

***

Volví á Oporto, perdida toda esperanza, y al día siguiente recibí dos cartas en que me hablaban de resistencias posibles, de próximas revanchas, de ilusiones. Aunque por mi parte no tenía ninguna, volví á tomar el tren.

Pero ya había pasado el año 74; lo que sucedió corresponde al capítulo siguiente, aunque fuera mejor no consignarlo en capítulo ninguno.

CAPITULO XLV

1875

Llegué á la estación de Badajoz. El jefe de estación, que seis días antes era republicano y colaborador del general Orive, se había transformado en alfonsino entusiasta y diligente. Sin embargo, no me denunció como era de presumir, pues seguí mi viaje sin que nadie me molestara ni aun me viera.

En Almorchón, empalme de dos líneas, bajé del tren para aguardar allí respuesta á mis cartas en que pedía instrucciones; de éstas dependía que yo siguiera hasta Alcázar, Valencia y Cataluña ó que tomara la línea de Andalucía.

Pero Almorchón... no existe; la estación se encuentra ó se encontraba entonces en un despoblado frío como una estepa y sin vivienda alguna. Ya estaba yo resignado á vivir al raso algunos días, cuando tuve la suerte de ser reconocido por un factor ó empleado subalterno de ferrocarriles que se llamaba Zúñiga. Este me ofrecio su casa, una verdadera choza contigua á la estación, que á mí

se me figuró un palacio; y no sólo acepté su amable hospitalidad sino que le debí los servicios más útiles, desinteresados, y para él de bastante compromiso, en la expedición y recepción de mi correspondencia.

Aunque yo pasaba los días sin salir apenas de la casa, jugando con los chiquillos de Zúñiga y atizando un brasero que no calentaba, mi presencia fué advertida, pues llegó una pareja de la Guardia civil que se situó en la estación y no quitaba los ojos de mi puerta. Oficiosamente fuí advertido de que no tenía nada que temer si tomaba la dirección de Portugal; pero que sería preso inmediatamente que embarcara en el tren de Córdoba ó en el de Madrid. En consecuencia resolví pasar la frontera sin alejarme de ella hasta recibir noticias que esperaba.

Me trasladé á Arronches, plaza fronteriza portuguesa desguarnecida y desmantelada, habiendo pensado en ella por ser la residencia de algunos emigrados, entre ellos mis amigos Casas, padre é hijo.

En Arronches no hay fondas ni posadas; tuve que albergarme en el piso alto de la casa en que vivía Julián Castillo, antiguo partidario de Despeñaperros.

Allí me sucedió una cosa rara.

Una mañana muy temprano oí en el piso bajo ruido de fusiles y de voces. Me asomé á la ventana y vi cuatro soldados portugueses en la derruída

banqueta de la desmoronada fortificación; estaban sin armas por haber dejado sus fusiles en el portal de la casa, en lo que revelaban ser bisoños.

Subió Castillo á decirme que había llegado un comisario portugués con gente armada y que el comisario quería verme.

— Que suba — le dije.

Se me presentó un caballero muy fino, demasiado fino. Me hizo varias reverencias y me preguntó si yo era sevillano.

Le contesté que no.

Después de consultar una fotografía que yo no pude ver, me dijo:

— Veo que no es *vossa excelencia* el ladrón que ha robado cuatro millones de reis (4.000 duros) á un comerciante de Lisboa.

— No, yo no soy *ese* ladrón; soy otro.

— Excuse *vossa excelencia*... Esta ha sido una denuncia falsa; pero ya cogeremos al ladrón.

— Se equivoca Vd. — señor comisario — no le cogerán ustedes; un ladrón sevillano jamás será cogido por unos soldados que le dejan las armas en su puerta y se van sin ellas á mirar las nubes.

En efecto, supe más adelante que el ladrón no fué cogido y que el robado también era español.

En cuanto á mí, ya no me extraña que en 1875 intentaran prenderme por ladrón, pues es más inverosímil lo que me ocurrió en Hendaya en 1901; quisieron prenderme ¡por carlista! Gracias que el

comisario francés, lo mismo que el lusitano, se rindió muy pronto á la evidencia.

Esperé algunos días en Arronches; de las cartas que esperaba, las unas fueron desconsoladoras, las otras no llegaron nunca á mi poder. Y hube de levantar el vuelo para volverme á Oporto, donde estaba mi familia con suma intranquilidad á pesar de la costumbre adquirida.

***

Asistimos en Oporto al estreno de un drama del entonces joven Silva Pinto, que también se estrenaba como autor. Era el primer ensayo de un muchacho inexperto, y es probable que la crítica lo encontrara defectuoso. Lo que dijera la crítica no lo recuerdo, pero sí me acuerdo bien de que produjo la obra un entusiasmo frenético. Se titulaba *Los hombres de Roma* y su tendencia social era la misma de la *Electra* de Galdós. Pocas veces he visto un público tan unánime, sin distinción de edades ni de sexos, para aplaudir un drama, para aclamar á un autor.

Los actores portugueses—y no lo digo precisamente por los de aquella noche—son los mejores, los más verdaderamente artistas que yo he encontrado en el mundo. Su escuela es la francesa; pero sin los defectos que deben los franceses, no tanto á su arte como á su idiosincrasia y á su lengua.

La portuguesa parece lengua creada para ser hablada en la escena y por las musas.

He visto actores y actrices, en España, que no desmerecían de los mejores entre los portugueses; pero los he visto solos, en contraste lastimoso con sus compañeros. Las compañías que vi en teatros portugueses eran perfectamente equilibradas, sin que ningún actor desentonara, engrandeciendo á los otros ó empequeñeciéndolos con notorio perjuicio del conjunto.

***

Pasé el verano en Matosinhos y Lessa da Palmeira, bañándome en el mar y dedicando ripios á las olas, á las puestas del sol y á la República. Entretanto las autoridades fronterizas enviaban á Oporto agentes de policía para que me vigilaran, tan indiscretos algunos que me lo contaron ellos mismos. ¡Cuánto dinero malgastan los gobiernos españoles!

Á principios del otoño recibí una carta de letra desconocida, firmada con un nombre más desconocido que la letra, y en la cual se me excitaba á ir inmediatamente á Badajoz para sublevar la plaza, en la que se me esperaba "con la más viva impaciencia„. Decía también el corresponsal desconocido que era difícil aplazar el movimiento por la impaciencia de "la artillería„, que más bien quería precipitarlo.

Como puede suponerse no di respuesta á la carta; pero escribí á dos personas preguntándoles quién era el individuo y algunos otros detalles.

La contestación de mis amigos fué: que la persona por quien les preguntaba era desconocida en Badajoz y que la "artillería„ en aquella plaza no llegaba á doce hombres.

Sabido esto, le contesté al corresponsal incógnito que deseaba una entrevista con él, cerca de la frontera, sí, pero dentro de Portugal; le señalaba el sitio, á 2 kilómetros de Elvas, y la fecha, y el minuto.

Su respuesta no se hizo esperar; en ella aceptaba la entrevista.

Pero por Garrido, y acaso por mí mismo, pues no dábamos importancia ni seriedad al asunto, se habían enterado dos conocidos nuestros que estaban en Oporto y procedían de la insurrección de Cartagena. Se ofrecieron á acompañarme á la cita, so pretexto de que habían contrabandeado en la frontera y la conocían á palmos. Les dije que no pensaba ir, pues evidentemente se trataba de algún ardid policíaco ó de algo por el estilo. Entonces me declararon que ellos dos irían sin mí, lo cual me obligó á hacer el viaje con ellos, temiendo que hicieran alguna barbaridad.

Acerté. Llegamos los tres al punto de la cita y esperamos inútilmente dos horas. Cuando ya nos íbamos á retirar, vimos á un hombre que llegaba como viniendo de Elvas por la misma senda se-

guida poco antes por nosotros; pasó á nuestro lado sin saludarnos siquiera, cuando de pronto y con sorpresa mía se le echan encima los dos que me acompañaban, lo sujetan, lo derriban, lo desarman: llevaba faca y revólver. Era español, único indicio de que él pudiera ser el que me escribió las cartas. Negó que me las hubiera escrito; pero mis *edecanes* estaban tan convencidos de que eran obra suya, ó de que su presencia en aquel sitio tenía relación con el asunto, que me fué necesario revestirme de toda mi autoridad para que no lo ahorcaran de una encina.

El hecho es que lo hicimos ir delante, que entró en Elvas antes que nosotros y que desapareció por una callejuela, sin que se le ocurriera quejarse á la autoridad ni presentarse más á nuestra vista.

***

De regreso en Oporto recibí carta de Cala diciéndome que convenía mi presencia en Lisboa para un asunto urgente. Fuí en seguida. Con tanto ir y venir llegué á conocer las líneas portuguesas como el que las trazó.

El asunto de que se trataba no merece la pena de ser registrado aquí; si hablo de esto es para referir un episodio.

Ibamos una noche Cala y yo por la *rua da Prata* conversando, cuando aquél me hizo fijar la

atención en un joven que caminaba por la misma acera, delante de nosotros.

— ¿Lo conoce Vd.? — me preguntó.

— No lo conozco.

— Yo tampoco sé quién es, pero veo que es un bandido.

— ¿Por qué?

— Porque él mismo se denuncia en el modo de andar.

— ¿Pues cómo es eso?

— Repare Vd. que lleva la cara ladeada, mirando á la pared; es para que su oído recoja directamente lo que hablamos; pero no vuelve enteramente la cara, á fin de que no podamos vérsela.

Esta observación de Cala me hizo reir por lo poco fundada que me pareció; de todas maneras me fijé en aquel desconocido.

Algunos días después, estando ya en Oporto, se me presentó un joven elegante y con quevedos en quien creí reconocer al desconocido de Lisboa; pero no estaba enteramente seguro de que fuera él porque en Lisboa no llevaba los quevedos ni su ropa era la misma.

Se me dió á conocer como hijo primogénito de un amigo mío, residente á la sazón en Burgos; me contó una historia más ó menos verosímil y acabó por decirme que necesitaba algún dinero para marcharse á España.

Le hice varias preguntas respecto de su familia y me contestó con gran conocimiento; más toda-

vía, me recordó conversaciones mías con su padre, que sólo éste pudo referirle.

Pero seguía pareciéndome el bandido (según Cala) de pocos días antes en Lisboa, y le dije que volviera al día siguiente para poder servirle.

Telegrafié á su padre diciéndole que el hijo quería volver á España y que me dijera si por su parte había algún inconveniente. Me contestó el mismo día: "Todos mis hijos están conmigo y no han ido nunca á Portugal."

Refiero todo esto para que se vea que Cala estaba en posesión de la perspicacia india.

En cuanto al bandido no volvió á mi casa. Ni tampoco ha vuelto nunca mi reloj de oro, cuya desaparición coincidió con la visita del caballerete.

CAPITULO XLVI

1876

Tuve el gusto de recibir en Oporto las visitas, que me alegraron mucho, de unos cuantos correligionarios, entre ellas la de Fernando Pernas, la de Enrique Solís, etc., etc.

Fuese por estas visitas, por mis frecuentes viajes ó por motivos que ignoro, lo cierto es que el ministro de España en Lisboa, D. Alejandro de Castro, exigió del gobierno portugués mi expulsión de Portugal.

Accedió el eximio señor Fontes Pereira de Mello, teniente coronel de ingenieros, presidente del Consejo de Ministros y jefe indiscutible del partido regenerador, que no regeneró cosa ninguna. A mí solamente me regeneraron.

Cuando el gobernador me comunicó la orden ministerial de *sahir do reino,* dándome un plazo brevísimo, tuve que trasladarme con la familia á Lisboa para tomar un vapor que nos llevara á Inglaterra.

En Oporto no me fué posible, por falta de tiem-

po, despedirme de mis relaciones. En Lisboa me despedí, entre otros, del señor Fernández de los Ríos, de Carrilho Videira, de Cala, de Parra, del simpático y original poeta lusitano Juan de Deo, y también de Ventura Callejón. El insigne poeta Antero de Quental, á quien no conocía personalmente, me envió por despedida un volumen de sus *Odas*. Pero los más solícitos, los más atentos, los que me acompañaron hasta dejarme á bordo, fueron los señores de la policía.

Y no me refiero á la policía del gobierno portugués, que si estuvo no la vi, sino á la excelente y bien educada policía de la legación de España. El Sr. D. Alejandro de Castro pudo quedar bien seguro de que me había ido, pues uno de sus sabuesos llegó conmigo hasta Southampton.

Supe, andando el tiempo, que mi expulsión de Portugal no era obra del gobierno de Madrid, sino personalísima del señor Castro. Si averiguó que yo conspiraba seriamente ó que intentaba hacer algo, supo más que yo y demostró ser un lince.

Castro y yo nos conocíamos poco. Sólo habíamos hablado algunos años antes en Madrid, con motivo de un lance personal en que ambos fuimos padrinos: él de Escobar, yo de Figueras.

De todos modos, confieso que le agradecí aquella inmotivada expulsión, porque empezaba á fastidiarme en Oporto y ya tenía deseos de emprender un viaje.

Llegamos á Southampton, donde pasamos tres

días. Me divertí bastante en el hotel *Providencia* leyendo un inmenso álbum en que los viajeros dejaban sus impresiones. ¡Pero cuánta insolencia! ¡Cuánta impertinencia! ¡Cuánta infamia! Cada viajero insultaba soezmente al anterior, y estampaba su firma para que otro lo insultara luego. Ninguno se escapó; véase una página:

"Saludo á Southampton... ¡viva Europa!... Al fin salí de aquella horrorosa tierra americana, de aquella Cuba de m .. donde los negros, los medio blancos, el vómito y los mosquitos son enemigos de la humanidad.—X.„

"El señor X. es un patón sicotudo, á quien ni el vómito ni los mosquitos le impidieron piratear y enriquecerse á costa de negros y de blancos.—Z.

"¡Valiente filibustero! Te conozco mambí.—Z. morirá en la horca. También conocí á la *perra* de su madre.—T.„

"¿T. ha pasado por aquí? Pues me mudo ahora mismo del hotel... Y es verdad que ha pasado: huele á sicote.—S.„

"¡Hombre! ¿El joven S. ha tocado este álbum? Pues que lo fumiguen... ¡So laborante!...—J.„

"¡J...! ...¡J. en Inglaterra!... Parece mentira que no se llevara el Banco de Londres, y la escuadra inglesa, y la corona real, todo por la *integridaz* del territorio. ¡So gallego!„

Advierto que he copiado una de las páginas menos inmundas y más incoloras.

Como es natural, me abstuve de escribir en aquel álbum, que ya no era *álbum,* sino basurero.

Salimos de Southampton en un vapor inglés que zarpó á las doce de la noche. La niebla era tan densa, que tardamos doce horas en arribar al Havre.

Y llegamos á París el 6 de Marzo del 76. Era el día en que se inauguraba la Exposición de Filadelfia; lo hago constar, porque eso fué lo que me hizo perder las ilusiones que tener pudiera en cuanto á la buena información de los diarios de París. Pedí los de la noche en el hotel Pasquier, y en los dos primeros que leí me encontré con estos dos telegramas:

"*Filadelfia 6.*—Abierta Exposición. La fiesta deslucida por causa de la lluvia."

"*Filadelfia 6.*—Inauguración favorecida por un tiempo magnífico y un sol espléndido."

Desde entonces no he vuelto á leer en la prensa parisiense más noticias que las de París; es buena su información local, pero lo que pasa fuera de las fortificaciones, sea en Versalles, en Viena ó en Cochinchina, resulta en los periódicos una novela.

***

No sólo por carecer de talento descriptivo, sino para no echármelas de descubridor de cosas des-

cubiertas, he renunciado en este libro á describir ciudades y regiones. Y menos describiré París, que además de haber sido presentado bajo todos sus aspectos por innumerables escritores, es la ciudad que ha visitado más gente. ¿Quién no conoce á París? Si acaso, algún parisiense de los muchos que viven en sus barrios, trabajando la semana entera. Porque el parisiense de París, el verdadero parisiense, es un ciudadano laborioso, que si descansa el domingo nó se pasea por los bulevares, ni se sienta en el café, ni se arruina en la taberna, sino que va á los teatros, visita los museos ó toma un tren para irse al campo con su mujer y sus hijos. Los *parisienses* que le han creado á la hermosa capital su fama de corrompida, de corruptora ó de frívola, proceden de los cuatro puntos cardinales, no ya de Francia, no de Europa, sino del planeta. Los habitantes de París, los que bullen, los que vemos, han nacido en todos los continentes y en todas las islas de los mares todos.

Esos *rastaquouères* de los casinos, esas *cocottes* de los paleos, esos grandes señorones de los suntuosos hoteles, han venido á París buscando una existencia que no hubieran encontrado á no traerla ellos mismos. Son ellos los que sostienen los vicios y las modas, las prodigalidades y los crímenes, las condecoraciones y el cancán.

Y ese enjambre que en todas partes se agita, uno transportando mercancías, otro vendiendo estampas, éste subiéndose á un ómnibus, aquél

embarcándose en un vapor del Sena, todos riéndose y parisienando; esa multitud que aclama á los soldados, que silba á los cocheros, que promueve los motines; esa masa incalculable que lo llena todo, es sin duda parisiense, pero es cosmopolita. Por cada uno que haya nacido en el seno de la gran ciudad hay veinte que han venido de Alsacia ó de Provenza, de Auvernia ó de Gascuña, de Bulgaria ó del Brasil, de Buenos Aires ó de California, de Australia ó del Indostán.

España, con ser limítrofe de esta República, es una de las naciones de Europa que en ella tienen menos nutrida representación; no pasan de cuatro mil, según creo, los españoles que en París residen. Aun en las escuelas especiales, por cada estudiante español hay dos griegos, dos ó tres rumanos, una docena de rusos y un buen número de mejicanos, argentinos, yanquis, portugueses.

En cambio los españoles deben ser más estudiosos que los demás estudiantes extranjeros, pues no tienen tiempo de leer periódicos. En los cafés del barrio estudiantil se puede pedir periódicos de Atenas, de Constantinopla, de Bukarest, de Berlín, de Londres, de Chicago, de Amsterdam ó de Montevideo, pero es inútil pedirlos de Madrid ó Barcelona. El gerente del café Cluny, situado en pleno barrio latino—en *Boul Mich,* como llaman los escolares al *Boulevard Saint Michel*—me ha dicho que durante algunos años estuvo suscripto á diferentes diarios españoles, pero que dejó la

suscripción porque nunca se dió el caso de que ningún estudiante los pidiera.

A mi llegada á París había en la capital más españoles que nunca: una verdadera inundación. Acababa de terminar la guerra; había entrado en Francia el ejército carlista, y cayó sobre París una nube de ex generales, ex coroneles, ex capellanes, ex cabecillas y ex defensores de la religión; tambien eran *ex* los últimos, pues ya no la defendían, como diré más abajo.

A la masa de carlistas, que era la más numerosa, agregábase un buen número de cantonales y de republicanos.

Y tampoco eran escasos los emigrados voluntariamente para convertirse en cortesanos de don Carlos ó de Ruiz Zorrilla, que los dos se hallaban entonces en París, no tan asediados por la policía como por sus respectivos partidarios.

Las dos emigraciones, republicana y carlista, se trataban cordialmente. Alguna vez se promovían discusiones agrias, pero existía una fraternidad engendrada por la comunidad de sufrimientos. En el café de Madrid presencié más de una escena de leal compañerismo entre unos y otros emigrados, sobre todo á las horas de comer. Llegó á establecerse turno, para que comieran unos días los unos y otros días los otros. La mayor parte, para buscarse la vida, se dedicaron á oficios que no habían hecho nunca. Algunos de pocas letras, de muy pocas, se dedicaron á dar lecciones de español, de

francés y de latín. El comandante Benedicto se creía capaz de dar lecciones de griego; otros las daban de esgrima. Á no pocos se les podía aplicar el conocido epigrama de Villergas:

Aquí vive don Andrés,
aquel que con tanta gloria
anda enseñando el francés,
la gramática, la historia
y los dedos de los pies.

Un ex oficial carlista, por no degradarse en la vida de café, se contrató en una tahona para hacer de mula, y reventó.

Otro individuo, pero este êra cantonal, anunció en la prensa que reconocería cuantos hijos ilegítimos no quisieran reconocer sus descastados padres; él lo hacía de lástima á las infelices criaturas, considerando que los ilegítimos eran sus padres y no ellos. Precios convencionales. Llegó á tener 118 hijos y 12.000 duros.

También era cantonal uno que alquiló en el barrio de Grenelle una tienda recién desalquilada, en la que se instaló sin muebles ni cosa alguna, pero escribió en la puerta con letras muy visibles:

ENTRADA: UN FRANCO

El primer día recogió un caudal. Sus visitantes, al ver aquellas paredes tan desnudas y no limpias, le preguntaban:

—¿Pero qué es lo que se enseña aquí?

Y él contestaba:

—*¡Rien!*

El segundo día se presentó el comisario, obligándole á cerrar *el establecimiento*.

El infeliz Corona, un emigrado muy servicial y muy bueno, pero de escasa potencia intelectual, se había enterado de que la Prefectura daba 25 francos al que salvara un suicida de los que todos los días se arrojan desesperados al Sena. Siempre andaba por las orillas del río, pero nunca se tiraban los suicidas por donde él estaba. Por fin, un día vió á una mujer que se arrojaba desde el malecón; detrás se tiró él, sin vacilar. Hizo grandes esfuerzos, y aquel día se hubiera ahogado si otros nadadores no le hubieran prestado generoso auxilio. Él no podía nadar por no soltar su presa. Y lo izaron al malecón, chorreando agua y abrazado á un perro muerto.

Á los emigrados de la época se unían los rezagados de antiguas emigraciones. Los había del año 39. Uno de ellos me escribió una carta suplicándome que le hiciera una visita, porque estaba enfermo. Subí los seis pisos de su cuarto. Lo primero que me llamó la atención, desde la puerta, fué una magnífica jaula, una verdadera obra de arte, que pendía del cielo raso con un loro dentro; pero no había más: ni sillas, ni mesas, ni una mala cama. Y mientras estuve allí, el loro no cesó de repetir con acentos de angustia consuetudinaria:

—¡Qué miseria!... ¡Qué miseria!

Uno de los carlistas que más frecuentaban el café me dijo que él no tenía creencias religiosas que era racionalista y aun ateo.

Poco después me dijeron que todos los domingos confesaba y comulgaba en San Roque.

A la primera ocasión le dije que no tenía necesidad de haberme engañado, pues á mi no me importaba nada que él comulgase ó no, que creyera ó dejara de creer...

Y me respondió al oído:

—Lo que yo creo es que me dan un franco por cada comunión; si no comulgo no almuerzo.

También conocí á un emigrado católico, muy católico; no iba de noche al café, porque había descubierto unas conferencias religiosas á las que no faltaba casi nunca. Y al cabo de seis meses aun no había conocido que aquellas conferencias eran protestantes.

Una noche de invierno, en el café de Madrid, discurría con calor el coronel Delgado sobre acciones de guerra y hazañas de militares ilustres. Enalteció la toma del puente de Lodi por Bonaparte, y le observó un sargento zorrillista:

—Mi coronel, eso para mí no es nada; Napoleón no tomó ese puente más que una sola vez, y yo tomo todas las noches *er puente de las Artes con esta levitiya.*

Vestía de verano en el rigor del invierno.

CAPITULO XLVII

1877

I

Nos reuníamos frecuentemente en grupo aislado, ya en el café de Madrid, ya en una cervecería suiza de la calle de Lafayette, García Delgado, Emilio Zorrilla, Benedicto, Nemesio de la Torre, Fantoni, Ladeveze, Coronilla, el general Ferrer, Andrés de Salas, Antonio de la Calle y Ricardo Rodríguez de la Cruz, conocido entre nosotros por "el Amontillado„, porque era de Montilla. Los domingos concurría Lostau. Más adelante llegaron á París y reforzaron el grupo Garrido y Guisasola.—Roldós, Vilardell, Tremblay y otros muchos que ahora no recuerdo iban á nuestra reunión, pero con menos frecuencia que los precitados.

Entre los tipos de la emigración había uno de Montilla muy querido de todos los demás, que era la personificación de la amabilidad y la finura mientras no se le hablaba de Castelar. Este nom-

bre le hacia perder el juicio. Uno de los franceses que iban al café le preguntó un día con la mejor intención, tal vez creyendo serle agradable, qué sabía de Castelar. Y el montillano, por toda contestación, se pone en pie, levanta su bastón y descarga una lluvia de estacazos... no en las costillas del francés, porque éste dió un salto digno de un mono y fué á parar veinticinco metros; pero como el otro, ciego de furia, no veía ni escuchaba, descargó su ira sobre las mesas, los bancos y el mostrador. Fué necesario que entrara la policía para que él dejara de repartir bastonazos y para arrancarle de las manos el mortífero bastón.

Aprendí en aquella época la "teoría del hambre„ explicada con gran conocimiento por uno de los concurrentes al café de Madrid: "El hambre no existe, nos decía; es una pura ilusión. Comemos por costumbre, de ninguna manera por necesidad. La naturaleza es bastante sabia para no necesitar cocina. Hagan ustedes la prueba: el primer día de ayuno se siente malestar, como lo siente el fumador si no tiene cigarrillos; el segundo, si continúa la dieta efectiva y rigurosa, puede haber algún desvanecimiento, á lo menos bostezos repetidos; si se tiene la precaución de pasar en cama el tercer día, al cuarto ya se ha perdido la costumbre de comer y se siente uno más ágil y más republicano.„

A mi llegada á París conocí á un joven francés — jamás supe su nombre — que se sentaba muy cer-

ca de nosotros en el café de Madrid. A fines del 76 dejamos de verlo; había desaparecido. Pero ya muy entrado el año 77 me lo encontré en la calle, me saludó y le pregunté:

— ¿Ha estado Vd. de viaje?

— No, señor — me dijo —; he sido víctima de una traición. Un cuñado mío, por robarme el patrimonio, me hizo encerrar en una casa de locos; pero he conseguido probar el perfecto equilibrio de mis facultades y me han devuelto la libertad perdida.

Se quedó pensativo, y agregó con gran convencimiento, después de una breve pausa:

— No sólo estoy en mi sano juicio, sino que es imposible, matemáticamente imposible que yo me vuelva loco

— En verdad que no tiene Vd. trazas de serlo.

— Es claro, no puedo serlo. Según el cálculo de probabilidades, estoy absolutamente libre de volverme loco; en mi familia no puede haberlos ya, porque lo han sido mi padre, mi madre y mis abuelos... ¿Cree Vd. que corresponden más locos á mi familia?

— ¡Te encierran otra vez! Pensaba yo para mí.

En efecto, aquel infeliz murió encerrado.

Los emigrados de aquel tiempo eran tan buenos españoles, que algunos de ellos no conocían de París, al año de haber llegado, nada más que el trayecto que recorrían para ir desde su casa al café. Los hubo que se volvieron á España sin haber visitado los museos ni haber visto un teatro. Vivían

en el bulvar, siempre hablando de política y esperando por momentos la Revolución. Uno de ellos me dijo cierta noche muy entusiasmado:

— ¡Buenas noticias!... ¡El ejército es nuestro!... He tenido carta de mi madre y me dice que ha pasado un batallón por mi pueblo, que ella tuvo un alojado, un sargento segundo, y que el sargento le dijo: "¡Ya verá Vd. la que se arma!"

— ¿Nada más?

— ¡Mucho más!... El sargento le encargó que me diera memorias y que me dijera de su parte que *esto* no dura tres meses. Ya se lo he dicho á don Manuel (*).

— ¿Y qué dice D. Manuel?

—Que el sargentito ese está viendo visiones, porque la restauración no puede durar tres meses... ¡ni tres semanas!

Garrido me presentó á Vacquerie, director del *Rappel* y autor de *Jean Bandry*, una de las joyas teatrales del siglo XIX. También conocí al anciano Cantagrel, diputado por París y único superviviente de la célebre Icaria. Quiso Garrido llevarme con él á casa de Víctor Hugo y yo no quise ir. Estaba seguro de que verlo de cerca y aun oirlo me había de causar profunda pena, pues el inmortal autor de *Nuestra Señora de París*, el poeta romántico de 1830, era una ruina. Me había causado una impresión muy triste cierta carta suya

(*) Ruiz Zorrilla.

dirigida á los cocheros de ómnibus, que revelaba, no decadencia, chochez. Temí que me entristeciera su presencia, como le entristeció á Federico Madariaga, según cuenta en uno de sus libros, la decrepitud del general Espartero. Los grandes hombres, y especialmente los genios de la literatura, debieran abstenerse de escribir cuando llegan á la ancianidad. Sin embargo, Víctor Hugo publicó después de aquella fecha *Los cuatro rumbos del Espíritu, La Leyenda de los siglos* y algunas otras cosas, en las que brillan algunas chispas del genio envueltas en la ceniza de una lumbre que se apaga.

No me arrepiento, no, de haberme negado á ver á Víctor Hugo; era uno de mis ídolos y me importaba mucho conservar entera la ilusión. No quería que me sucediera lo que años después me sucedió en Madrid al encontrarme de pronto con una novia de mi mocedad: ¡un pergamino! Aun vive esta señora, y á través de sus canas y de sus arrugas todavía se le conoce que siempre ha sido fea.

En los primeros tiempos de mi residencia en Francia tuve escasas relaciones con ciudadanos franceses. Los tenía cierta ojeriza, creyéndolos á todos monárquicos reaccionarios, á lo menos asesinos Yo no creía que quedara ningún republicano desde que Thiers en 71 los exterminó. Por fin me fuí convenciendo de que el pueblo parisiense es siempre el mismo de las revoluciones

pasadas y futuras. Á nadie le oí citar el nombre de Thiers sin acompañarlo de una maldición, y observé que nadie hablaba de la *Commune* y de sus hombres sin descubrirse respetuosamente.

Me hice llevar al sitio en que murió Delescluze; á la esquina en que pereció, en una barricada, Solier el Santanderino; al portal en que cayó herido el médico portorriqueño Izquierdo, por haber bajado á curar unos heridos que gemían en la calle, y que, como él, murieron fusilados. Vi el lugar en que los mismos soldados vencidos en Sedán fusilaron juntas más de cien mujeres, y la casa del arrabal del Temple donde un teniente fusiló á su padre. He visitado varias veces, en el Père Lachaise, el célebre muro de los federados: allí no fueron ejecutados más que 700. El capitán Rossel, del cuerpo de Ingenieros, que logró evadirse de Alemania y lleno de indignación había ofrecido su espada y su ciencia á la *Commune*, fué fusilado en Satory, donde también cayeron ametrallados en grupos más de 10.000 hombres. En el camino de París á Versalles los asesinados pasaron de 6.000. En vano los historiadores y los políticos interesados intentan disminuir las cifras y atenuar los crímenes: París se acuerda.

Muchos son los ejemplos dignos de ser citados: ¡cuarenta mil! Pero ya no he de añadir más que uno: el de Durand.

Era Durand un republicano convencido y bueno de los del 48. Al caer la República se refugió en

España. No quiso volver á Francia mientras duró el imperio; volvió al proclamarse la República y Thiers lo fusiló. Exactamente como si mañana se estableciera en España igual forma de gobierno, se me antojara ir á España (que no se me antojaría) y en nombre de la República me fusilaran Moret ó Canalejas.

Pero no; en España, el país de las crueldades históricas, no existe, no ha existido nunca, no existirá jamás un monstruo como Thiers.

Murió el tirano aquel mismo año de 77; era yo corresponsal de *El Globo,* de Madrid, y entonces dejé de serlo; no me era posible escribir el nombre del tirano, muerto ó vivo, sin añadirle el calificativo de malvado.

Yo lo odiaba desde que nací por impostor, por falso historiador, por vil calumniador de los españoles y de España Era, además, el gobernante orleanista, el ministro pérfido de Luis Felipe que tuvo el cinismo de jactarse en pleno Parlamento, después del bombardeo de Veracruz en 1838, de que había cobrado á Méjico más de lo que Méjico debía; era el hombre de Estado que, en el mismo Parlamento y á la faz de Europa, había llamado á Espartero salvaje y asesino por el bombardeo de Barcelona, que no pasó de ser un simulacro.

Tenía ó fingía tener por bárbaro y salvaje un bombardeo casi inofensivo, ¡él!, que era un malhechor, un enemigo y á la vez una deshonra de la humanidad. Era también el mismo burgués estú-

pido que declaraba utópica la idea de hacer ferrocarriles, cuando ya los había en Inglaterra y en América. Era, en fin, la encarnación de esa burguesía idiota y acaudalada que vive y medra con las más viles especulaciones, que halla buenas todas las explotaciones, que abomina de los bombardeos porque en ellos padece la propiedad urbana, pero no de los asaltos, porque á los soldados los desprecia.

Era la personificación mas acabada y más brutal de las clases que temen las revoluciones porque pueden romperse algunos vidrios, no por las víctimas que causen.

La burguesía francesa, dignamente representada por el monstruo, no permite — y hace bien — que los cocheros maltraten á los caballos; no consiente — y hace muy bien — que los chicuelos persigan á los gorriones. Pero es porque los caballos y los pájaros tienen un precio, en tanto que á los hombres no puede considerarlos como cotizable mercancía; por consiguiente, que los fusilen á todos.

El entierro de Thiers fué solemnísimo; un entierro oficial de primer orden. Lo acompañaron hasta su sepulcro todo un ejército, curas, obispos, diputados, senadores y el mal disimulado regocijo de todo un pueblo. ¡Qué diferencia entre sus funerales de preparada pompa y los que vi también de Raspail y de Blanquí! Los cadáveres de estos dos últimos llegaron al cementerio entre masas com-

pactas é incalculables de hombres que de veras los sentían, que los lloraban de veras.

Me hice explicar por un testigo los orígenes de la *Commune*. Véase lo que me dijo:

"No haga Vd. caso de móviles políticos; de nada hubieran servido programas radicales ni manejos sediciosos á no haber estallado la indignación del pueblo por una gran injusticia, por una infamia.

„El sitio de París, contra los alemanes, fué sostenido por la plebe. Los trabajadores no tenían jornales por haberse paralizado casi todas las industrias; no pagaban, por consiguiente, los alquileres de sus habitaciones. ¿Y cómo habían de pagarlos? Nadie se los reclamaba porque los propietarios se habían puesto en fuga. Los que nada tenían eran los que defendían las propiedades de los otros, y estos otros, cuando el peligro pasó, volvieron á París reclamando los atrasos, desahuciando á sus defensores y embargándoles sus pobres muebles. Es verdad que algunos parisienses de las clases ricas se quedaron en París, cumpliendo con su deber de patriotas y de hombres; pero á lo menos pusieron en salvo á sus familias. Los pobres tuvieron que atender á sus hijos y á sí propios y defender las fortificaciones, cuando la mayoría de los propietarios se refugiaba en Bruselas ó en Ginebra, en Londres ó en Barcelona, en San Sebastián ó en Niza.

„Las baterías prusianas de Bellevue, Chatillón, etcétera, no alcanzaban á los barrios de los ricos;

sus proyectiles se quedaban en los de los pobres, Montrouge, Vaugirad, etc. El más vulgar buen sentido y el espíritu de conservación debieron hacer que los pobres se instalaran en los abandonados palacios y hoteles de los prófugos, salvando á sus hijos de las bombas alemanas. Fueron tan respetuosos que no quisieron hacerlo... Y ya le he dicho á Vd. cómo les pagaron los favorecidos. La explosión del pueblo estuvo justificada; lo que no se comprende es que no ardiera París.„

Grandes fueron las privaciones del sitio; se las oí referir al cura Sánchez, con bastante elocuencia, en el Ateneo viejo de Madrid.

Pero el difunto Urrabieta me contaba que las verdaderas privaciones fueron, como siempre, para los desvalidos El comía perfectamente en Brevant; y es más: cuando el pueblo pagaba á muy alto precio los gatos, y aun los ratones, á él le servían lenguado fresco.

Después del sitio le interrogó Urrabieta al maestresala:

— ¿Cómo diablo hacían ustedes, con París sitiado, para servirme lenguado casi diariamente?

— ¡Ah, señor!... No fué más que uno... ¡Como el señor dejaba siempre la espina!

— Es claro que la dejaba...

— Pues siempre era la misma.... Lo demás lo fabricábamos en casa.

CAPITULO XLVIII

1877

II

En 1877, después de tantas vueltas por el mundo, vi por primera vez lo que jamás había visto: un fraile. Me lo encontré una tarde en el bulvar Voltaire con sus hábitos blancos y su cara de satisfacción. No era, en verdad, el fraile sucio y rollizo que nos pinta Gallardo en su *Diccionario crítico burlesco;* era un hombre joven todavía, esbelto y elegante. Desde entonces he visto muchos frailes, no solamente en París, sino en la misma España, donde todo el mundo parece haberse olvidado de la matanza y la quema de 1835.

Existían los frailes, cierto es, pero también se les erigían estatuas á los librepensadores. Hay en París verdadera profusión de estatuas: de generales y de sargentos, de poetas y de sabios, de obreros y de inventores, de teólogos y de racionalistas. La del popular Etienne Dolet se levanta en el

sitio donde lo quemaron vivo la ignorancia y la superstición. En el zócalo puede leerse la inscripción latina en que se ve que los franceses juegan con el *calembour* hasta en latín:

Non Dolet ipse Dolet
Sed piaturba Dolet.

He observado que en Francia se sabe más latín, y se sabe mejor que en nuestra España. Realmente los franceses lo necesitan más, pues son más fieles á la lengua madre; respetan más las etimologías. Nuestros bachilleres saben latín poco más ó menos como yo; en Francia he visto iletrados que para escribir la cosa más insignificante, una carta de familia, una minuta comercial, consultaban el Diccionario latino. Lo cual no impide que sea cierto lo que ha dicho alguien:

"La lengua latina tuvo un hijo varón: el castellano; y una hija: el italiano; y un sobrino tísico: el francés."

No conozco el rumano; pero el catalán y el portugués me parecen más latinos que nuestro castellano; como hijo varón, el castellano ha tenido más independencia y la ha llevado tal vez hasta el abuso. Hemos querido ser moros hasta en la lengua, y no me parece mal; pero de eso viene el que seamos refractarios al francés; he conocido pocos españoles que lo hablen correctamente. Por mi parte, cada año que pasa lo voy hablando peor; ¿cómo

he de acostumbrarme á decir *idilia* por idilio, ni *el* manteca, ni *el* carroza? Ni quiero acostumbrarme: los pocos españoles que han alcanzado cierta perfección en el francés, ya no escriben ni hablan aceptablemente en español. Se aprenden las lenguas extranjeras á expensas de la propia. Los políglotas són unos desventurados; suelen hablar, como Fernando Garrido, el inglés en español y el italiano en francés.

Así como los franceses del siglo XVII imitaban, traducían ó plagiaban á los españoles, éstos ahora plagian, traducen ó imitan á los franceses. Es natural: la literatura, el arte y el *esprit* de los franceses han llegado en el siglo XIX á una altura insuperable. No puede sorprenderme que casi todo lo que se produce desde hace dos siglos en España sea francés; hasta los chistes que nuestro público aplaude en la escena contemporánea española se aplaudieron antes en los teatros franceses. Me explico muy bien que se tome ó que se imite lo bueno donde quiera que se halle; pero lo malo, ¿por qué ha de imitarse? ¿Por qué ha de traducirse?

Los españoles se acuerdan todavía de aquel verso de Rodríguez Rubí, poeta y dramaturgo malagueño:

Desde el helado hasta el ardiente polo.

Pues bien, este disparate, como otros muchos, era traducido del francés.

Mucho antes de que Rubí naciera escribió el abate du Jarry su célebre oda, premiada por la Academia Francesa, en la que he leído con asombro:

Et des poles brulants jusqu'aux poles glacés...

El buen abate conocía lo menos cuatro polos.

Estuve aquel verano, con mi familia, en una playa normanda, en Luc-sur-Mer. No era una playa de moda; el lujo en ella era desconocido, como era desconocida la playa: creo que yo la descubrí. Me han dicho que andando el tiempo ha llegado á ser muy concurrida, y que aquel lugarejo lleva camino de hacerse una ciudad.

Si hablo de esto es para contar dos cosas que me sorprendieron mucho.

Una tarde, paseando con la familia por el camino de Caen, entré en la caseta de un peón caminero en solicitud de un vaso de agua ó de sidra para uno de los niños. La caseta no era mayor que las de los peones de los caminos de España, pero vi en ella lo que no soñaba, lo que en España no se ha visto nunca: el peón tenía su biblioteca. La estuve examinando: no contenía más que cartillas, manuales, una historia de Francia, obras elementalísimas y alguna que otra novela; pero ya nos contentaríamos con que así las tuvieran en Espa-

ña los peones camineros... y algunos capitalistas.

Otra cosa que me pareció muy rara es la siguiente: Luc-sur-Mer está situado en el departamento llamado *Calvadós;* este nombre no me sonaba á francés, y pregunté á diferentes personas lo que significa. Nadie supo decírmelo, ni aun el peón caminero con todas sus lecturas. Pasé dos días en Caen, ciudad culta, populosa y cabecera del departamento, y allí también estaban á obscuras. Las personas consultadas no sabían si era el nombre de algún personaje célebre, de algún mineral ó de otra cosa. Me fué necesario llegar á París, donde un sabio me dijo:

—¡Cómo! ¿Vd. no sabe lo que *Calvadós* quiere decir?

— Confieso mi ignorancia.

— ¡Pero si es una palabra española!

—No lo sabía... ¿Y qué quiere decir?

—Es el nombre de una de las naos de la armada Invencible, encallada en nuestras costas y célebre desde entonces en toda Normandía.

Por supuesto, en la Invencible armada no hubo semejante *Calvadós;* el barco célebre se llamaba *Salvador,* pero los franceses le transformaron el nombre por no perder su costumbre.

***

La segunda mitad del año 77 y una parte del 78 fueron de grande y extraordinaria agitación polí-

tica. En París, y aun en provincias, reinaba honda inquietud. Materialmente se mascaba pólvora.

El mariscal Mac-Mahón había disuelto la Cámara de Diputados. Político inexperto, se había convertido en instrumento dócil de la reacción realista. Su ministerio se proponía ganar las elecciones, aunque hubiera de hacerlas á la manera de España, y público era que si las perdía proclamaría por la fuerza rey de Francia al conde de Chambord.

Las elecciones dieron el triunfo á los republicanos, siendo reelegidos por mayorías abrumadoras los 363 republicanos de la Cámara disuelta.

Fué entonces cuando pronunció Gambetta su frase bien conocida: *Se soumettre on se démettre.* El mariscal Mac-Mahón se sometió, se inclinó ante el sufragio universal, pero no inmediatamente. Cuando lo hizo, los monárquicos y todos los reaccionarios quedaron desconcertados y trataron despiadadamente al mariscal. Ellos querían que á toda costa sacara las tropas á la calle para imponer por la fuerza la odiada monarquía.

Entretanto, el pueblo de París se preparaba á la lucha. El golpe de Estado no hubiera sido tan fácil como el de Luis Napoleón. Si los reaccionarios conspiraban contra la legalidad, los republicanos lo hacían con igual ardor para defender la Ley y la República. El alma y el verbo de esta popular y legítima conspiración era Gambetta; pero delegó una parte de su acción, para organi-

zar las fuerzas combatientes y dirigir el combate en las calles de París, en un republicano tan decidido como el coronel Bordone, ex oficial de la marina francesa, compañero de Garibaldi en las campañas de Italia, su segundo en la de Francia y recientemente reconocido coronel del ejército francés.

Bordone tenía distribuídas las fuerzas populares en los cien distritos de París; contaba en ellos con muchos combatientes, bien ó mal armados. Y sin distrito fijo, para acudir adonde preciso fuera, disponía de 800 italianos. Me buscó á mí para que reclutara gente en las emigraciones españolas; antes me había ofrecido yo, personalmente, por medio de Cantagrel y de Augusto Vacquerie, al directorio revolucionario que presidía Gambetta. Me alegré mucho de que fuera Bordone quien me buscara, pues con él me entendía mucho mejor que con los hombres civiles y con los comités. Mi satisfacción fué completísima, pues los emigrados españoles, sin excepción ninguna, se me mostraron dispuestos á combatir por la República y á morir por ella. Hablé con varios carlistas de los que me parecieron hombres útiles, y todos se entusiasmaron: sentían la nostalgia de la pólvora. Querían pelear por cualquier causa que fuera. El día crítico, el de las elecciones (me parece que fué el 15 de Octubre), y todas las noches hasta la dimisión del mariscal, mis españoles estuvieron constantemente en el faubourg Montmartre y sin

perderme de vista, como yo tampoco perdía de vista al coronel Bordone ni á los grupos italianos. Precisamente había elegido Bordone para constituirse en permanencia nuestro café de Madrid, mientras sus ayudantes permanecían en los pasajes próximos.

Algún republicano de los nuestros, que materialmente no comía por carecer de medios ni tenía zapatos ni cama en que dormir, halló, sin embargo, lo preciso para proveerse de un cuchillo de campo y un revólver. Como que todos veían, detrás de los políticos y de los agitadores, un pueblo decidido y que no necesitaba impulsos: él impulsaba.

Á Garrido, ya entrado en años y cojo, le indiqué una de las noches en que creí que iba á romperse el fuego la conveniencia de que se fuera á su casa. Me contestó con indignación profunda: "Señor de Marte, yo no sé pelear, pero sabré morir." Á él no se lo dije, por no enfadarlo más; pero pensé para mí que no necesitábamos de mártires, sino de vengadores.

Con la dimisión del presidente se calmó la agitación, volviendo París á la normalidad.

En aquellas circunstancias tuve ocasión de conocer á los italianos que residían en París. De los extranjeros, sin duda eran los más cosmopolitas, los más revolucionarios. La colonia rusa era algo mística, la suiza calculadora, la hispano-americana demasiado indiferente.

Pero aun en los italianos encontré algo que no me satisfizo: la presunción, la jactancia. Todos los que me hablaron habían formado parte de los *Mil;* todos habían estado con Garibaldi en Sicilia y se habían batido en el Volturno. De lo cual resulta que he tenido el honor de conocer, de los *Mil de Marsala,* á más de *cuatro mil.*

CAPITULO XLIX

1878

I

Al inaugurarse el día 1.º de Mayo la Exposición universal del año 78, no se había calmado totalmente la agitación política. Aun presidía la República el general Mac-Mahón; y los monárquicos, batidos y anonadados en las elecciones, distaban mucho de darse por vencidos.

Seguían alerta los republicanos, por ser notorio que políticos y militares excitaban al presidente á intentar un esfuerzo decisivo; pero el presidente dimitió por fin, sometiéndose al sufragio público.

Hasta que así sucedió y nos dispersamos los comprometidos, vi con frecuencia á Bordone en quien admiré una memoria sin par. Conocía por sus nombres á todos los italianos, y de los españoles que le presenté no olvidó nunca ni los nombres ni las fisonomías. Cualidad preciosa para un caudillo del pueblo y que han poseído pocos

hombres. Se cuenta por caso excepcional que Mitrídates sabía cómo se llamaban todos los soldados de su ejército. Y en nuestros días tenemos otro ejemplo, que es también una excepción: Rubaudonadeu, que sabe los segundos apellidos de todos los españoles. Siendo diputado, ninguno como él para puntualizar las alusiones: *Castelar y Ripoll,* decía, ó *Salmerón y Alonso,* ó *Figueras y Moragas*, etc., etc.

Bordone hablaba poco; pero en tantas entrevistas como celebramos y teniendo él tan excelente memoria, tuve ocasión de oirle referir muy curiosas peripecias de sus campañas con Garibaldi y de sus aventuras de marino. De eso no hablaré; pero he de narrar un episodio del 4 de Septiembre, fecha de la proclamación de la tercera República, pues me lo refirió más de una vez.

La situación de Francia era difícil. Todo perdido, la naciente República había de crearlo todo. Julio Favre, elegido ministro de Relaciones exteriores, dedicó su atención desde el primer momento á la cuestión de alianzas. En cuanto se encargó del ministerio, dirigió importantes despachos á las cancillerías prometiéndose obtener, además de reconocimiento de la República, la alianza de Rusia ó la mediación del czar. Desde entonces pensaban los franceses que Rusia había de ser su aliada.

Hacía ya algunas horas que se había proclamado la República y aun no había recibido Favre

ningún despacho extranjero. Su impaciencia era muy grande, como puede concebirse. En esto se presenta un secretario llevándole dos telegramas con la mención de "urgentes„.

—¡Á ver si son de Rusia! —pensó Favre.

Y nerviosamente leyó uno:

"El Comité republicano federal de Utrera felicita á Francia y ofrece á la República su más cordial simpatía„.

Para consolarse de aquel chasco, recorrió con la vista el contenido del segundo telegrama:

"El partido republicano de Pedrola .., etc.„

Afortunadamente llegó en aquel instante un nuevo parte al gobierno dirigido...

¡Era de los federales valencianos!

Bordone me aseguraba saberlo por Gambetta mismo: los tres primeros partes telegráficos recibidos por el gobierno de la República, eran de republicanos españoles.

Y de Rusia... ¡nada!

***

No es ocasión, al cabo de tantos años, de reseñar la Exposición del año 78. Pero séame permitido recordar un detalle que me chocó de veras.

Casi todas las naciones hicieron ostentación de riqueza y variedad en lo relativo á máquinas. Los progresos de la industria y la mecánica pudieron apreciarse en aquella Exposición. En la sección de

Francia, el simple catálogo de la maquinaria expuesta era un libro muy voluminoso. Inglaterra no le iba en zaga ni por la calidad ni por el número; Bélgica tampoco. Los Estados Unidos, á pesar de la distancia, expusieron muchas máquinas desconocidas, inventos admirables, verdaderas maravillas según los inteligentes. Muchos visitantes, sin embargo, se irían, sin ver estas cosas, porque verlo todo era difícil; pero puede asegurarse que pocos de los que entraron en la Exposición se quedarían sin ver *la máquina* de España. Era una sola, pero valía por todas las demás. Tan grande era, tan gigantesca, tan enorme, que fué preciso levantar el techo en el local que se le destinó, á fin de que cupiera y funcionara. Jamás se vió en París una máquina tan grande. Es posible que alguien no la viera, pero que no la oyera... ¡es imposible! Hacía trescientas veces más ruido que todas las máquinas de Europa multiplicadas por todas las de América. Puede afirmarse que España, con una sóla máquina, hizo mucho ruido en aquella Exposición.

***

Vivía en París, y lo conocí desde el 78, D. José Segundo Flórez, extremeño ilustre y antiguo fraile agustino que colgó los hábitos en 1836. El señor Menéndez Pelayo, al escribir sus *Heterodoxos españoles,* ya lo daba por muerto; pero ha vivido

hasta el final del siglo XIX. Cultivé su trato durante muchos años y aprendí de él muchas cosas: era un archivo de nombres y sucesos. Ignoraba todo lo moderno, pero conocía con sus menores detalles la historia política de España y Francia desde 1830 hasta el sitio de París. Varias veces me dijo que yo heredaría su correspondencia, en la que había preciosas cartas del coronel Rengifo, del general Rodil, del general Maroto, de Espartero, de Orense, de Donoso Cortés, de Martínez de la Rosa, de Abdón Terradas, del infante D. Enrique, de muchos políticos hispano-americanos, de Emilio Girardin, de Prim, de Garibaldi, de Pi y Margall, de Augusto Comte y de otros positivistas, entre ellos Congreve, no el de los cohetes, sino el filósofo inglés que se pasó la vida predicando en desierto, pues en todos sus folletos aconsejaba á Inglaterra la devolución de Gibraltar á España. Flórez murió sin testar cuando yo estaba en Madrid y no he sabido á qué manos han ido sus papeles.

Me habló muchas veces de D. Laureano Figuerola, á quien consideraba su discípulo, y á lo mejor me preguntaba:

—¿Qué ha sido de Olózaga?

—Murió hace muchos años.

—¡Pobre chico! Mendizábal se murió también... ¿Conoce Vd. á los dos hermanos Asquerino?

— Se murieron. .

— ¡Pobres muchachos!... ¿Vive Ferraz?

—No, señor.

—¡Pobre Valentín!

El señor Flórez había publicado muchos libros, pero todos, á mi juicio, valían menos que su conversación. Tuvo un periódico en París y lo sostuvo más de veinte años; se titulaba *El Eco Hispano-Americano,* y en él escribió mucho D. Francisco Pi y Margall durante su emigración.

Cuando conocí á Flórez, no vi en él sino al ex fraile, y al principio lo tuve por escéptico; pero pronto pude persuadirme de que era un creyente, un convencido: tenía fe en el Progreso y en la Revolución, pero afirmando que el socialismo es un retroceso, una desgracia. "Eso pasará — me dijo más de una vez — como pasarán la homeopatía, el espiritismo y los sombreros de copa." Yo no discutía con él; eso me parecía tan inútil como si resucitando D. Pelayo le habláramos de balística ó de pirotecnia.

Flórez creía firmemente en su religión: la de la Humanidad. Veneraba la memoria de su maestro, Augusto Comte, de quien fué discípulo predilecto y uno de los testamentarios. De los trece ya no queda más que uno: Mr. Lafitte. Pero he conocido á algunos de ellos, todos seguros del cercano triunfo del positivismo filosófico.

Murió Flórez de ochenta y ocho años; en los últimos de su existencia ya no salía de su casa, postrado por la edad y los achaques. Así me sorprendió una mañana el descubrirlo entre la multitud,

con el sombrero en la mano, al inaugurarse la estatua de Dantón. Sus canas, como la blanca nieve de las cumbres, se destacaban en la mancha negra de las cabezas que se descubrían á los pies del coloso.

Y en verdad que no debí sorprenderme, pues no hacía mucho tiempo que me había comisionado para retar en su nombre y concertar un lance con un periodista que había injuriado á Comte. Me costó buen trabajo hacerlo desistir.

Su cuerpo yace en el cementerio civil de Montparnasse, en sepultura propia.

***

En el año á que me voy refiriendo se casó en París uno de los emigrados. Era de esos españoles que censuran todo lo francés y no encuentran nada bueno en cuanto salen de su habitual rutina. Las costumbres de Francia le parecían odiosas, la cocina detestable y falsos los caracteres. Esto último lo demostraba, ó intentaba demostrarlo, contando las cosas que á él le sucedían, cosas que no le sucedían á nadie más que á él... y á todos los demás, y no sólo en Francia, sino en toda la redondez del mundo; pero como estaba en Francia á él le parecían "cosas de Francia„.

Y me acuerdo ahora de una de las cosas que le sucedieron. Cuando se fijó en la alcaldía de su barrio el anuncio de su boda, como la ley previene,

recibió la inesperada visita de un francés bien peinado y bien oliente que llevaba en la mano un botiquín: iba á ofrecerle sus servicios.

—¿Qué servicios?—le preguntó el emigrado.

—Soy callista, señor—dijo el francés.

—Pues muchas gracias, señor, no tengo callos.

—Cuando un hombre se casa—le dijo amablemente el callista—siempre necesita que le extirpen algo, que le limen alguna cosa... ¿quién no desea la atenuación de un vicio, la purificación de los humores, la... la... la...

—Señor mío, yo no tengo nada que extirpar ni quiero atenuaciones.

—Pero tendrá Vd. algún callito.

—No los he tenido nunca.

—Pura ilusión, señor... ¿Quién no tiene callosidades en los pies ó en la cabeza?

—Yo no tengo ninguna; ¡basta!

—Perdón, caballero. Se ve que Vd. es, en efecto, un verdadero español; se conoce en la tenacidad... Todo el mundo tiene callos ignorados, ojos de gallo hipócritas, durezas impertinentes, alifafes que estorban...

—Es Vd. quien me estorba y me molesta... ¡Hágame el favor de retirarse!

—Obedezco, señor... Y es una lástima. La ortopedia es la ciencia de las ciencias. Desdeñar su auxilio es privarse voluntariamente de la hermosura, de la higiene, del apetito, de la regularidad en las funciones...

—¡Se me acaba la paciencia!. .

—Perdón, mil veces, perdón.. Yo operaría gratuitamente, nada más que por el gusto de hacerle ver al señor la existencia de sus callos... ¡Si los estoy viendo!... A Vd. se le conocen en la fisonomía. Los profesionales vemos á través de las botas lo que no ven ni conciben los profanos. Y luego, señor, en las bodas generalmente se baila con exceso, el novio estrena zapatos muy ajustados y los callos más ocultos se irritan, se... se... Juro por Dios (el dios de los callistas) que operaré de balde y le daré al señor una receta eficaz, infalible como el papa, milagrosa como el agua de Lourdes... Ahora mismo está Vd. sintiendo un hormigueo penoso en la planta del pie izquierdo... ¿No es verdad, señor?... Es un callo incipiente.

Y mi amigo, cuyos nervios hacían que le hormigueara, no el pie, sino todo el cuerpo, concluyó por dejarse descalzar para que le extirpara dos callos y cinco duros

En aquellos tiempos el operado creía que todo francés nace callista, perfumado y charlatán. Quince años después hizo un viaje á su país y volvió diciendo que es inhabitable: "Ha de buscar uno mismo todo lo que ha menester, mientras en Francia vienen á buscarlo á uno, en su propia casa, el fotógrafo, el callista y el que vende billetes españoles de la gran lotería de Navidad.„

CAPITULO L

1878

II

En el sitio más céntrico y más populoso de París aun existía el año 77 un viejo barrio formado por caserones vetustos en callejones estrechos, pendientes y tortuosos. El 31 de Octubre quedó desalojado y empezó el derribo. Desapareció el antiguo barrio, *Buttes des Moulins,* y á los cinco meses, en la primavera del 78, estaba concluída la espléndida avenida de la Opera, inaugurada al mismo tiempo que la Exposición universal.

Aquella transformación, que presencié, me dió una idea de lo que sería París antes de abrirse las anchas vías de la época de Haussman. Y pensé también que la civilización exige algo más que derribar casas viejas, ensanchar calles angostas y hacer penetrar la luz en obscuros arrabales. Sí, también las conciencias necesitan luz y aire, las almas amplitud y los pueblos horizonte. Esas razas esta-

cionarias y tenidas por abúlicas, esos pueblos sumergidos en un mar de recuerdos mitológicos, esas hordas resignadas á lo que creen fatalidad del Destino, serán aplastados ó barridos por la avalancha invasora de las razas nuevas, si ellos mismos no se regeneran, se transforman, se emancipan, sacudiendo el triple yugo de la ignorancia, de la indiferencia y de la inmoralidad.

Las naciones que viven estancadas, como el imperio marroquí y algunas otras, de las cuales se dice que no quieren mejorar, que prefieren la muerte á la renovación y que son incapaces de progreso, puede tenerse por cierto que son torpemente calumniadas. La responsabilidad, toda la culpa de las catástrofes que sobrevengan, será exclusivamente de las clases directoras. No son los pueblos tan apáticos, tan ruines, tan suicidas como intentan presentarlos el egoísmo, la ruindad ó la pereza de los que pudieran darles nuevos rumbos. Las masas populares podrán ser ignorantes é impotentes, pero no son egoístas. En Marruecos mismo darían vivos ejemplos de actividad salvadora, si los "intelectuales„ no las mantuvieran por sistema en deprimente inacción, fingiendo temores á lo desconocido. Muévanse en buen sentido las clases ilustradas y serán seguidas por la masa inculta.

La plebe es guiada siempre, sin sentirlo, por las clases ilustradas. Al fondo social no llegan el pensamiento del filósofo ni las tareas del sabio; pero penetran insensiblemente en lo más hondo los can-

tos del poeta, las obras del artista. En España, por ejemplo, es tan decisivo como desastroso el influjo del teatro. Al pueblo se le hace amar precisamente lo que debe ser aborrecido, se le recuerda lo que es para olvidado, se le ofrece embellecido por los retoques del arte y por el embeleso de la música lo viejo, lo caduco, lo nocivo, lo soez.

No aludo al *género chico*. El arte es independiente de las dimensiones. Pero es que, en todos los géneros, los artistas españoles prefieren halagar las pasiones, los instintos, las malas costumbres condenadas por la razón, por el progreso y por el buen sentido. Yo no niego que el artista pueda encontrar bellezas en costumbres que fueron y en tiempos que pasaron; vístalas, pues, con el ropaje del arte: los muertos no resucitan. Pero no es lícito embellecer costumbres y pasiones detestables que aun existen, que seguirán existiendo mientras las eleve el arte y las enaltezca la literatura.

La gran masa iletrada va por donde se la lleva. Y á este propósito voy á citar un caso que se dió en el Puerto de Santa María. En la época revolucionaria iba todas las noches un ciudadano entusiasta á perorar en un club y á aplaudir á los más ardientes oradores. Disuelto el club cuando vino la Restauración, aquel individuo concurría con un cirio en la mano á todas las procesiones. Lo vió un amigo mío, que lo conocía de haberlo visto y oído en otros tiempos, y le dijo:

—¡Hola! ¿Ya no va Vd. por el club?

Y el interrogado le contestó muy serio:

—¿Cómo que no? Ahora mismo voy allá... ¿Dónde está el club?

—Ya sabe Vd. que no existe...

—Pues por eso no voy... Y como yo he de ir á alguna parte, aquí me tiene Vd.

Ni los hombres ni los pueblos se dejan consumir voluntariamente en la inacción. Hay que llevarlos por algún camino. Y si no se les muestra la senda luminosa de lo porvenir se perderán de nuevo en la lobreguez de lo pasado.

***

No por vivir fuera de España me eran indiferentes ni me lo han sido nunca los sucesos capitales de la política y de la vida españolas. Por eso registraré, en el año de 78, la paz del Zanjón, que puso término á la primera insurrección de Cuba.

Los insurrectos no despusieron las armas por el cansancio que en realidad sentían, ni porque los recursos efectivamente se les agotaran, ni siquiera por la llegada de todo un ejército peninsular capitaneado por Martínez Campos; las depusieron por la política discreta, liberal y humana de tan ilustre caudillo.

Mis correligionarios no fueron nunca admiradores de aquel excelente capitán, de aquel afortunado pacificador. Yo mismo, si él viviera, no le

dedicaría en estos apuntes ni una sola línea. Pero muerto ya, y tratándose de un hombre que en vida y muerte ha sido mal juzgado por sus propios amigos y calumniado por unos y por otros, no he de negarle un recuerdo como testimonio de la simpatía de un consecuente adversario.

Era uno de los más activos y de los mejores oficiales del ejército español. Siendo un oficial obscuro y desconocido trabajó como pocos y sin ningún lucimiento, primero en Cuba, después en Cataluña, por último en Navarra, sin que nadie lo viera ni lo agradeciera, salvo la República, á la que debió en los días de Figueras su ascenso á general. Su notoriedad fué repentina y empezó con el atentado de Sagunto, precisamente cuando se puso fuera de la ley, cuando rompió airadamente la disciplina de que antes fuera incansable campeón. Pero aun entonces pudo alegar circunstancias atenuantes: se sublevó contra un gobierno ilegítimo, contra un poder dictatorial y faccioso, hijo también de la traición y de la rebeldía.

No atribuyo demasiado mérito á su pacificación de la Península; hubiera sido gloriosa cuando el carlismo todavía estaba pujante; pero abandonado éste por los elementos alfonsinos, esquilmadas las provincias teatro de la guerra y ansioso el país de los beneficios de la paz, cualquiera — el último de los generales — hubiera conseguido la pacificación.

Tampoco es extraordinario que pacificara á

Cuba con los medios y las condiciones que lo hizo. Pero él afrontó la impopularidad, ya que los españoles de la isla no querían la paz, sino el exterminio de los insurrectos. Procedió entonces con el coraje de siempre, con el ánimo entero que en la guerra no le faltó nunca; pero después tuvo la debilidad de no exigir que por parte de España se cumpliera todo lo pactado.

El pacto del Zanjón quedó en gran parte incumplido; aunque él no fué personalmente culpable de su incumplimiento cometió la falta de no imponerse con todo su prestigio á los que pusieron trabas á su obra. La honra de España y la suya estaban interesadas en que el pacto se cumpliera.

Los políticos y los negociantes de la Habana y Madrid criticaron vivamente el afortunado pacto del Zanjón; después lo mistificaron. Hubiérase cumplido sin discusiones y sin regateos y acaso la isla de Cuba no se hubiera perdido para España. La informalidad, por no decir deslealtad, con que se procedió en lo concerniente al pacto produjo diez y ocho años después la postrera insurrección.

Y volvió Martínez Campos á Cuba, y acaso hubiera vuelto á pacificar la isla sin las dificultades que allende y aquende el mar se opusieron de nuevo á su política. Martínez Campos era popular entre los elementos españoles de la Habana á título de monárquico y de restaurador; impopularísimo por lo que tenía de liberal y honrado.

Fracasó; había llegado el eclipse de su estrella. Tornó vencido.

El pueblo de Madrid, que lo había recibido con arcos triunfales y con alfombras de flores á la vuelta de Sagunto, es decir, cuando mereció que se le ahorcara, lo silbó cuando volvía de intentar en Cuba una política liberal y salvadora, esto es, cuando era acreedor al aplauso de la gratitud.

¡Contrastes de la vida, inconsecuencias de las pasiones humanas, sarcasmo de la suerte!

***

De mi primera visita al *Père Lachaise,* el más notable de los cementerios de París, he conservado una impresión indeleble. Desde que se entra por aquellas anchas calles de árboles y tumbas, empiezan á tropezar los ojos con nombres conocidos, unos inscriptos en modestas lápidas, otros en monumentales mausoleos. Recorriendo aquellas avenidas nadie se cree vivir en tierra extraña, porque yacen allí los personajes de celebridad universal cuyos nombres nos son tan familiares como si fueran compatriotas nuestros. Allí están sepultados los héroes de la Historia, los maestros de la literatura, los más grandes poetas, los artistas cuyos nombres inmortalizó la fama, los caudillos de la Revolución y del Imperio, los novelistas que nos encantaron en la monotonía de las navegaciones. Saludamos aquí la tumba de Abelardo, más allá la de Sué, después la del trágico Racine,

la de Thiers, no menos trágico, la de Hugo, el general, padre de Víctor Hugo, y la de Ney, fusilado por la Restauración. Sucesivamente vamos pasando por innumerables monumentos fúnebres y leyendo los epitafios de Sieyes y de Aragó, de Monge y de Cuvier, del poeta Musset y del pintor David; el de Ledru Rollin nos recuerda el sufragio universal, por el que tanto luchó hasta conseguirlo, como el de Raspail la consecuencia política y la austeridad republicana. Y luego La Fontaine, y Molière, y La Harpe, y Cherubini...

De pronto alcanzo á ver un monumento blanco, perdido entre tumbas y entre flores, sobre el cual se amontonan revoloteando legiones de pajarillos. ¡Cómo! —exclamé—¿todos los pájaros del vasto cementerio se dan cita en la misma sepultura?...

Y los pájaros cantaban, y yo me acerqué á la verja de la tumba: era la de Michelet, el cantor de la Naturaleza, el poeta de los pájaros.

¡Ay! —pensé—yo soy canario, y cuando me sepulten no acudirán mis congéneres á tributarme su delicada música...

Porque nadie se acordará de echar sobre mi losa unos puñados de alpiste.

Dando vueltas por el cementerio en distintas direcciones, divisé un monumento sepulcral en el que de lejos se leía:

NAPOLEÓN III

Como Napoleón III no había muerto en Francia,

la curiosidad se apoderó de mí y quise leer de cerca el epitafio.

He aquí la traducción:

Sepultura perpetua.

AQUÍ YACE MONSIEUR L... S...

Carnicero

Proveedor de S. M. el emperador

NAPOLEON III

y de la imperial familia.

***

Un día se apareció en el café con toda su familia el célebre y celebrado Villergas, de paso para Cuba. Mientras estuvo en París no faltó ninguna tarde, y nos encantaba con su conversación y con sus agudezas. Pero le rogamos que no nos hablara de política, ya que disentíamos en tantas cosas. Y él nos contestó:

—Si soy republicano, ¿qué más quieren ustedes? Bastante hago, siendo de Castilla. En Castilla la Vieja no ha habido más que un liberal, y lo ahorcaron sus mismos compatriotas.

Lo decía por el Empecinado.

Alguno de los nuestros le preguntó una tarde.

—¿Por qué no se queda Vd. con nosotros en París?

—¡Ay, no! —le contestó el satírico genial— he vivido aquí sobrado tiempo, he sido con Urrabieta redactor de *El Correo de Ultramar* y me aburre esta vida monótona, esta existencia de regularidad inaguantable. Todos los meses, el día primero sin falta, le pagan á Vd. su sueldo con una exactitud abrumadora y, naturalmente, hay que trabajar todos los días y concurrir puntualmente á la redacción como van los chicos á la escuela. Con los editores, exactamente lo mismo; pagan al contado. Esa puntualidad para pagar, para cobrar, para todo, era uno de mis tormentos de París; me faltaba siempre el goce de lo imprevisto, el que en España más se saborea cuando alguna vez se cobra. Me acuerdo de un editor de Madrid, que ya había vendido la primera edición de un libro mío y que para pagarme se estaba haciendo el sueco, so pretexto de no estar en fondos, á quien le dije que me quedaba de huésped en su casa hasta el saldo de mi cuentecita. Y me pagó en el acto, no en dinero, eso no, pero me dió un caballo tuerto. Así pude pasearme en pelo por las calles de Madrid hasta que vendí el caballo.

Hablábamos un día de poetas españoles, y Villergas nos dijo con mucha seriedad que el gran poeta de España en el siglo XIX era Garnacho.

Todos nos echamos á reir y él se enfadó:

—Señores —dijo—lo afirmo formalmente; Garnacho es el único poeta *de veras* que hemos tenido en los últimos doscientos años. No se le conoce,

porque era un hombre modesto; pero yo lo conocí en Zamora y aseguro que valía más que Zorrilla, Espronceda, Campoamor y todos juntos.

Intrigado — como dicen los franceses — por tan singular revelación, escribí á España, y me contestaron, después de laboriosas investigaciones, que efectivamente, había existido un teniente de carabineros, Garnacho de apellido, más amigo de las musas que de perseguir el contrabando. Pero no conseguí que me enviaran ni una sola muestra de su ingenio.

***

A fines del año hice un viaje á Madrid y Andalucía, volviendo á París el 30 de Diciembre. Si hago mención de un viaje más, y viaje sin importancia alguna, es porque me acuerdo ahora del encuentro que tuve en la estación de Menjíbar con un compañero antiguo, oficial retirado del ejército.

Me lo encontré en la estación facturando el equipaje, consistente en un piano y un baúl. Me reconoció al momento y me contó sus cuitas. Había solicitado su retiro el año 68 por no servir á la Revolución. No había reingresado en el ejército, porque él era isabelino; D. Alfonso le parecía poco menos que un usurpador. Pero había solicitado mejora de retiro, siquiera por su fidelidad, ya que habían vuelto los suyos. Se la negaron, y no contestó á sus cartas ningún personaje del moderantismo ni de la Restauración.

—Dejémonos de política—le dije—y explícame adónde vas con esa impedimenta. ¿Desde cuándo eres músico?

—Te explicaré—me respondió—; como el retiro es corto, necesito ayudarme para poder vivir, y doy lecciones de piano á las señoritas de los pueblos.

—¿En qué pueblo vives?

—Tres meses en cada uno; del 68 acá he vivido en treinta y cinco pueblos de once provincias.

—Explícate mejor...

—Es muy sencillo... Mira, yo no sé música, pero toco de oído tres ó cuatro valses, la marcha real, los toques de guerrilla y una jota. En casi todos los pueblos hay algunas jóvenes deseosas de aprender el piano, pero no hay maestro. Así es que á mi llegada es difícil que no encuentre dos ó tres ó más discípulas; verbigracia, la hija de algún ricachón, ó la mujer del alcalde, ó la sobrina del cura.

—¿Y en tres meses las enseñas?

—No, bobo; es que á los tres meses ya se han convencido de que conmigo no aprenderán nunca.

—Y te vas con la música á otra parte...

—Eso... Me pronuncio en retirada por escalones con el piano á cuestas... Y no creas, algunas de mis discípulas han aprendido algo. En un pueblo de los pinares de Cuenca hubo una alcaldesa que ya tocaba fajina con un dedo solo.

***

Al terminar esta primera parte de MIS MEMORIAS, sin saber cuándo publicaré la segunda ni siquiera si se publicará, ruego al lector que me disculpe las digresiones injustificadas y las cosas demasiado viejas.

Las digresiones han sido necesarias, como relleno, para completar un libro. Si me hubiera contentado con hablar de mí mismo, con relatar los hechos políticos en que tuve alguna participación, me habría bastado un folleto de bien pocas páginas.

Y las antiguallas que en este volumen resucito no deben extrañarse, ya que soy contemporáneo de las guardabrisas y las despabiladeras.

Ni creo pecar de apegado á lo vetusto como tantos otros viejos, pero es más fácil para mis cansados ojos recorrer los campos del pasado que penetrar útilmente en el misterioso porvenir.

Lo intentaré, sin embargo, en la segunda parte de esta obra. Y en ella demostraré, siquiera por la intención, que si alguna vez reniego de mis antepasados, mis descendientes no tendrán derecho á renegar de mí. Han de pasar por el mundo bastantes generaciones antes que venga la que me deje atrás en su concepción de la sociedad humana, de la dignidad del hombre y del fin racional de la existencia.

Esta obra se halla de venta, al precio de **cuatro pesetas,** en casa de don Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las principales librerías.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

FEB - 7 1909

CANCELLED

NOV 26 1982